

ANNA CHILLON

COMPARTIDA

Chantajeame otra vez

PASSION  ISLANDS



PASSION  ISLANDS

Compartida

Chantajéame otra vez

Anna Chillon



Copyright © 2025 Anna Chillon
Traducción: Tra Parole Traduzioni
Todos los derechos están reservados a la Autora

Esta es una obra de ficción.
Los personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con hechos o personas reales es pura coincidencia.

www.annachillon.it
annachillon@gmail.com

*Para Robby,
que me hace volar.*

Capítulo 1



Corría.

Corría y me reía, salpicando el agua del mar negro, que brillaba por los reflejos de una luna alta y llena.

Llegué a la orilla, perseguida por los gritos de Haley y Jafaris, y acabé tirándome sobre la toalla, junto a la hoguera. Me tumbé boca arriba para mirar las estrellas, con la respiración entrecortada y los escalofríos persiguiendo las gotitas saladas sobre mi piel. Alguien cantaba una canción nostálgica mientras tocaba la guitarra. Era bueno.

Jackson sabía besar y tocar la guitarra; lo primero lo había descubierto no hacía mucho.

Dios, qué bien estaba. Todo era perfecto: me gustaba mi trabajo de camarera en el Caribbean Bay Cove, vivir con mi alegre compañera de piso Haley y participar en las hogueras nocturnas con los demás chicos. Había encontrado amigos que vibraban en la misma frecuencia. Todos veníamos de resorts diferentes y nos encontrábamos en la playa después del trabajo, creando nuestro propio pequeño mundo lejos de los turistas. Nosotros nos entendíamos. Ellos no podían hacerlo.

Me incorporé apoyándome en los codos, mirando hacia el océano infinito, y vi a Chris: una silueta masculina, fundida con su tabla de surf, deslizándose sobre la superficie oscura como si fuera su elemento natural.

—¿Cómo demonios puede estar tanto rato en el agua? —el pensamiento se me escapó de los labios.

—Tiene que desahogarse. —Nick arrojó un palito al fuego. El camarero de veintisiete años del Caribbean era siempre el último en llegar a las hogueras, porque también era el último en terminar su turno. Por eso aún iba completamente vestido. Nadie conocía a Chris mejor que él, ya que eran amigos y compartían piso.

—Sí. Debe de ser muy duro estar sentado todo el día mirando culos en tanga —ironizó Haley, frotándose el pelo con una toalla.

—Para alguien como él, *durísimo* —comentó Jafaris, su tercer compañero de piso, un chico negro que se dedicaba a bailar afro.

Ellos bromeaban con el tema, pero yo estaba segura de que para Chris, ex campeón de surf, ser socorrista —o responsable de la seguridad balnearia, como se empeñaba en especificar— era un trabajo demasiado estático. Me imaginaba que no esperaba otra cosa que ver a alguna damisela meterse en apuros para poder salvarla y luego recibir el debido “agradecimiento”. Se esforzaban mucho en agradecérselo. De hecho, parecía que algunas estaban dispuestas a ahogarse solo para poder “agradecérselo”.

Me eché a reír mientras me estiraba para coger una cerveza de la nevera portátil, cuando oí el sonido de una notificación en el móvil. Me retorcí un poco para sacarlo del bolso.

Leí el nombre de quien me había enviado el mensaje. Me quedé mirándolo fijamente.

—¿Pretendiente o problemas? —preguntó Nick en voz baja, pasándome la cerveza que había dejado allí. Por lo general, al final del turno, era a él a quien iba a pedirle un cóctel y charlar un rato.

Tomé la botella.

—¿Y quién dice que tenga que ser una cosa o la otra?

—Tu cara. Parece que te has saltado un escalón de golpe.

Mi sonrisa debía de haberse desvanecido en un segundo. Nick era un chico demasiado observador como para no darse cuenta.

—Es solo alguien de quien no he tenido noticias en mucho tiempo —intenté restarle importancia encogiéndome de hombros.

Me puse rápidamente el vestido, batallando para deslizarlo sobre mi piel aún húmeda, y me levanté para apartarme, con las chanclas en la mano, perseguida por la mirada perspicaz de mi amigo.

Caminando por la orilla, volví a leer el remitente y el mensaje.

Mr. Baker: *¿Estás ahí, niña?*

Con la complicidad de la luna, el mar y la caricia de la arena bajo los pies, casi me pareció oír su susurro masculino en los oídos. Estuve a punto de tropezar: no me había saltado un escalón, pero sí un latido del corazón.

Cassie: *Estoy aquí.*

La llamada no tardó en llegar, y con ella volvió a dibujarse una sonrisa en mi rostro. Habíamos seguido en contacto después de su breve estancia en el Caribbean, pero llevábamos ya un par de semanas sin hablar.

Me acerqué el teléfono al oído para ser la única que lo oyera.

—Hola, Mr. Baker.

—Hola, pequeña. —Mis tímpanos fueron acariciados por ese tono grave que usaba a propósito. Tenía cuarenta y dos años, veinte más que yo, y la habilidad de someter con la voz, como si fuera un arma de seducción—. Me estaba preguntando: ¿cómo se dice en chino “ponte de rodillas”?

—Lo siento, todavía no he llegado a esa lección del curso. —Sabía que había empezado un curso online de chino tradicional. Otro pequeño paso dentro de mi gran plan de hacer algo diferente con mi vida... algún día—. Pero si quieres, puedo traducirte “buenas noches”.

—Dudo que tuviera el mismo efecto.

—Me temo que no, eso es cierto. —Ya no estaba mirando por dónde pisaba, había empezado a escalar las rocas por inercia, lo que me obligó a ponerme las chanclas—. Creo que tendrás que hacerte entender con gestos. ¿Te acuerdas de cuando me empujaste los hombros hacia abajo, haciéndome arrodillar, y te desabrochaste la bragueta? Podrías hacerlo así, te aseguro que lo entendí sin necesidad de palabras.

—Porque tú eres una chica lista.

—No creo que haga falta ser un genio —me reí, pero en el fondo el recuerdo me hizo tragar saliva. No podía olvidar la forma en que se había impuesto sobre mí. Su mirada, su fuerza coercitiva, su perfume... sobre todo su perfume. Me había hecho derrumbarme como un castillo de naipes. Y ahora hablábamos con la confianza de viejos amigos.

—¿Dónde estás, William? —le pregunté.

—En casa.

—¿Con quién?

—Solo.

—¿Y tu resort? ¿En qué etapa está ahora mismo? —Su plan era mucho más grande que el mío. Estaba construyendo un complejo turístico de lujo en las Islas Turcas y Caicos, un proyecto que surgió después de haber sido huésped en el Caribbean y de estudiar el secreto de su éxito.

—Bastante avanzado —respondió, y me contó a grandes rasgos sus progresos mientras yo deambulaba sin rumbo. Lo hizo manteniendo el impasible control de un hombre de negocios. Yo, en cambio, me estaba entusiasmando solo de oírlo.

—Hostia, sí que haces las cosas a lo grande, Mr. Baker.

—¿Te gusta?

—Por supuesto que me gusta. Espero poder verlo algún día.

—¿Te gusta lo suficiente como para venir a trabajar para mí cuando esté en marcha?

Solté una carcajada con un deje casi histérico.

—¿Estás de broma?

—¿Y me lo preguntas? ¿Todavía no sabes distinguir cuándo bromeo y cuándo hablo en serio? —Su tono no parecía haber cambiado, pero lo había hecho. Los mismos hercios, la misma velocidad, la misma modulación... pero con una resonancia completamente distinta: hablaba en serio, quería contratarme.

—¡De ninguna manera! —me apresuré a dejar claro—. Tú no puedes ser mi jefe.

—Lo que hubo entre nosotros se quedaría entre nosotros, si es eso lo que te preocupa: no hace falta que nadie lo sepa. Podrías tener un papel más relevante, con mayor responsabilidad y satisfacción. Creo que estás un pelín desaprovechada como camarera.

—Gracias, es halagador que pienses eso, pero... “no, gracias”. Y no es por lo que hubo, sino por lo que podría haber. —Me detuve sobre una roca para observar la hoguera, escuchando las risas de mis amigos. No quería alejarme de ellos ni del Caribbean, pero sobre todo no quería sentirme presionada. No me había ido de Pensilvania para tener a alguien presionándome de nuevo, aunque fuera de otra manera. De esas que te erizan la piel por todos lados—. Si tú fueras mi jefe, me sentiría obligada a obedecerte.

—Sería divertido.

—Para ti, tal vez. —A mí, en cambio, me bastaban las fantasías en solitario, en la oscuridad de mi habitación.

—Para mí, sin duda. Pero... nena —susurró con un murmullo ronco y grave—, puedo hacer que hagas lo que quiera, independientemente de eso. Y lo sabes.

Vaya si lo sabía. Solo la idea ya me había provocado una languidez punzante en algún lugar de la boca del estómago.

—Mr. Baker, tu ego no tiene límites —suspiré, entre soñadora y exasperada.

Él soltó una risita viril, profunda, confirmándome que lo sabía perfectamente.

—Oigo las olas. ¿Dónde estás?

—Al final de Coconut Beach. Estoy caminando sobre las rocas. —Y podría haber seguido así toda la noche, solo hablando con él—. ¿Por qué?

—Quítate las bragas, súbete la falda y siéntate —ordenó con tono seco.

—¿Sobre las rocas?

—Exacto. Hazlo. Vamos a ver si tengo razón.

Ahí estaba esa vena suya, apenas un poco sádica, que despertaba mi lado masoquista más oculto. Qué melancolía al recordar aquella azotaina, las lágrimas que me arrancó y el fuego que me devoró.

Inspiré profundamente, intentando captar su perfume, pero él estaba demasiado lejos y solo me llegó el olor a salitre y espuma del mar nocturno.

Obedecí a medias: subí el vestido playero y me dispuse a sentarme en la última roca, mirando hacia la línea plateada que la luna dibujaba sobre el océano. Pero el roce me abrasó la piel, incluso con la protección del bañador. Di un respingo, me llamé a mí misma tonta, y metí las piernas bajo la falda para protegerme.

—Hecho.

Como respuesta, recibí una carcajada cargada de sarcasmo.

—¿Por qué te ríes ahora?

—Porque eres mentirosa hasta los huesos. Ladrona y mentirosa, por muy joven que seas. Y no eres de las que obedecen sin un incentivo.

No me sentí ofendida, porque no me menospreciaba. No en vano me llamaba ladrona y, al mismo tiempo, me ofrecía un puesto importante en su resort, a pesar de mi edad.

Ironías de la vida: la persona que más me había sometido era también la que más me valoraba. Mis defectos, en sus labios, se convertían en “características únicas”. Él me hacía sentir... especial.

—Si estuviera allí, pensaría que solo buscas que te castiguen.

Ambos nos quedamos suspendidos en ese pensamiento, en un silencio teñido de recuerdos y viciado por impulsos disolutos, que no podían expresarse a través de una línea telefónica.

—Pero tú no estás aquí... —murmuré al final—. ¿Por qué sigues llamándome, William?

—Es uno de los dos buenos propósitos que me he prometido cumplir al menos una vez a la semana, a partir de ahora.

Se había puesto tan serio que, si no lo hubiera conocido, habría pensado que lo decía de verdad.

—Qué caritativo eres. ¿Cuál es el otro?

Escuché cómo cambiaba de postura, se oyó el leve tintineo de cristal contra cristal, quizás un vaso apoyado en una mesa.

—No comer pizza los viernes por la noche.

—Genial. Supongo que hoy, siendo viernes, yo soy la sustituta de la pizza.

Encendió un cigarrillo y exhaló antes de contestar.

—Y te parece poco.

Pude imaginármelo, con esos dedos largos haciendo girar el cigarro entre los nudillos, con ese aire suyo tan condenadamente señorial.

—¿Quién es el mentiroso ahora? Mentiroso y tirano. Tú no comes pizza los viernes por la noche.

—¿No? ¿Y qué como entonces?

—Langosta, como mínimo. La pizza es demasiado burguesa para ti. Solo la comerías si un chef napolitano te la preparase con ingredientes traídos de su tierra.

—Si soy tan esnob, ¿por qué sigues respondiendo a mis llamadas? —me devolvió la pregunta, pero esa no era una respuesta que yo quisiera dar. Así que opté por una media verdad.

—Porque soy curiosa.

Subí las rodillas, las acerqué al pecho y apoyé una mejilla sobre ellas. Bajé los párpados recordando la caricia suave de su mano, los dedos firmes bajo mi barbilla que me obligaban a mirarlo a los ojos. Y allí, en esos ojos,

mis murallas se derrumbaban y todo lo accesorio desaparecía: me quedaba desnuda.

El recuerdo me arrancó un suspiro ruidoso, que solté sin querer directamente al teléfono.

William había hecho más que follarme, y me estaba dando cuenta —trágicamente— con el paso del tiempo.

—Háblame de tu última víctima.

—No la llamaría víctima. Por otra parte, lo que quieres oír no es una historia para tus oídos —dijo, tras una pausa en la que aspiró el humo—. Con que ya me tengas por un egocéntrico maníaco, bastante despectivo, es suficiente.

—Y tú, en cambio, me tomas por más niña de lo que soy.

En comparación con él, lo era. Yo era una chica despierta, pero entre nosotros había veinte años de diferencia. Veinte años que él había vivido en un mundo de tiburones financieros y sexo desenfrenado. Inútil negarlo.

Tan inútil como negar que yo estaba sedienta de esos detalles, porque él aún vivía ese tipo de vida.

—Háblame de la última mujer a la que has hecho arrodillarse, por favor.

—No es cuestión de ingenuidad, niña. Es cuestión del tipo de sexo al que ella está acostumbrada.

—¿Pagado? ¿Es una prostituta? —sentí un ápice de celos, ahogado por un morboso interés.

—Por favor, ¿te parece que necesito pagar? —se molestó.

—Estabas dispuesto a pagar por mí.

Y lo habría hecho, con tal de sacarme del Caribbean.

—Tú no eres una prostituta. Y, de todos modos, no te habría pagado por sexo. Lo habría hecho para mi placer y para tener más control sobre ti.

Viva la sinceridad.

—Peligro evitado, entonces.

—O una oportunidad perdida. Nunca lo sabremos.

—Es inútil que intentes desviar la conversación. Aún no me has respondido sobre la mujer con la que has estado.

—Qué obstinada eres a veces —me reprendió, cediendo a mis presiones, porque él era así: se resistía un poco cuando temía hacer daño, pero luego se lanzaba sin piedad—. ¿Para qué quieres que te lo diga si ya lo has

entendido? Me refería a una mujer a la que le gusta un compañero dominante.

—Entonces, por fin lo admites. Eres de verdad uno de esos hombres que hacen esas cosas. Te haces llamar “amo”, las humillas y cosas por el estilo.

—“Señor”, para ser exactos, no “*amo*” —exhaló el humo largamente y con impasibilidad—. ...Y “*cosas por el estilo*”.

Era la primera vez que lo admitía abiertamente, aunque el trato que me había dado me había proporcionado todas las pistas necesarias para llegar a esa conclusión por mi cuenta.

Lo que aún no sabía era si conmigo se había contenido. Y cuánto.

—¿Qué le hiciste, William? —murmuré, mirando la línea negra del horizonte, más allá de la cual solo estaba la vastedad de las profundidades del océano y mucha oscuridad.

—¿Por qué quieres saberlo?

Él tenía el sabor de esa oscuridad. Él estaba ahí, más allá de esa línea.

La brisa me metió un mechón en la boca, que me limité a masticar entre los dientes.

—Dímelo, William... ¿qué le hiciste?

—Deberías preguntar qué le *hicimos*, más bien.

Dios mío. Realmente no tenía ni idea de lo que podía haber más allá de esa línea. Tenía razón sobre mi ingenuidad.

—¿No estabas solo?

—No, nena. Se da el caso de que, mientras estaba en buena compañía, mi asesor inmobiliario llamó a mi puerta con las llaves del Porsche. Unos días antes había sido su invitado en una cena, pero decidí volver a casa en taxi. Maximilian tuvo la amabilidad de traérmelas personalmente. El resto puedes imaginarlo.

—No, no puedo.

—Sí que puedes.

—Sí, pero no... quiero decir, es que... —me atraganté con las palabras—. ¡Oh, al diablo! —mascullé, arrancándome el pelo de la boca con un gemido ahogado de frustración.

—¿Qué pasa, Cassie? Esos silencios, esos suspiros... Cada vez que te escucho, pareces más inquieta. ¿Qué te tiene así?

Me habría gustado tener una respuesta. Era feliz, ¿no? Estaba en un momento de mi vida en el que, por fin, todo empezaba a ir bien.

Entonces, ¿por qué esa inquietud silenciosa bajo mi piel? Esa especie de comezón que no sabía cómo rascar.

¿Quieres saber qué me tiene así, William?

Tú.

Tú que estás y no estás. Eso es lo que me tiene así.

—Es que ya no me basta con imaginarlo —solté, sin amabilidad, casi en un gruñido—. Todo es culpa tuya, joder.

—¿Y de qué, exactamente, se supone que tengo la culpa?

Mientras tanto, Chris también había salido del agua y se había unido a los demás chicos alrededor de la hoguera. La guitarra de Jackson sonaba de fondo mientras charlaban. Tendría que haber colgado y haberme ido con ellos, en lugar de quedarme encaramada incómodamente en una roca, confesándome al mar negro y a un hombre que, sin estar, seguía viviendo en mi cabeza.

—Salí con uno de los chicos del grupo de Chris. Ya sabes, Chris, el socorrista. Todos los surfistas de su círculo son majos, y este chico con el que salí lo es de verdad. Guapo, simpático, me hizo reír, pagó la cena... Fue perfecto.

—¿Y? —me animó a continuar, manteniéndose neutral, como alguien que es muy bueno escuchando... o como alguien que sabe mantenerse al margen, con esa superioridad dominante suya. El caso es que él era la única persona con la que podía tener ese tipo de conversación. Y yo tenía una maldita necesidad de soltarlo.

—Después de la cena, dimos un paseo por la playa, como sacado de una película de Disney a mi medida: el mar en calma, la luna en el cielo, la camisa abierta dejando ver unos abdominales que podrían haber hecho que me corriera solo con mirarlos. —Puse todo el énfasis posible, pero de repente él soltó una risita, tosiendo por el humo que se le había atragantado, y estropeando mi relato.

—¿De qué te ríes ahora? Eras un hombre mucho más serio cuando te conocí, Mr. Baker.

—Es que ya sé cómo acaba. Conozco ese tipo de historia.

—Bueno, ¿puedes hacerme algunas preguntas en lugar de asumir que ya lo sabes todo? Es perturbador. —No podía haberlo entendido todo ya, me daban ganas de mentir solo para rebajar su presunción.

—Vale —me complació con voz tensa, probablemente esforzándose por alargar el brazo para coger el cenicero—. ¿Te lo tiraste?

—Por supuesto que me lo tiré. A un tío así no se le deja escapar.

—¿Y...?

Hinché las mejillas, pasando el aire de un lado a otro, mientras decidía cómo responder.

—Fue agradable. Mucho.

—Me mataría si una chica dijera que fui “agradable” en la cama.

Apoyé el codo en las rodillas, pasé la mano por la frente y la metí entre el pelo, para sostenerme la cabeza. Luego solté todo con sinceridad:

—Él me besaba, y yo lo único que necesitaba era que me agarrase del pelo y me pusiera de rodillas. Dios... hubiera querido abofetearlo, con la esperanza de que él hiciera lo mismo. Solo para saber qué se siente. Ahora todo me sabe a nada. Ya no puedo más, William. Antes me conformaba con un par de fantasías, pero ahora ya no me bastan. Me falta algo y odio que sea así. Solo quiero poder quitarme de encima esta sensación, pero no tengo ni idea de cómo hacerlo.

Al otro lado, solo percibí el silencio y el sonido tenue de una sirena lejana.

—¿Estás ahí, William?

—Probablemente solo estás idealizando algo que en realidad no es como lo imaginas —pareció no creermelo, o al menos no darle importancia a lo que sentía—. Píllate unas películas, una novela del género, o lleva en el bolso una cuerda para que la use el chico “agradable” en el próximo polvo.

Vaya, qué consejo. Como si fuera una niña pidiendo hacer de doble de acción y me sugiriese resolverlo lanzándome en una cama elástica con casco.

—No seas gilipollas. Estoy hablando en serio, no es eso lo que quiero.

—¿Y entonces qué quieres, jovencita? —preguntó con la severidad del rol que sabía interpretar tan bien—. Si quieres que te tomen en serio, deja de andarte con rodeos. Este es un campo que exige una franqueza y una sinceridad desapasionadas. Y audacia, aunque no creo que eso te falte.

Mantuve la cabeza gacha. Ya no miraba al mar o a mis amigos, sino más bien dentro de mí.

—Solo quiero ser normal. Una parte de mí quiere ser capaz de emocionarse por cosas sencillas y puras. Pero luego está la otra... Quiero

sentirme atrapada, sin ningún tipo de control. De verdad. —La voz me empezó a vibrar, cerrándome la garganta, pero seguí—. Gatear por el suelo para un hombre. La adrenalina al intentar escapar de él y el miedo a la mano que cae sobre mi trasero. No poder decirle que no, porque simplemente su voz me hace temblar por dentro. Decirle que no, solo para ser abatida por su fuerza, sintiendo cómo cedo poco a poco. —Cerré los ojos, inhalando—. Temer su mirada posada en mí, sabiendo que es capaz de herirme y darme placer con igual intensidad. Y que no tendrá reparos en hacer ambas cosas. Que incluso llegará a abrumarme, hasta las lágrimas, con su manera implacable de ser. —Sacudí la cabeza, cada cosa que decía me parecía confusa e inadecuada—. No soy una persona que busque el dolor, pero... Es mi mente la que necesita que la follen. —Tragué saliva, el corazón me latía con fuerza—. Todo esto, y mucho más. Lo quiero con una intensidad que me revuelve las tripas y me hace retorcerme en la cama.

Noté el silbido de su respiración. Al parecer, lo había tocado en carne viva.

Di algo, por favor...

—Esto es poesía, pequeña —fue su halagador veredicto, pronunciado con un tono oscuro—. Y tu voz temblando con estas palabras es un arma letal.

—Es solo lo que tú me has hecho sentir.

—No lo creo, en tu confesión hay algo más. Contigo nunca fui más allá de una nalgada, aunque estuviera acompañada de buen sexo.

—No fuiste más allá... en la realidad.

—¿Por qué? ¿En tus fantasías, sí?

—Sí. Mucho más allá. —Con escenas indescriptibles, de las que debería haberme avergonzado.

—Ah, niña... —enmudeció, dando paso a una larga pausa.

—¿Y ahora por qué no hablas?

Me dejó languidecer un poco más en la incertidumbre, sin ninguna prisa por llenar ese vacío del que era un auténtico maestro. Ese vacío magnífico, necesario y aterrador.

—No te imaginas lo dura que me has puesto la polla.

—¿Por eso callas? ¿Te estás tocando? —Anhelé poder agarrarlo. Mis manos se apretaron sobre las rodillas, mientras me balanceaba sobre la áspera roca.

—No me estoy tocando, estoy sufriendo. Y me estoy conteniendo para no decirte lo que me está pasando por la cabeza.

—¿Por qué? Yo no lo hice contigo, te he dicho todo lo que pienso. Quiero saber qué piensas tú, por favor, William. —Metí la mano entre mis muslos apretados contra el pecho y mi abdomen, palpando el hueco de mi vientre, lleno de una ausencia insoportable.

—Pienso que eres peligrosa para alguien como yo. Sabes que sería capaz de abofetearte si leyera esa petición en tus ojos, pero podría no gustarte como crees. Podría hacerte daño de una manera diferente a la que imaginas, haciéndomelo también a mí, porque me convertiría en el malo de la situación. —Me dejó en espera un largo instante—. La línea entre sentirte atrapada como deseas y sentirte abusada es muy fina.

—Ya hemos jugado a este juego. Me chantajeaste de verdad, amenazando con hacerme perder el trabajo. Abusaste de tu posición. —Apreté el puño, sintiendo cómo se me contraía el estómago, como aquella vez—. Lloraba, estaba desesperada y loca de excitación, pero disfruté como nunca antes. ¿Y ahora dices que tendrías reparos en ir más allá?

—¿Tú no? —De severo, pasó a ser paternal—. Piénsalo bien antes de responder, porque de este lado del teléfono hay alguien que de verdad disfruta haciéndote caer de rodillas. Así que sé sincera contigo misma y reconoce tus límites. ¿Sabes de qué pasta estás hecha, nena?

Buena pregunta.

Aunque mi mirada estuviera perdida en la nada, distinguí a Nick separándose del grupo y agitando el brazo en dirección a mí. Había conseguido reconocermelo entre las rocas a pesar de que estaba envuelta en la oscuridad. Seguro había seguido mi camino. Respondí agitando mi brazo también, para indicarle que todo estaba bien.

Otras dos siluetas se alejaban de la hoguera, era probable que los chicos estuvieran a punto de regresar. Yo, en cambio, no tenía ninguna intención de moverme, y menos ahora que William estaba llegando al meollo del asunto.

Mr. Baker era un hombre peligroso, de eso era consciente. Su forma de dominar iba mucho más allá del dormitorio; era uno de esos hombres de los que conviene mantenerse alejada. Excelente para una conversación, pero intimidante en persona. Tal vez podría intentar vivir una experiencia con alguien que supiera limitar los juegos de poder al ámbito íntimo. Eso sí, lo haría, si existiera alguien capaz de provocarme lo que él era capaz de

despertar en mí. Algo bastante difícil, teniendo en cuenta que su peligrosidad formaba parte esencial de su atractivo.

—Todavía no tengo claro quién y qué soy, pero sé que me subestimas. Quizás te sientas culpable, no sé... pero no deberías, porque me encantaría revivir esa noche una y otra vez. Es más, me lanzaría de cabeza a algo todavía más intenso. Pero... —Había un “pero” bastante sustancioso, inevitable cuando las fantasías chocan con la realidad—. También es verdad que huí de Pensilvania para tener una vida más sencilla, más libre, más normal. Yo quiero ser normal —enfaticé para que quedara bien claro—. Así que, si tienes una solución, será bienvenida.

Ya no veía a Nick, me había quedado fascinada con el fuego de la hoguera y lo había perdido de vista. No importaba, solo esperaba que no se fueran todos, dejando mi bolso allí sin vigilancia.

—No quisiera romperte la ilusión, pero la vida nunca es sencilla, y las personas más interesantes no son “normales”, al menos no en el sentido en que tú lo entiendes. —William hizo un pequeño sonido de desaprobación con la boca, casi molesto.

—Así que tú sabes que no eres normal.

—Eso no tiene relevancia. Tengo cuarenta y dos años y sé lo que quiero. Yo soy yo.

—Ya... tú eres tú, para mi desgracia —respondí, casi para mí misma. Todo iba tan bien, antes de que llegara él. De acuerdo, mis pequeñas manías me perseguían, pero tenía todo bajo control. Ahora, en cambio, mi autocontrol era aparente, y bastante precario—. La única suerte que tuve fue que te marcharas antes de que perdiera toda posibilidad de volver a ser yo misma. De lo contrario... —Recordé su propuesta: marcharme con él, a cambio de una generosa suma. Lo que también habría significado depender de él.

—¿De lo contrario...? —me instó.

—Temo que habría terminado rogándote que me dieras más. Y adiós a mi sueño de la normalidad.

—¿Habría sido tan trágico?

—Dime tú: ¿qué habrías tenido preparado para mí, Mr. Baker? —Era una sedienta, sí, eso es lo que era. Una sedienta que se conformaba con el espejismo de agua fresca.

—Está bien. Ya me has picado lo suficiente, jovencita. —Oí sus pasos nerviosos. Se había levantado—. No te diré nada de lo que quieres oír. Solo te prometo que, si alguna vez nos volvemos a ver, te daré exactamente lo que me has descrito. Y lo haré a mi manera. Volverás a ser mi putita. Pero esta vez de verdad.

Por un instante, me dejé llevar, sintiendo cómo mi centro se encogía y, al mismo tiempo, la expansión de un cosquilleo como una leve descarga eléctrica. Y todo eso me lo había provocado solo con palabras.

Cerré los ojos.

¿Quién era ese hombre?

—William...

—No. Calla. No era ni una pregunta ni una propuesta. No hay nada que puedas decir al respecto.

—Menos mal —porque no habría tenido una respuesta sensata—. ¿Puedo al menos agradecerte por haberme escuchado?

—Puedes. Aunque para mí, es un placer hacerlo. —Logró sonar autoritario incluso con una frase amable, lo que me arrancó una sonrisa.

—Gracias. Creo que será mejor que vuelva a la playa ahora. Pero me gustaría, en algún momento, poder ser yo quien te escuche a ti. —No tenía experiencia ni consejos de vida que dar, lamentablemente, pero sospechaba que era buena escuchando.

—Ve, no hagas esperar al “chico majo”. Podría enfadarse y ponerse arrogante —dijo, sarcástico.

—Qué estúpido eres —solté una risita.

—Buenas noches, putita. Que tengas dulces sueños de lágrimas y latigazos.

—Los tendré. Buenas noches, Mr. Baker. —Con la despedida, la melancolía volvió a extender su velo sobre mí—. Mr. Baker... ¿William?

—¿Sí?

—No vuelvas. Por mi bien, no vuelvas nunca.

Él colgó.

Al mirar hacia la línea negra del horizonte, tuve la sensación de que no estaba sola. Giré el rostro de golpe.

Nick estaba allí, a poca distancia, sentado en una roca detrás de mí, con los codos apoyados en las rodillas dobladas y mi bolso en medio. En un silencio casi reverente, sus ojos gris topo me observaban desde debajo del largo flequillo, siempre demasiado agudos para ese rostro de chico tranquilo.

—¿Volvemos ya? —le pregunté, aunque estaba claro que había ido a buscarme. A él y a los demás chicos no les gustaba dejar a ninguna de las mujeres del grupo sola por la noche. Un poco caballeros, un poco posesivos.

—Así que él es el hombre misterioso: Mr. Baker.

—¿Te acuerdas?

—Recuerdo el Mai Tai que te invitó. —Lo que también implicaba nuestro beso delante de su barra—. Te dije que te hicieras con un buen regalito de oro, no que te enamoraras de él.

Nick me había aconsejado que lo llevara a la ciudad y me lo tirara a cambio de un regalo. Había acertado en lo que yo podría haber esperado de Mr. Baker: dinero y buen sexo. No podía saber que a Mr. Baker no le bastaría un simple polvo.

—No estoy enamorada. Es intrigante, pero no es para mí. —Nick ni por asomo podía imaginar cuán grande era mi problema—. Y además, ¿sabes una cosa? —Me levanté y le tendí la mano—. Valgo mucho más que un simple regalito de oro.

—Palabras sagradas. No lo olvides, pase lo que pase. —Agarró mi mano—. Tira. —Lo hice, y no me ayudó en absoluto, obligándome a hacer todo el esfuerzo para levantarlo del suelo—. ¡Vamos!

—¡Nick, por el amor de Dios! ¡Si no tienes ni un gramo de grasa, ¿cómo puedes pesar tanto?! —me quejé, mientras la risa me sacudía el pecho y me robaba toda la fuerza.

Él se dio el último impulso.

—Todo cerebro, guapa.

—¿Cómo? ¿Está lleno de plomo o qué?

—Peor. De información —me rodeó los hombros con el brazo y me atrajo hacia él—. Y de todos los secretos del Caribbean Bay Cove.

Le envolví la cintura, enganchando el pulgar a su cinturón, y empezamos a caminar juntos, haciendo el doble de esfuerzo porque íbamos tan pegados, tan pegados que no quedaba espacio para mi melancolía.

Le estaba agradecida, así que me abstuve de desilusionarlo, pero la verdad era que en el Caribbean Bay Cove todavía había secretos que Nick desconocía. Pocos, pero los había.

Y yo era la prueba de ello.

Capítulo 2



Dos semanas después.

Las toallas que llevaba entre los brazos eran tantas que tuve que bordear con cuidado el patio de la cabaña 109, una de las más grandes y lujosas, para no tropezar con las macetas de orquídeas. La señora Kendricks tenía la costumbre de amontonarlas fuera de la puerta desde primera hora de la mañana.

Aquella mujer parecía coleccionar orquídeas y toallas. Preciosas flores rosas y blancas que luego se quedarían en el resort, ya que su estancia de un mes estaba llegando a su fin y se marcharía en breve.

Toqué a la puerta, sosteniendo la pila de toallas con la barbilla.

—Adelante. —Mrs. Kendricks ya estaba en traje de baño, preparando la bolsa para bajar a la playa.

—Buenos días. Sus orquídeas son preciosas, Mrs. Kendricks.

—No son solo bonitas. Son terapéuticas, ¿sabes? Mejoran las relaciones personales, reducen el estrés y equilibran las emociones. Ah, y parece que también benefician a quienes tienen problemas para respirar. —Metió la toalla de felpa dentro de la bolsa que colgaba de su codo—. Llévate alguna —propuso en voz baja, con un susurro cómplice, mientras pasaba a mi lado.

—¿Lo dice en serio?

—Nunca bromeo con las flores. —Sonrió de oreja a oreja y me guiñó un ojo.

Me gustaba esa mujer. Tenía el dinero suficiente para comprarse un resort entero, pero se comportaba como una tía un poco cariñosa y un poco excéntrica.

A decir verdad, me habría venido bien algo que equilibrara el estado inquieto en el que me encontraba desde mi última conversación con Mr. Baker. No es que creyera que un par de plantas pudieran solucionar mi situación, pero todo ayudaba. Y además, no lo había dicho por decir, eran realmente bonitas.

Así que cargué con dos macetas y corrí a colocar las plantas frente a la puerta ventana de la habitación que compartía con Haley, en la zona destinada al personal. Me di prisa porque el móvil había vibrado de nuevo, señalando otra notificación de servicio.

La ventaja de ofrecermé para el servicio de habitaciones era librarme del turno en el restaurante... y de la cinta de correr del gimnasio, teniendo en cuenta los kilómetros que recorría a pie por las callejuelas del resort. De hecho, el siguiente encargo me llegó desde un lugar completamente distinto.

Recogí en el bar el *Old Fashioned*, el cóctel que el cliente deseaba recibir en su habitación al llegar, y salí sin ni siquiera mirar el número de la cabaña en la comanda. Ya lo conocía: siempre era la misma, la dirección se la reservaba con regularidad, ya que era uno de nuestros clientes más frecuentes. Me dirigí allí con pasos tan amplios como me lo permitía la falda de tubo.

Al subir los escalones del patio con la bandeja en una mano, me di cuenta de que había sido tan rápida que me había adelantado a él. Estaba a punto de sacar la llave maestra del bolsillo cuando su voz me llegó por detrás.

—No, diría que no. Tenemos que renegociar los términos de entrega de los Boeing. Las inspecciones deben adelantarse en toda la flota según los nuevos protocolos de seguridad que ya están vigentes en Miami y Los Ángeles. —Serge Price, CEO de StarWings Airlines, de treinta y cinco años, me pasó por delante con el móvil pegado en la oreja, avanzando decidido hacia la puerta. Un leve aroma de sándalo y ajeno, muy fino y amargo, lo siguió—. Sí, exacto. Os enviaré mis notas antes de esta noche. —Usó su llave y dejó la puerta abierta para que pudiera entrar.

Su maleta ya estaba dentro. Él la cogió y la arrastró hacia la habitación, donde desapareció por un momento.

—Si los números nos satisfacen, podríamos adelantar la apertura de la base en Bangkok... —Escuché el golpe de la maleta al ser arrojada al armario—. ¡Dios, no seas tan pesimista! “*Perfecto, señor, haremos todo lo posible para que salga de maravilla*”: ¿es tan difícil de decir?

Apreté los labios para mantenerme seria, encontrando divertido cómo sabía transformarse al teléfono, perdiendo todo vestigio de su lado indulgente y mundano para ponerse el traje de directivo. Precisamente él, que en el Caribbean parecía esparcir frivolidad y buen humor como si fueran comida para los peces.

Apoyé la bandeja en la consola del salón y cogí con la pinza el hielo de la cubitera. Mr. Price salió de la habitación y me hizo el gesto de “dos” con los dedos para que añadiera otro cubito.

—Prepárame un dossier para la junta, lo quiero a mi regreso. —Empezó a quitarse la chaqueta, obstaculizado por el móvil.

Me apresuré a ayudarlo. Lo rodeé y tomé la elegante prenda por el cuello, deslizándosela por detrás.

Tenía unos hermosos hombros debajo de la camisa blanca semitransparente, y... *Dios*, olía realmente bien, ciertamente no de forma invasiva como Mr. Baker, pero lo suficiente como para hacerme tragar saliva. Malditas ganas de que me follaran.

Desintoxicarse de un deseo desmedido de sexo perverso, en el Caribbean Bay Cove, era como imponerle la abstinencia a un borracho en una enoteca. En la mejor enoteca de lujo del país, para ser exactos.

Mr. Price se giró mientras se quitaba del todo la chaqueta, pasándose el móvil de una mano a otra. Su mirada se posó en mí, en la chapa prendida en mi pecho con mi nombre. Se deslizó apenas hasta la línea del escote. Por un instante, tuve la impresión de que estaba a punto de zambullirse en ese diminuto hueco oscuro entre el último botón abrochado y mis pechos ceñidos bajo la tela, pero luego sus ojos volvieron a los míos, mirándome fijamente mientras decía:

—Y por el amor de Dios, mantened a los periodistas al margen de este asunto hasta que tengamos una estrategia definitiva.

“Mr. Ojos Azules”. Haley y yo lo habíamos apodado así por esos ojos azul océano, un azul ultramar que de noche podía confundirse con el negro,

pero que seguía siendo de un azul indiscutible.

Como camarera, estaba acostumbrada a ciertas miradas, pero las de Price seguían siendo las más enigmáticas. Distinguido, sonriente y cortés, incluso efímero a veces, no se le podía reprochar nada. Y tenía estilo, vaya si lo tenía, con sus cuellos almidonados, la pulsera de placas de oro, y sus posturas de una elegancia espontánea, aún cuando estaba medio reclinado en un sillón.

Esbozó una sonrisa incluso en ese momento, acompañándola con un gesto de agradecimiento, y continuó con su llamada mientras yo guardaba su chaqueta en el armario. Tomé las almohadas de más de la cama y también las guardé, según su preferencia. Era la primera regla que nos enseñaban en el Caribbean, nuestra biblia: *“Ser siempre corteses y adelantarnos a los deseos del cliente como si fuésemos la novia más atenta”*.

Cuando regresé al salón, Price ya se había apropiado del *Old Fashioned* y estaba terminando su llamada.

—Te llamo luego —dijo, sentándose en el sillón y estirando las piernas—. Ah, Jesús... Me gustaría poder apagar el móvil durante tres días, al menos. Tres días: ¿es mucho pedir?

—¿Y no puede hacerlo? —pregunté, sacando una botella de agua con gas del frigorífico, porque él la quería fría, pero no helada.

—Por desgracia, no. No puedo —desenfundó una de sus sonrisas más encantadoras, de esas que transmitían ligereza. Era difícil creer que tuviera tantas y tan grandes responsabilidades sobre sus hombros. Curiosamente, daba mucho más la impresión de ser un juerguista sin pensamientos ni preocupaciones.

—Mi madre suele decir: *“Con quien no está, no hay que contar, así de simple”* —me atreví a permitirme un toque de informalidad, teniendo en cuenta lo a menudo que lo atendíamos.

—Es una verdad como un templo —se quitó los mocasines empujando con las puntas contra los talones—. Pero hay que ver *cómo* se las apañan sin uno... porque luego es ahí a donde tengo que volver.

—También es cierto —dije, bajando la temperatura del termostato—. ¿Veintidós, verdad?

Le gustaba el aire acondicionado bastante alto, ya que a veces hacía ejercicio en su cabaña, en su cama y en buena compañía de alto nivel. No

con la frecuencia que cabría esperar de un hombre mundano, pero ocurría.

Él apoyó la nuca en el respaldo, haciendo girar lentamente el contenido del vaso.

—Quítame una curiosidad: ¿os hacen un curso sobre mí, o qué?

—Digamos que soy una buena observadora. —Mis pequeñas incursiones furtivas me habían llevado a serlo.

—Ah, bien. Yo también lo soy —dijo, y su sonrisa se volvió ligeramente más traviesa—. Muchas gracias. Excelente trabajo: ojalá todos fueran como tú en StarWings Airlines.

—Ah, bueno, en ese caso se aseguraría el café exactamente como lo desea. Pero me temo que vería caer muchos de sus avioncitos. —El cóctel estuvo a punto de derramarse por culpa de su carcajada, que acabó contagiándome también a mí.

—Creo que me quedaré con el café demasiado azucarado, después de todo.

—Buena idea. —Puse una mano sobre la otra, deteniéndome frente a él. Mi mirada recorrió desde los calcetines de marca hasta los labios húmedos por el whiskey, el Angostura y la soda. Me pregunté si sus besos serían tan ligeros como su espíritu. Sí, decidí que debían ser suaves y refinados como la caricia de un pétalo de rosa.

—¿Hay algo más que pueda hacer por usted, señor?

Él se pasó los dedos justo por ahí, secándose. Me había pillado con las manos en la masa, pero fingió no darse cuenta. Sacó un billete de la cartera, dejándome una propina generosa para despedirme.

—Estoy bien. Gracias.

Por suerte, aquel hombre era muy diferente a Mr. Baker. Las amenazas, los dobles sentidos y las provocaciones no formaban parte de su repertorio.

La última parada de esa mañana era la cabaña 207 del ala 2. El huésped había exigido que el mobiliario se reorganizara según sus instrucciones, siguiendo el Feng Shui, antes de su llegada. Mi tarea era asegurarme de que la habitación estuviera en orden tras esas maniobras.

Cuando llegué a la habitación, encontré a Liam y a Josh de mantenimiento. Ambos estaban de pie frente a la cama. Liam, el más corpulento de los dos, estaba releendo las instrucciones en su móvil como si estuviera repitiendo una lista de la compra para una dieta calórica.

—...Nunca alineada con la puerta, no bajo la ventana, limpio debajo — eso nos da igual, no nos toca a nosotros— cabecero contra una pared, dirección sureste...

—El sureste está por allí —lo interrumpió Josh.

—Sí, pero por allí estás alineado con la puerta, mientras que como lo hemos puesto, es una especie de término medio.

—¿Y si la giramos hacia allá? —gesticuló el amigo, tomándoselo bastante en serio—. Yo tenía entendido que había que estar orientados hacia donde sale el sol.

—Eh, no, dice que los pies no deben apuntar hacia la puerta de la habitación.

—No hay puerta —objetó Josh, considerando que solo tres escalones separaban la zona de día de la zona de noche del espacio abierto.

—¡Esa es la puerta, joder, déjame terminar! —Liam señaló la puerta de cristal del patio, y luego me señaló a mí, que avanzaba hacia ellos. Realmente eran muy cómicos, pero sospechaba que Liam estaba a punto de perder la paciencia. Aunque eran fantásticos en trabajos de fontanería y electricidad, dudaba que supieran algo de Feng Shui.

—Oh, Cassie, ven a ver, ¿tú qué opinas? —me invitó Josh, esperando encontrar una aliada.

Tengo que admitir que para mí también fue todo un reto entender algo. Lo divertido fue ver sus músculos en acción al hacerles mover un poco más esa cama monumental. Y luego un poco más. Estuve casi tentada de seguir cambiando de opinión solo para ver cómo los bíceps de Liam tensaban la manga de la camiseta con la C estilizada del Caribbean... Vale, definitivamente tenía que hacer algo para resolver mi problema antes de convertirme en una sádica explotadora de hombres.

Al final voy a tener que meter una cuerda en el bolso e invitar a Jackson a salir de nuevo.

Arrugué la nariz ante la idea, y Liam me miró preocupado.

—¿Qué pasa ahora?

—No, no, nada. —Levanté ambas manos—. En mi opinión, así está perfecto.

—Dios, te lo agradezco —se dejó caer sentado sobre ella.

—¡No! —grité, haciendo que se levantara de un salto—. ¡Me arrugas las sábanas! —Me apresuré a alisarlas, mientras él alzaba los ojos al cielo.

—A mí me parece que el tipo no puede decir ni pío. —Josh se cruzó de brazos, satisfecho con el resultado.

—Quiero verlo —replicó Liam—. Y si no, que venga la dirección, y entonces vemos si, además de a los muebles, a ellos también les tocan los cojones.

—Qué materialista eres —se burló su compañero—. Que sepas que no es ninguna chorrada. Al menos, no del todo.

—Podría haberos ido peor —dije mientras alineaba perfectamente la alfombra con la cama—. Al menos se ha abstenido de pedir que orientemos también el baño.

—No le des ideas —gimió Liam—. La próxima vez nos hará desmontar el lavabo.

—Igual solo quiere que el agua corra en sentido horario —sugirió Josh—. Por la armonía cósmica.

Ante esto, hasta Liam tuvo que rendirse. Seguíamos riéndonos cuando mi teléfono vibró: me llamaban a la sala de reuniones para servir el café.

—Tengo que salir pitando. ¡No mováis nada más sin un compás!

—Y una brújula —añadió Josh.

—Y un exorcista —concluyó Liam, negando con la cabeza.

Capítulo 3



Para el último servicio de la mañana, subí con el carrito al piso superior del edificio central. Avancé por el pasillo, acompañada por el tintineo rítmico de las tazas de porcelana. A mi derecha, las cortinas de la pared de cristal estaban ajustadas para crear un efecto de ver-no-ver en el interior de la sala de reuniones, donde varios hombres ya estaban reunidos alrededor de la gran mesa central.

Distinguí solo a uno, por su silueta corpulenta y su chaqueta: el único que llevaba una de color ocre, mientras que todos los demás hombres estaban vestidos de oscuro. Teníamos el honor de contar en el Caribbean con nada más y nada menos que Caleb Montgomery, el propietario sesentón del resort.

Era sabido que, tras su último matrimonio, prefería pasar su tiempo en Atlanta, desdeñando las visitas a su principal negocio. Sin embargo, allí estaba en Gran Caimán desde al menos una semana. Al parecer, ni él podía escapar para siempre de sus compromisos laborales.

En esos días, solía frecuentar a menudo las oficinas del Caribbean, solicitando continuamente el servicio de bar, lo que me permitía explorar uno de los pocos ambientes en los que no tenía la oportunidad de andar merodeando furtivamente.

Quizás el más lujoso de todo el resort.

Las líneas de LEDs, alineadas con el suelo de gres con efecto piedra clara, iluminaban mis pasos, mientras que los apliques de vidrio soplado,

con su tenue luz ámbar, se alternaban con nichos que contenían formaciones coralinas que parecían haber sido colocadas allí solo para poner a prueba mi pequeña cleptomanía.

Me toqué el cabello para asegurarme de que mi moño bajo estuviera en orden. Giré el carrito y le di la espalda a la puerta de cristal para abrirla con el hombro izquierdo. Su gran peso me obligó a plantar los pies en el suelo; tiré del carrito y lo hice girar con una maniobra calculada, dejando que la puerta se cerrara sola. Un soplo de aire recorrió la atmósfera insonorizada, en la que rebotaba perezosamente la voz cadenciosa de uno de los presentes.

Al girarme, una ráfaga de aire acondicionado frío me rozó la piel, transportando un aroma invasivo que penetró en mis fosas nasales sin pedir permiso. Fue un golpe directo al olfato: ámbar, almizcle, un cedro amaderado y un picante indefinible. Al percibir ese aroma, mi cabeza empezó a dar vueltas y tragué saliva.

Él...

Fue un chapuzón en un meandro de sensaciones encontradas, un despertar al pasado, como solo el olfato, más que cualquier otro sentido, puede provocar.

No puede ser.

Estaba perdiendo la cabeza, mi obsesión había llegado tan lejos que me hacía percibir cosas absurdas. Apreté la barra del carrito y levanté la mirada.

La larga mesa que tenía delante, una auténtica obra de arte de resina, madera y destellos dorados, parecía flotar sobre unos finos soportes cromados de color oro. Seis hombres, tres a cada lado, la ocupaban solo en un tercio de su longitud, enfrentados en dos bandos. Mr. Montgomery estaba en el centro de uno de ellos. Frente a él, un hombre más joven, con un costoso traje color antracita, estudiaba los papeles sobre la mesa.

Su rostro estaba oculto, pero no necesitaba verlo para reconocerlo.

Espalda ancha y recta, una melena brillante y espesa, no más larga que tres dedos, alto, con ese reloj voluminoso que asomaba por el puño de la camisa: incluso privada del sentido del olfato, lo habría reconocido.

Mr. Baker.

Era él, sin duda.

Mi corazón empezó a enloquecer, mis mejillas se sonrojaron. Dentro de mí se estaba desatando una reacción exagerada, para la que no podía encontrar justificación. Quiero decir, un poco de emoción y desconcierto eran comprensibles, pero lo que yo estaba experimentando era un terremoto interno.

Y la cosa empeoró aún más cuando oí su voz.

—No veo la cláusula de salvaguardia para eventos de fuerza mayor, catástrofes naturales y similares —dijo, mientras continuaba deslizando la mirada por los papeles.

—Porque no la hay. —El hombre a su derecha, con un riguroso corte de cabello ejecutivo y un traje de sastre azul, dejó caer los papeles junto con un pequeño golpe de la mano, lanzando una mirada contrariada a sus interlocutores.

El abogado de la contraparte se ajustó la fina montura de las gafas sobre el puente de la nariz, con aire culpable.

—¿Qué quiere decir con “similares”?

Mientras tanto, yo seguía allí, con la misma capacidad de reacción que un caracol. ¿Era posible que no se hubiera percatado de mi presencia? No, conociéndolo, era muy consciente de ella.

—Vamos —intervino Mr. Montgomery, girando las palmas hacia el techo —, sabe bien que está haciendo el negocio del siglo. —Parecía fatigado, con un cuerpo que se arrastraba con más peso que cuando lo conocí.

William garabateó algo en su copia de lo que debía ser un contrato.

—Lo que sí sé bien es que aquí se ha consumado el asesinato de un senador y el secuestro de la testigo. Sé que este hecho le ha tocado de cerca, dado que se trataba de su sobrina, y siento recordarle esto, Caleb, pero es precisamente la razón por la que estoy aquí: porque el crimen ha dado lugar a un escándalo mediático, lo que ha provocado un desplome de sus ganancias y de su dedicación a este lugar.

Por cómo iban las cosas, había entendido que el Caribbean se hundía, pero no me imaginaba que Montgomery fuera a abandonar el timón. ¿Qué diablos estaba pasando?

El hombre con entradas, un exdirector que había visto en varias ocasiones junto a Caleb como su hombre de confianza, se inclinó hacia adelante.

—Y en todo eso, ¿usted sería el buitre o el ángel salvador?

Buitre, sugerí telepáticamente.

Seguían hablando como si fuera transparente, pero yo no podía quedarme ahí de brazos cruzados, así que avancé con mi ruidoso carrito y mis rodillas temblorosas hacia mi jefe.

—No nos tomemos el pelo, señores —tomó la palabra Mr. Baker—. Como todos los aquí presentes, yo actúo en mi propio beneficio. Mi trabajo es arreglar las cosas que ya no funcionan. —Solo entonces su mirada dejó de estar fija en los hombres frente a él y subió... subió... hasta que se detuvo en mis ojos—. Ser decidido, cuando otros no pueden, o ya no saben cómo serlo.

Dilaté las fosas nasales en una respiración convulsa, quedándome inmóvil.

—Eso es lo que he oído decir —comentó Montgomery.

—No es lo que simplemente ha “oído decir” —replicó el abogado de William, que tenía toda la pinta de ser el buitre número dos—. Es lo que ha descubierto a base de rigurosas investigaciones, apuesto.

—Empezando por la Lancaster Mills —intervino el último hombre al lado de Mr. Baker, con su corbata burdeos perfectamente anudada. Un contable, a juzgar por la calculadora frente a él, acompañada de un montón de papeles y libros contables—. Mr. Baker ha cuadruplicado la inversión en solo dos años.

Al propietario del Caribbean le gustó que le recordaran ese detalle. Era un hombre sencillo, que prefería los hechos a las palabras y, sobre todo, amaba el dinero. Asintió en silencio y yo aproveché ese momento para ofrecerle su cafecito, antes de que se enfriara.

—Ah, el café. —Montgomery se apartó para facilitarme la tarea de poner la taza frente a él—. Gracias, Cassandra. —Como buen jefe, intentaba recordar los nombres de todos los empleados con los que tenía contacto directo... fallando con frecuencia.

—El macchiato es el mío, gracias. —El abogado de Montgomery me indicó que se lo sirviera—. Comprenderá que ofrecer el treinta y cinco por ciento por un tercio de su valor roza lo ridículo.

—Un tercio del valor que tenía antes de perder el cuarenta por ciento de la facturación en solo ocho meses —retomó la palabra Mr. Baker—. James, dale mis objetivos trimestrales intermedios.

Su contable sacó una hoja de un sobre y la deslizó sobre la mesa para que todos pudieran verla. Montgomery se puso unas gafas y alzó las cejas,

gratamente sorprendido.

Estaba ocurriendo de verdad: William quería adquirir una parte importante de nuestro resort. Y cuando decía “nuestro”, me refería a nosotros, los chicos que trabajábamos allí, ya que el verdadero propietario era un hombre ausente, algo que siempre nos había venido de maravilla. En fin, en aquella sala se estaban poniendo los cimientos de una tragedia. La mía.

Intenté disimular mi creciente agitación interior mientras cogía otra taza.

—¿Descafeinado? —pregunté, sintiéndome fuera de lugar y de tema. Al fin y al cabo, yo era la encargada de servir esos cafés.

Mr. Buitre Número Dos levantó la mano, señalando algo en el contrato con la otra.

—Con un vaso de agua, gracias.

—¿Tiene el capuchino? —preguntó el exdirector.

Le serví primero a él, luego rodeé la mesa con el carrito, pasando frente a la enorme pantalla al fondo de la sala, donde se sucedían en silencio las imágenes de un anuncio publicitario del *Caribbean Bay Cove*. Una vista aérea de las cabañas, desde la densa vegetación hasta el espejo de agua cristalina, seguida de flashes de nuestros impecables servicios. Haley, con su amable sonrisa, le entregaba un cóctel de bienvenida a dos modelos recostados en las tumbonas. En el spa, un chico indonesio guapísimo masajeaba a otra modelo... Había visto esas escenas cientos de veces, y sabía perfectamente lo que decía el locutor: “*Tu paraíso con clase, sin igual. Porque para nosotros, cada detalle cuenta*”.

Mientras tanto, Montgomery le pasó la hoja a su abogado, quien la revisó sin mostrar emoción alguna.

—¿Puedo preguntarle cómo piensa conseguir esas cifras? —inquirió con tono neutro.

—Con plena libertad para actuar sobre la gestión ordinaria y extraordinaria —respondió William, apoyando el antebrazo sobre la mesa mientras hacía girar entre los dedos índice, corazón y anular su Montblanc plateada. El ambiente estaba tenso, cada uno de los presentes irradiaba vibraciones de estrés, excepto él. Era el único que disfrutaba de la situación y de lo que estaba a punto de decir—. Cualquier decisión sobre el personal, los proveedores y los contratos existentes será de mi exclusiva competencia durante toda la vigencia del acuerdo.

Me tocó a mí abrir los ojos como platos.

El abogado de la parte contraria hizo tintinear la cucharilla contra la taza después de remover el café.

—Durante toda la duración del contrato y más allá, si consideramos el bonus.

—¿Qué bonus? —El hombre de confianza de Caleb extendió el brazo, flexionando los dedos para que le dieran la hoja de proyecciones.

—Exige un dieciséis por ciento más si logra alcanzar el objetivo de facturación en un plazo de diez meses.

—¿Dieciséis? ¿Es una broma?

Mr. Baker apoyó la Montblanc sobre la mesa y se recostó en el respaldo: nada de bromas, hablaba completamente en serio. Y cuanto más me acercaba a él, más me temblaban las manos.

El buitre número dos dejó el vaso de agua sobre la mesa, prácticamente estampándolo.

—¿Y el riesgo que asume mi cliente? ¿Dónde lo ponemos? —Se inclinó hasta presionar su estómago contra la mesa—. No están considerando que, en caso de no alcanzar los objetivos de facturación en el plazo establecido de diez meses, la participación del treinta y cinco por ciento volverá a estar a plena disposición del señor Montgomery al cincuenta por ciento del precio pagado, mientras que el bono del dieciséis por ciento se cancelará automáticamente.

—De algún modo tengo que salvaguardar mi propiedad —se defendió Caleb.

—Claro —convino el abogado—. Y nosotros hemos cedido en ese punto para ofrecerle un buen incentivo para llegar a un acuerdo rápido. Porque, verá, de esta manera usted gana en cualquier caso, mientras que Mr. Baker solo gana si consigue hacer que las cosas funcionen.

Hice la suma mentalmente, moviendo los labios y susurrando en forma muda el resultado: *“Cincuenta y uno por ciento”*.

Treinta y cinco más dieciséis sumaban cincuenta y uno.

En ese caso, no solo ganaría, habría apostado todas sus fichas, obteniendo la mayoría del Caribbean a un precio ridículo. Ese hombre no hacía negocios, ese hombre jugaba a la ruleta rusa.

Al servirle el ginseng al contable, eché un vistazo a los papeles. ¡Madre mía, cuántos ceros...! ¿De verdad William tenía todo ese dinero? ¿Y no

andaba por ahí con una escolta armada?

Tal vez lo había subestimado.

—¿Realmente está dispuesto a arriesgar tanto? —preguntó el abogado de Caleb, movido por la curiosidad—. Justo ahora que está construyendo su propio resort. No lo entiendo, de verdad. Recogió los papeles y los dejó caer de nuevo sobre la mesa—. Y nunca he visto una propuesta así en toda mi vida.

Todos estábamos muy interesados en la respuesta.

Mr. Baker apretó la mandíbula, indeciso sobre si compartir con los presentes lo que estaba pensando. Finalmente, lo expresó con una sinceridad desarmante.

—Aprendí pronto que quien tiene miedo de perder, ya ha perdido. Fue la primera lección que me dio mi padre... aunque no era la que él pretendía enseñarme.

El silencio se rompió solo con el leve “tin” del platillo de la taza de ginseng que dejé sobre la mesa, frente al contable. Fue suficiente para que la mirada de William se posara en mi muñeca y subiera lentamente por mi brazo.

—Digamos que tengo una debilidad por las causas perdidas... siempre que tengan el potencial adecuado.

Al llegar a mi rostro, sus ojos se aferraron a los míos, y yo caí en ellos. Oh, no, mis mejillas estaban empezando a arder. Otra vez.

—Llamadlo vicio —continuó—. No puedo resistirme cuando veo algo valioso en manos de alguien que no sabe apreciarlo. Eso hace que, donde muchos ven un riesgo, yo vea una oportunidad.

Y yo, en cambio, veía un desastre total.

Solo me quedaba un café. Un simple café, negro, puro, amargo. Se lo entregué conteniendo la respiración, para mantener el equilibrio y no liarla.

Al inclinarme junto a él, su perfume me abofeteó las sinapsis. Me sentí casi mareada, pero aun así conseguí dejar la taza junto a su Montblanc.

—Valiente, por su parte. —Montgomery pareció admirado—. Hubo un tiempo en el que probablemente habría compartido tu visión, pero ahora estoy cansado y solo busco cartas ganadoras. —Se volvió hacia su hombre de confianza—. ¿Qué opinas, Philip?

El hombre que parecía más hostil a la propuesta cruzó los brazos sobre el pecho.

—Opino que el aquí presente Mr. Baker me parece un jugador agresivo, que no duda en ir a por todas cuando se trata de su propio beneficio. La persona que necesitas, porque su beneficio también será el tuyo.

—¿Y la cláusula por causas de fuerza mayor?

El otro se encogió de hombros.

—Si un huracán arrasa este lugar, que no cumpla con los objetivos trimestrales será el menor de tus problemas.

Caleb asintió, confirmando lo que ya estaba pensando. Se inclinó hacia su abogado, con el cual intercambió unos susurros rápidos. Después se levantó, se arregló la chaqueta y extendió la mano.

—Bienvenido a bordo, Mr. Baker. Confío en usted para que este barco tenga un destino distinto al del Titanic, y llegue a algún lado.

William también se levantó.

—El Titanic era insumergible. El Caribbean Bay Cove solo está a la deriva. Y eso es un problema mucho más fácil de resolver.

Le agarró la mano y su apretón fue firme, sellando el acuerdo entre caballeros incluso antes de que se plasmara en papel.

Estaba hecho. Los rostros de los presentes se relajaron, me pidieron vasos de agua que se vaciaron de un trago. Sonrieron e intercambiaron bromas, mientras firmaban páginas y más páginas, pasándoselas de mano en mano bajo el atento control de los abogados. Uno de ellos también fijó una cita con el notario.

Era surrealista, no podía creer que estuviera pasando de verdad. Y mira que se lo había dicho, incluso le había suplicado que se mantuviera alejado del Caribbean. ¿Y él qué hacía? Pues, se lo compraba, nada menos.

Recogí las tacitas con la urgencia de quien necesita ir corriendo a contárselo a Haley y a Nick, aunque ni gritárselo a los cuatro vientos haría que aquella realidad resultase más fácil de aceptar.

El contable se estaba abotonando la chaqueta y guardando los documentos en el maletín; la reunión llegaba a su fin.

Empujé el carrito hacia la salida.

—¿Señorita? —me llamó Mr. Baker.

Me congelé en el umbral. Se había dirigido a mí con voz profesional, distante, como si nunca antes me hubiera visto.

—¿Me trae una tónica, por favor?

Asentí sin darme la vuelta y salí tan rápido como pude. La rabia empezaba a subirme poco a poco, ocupando el lugar de la sorpresa inicial.

Cuando volví, pocos minutos después, los demás se habían marchado. William estaba de pie en el extremo opuesto de la mesa, con las manos apoyadas en el respaldo de una silla y la mirada fija en los papeles esparcidos frente a él.

Entré. La puerta se cerró a mis espaldas con un *clic* que resonó como un disparo en el silencio.

Estábamos solos.

Capítulo 4



Sintiendo el latido de mi corazón en la garganta, me quedé allí, de pie, con un vaso de tónica en la mano. Se había quitado la chaqueta y la había colgado en la silla: parecía aún más poderoso, aún más autoritario que la última vez que lo había visto.

Tragué con fuerza el sabor amargo de mi rabia.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Un negocio de esa magnitud no se cerraba en una semana. En nuestra última llamada, él ya debía haber iniciado las negociaciones—. Ya lo sabías, ¿verdad?

Su silencio fue la confirmación.

No se movió, salvo para pasar la página de una carpeta.

Yo tampoco me moví. En lugar de servirle su agua tónica, bebí un sorbo para aliviar la tensión en la garganta. Y para fastidiarlo.

—No era tan difícil, ¿sabes? “*Ah, pequeña, casi lo olvido: estoy a punto de comprar el Caribbean y convertirme en tu jefe, en el de tus amigos y en el de tu maldito trabajo.*” ¿Tanto te costaba?

William pasó otra página sin dedicarme siquiera una mirada.

—¡Háblame, maldita sea! ¿O piensas ignorarme todo el tiempo? — Pensándolo bien, podía ser una solución: bastaría con que nos comportásemos como completos desconocidos. Solo necesitaba operar mi corazón e implantarme un cacharro que hiciera que dejase de volverse loco en su presencia.

El bolígrafo hizo un clic bajo la presión de su pulgar; lo usó para marcar la página.

—Solo estoy esperando a que cambies de actitud —dijo, con el mismo tono que se usa para las previsiones del tiempo—. Sabes que me gustan las chicas buenas y educadas.

—Nunca fui buena. —Chantajeable, eso sí que lo había sido, pero pensaba que ya habíamos superado esa fase. Que había nacido una especie de amistad—. Solo te pedí una cosa. Solo una.

“No vuelvas...”

—¿Ah, sí? —Después de pasar la última página, por fin alzó la vista—. Si mal no recuerdo, diste una orden, no hiciste una petición. Lo que no recuerdo, en cambio, es cuándo he recibido órdenes tuyas jamás. —Se acercó al ventanal interior y empezó a girar la varilla para cerrar la primera cortina—. *Tú* recibes órdenes mías. Quizá te has confundido un poco por mi ausencia, pero no te preocupes: estaré encantado de volvértelo a explicar todo desde el principio.

—Esta es mi casa. Es mi vida, no uno de tus jueguecitos sexuales. —Apreté con fuerza el vaso helado, desmoronándome un poco por dentro. Le había rogado y él me había ignorado, porque le encantaba estar en la posición de dominar a la gente. A mí la primera, por lo visto—. ¿Cómo has podido?

—¿Cómo he podido hacer qué, exactamente? —Pasó a la siguiente cortina—. ¿Aprovechar una oportunidad de negocio que solo se da una vez? —Continuó con otra cortina, siguiendo con el proceso de aislarnos del exterior—. ¿O acaso crees que he gastado millones de dólares solo para atormentarte?

—Sé que ante todo eres un hombre de negocios, pero quiero oírtelo decir. Si de verdad se trata solo de negocios, dime que no vas a aprovecharte de tu posición... ni de todas las cosas que te he dicho por teléfono.

Una esperanza ridícula, teniendo en cuenta que ya presentía sus intenciones en el aire, en su mirada y en cada uno de sus movimientos, tan intensos como su perfume.

—Pobre y pequeña Cassie. —Llegó hasta la puerta de cristal esmerilado y la cerró con llave—. Tan asustada de sus propias fantasías que se olvida de con quién está hablando. —Se aflojó la corbata mientras avanzaba—. Te hice una promesa esa noche.

—Solo eran palabras. No lo decías en serio —exhalé, respirando por la boca para mitigar la oleada de su embriagadora *eau de toilette*. Con otro paso hacia atrás, intenté poner más distancia entre nosotros.

—Te prometí que, si volvíamos a vernos, te daría exactamente lo que me describiste —dijo, esbozando una sonrisa apenas perceptible—. Y que lo haría a mi manera.

Había algo distinto en él, una agresividad nueva. La última vez que lo vi, jugaba en terreno ajeno; ahora, en cambio, tenía la seguridad de quien se sabe en casa. No se comportaba como si fuera el dueño: él *era* el maldito dueño.

—No esperaba que me dieras la enhorabuena, pero sí una acogida un poco mejor, si he de ser sincero. —Metió una mano en el bolsillo—. Ven aquí y sírreme esa tónica. Ahora mismo.

Sométete, era la petición implícita.

—¿Esta tónica? —Alcé el vaso, mostrándoselo. Luego levanté la barbilla en un gesto desafiante y me bebí todo el contenido a grandes tragos.

Cerré la boca a tiempo para evitar un eructo poco elegante por la cantidad de líquido con gas que me había tragado de un solo sorbo.

—¡No puedes poseerme solo porque has comprado el resort!

Golpeé el vaso contra la mesa, sobresaltándome a mí misma. Fue una suerte que el cristal no se hiciera añicos.

Él pareció querer sonreír, pero luego decidió que merecía un trato más firme.

—Ya te he poseído sin necesidad de comprar el resort. Piensa lo fácil que es ahora: ni siquiera necesito pasar por dirección para tomar cualquier medida que desee tomar contra ti.

Culpé al gas de las burbujas por ese picor en la base del tabique nasal que me llegó hasta los ojos.

—Puedo encontrar otro trabajo. —Soné patética incluso para mis propios oídos.

—Tú no quieres otro trabajo —replicó, falsamente comprensivo—. Y aunque lo quisieras, con lo que sé de ti, puedo hacerte el vacío a tu alrededor —terminó, cruelmente, mientras se acercaba.

—Hijo de puta... —Casi tropecé, arrastrando los pies hacia atrás, impulsada por el puro instinto de autoconservación. Agarré el respaldo de

una silla, apartándola de debajo de la mesa para ponerla entre nosotros y frenar su avance—. No tienes derecho.

—Tengo el poder, y eso es lo que importa. —Me recorrió con su mirada verde pantano, desde el escote de la blusa blanca hasta las caderas ceñidas por la falda tubo negra de mi uniforme—. Harás exactamente lo que te diga. *Todo*. Cualquier cosa que me plazca.

—¿Me estás chantajeando? ¿Otra vez? —Al parpadear, la primera lágrima cayó implacable.

—Te estoy diciendo, con mucha paciencia, cómo están las cosas. Yo no me retracto, pequeña ladrona. ¿Quieres conservar tu puesto de trabajo? Ya sabes lo que implica. —De eso no estaba demasiado segura, él no me había confiado sus verdaderos excesos ni sus verdaderos límites... siempre que los tuviera—. Tus fantasías están a punto de convertirse en realidad: lo único que puedes hacer es agradecerme. Y obedecer. —Apartó la silla, que se deslizó sobre las ruedas y terminó estrellándose contra la pared.

Moví otra, más pesada, la de la cabecera de la mesa, con su chaqueta colgada. Me detuve frente a ella un poco demasiado, aferrándome a los hombros de la prenda. Así estaba yo: bastaba con que esa chaqueta fuera suya para que mis manos se quedaran pegadas. ¡Cuántas veces había soñado con volver a verlo! Pero no era de esta manera como hubiera querido que ocurriera.

—Basta. Quédate ahí, niña. —Levantó una mano, usando ese apodo que evocaba momentos íntimos, intensos, solo nuestros.

Observé a mi alrededor: los cristales oscurecidos por las cortinas, la pantalla que proyectaba en bucle las imágenes del anuncio. Me centré en la puerta, cerrada por dentro, con la llave aún en la cerradura.

—Cassie. Quédate quieta ahí, he dicho —Impartió la orden con toda la severidad que sabía imprimir a su voz.

Y lo hice, maldita sea, me detuve, dejando que ese timbre hipnotizante me recorriera el cuerpo. Un pequeño sollozo me oprimió la garganta. No recordaba que la emoción fuera tan ensordecedora como para amortiguar todo lo que venía desde fuera. Todo, excepto él, porque él, su voz, perforaba el espacio y mis oídos, como si ya estuviera dentro de mí.

—Bien hecho, niña. De nada sirve luchar. —Tiró de la butaca con firmeza, quitándomela de las manos—. Te guste o no, solo hay un resultado

posible para esta ecuación. Y la impotencia, que ahora tanto te asusta, te servirá de estímulo.

La corbata le colgaba sobre el pecho, floja y torcida; por lo demás, exudaba arrogancia por cada poro, como un jugador que acababa de ganar una gran partida. Y así era.

—Dios mío, cuánto disfrutas en el papel de hombre prepotente. ¿Tienes algo que compensar, *Mr. Baker*? —Ya lo veía completamente borroso por las lágrimas y me sentía agradecida por ese velo de debilidad que me impedía ver su expresión, a pesar de que sabía que no se dejaría ablandar—. ¿Tal vez una falta de atención?

—Puede que sí. —Me agarró la muñeca, acercándose más—. ¿Estás lista para dármele tú, chiquilla?

—No. No del tipo que ansias tú.

—Que ansiamos nosotros. —Me secó un pómulo pasándome el pulgar por él. Estuve a punto de posar toda la mejilla en su palma, entrecerrando los ojos.

—Tenía una defensa: mi distancia contigo. Y tú me la quitaste. —Lo miré con un desprecio desesperado. Las confidencias, la amistad, ese simple placer de oír su voz, los tenues ruidos de sus movimientos al otro lado del teléfono... sentí que se volvían todos en mi contra—. Te detesto tanto ahora.

—No. —Avanzó, obligándome a retroceder hacia la mesa—. Tú me deseas, anhelas lo que puedo darte. Miéntete a ti misma todo lo que quieras. A mí no, yo no me lo trago. —El borde de la mesa se clavó en mis nalgas—. He aprendido un par de cositas sobre ti; entre tus muslos primero, y durante nuestras llamadas nocturnas, después.

—Por favor, William, deja que me marche —le supliqué, posando una mano sobre su corazón para intentar apelar a él—. Solo déjame hacer mi trabajo en paz.

Él apretó más mi muñeca y me atrapó la nuca con la mano derecha, metiendo los dedos entre mi pelo, para deshacer el moño.

—“Decirle que no, solo para ser abatida por su fuerza... Sabiendo que es capaz de herirme y darme placer con igual intensidad... Que incluso llegará a abrumarme, hasta las lágrimas, con su manera implacable de ser”. Corrígeme, si me salto una palabra. —Dios mío, se había grabado mis frases en la mente. Su memoria excepcional utilizada a su favor y en mi contra—. Solo soy quien te escucha por las noches, pequeña. Realmente

presto atención a tus palabras y a tus suspiros. Por lo que debería quedarte claro que cuantos más “no” me digas, más implacable seré.

Al verlo acercarse cada vez más, me paralicé.

Aquel encantador de serpientes posó sus labios sobre los míos. Y su magia negra surtió efecto, porque no había nada que deseara más que volver a sentir su beso. Lo había esperado y anhelado, sabiendo que era inevitable, incluso en los momentos en que trataba de resistirme.

Cerré los párpados, me puse de puntillas y estiré los brazos para rodearle el cuello.

Sabía tanto a hombre. La solidez de los músculos bajo la tela refinada, la sombra de barba áspera, la seguridad de sus gestos... Estaba jodida. Y esa era precisamente la razón por la que le había suplicado que no volviera.

Me aparté de él, sintiendo un hormigueo en los labios, todavía atrapada contra la mesa. Me tomó unos instantes recuperar el aliento, decidida a no dejarme engañar como una fulana que pierde sus facultades mentales por un beso.

—Si me escuchaste, también debiste haber oído la parte en la que te decía que quiero ser... —Los golpes en la puerta me interrumpieron, pero no me impidieron terminar la frase—: Libre.

—Estoy ocupado. —William alzó la voz, manteniendo sus ojos fijos en los míos.

—Mr. Baker, disculpe. —Era una voz femenina, algo vacilante y algo deferente—. Mr. Montgomery me ha comunicado sobre el cambio de dirección. Dice que le avise de que se marcha, y que los botones dejarán libre el ático por la tarde. —Por lo que yo sabía, el ático en lo más alto del complejo central era el apartamento más lujoso de todo el resort, residencia de Mr. Montgomery en años pasados.

—Bien. Me trasladaré mañana.

—Sí, señor. ¿Puedo preguntarle solo...?

—No quiero que me molesten ahora. —Sacó una horquilla de mi cabello, dejando que un mechón cayera a un lado de mi cara—. Esta tarde podrá hacerme todas las preguntas que desee. —Otra horquilla, murmurando además—: Y yo también le haré muchas a usted.

La pobrecita, despachada con frialdad, no pudo más que despedirse.

—Sí, señor.

—“*Sí, señor*” —la imitó—. ¿Es posible que solo para ti sea tan difícil decirlo? Deberías tomar su ejemplo.

—O podrías dirigirte directamente a ella, y tumbarla a ella sobre esta mesa —le propuse, aunque detestara tan solo la idea de que eso sucediera—. ¿Al menos has oído lo que te he dicho?

¡Quiero ser libre! ¿Por qué no lo entiendes?

—Eres libre... de ser mía.

—¿Qué libertad es esa, si no tengo ninguna elección?

—Te equivocas. Siempre puedes rechazarlo e irte, muy lejos, a un lugar donde mi influencia no pueda llegar. Como ves, tienes una opción. —Se apartó, dándome un respiro—. Los mártires de la historia nos enseñan que, incluso en las peores prisiones, siempre hay algo que podemos elegir.

—No hablas en serio. —Arrugué la nariz, sacudiendo la cabeza—. No me despedirías. Nunca lo harías.

Sonrió, inclinando un poco la cabeza hacia un lado.

—Ah, pequeña... —me compadeció, antes de dirigirse a la consola bajo el cuadro más grande, donde levantó el auricular—. ¿Sabes cómo funciona esto? ¿Puede que sea el interno uno? Ah, no, hay una etiqueta con la lista. —La recorrió con su dedo—. Botón tres: dirección.

Lo pulsó y esperó a que alguien le respondiera, ante mi mirada atónita.

—Sí, soy Mr. Baker... ¿Ah, es usted de nuevo? Bien, me gustaría que preparara los documentos para un despido... No, no hace falta el responsable de personal, bastará con informarle una vez que todo esté hecho, para que encuentre un reemplazo.

Hablaba en serio. *Siempre* hablaba en serio, sobre todo las cosas más descabelladas.

Me vi a mí misma, sola, lejos, mientras en el Caribbean la vida seguía sin mí. Mis amigos frente a una hoguera en la playa. Y él, William Baker, entre las piernas de una chica, quizás una de sus nuevas empleadas, intimidada y frágil, que podría haber sido yo. Pero yo no era yo, porque había sido demasiado cobarde.

—¡No! —Corrí hacia él. Agarré el auricular poniendo mi mano sobre la suya para apartárselo del oído. También tapé el micrófono.

—Acepto —afirmé, decretando mi derrota. Y fue extraño, porque de mi rostro caía un torrente de lágrimas, pero en algún lugar dentro de mí, lejos

del cerebro y cerca del vientre, también me sentía aliviada. Negarme habría significado perder demasiado—. Haré todo lo que quieras.

Él asintió y esperó a que mis manos se apartaran del teléfono.

—¿Mr. Baker? —se oyó—. ¿Sigue ahí?

—Sí. Acabo de recibir la información que necesitaba. Dejémoslo por ahora. Gracias. —Colgó.

Era suya. Dependería de él, hasta que se cansara de mí. Solo en ese momento sentí sobre mí todo el peso de la fatiga de mi batalla interior.

Él sacó un pañuelo de su bolsillo y me lo entregó. Tenía sus iniciales bordadas, como el que había intentado robarle aquella fatídica noche.

—Esta vez puedes quedártelo.

No podía sonarme la nariz con algo así, solo me sequé el rostro que comenzaba a picar por la sal de las lágrimas.

—Puedes seguir haciendo tu trabajo, pero, a partir de ahora, cuando yo llame, vendrás corriendo a mí. —Volvió a la mesa a recoger sus papeles. Los apiló alineándolos con pequeños golpecitos en la base—. Y cuando estemos en la misma habitación, no habrá excusas con las que puedas echarte atrás.

Bajé la mirada. Me llevaría un tiempo acostumbrarme a no tener otra opción. O, mejor dicho, a elegir cada vez obedecer, tal y como lo veía él.

—No he oído. ¿Cómo se dice?

—Sí, Will...

Él se aclaró la garganta.

Me mordí el interior de la mejilla.

—...Señor.

Nuestros veinte años de diferencia se hicieron notar. Y, en secreto, me gustó. Al fin y al cabo, estaba en mi naturaleza excitarme por cosas así, ya fuera porque yo lo hubiera elegido o no.

—Excelente. —Tras apilar los documentos a un lado, dio una palmada en la superficie despejada—. Siéntate aquí.

Me moví, arrugando el pañuelo en el puño. William cerró las manos sobre mis caderas, ayudándome con el pequeño salto que di para sentarme en la mesa. Me levantó la barbilla con dos dedos.

—Fuera ese puchero. Tenemos mucho que celebrar.

—¿Quieres que finja mis emociones contigo?

—Eso nunca, pequeña. Solo quiero que te dejes llevar y me... *nos* des una oportunidad. Podemos divertirnos mucho juntos. —Me subió la falda ajustada, para separarme las rodillas y meterse en medio. Yo era un caos de ojos hinchados, labios tumefactos, cabello revuelto y respiración entrecortada.

Su dedo índice se deslizó por el escote de la blusa, tiró de mí y me atrajo hacia él.

—Entrégate a mí, niña.

Abrí la boca para recibir su beso, pero él lo esquivó y acabó besándome en el lóbulo. Sentí sus dientes chocar contra mi pendiente, mientras jugaba con él. Bajó hasta mi garganta, donde me dio un pequeño mordisco y mi cabeza se ladeó, ofreciéndole el cuello, mientras apoyaba las manos atrás para sostenerme.

Inspiró profundamente sobre mi piel, junto al nacimiento del cabello.

—Eres como aire fresco. Tan limpia... que resulta difícil creer que también puedas ser tan espabilada y viciosa.

—Estoy sucia, de hecho. —Gemí, aunque solo fuera por la tela de sus pantalones que se frotaba en el interior de mis muslos. Los apreté para aumentar la fricción—. Y contigo me estoy volviendo aún más sucia.

—Lo intentaré, al menos. Pero apuesto a que puedo sumergirte en una bañera de suciedad y obscenidad, y sacarte de todas formas limpia. —Esta vez las lágrimas me subieron a los ojos por lo que él era capaz de ver en mí, y yo ya no. Qué condenadamente bueno había sido para tocarme en lo más profundo, con un elogio que asustaba casi más que la amenaza que lo acompañaba.

Suciedad y obscenidad.

—¿Qué...?

Me agarró de una pierna y me arrastró con fuerza hasta el borde de la mesa, contra su ingle.

Perdí el pañuelo, y mis manos resbalaron sobre la superficie brillante. Me aferré a él y cerré los ojos, apoyando la cabeza en su hombro, con un sollozo aún atascado en la garganta.

—¿Qué quieres hacer conmigo, William? —jadeé, con el corazón acelerado.

Metió la mano bajo mi falda, subiendo por la tierna carne de los muslos con las yemas de los dedos.

—Quiero hacer cosas que se graben en tu cabeza hasta el punto que puedas recordarlas a los cien años. Para que puedas decir, con una sonrisa y un mohín: “*yo he vivido, yo recuerdo ese día en que sucedió*”. —Me apartó las bragas a un lado—. “*Recuerdo cada maldito día pasado con William Baker.*” —Empujó, me penetró con dedos fríos y severos, haciéndome sobresaltar—. Te haré cosas que nos alarguen la vida.

Apoyé la frente en su camisa, apretando los ojos con fuerza. Estaba segura de que tenía las mejillas ardiendo y los labios entreabiertos, todos temblorosos.

—Tú... me... asustas, William Baker.

—Abre más las piernas —ordenó—. Siempre debes abrir bien los muslos cuando meto las manos bajo tu falda.

Lo intenté, haciendo fuerza sobre la falda fruncida a la altura de las caderas, dándole mejor acceso para empujar más a fondo.

—Mmh... —me quejé en voz baja.

Él me besó en la cabeza y me acarició la espalda.

—¿Te acuerdas de lo que te dije la primera vez?

—Sí. —Supe al instante a qué se refería, como si estuviera perfectamente sintonizada en la frecuencia de sus pensamientos—. Dijiste: “*Voy a hacer que te guste, nena*”.

—Exacto. Y así será. —Subió por mi espalda hasta mi nuca, tomó mis cabellos y tiró de mí hacia atrás—. Abajo.

Fue una caída lenta, su calor me abandonó por delante, intercambiado por la dura superficie de la mesa detrás.

—¿Todavía tomas la píldora?

Parpadeé, deslumbrada por la luz del foco en el techo.

—Sí.

—Bien, no quiero nada entre tú y mi polla. —Se inclinó sobre mí, sosteniéndose con una mano junto a mi hombro, y manteniendo dos dedos de la otra bien metidos en mi intimidad—. Y olvídate de tener sexo sin mi consentimiento, o de salir con surfistas guays que tienen sexo “*agradable*”.

Adiós a Jackson y a los abdominales esculpidos. Bueno, a esos no, esos los habría tenido de todos modos, si Mr. Baker me hubiera dado acceso a ellos. Tal vez no tan evidentes como los de Jackson, pero habría compensado con otro tipo de dureza. Mucho más incisiva.

—No lo habría hecho de todos modos. —Acababa de llegar y me había absorbido hasta los huesos, ¿cómo podía pensar que me iría a buscar a otro? —. Pero eso va para ti también. Dime que no te acostarás con otras personas.

—Decido yo, no tú.

Giré la cabeza de lado, agitando la cadera con un movimiento insuficiente para librarme de sus dedos. Esa era la parte más difícil de ceder ante él: sentirlo dentro, corrompiéndote, incluso cuando dolía.

—Eh. He dicho que decido yo, no que lo haré. Tienes que tener más confianza, jovencita. —Su pulgar se puso a estimular mi clítoris—. Solo hay tres cosas que me importan en este momento: mi nuevo resort, el Caribbean, y mis dos bonus.

Miraba su mano plantada sobre la mesa, la muñeca cubierta por el gran reloj, pero tenía la vista borrosa. Me costaba concentrarme en algo que no fuera el fluir lento e incesante, aún más fluido por la humedad que sentía que se extendía allá abajo. Por eso me llevó más de lo normal procesar sus palabras.

—¿Dos? —Había escuchado mencionar solo un bono, el dieciséis por ciento que recibiría al final de los diez meses—. ¿Y... el otro?

—Tú. Tú eres el bonus que no fue mencionado en el contrato. Cuento con conseguir mi nuevo *resort*, la mayoría del Caribbean, y a mi putita, adiestrada a la perfección para jugar conmigo. —Dobló los dedos en busca de mi punto débil. Mi espalda se arqueó, bajo un impulso de calor que me contrajo el vientre. Mis rodillas se levantaron del borde de la mesa—. Sí, pequeña. Tu coño sabe cómo acogerme: debería haberme dirigido directamente a él desde el principio.

Dicho esto, deslizó los dedos y volvió a colocar mis braguitas en su sitio. Abrí los ojos, acalorada, con descontento.

—¿Qué...?

Él agarró la tela de mi blusa, junto con un pedazo del sujetador, y tiró de mí hacia arriba, enderezando mi espalda.

—Ya no me estabas prestando atención —explicó.

—Sí, lo hacía. Te estaba escuchan...Ah, si quieres castigarme, no necesitas inventarte cosas, hazlo y punto.

—Si quisiera castigarte, habrías sentido dolor, antes que placer. —Mostró el índice y el dedo corazón húmedos—. Limpia.

Mi mirada recorrió de arriba a abajo su rostro y sus dedos.

Él los agitó frente a mí.

—¿O ibas a pedirme algo más?

Si se lo hubiera pedido, me habría masturbado hasta hacerme correr. Quizás. O quizás no. Incluso podría haber vuelto a empezar solo para negármelo de nuevo, nunca se sabía con él. Por si acaso, lo que hice fue coger su pañuelo y secarle los dedos.

—Puedes irte.

—¿Dónde? —pregunté sin pensar, como si no hubiera ningún otro lugar más sensato en el que estar.

William sonrió por mi espontaneidad, un tanto infantil.

—Donde quieras, a hacer lo que quieras o lo que debas. No soy un carcelero.

Fruncí el ceño, saltando para ponerme de pie. Estaba segura de que me habría follado en esa mesa. También su polla lo estaba, viendo el modo en que todavía abultaba la tela de sus pantalones.

Él, sin embargo, ignorándola, me subió la blusa y me la ajustó sobre los hombros.

—Mantén el teléfono siempre a mano, y asegúrate de recibir mis llamadas incluso cuando esté en modo silencioso.

Asentí, bajándome la falda.

—¿Mejor? —preguntó, poniéndome en la cabeza una horquilla que había recuperado de la mesa. En ella encajó un mechón de con descaro—. ¿Estás más tranquila ahora?

—Sí... No. Estoy aturdida.

—Te acostumbrarás. —Continuó su trabajo para dejarme presentable. Su pulgar frotó bajo mi ojo, limpiando una mancha de rímel.

—Supongo que sí. —Levanté la cabeza, mirándolo indefensa, con los ojos muy abiertos—. Si hubiera imaginado todo esto...

—¿No me habrías respondido al teléfono?

—Lo habría hecho de todas formas. —Torcí la boca hacia un lado, completamente consciente de lo mojadas que estaban mis bragas—. No me habría resistido.

Leí en su rostro lo complacido que estaba con mi respuesta. Satisfecho, levantó un maletín de cuero, lo puso sobre la mesa, y comenzó a llenarlo con documentos.

—Cada vez que expresamos un deseo sincero en voz alta, sentamos las bases para que se haga realidad. ¿Lo sabías?

—No. —Pero me resonó: lo que estaba sucediendo había sido puesto en marcha por mis palabras, sin duda.

—¿Qué deseas ahora de la vida? Intenta decirlo.

—Deseo... —ser libre, tener dinero, talento, un expediente limpio, una casa junto al mar. Se me ocurrieron un montón de cosas, pero debía elegir el deseo más intenso y visceral.

Su teléfono móvil empezó a sonar. Lo cogió y contestó, haciendo un gesto circular con el dedo para indicarme que nos veríamos más tarde.

Así me dirigí hacia la salida, recogiendo el vaso vacío y susurrando mi respuesta.

—A ti.

La respuesta sigue siendo “a ti”, maldita sea.

Capítulo 5



La noticia se estaba extendiendo por todo el complejo. Todo el mundo se preguntaba qué cambiaría con el nuevo accionista, y muchos se lanzaban a hacer búsquedas disparatadas por internet para averiguar qué tipo de persona era, con la esperanza de encontrárselo por ahí.

Sin embargo, se rumoreaba que el misterioso hombre se había encerrado en las oficinas de administración para desentrañar los engranajes del Caribbean Bay Cove, provocando que las impresoras y los ordenadores echasen humo.

Mientras tanto, Josh, Liam y algunos botones vaciaban el ático de las pertenencias de Mr. Montgomery.

Por mi parte, al terminar mi turno de la noche en el restaurante, me fui directamente a mi habitación.

Cuando Haley salió de la ducha y me encontró sentada en la cama con la orquídea de la señora Kendricks en el regazo, mordisqueándome una uña, enseguida se dio cuenta de que algo raro me pasaba.

—Son plantas delicadas —observó mientras cruzaba la habitación—, pero no creo que haga falta acunarlas, ¿sabes?

—Se supone que debería ayudarme a respirar mejor. —Sin embargo, no estaba sirviendo de mucho. Seguía sintiendo los pulmones oprimidos.

—¿Qué tienes? ¿Ha ocurrido algo?

—No, nada... grave. Pero tengo que contarte algo.

—Oh, qué bien, ¿un cotilleo? Cuéntamelo todo. —Se frotó el pelo con la toalla y cogió su cepillo favorito—. ¿Me puedes desenredar los nudos mientras me lo cuentas?

Ambas teníamos el pelo largo y oscuro, pero el suyo tendía a enredarse más que el mío. Le encantaba que se lo peinaran, decía que le recordaba a cuando era niña.

Abrí las piernas y la invité a sentarse en medio. Ella se acercó encantada y me pasó el cepillo.

—Dispara.

—Bueno, ¿te acuerdas del tipo misterioso, con esa estela de perfume, con el que me acosté el año pasado? —Recogí su melena.

—¿El buenorro? ¡Claro que me acuerdo!

Tomé un mechón y lo sujeté con fuerza, mientras pasaba el cepillo por las puntas.

—Bueno... él es el nuevo accionista.

—¡No!

—Sí.

Se giró y el mechón se me resbaló de la mano.

—¡No! —insistió con más énfasis.

—¡Te digo que sí!

—¿Estás realmente segura?

—Lo vi hoy. —Y también lo había sentido, en todo el cuerpo.

—¡Oh, Dios mío! —Se levantó—. ¿Y qué te dijo?

Me quedé con el cepillo suspendido en el aire, intentando encontrar la mejor forma de explicar mi precaria situación.

—¿Como que... soy... suya?

Ya me estaba preparando para las críticas.

—¿Suya en qué sentido? ¿Quieres decir su empleada?

—No. O sea, también... pero no solo.

—Ah, bueno, un poco arrogante el tipo. —Si hubiera conocido toda la historia, mi efervescente amiga habría usado epítetos mucho más coloridos. Probablemente también me habría dedicado alguno a mí, teniendo en cuenta las muchas razones por las que había acabado en esa situación, desde mi cleptomanía hasta mis tendencias masoquistas.

—¿Y a ti te parece bien? —me preguntó—. ¿No es un poco demasiado mayor para ti?

—Los dos somos adultos, Haley. Y yo no soy una cría enamorada de su dinero. —Su dinero era uno de sus atractivos, sería hipócrita negarlo, pero estaba al final de la lista. Digamos que un “plus”.

—¿Te sigue gustando, entonces?

—Más que antes —admití con un suspiro.

Me quitó el cepillo de las manos y comenzó a desenredarse el pelo ella misma, con bastante determinación.

—Ten cuidado, que no se aproveche de ti solo porque es tu jefe. ¿Has puesto límites?

¡Eh! Claro que sí. Límites...imaginarios.

—Estamos de acuerdo en que no diremos nada.

—Recibido. Mantendré la boca cerrada. —Se dio unos golpecitos con el cepillo en los labios apretados—. ¿Pero qué tan serio es esto?

—Es algo ocasional. —No lo presentaría como mi novio, era un acuerdo más sexual que sentimental. O, para ser sinceras, un chantaje—. Pero hemos hecho un pacto de “exclusividad”, mientras él esté en el Caribbean.

—¿Exclusividad, eh? Vaya, parece que nuestro nuevo jefe tiene una gran debilidad por ti. ¿No es excitante? ¡Le tienes comiendo de tu mano, baby!

—En realidad, era más bien él quien me tenía a mí en la palma de la suya.

—Sí, bueno, no precisamente...

Sin entender qué pasaba, vino a sentarse a mi lado.

—Cas, ¿se puede saber qué tienes?

Quizá estaba exagerando. Después de todo, ¿qué tan terrible podría ser lo que me pasara, aceptando el chantaje de Mr. Baker? Tal vez solo pretendía follarme como él sabía hacerlo, con alguna que otra nalgada extra: una perspectiva que no estaba nada mal.

—... ¿Y si me enamoro? —Qué tontería, no te puedes enamorar de alguien que te chantajea.

—¿Sería tan terrible? —me preguntó con dulzura.

—No puedo, no de alguien como él. —Volví a coger la orquídea, incapaz de mirar a Haley a los ojos por todo lo que le había estado ocultando, desde siempre.

—Si te enamoras de alguien como él, Cas, haces lo que hacen todos: tocas el cielo con las manos y te preparas para caer.

—¡Ay...! —Si era por eso, ya estaba haciendo las dos cosas al mismo tiempo—. Él está arriba, Haley. Tan arriba comparado conmigo. Sería una

caída brutal.

—Eh, ¿sabes por qué me acuerdo tan bien de él? ¿Aparte de que es un bombón, obviamente, con esa actitud de “*la tengo más grande, pero tú no puedes verla*”? —Me puso una mano sobre la pierna, moviéndola un poco—. Porque en esos días, cuando él andaba por ahí, tú habías abandonado este planeta. Y yo te envidiaba, porque cuando estás así es como vivir en una burbuja; parece que todo te resbala, pero solo porque has salido del mundo de los muggles y has probado la magia. Y “*la magia siempre deja huellas*”, como dice Harry Potter.

Sí, huellas de moratones en la piel, en mi caso. Estaba segura de que pronto tendría algunos.

—Vale, esa magia de la que hablas es dopamina y noradrenalina. Tienes que dejar de leer fantasía juvenil, te estás volviendo demasiado filosófica y romántica. Más bien deberías decirme que follarle al jefe es lo peor del mundo, y explicarme cómo apartarme de él.

—¿Y por qué? —Se levantó de un salto, volviendo a peinarse—. Da igual lo que te diga, y da igual lo que pienses ahora, mañana correrás a él para intentar tocar el cielo otra vez, o para volver a drogarte con esa cosa que has dicho, nora-no-se-qué... para que te follen hasta reventar. ¿Cierto o no?

Hubiera querido decirle que Mr. Baker era un hombre fuera de lo común, que él no era capaz de limitarse a una sana y excitante demostración de virilidad masculina. Ejercía sus manías de control hasta hacerte daño, disfrutando de atraparte en su juego. Algo de lo que me estaba volviendo completamente dependiente.

Estuve a punto de soltar la bomba.

—Cierto —dije en cambio, sin añadir nada más, porque aunque Haley podía parecer infantil comparada conmigo, a veces soltaba algo sabio.

Y yo no quería escuchar cosas inteligentes, cuando seguía haciendo tonterías.

No podía dormir, así que salí de mi habitación. Era la una de la madrugada, mi hora favorita para caminar por los senderos silenciosos, mientras el resort dormía tranquilo. A esa hora se podían descubrir muchas

cosas sobre los pocos individuos que aún estaban despiertos. Generalmente, los más atormentados. Como yo.

Me dirigí al bar principal del resort, deslizándome en silencio entre las piscinas y los pequeños sofás melange, hasta sentarme en un taburete de la larguísima barra, de la cual Nick era el rey indiscutido.

La música estaba apagada y él estaba recogiendo para cerrar. Levantó apenas la mirada, observándome de reojo.

—¿Algo fuerte? —preguntó, aunque siempre le repetía que fuera suave. Debía de tener una cara realmente desencajada. O quizás...

Apoyé ambos brazos sobre la barra del bar.

—Uf... ¿Ya lo sabes?

Se secó dos dedos, echándose el trapo al hombro.

—Dudo que por aquí haya muchos Mr. Baker.

—No me digas que también sabías que estaba a punto de comprar.

Hizo esa sonrisa traviesa, la que reservaba para los clientes que acudían a él con deseos que la recepción no podía satisfacer. Y que desmentía su cara de buen chico, revelando la picardía que había detrás.

Cogió un vaso, empezando a echar dentro cosas que sabía que me gustaban.

—¡Nick! ¡Dímelo! —Con las piernas cruzadas de lado, me incliné hacia adelante, sintiendo en el rostro el calor de una de las velas que decoraban el bar y toda la zona lounge—. ¿Lo sabías hace dos semanas, cuando me llamó?

Me puso el vaso delante, sujetando una rodaja de lima con las pinzas.

—Sabía que había una negociación en marcha por el Caribbean, pero no que él estuviera detrás de todo. —Sumergió la rodaja—. ¿Piensas volver a salir con él?

—¿No debería?

—No lo sé, dímelo tú: ¿hay alguna razón por la que no deberías? —indagó—. ¿Te gusta que haya paridad en todo? ¿O te va el juego duro?

Agarré mi cóctel y bebí todo lo que pude de un solo sorbo, antes de volver a dejarlo de golpe sobre la barra.

—Está bien: ¿qué sabes de él? —El sabor a lima con un toque de ron invadió mi paladar de forma perfectamente equilibrada y sentí un ligero ardor en el estómago.

—Pues, veamos: que es del segundo tipo, al parecer. Solo que a él le gusta estar del lado fuerte, si los cotilleos de Chrystal tienen fundamento.

—Chrystal era la mujer que le había invitado el Mai Tai a William... a través de mí, la primera vez que le había hablado.

—No me atrevo a preguntarte dónde y cómo Miss Douglas te hizo esas confidencias —hablé en voz baja, mientras el último cliente pasaba a mi lado, saludando a Nick con un gesto.

Él se alejó para apagar parte de las luces del bar. Nos quedamos solos, a la luz de las velas y poco más. Aun así, vi su sonrisa al retomar la conversación donde la habíamos dejado.

—En mi defensa, estábamos bastante borrachos aquella noche.

Pensaba que Miss Douglas no habría dirigido ni una mirada a un hombre con una cuenta bancaria por debajo de los siete dígitos, pero por lo visto Nick tenía dones especiales. Entre ellos, el de saber cómo embriagarte sin que te dieras cuenta.

—¿Hiciste beber a Miss Douglas para llevártela a la cama? —Me fingí escandalizada.

—Ah, no. Ella estaba sobria. De hecho, creo que se aprovechó de nosotros. —Y era evidente lo mucho que aquel suceso le había marcado; pobre chico, engañado por una mujer bellísima y muy elegante a la que le encantaba follar. Un momento... ¿había dicho nosotros?

—¿Nosotros? ¿Me estás diciendo que hicisteis un trío? —Ahora sí que tenía toda mi atención—. ¿Con otro tío u otra tía?

—Otro tío. —Su flequillo cayó cubriéndole parte del rostro, como si quisiera esconder algo. ¿Tal vez la identidad del tercero? ¿Lo conocía? Antes de que pudiera preguntárselo, fue él quien me lanzó otra pregunta—: ¿Tienes algo en contra de los tríos?

—Sí —bufé dejando caer el antebrazo sobre la barra— que aún no he participado en ninguno. Eso es lo que tengo en contra. —Con Nick podía permitirme ese tipo de confidencias. En el fondo, era el hombre más experimentado de todo el resort. O al menos lo era antes de que llegara el nuevo jefe.

En cualquier caso, yo creía que para un *ménage à trois* se necesitaban las personas adecuadas, una sintonía poco común, de lo contrario, había muchas papeletas para que todo acabara en un desastre. Y yo todavía no había encontrado a esas personas.

—Tienes veintidós años, me preocuparía lo contrario. No es algo que hagas con el primero que pase —confirmó mi teoría—. Hay gente que lo hace solo por transgresión, sin que haya un verdadero *feeling*, y te aseguro que la diferencia es abismal.

Me pregunté si William había tenido un verdadero *feeling* con su agente inmobiliario y con la mujer sumisa. Sospechaba que para él no era cuestión de *feeling* ni de transgresión, sino simplemente de llevar a la gente al límite.

Al ver que me quedaba callada, Nick captó hacia dónde iban mis pensamientos.

—¿Y bien? Todavía no me has dicho si esa copa es para celebrar o para ahogar penas.

Como única respuesta, me la bebí de un solo trago, vaciando más de medio vaso, porque sin duda ese era el objetivo.

—¿Estás contenta con el nuevo accionista? —insistió.

Así era como Nick descubría las cosas en la oscuridad de la noche, cuando todo parecía oculto: haciéndote hablar entre copa y copa, peor que un peluquero. Por eso había subido la dosis de ron, lo suficiente para darme un primer mareo ligero, sin que el sabor se resintiera.

—Eh no, Nicholas Parker, tú no me psicoanalizarás. —Dejé el resto del cóctel. Me empujé hacia atrás, apoyándome en la barra y salté del taburete—. ¡Ya lo ha hecho Haley esta noche, y ya tengo suficiente!

—Solo estoy preocupado por ti, Cas —repuso con voz alegre.

Me lancé de nuevo hacia la barra.

—¿Quién era el tercero, contigo y Miss Douglas? ¿Lo conozco? —Le di una oportunidad: una confesión a cambio de otra.

Él apoyó el codo, inclinándose como si estuviera a punto de hacer la confesión del siglo.

—¿Quieres distraerte de esos pensamientos que no te dejan dormir? Confíáselos a tu barman de confianza.

Me eché a reír, dando dos pasos hacia atrás.

—Nick, cariño... —Levanté el dedo corazón, me lo llevé a los labios y le lancé un beso con la yema—. Buenas noches.

Hubiera sido inteligente irme a la cama, pero ya he dicho que en esos días andaba escasa de sensatez, ¿verdad?

Mi peregrinaje por los senderos semioscuros del resort me condujo a una de las pocas cabañas que aún tenía las luces encendidas en su interior. La 101. Aquella que mejor conocía y en la que había pasado más tiempo. No había motivo alguno para que un huésped ocasional utilizara dos veces la misma cabaña, pero yo sabía que quien estaba ahí la había ocupado antes. Lo presentía.

Me acerqué y subí los escalones del porche con la llave maestra en la mano. Ni siquiera llevaba el uniforme que me habría permitido inventar una excusa válida para mi intrusión. Tenía un vestidito color crema, suave, ceñido a la cintura por un cordón que fruncía sus pliegues. Lo había cogido al azar del armario y me lo había puesto a toda prisa, antes de salir.

La mano me tembló al girar la llave. Fue el alcohol de Nick lo que me dio el valor para cometer aquel gesto imprudente.

Entré y cerré la puerta detrás de mí, quedándome allí, percibiendo un velo de perfume masculino, corrompido por las notas acres de un cenicero rebosante.

Había acertado: Mr. Baker estaba ahí, perfectamente despierto, en el salón. Con el ordenador abierto frente a él, sobre la mesa de café. Papeles por todas partes, incluso en el suelo: algunos arrugados, otros garabateados. Los restos de su cena yacían abandonados sobre la consola, debajo del espejo. Debió ser una cena frugal. Nada de celebraciones por la gran compra.

Él estaba inmóvil, sentado en el sofá con los codos apoyados sobre las rodillas, el cigarrillo colgando entre los labios y la expresión sombría. Solo había levantado la cabeza al oír la cerradura, esperando ver quién se atrevía a tanto.

Lo vi débil en su fuerza. Me pareció un rey atrincherado en su castillo con su corte; alguien que mantenía todo en pie por fuera, para no derrumbarse por dentro.

—¿Qué vida llevas, William? —murmuré.

Él me escudriñó con la mirada, y por un momento temí que fuera a agredirme verbalmente, con algo malicioso dicho de forma sosegada, incluso señorial. Sin embargo, su mirada volvió hacia sí mismo y hacia el desorden que lo rodeaba.

—Solitaria —farfulló con los labios apretados, haciendo que el cigarrillo bailara entre ellos. Las ojeras oscurecían sus órbitas, su postura había perdido fuerza, curvando esa espalda sólida que siempre parecía un pilar.

No creía que fuera de los que se matan trabajando; pensaba que delegaría mucho más, que podía permitírselo. Pero eso habría supuesto ceder algo de control, y ni hablar de que algo se le escapase a Mr. Baker.

—¿Y te gusta esta vida?

Se quitó el cigarrillo de la boca, expulsando una larga voluta de humo blanco.

—Es la única que me calza, y que no pone en aprietos a quienes podría tener cerca.

Incliné la cabeza de lado, abriendo más los párpados; acababa de soltar una herejía. Él también se dio cuenta, porque añadió:

—Excluyendo a los presentes.

—Ya. Excluyendo a los presentes

—¿Qué haces aquí? —preguntó, sin mostrar el menor rastro de complacencia. Más bien, usó un tono de reproche.

—No lo sé. Mis pies me trajeron hasta aquí. —Como había ocurrido mucho tiempo antes, lo recordé al ver la cama *king-size* al fondo del espacio abierto, más allá de los tres escalones.

—¿Ah, no lo sabes? —Le salía de forma natural: palabras, entonación, gestos, todo calibrado para hacerme sentir diminuta, encerrada en la oscuridad y el calor de su puño—. Debes tener más cuidado con lo que haces. Si te tomas libertades que no te he concedido, tendré que castigarte, niña, para que aprendas a comportarte mejor.

—Como si eso no fuera lo que realmente deseas... —murmuré, apoyándome en la puerta con las manos detrás, en el trasero.

Evité confirmar lo obvio.

—Vamos, ven aquí. —Curvó los dos dedos con el cigarrillo, invitándome a acercarme. Empujó la mesa a un lado, para que pudiera caminar hasta quedar entre sus piernas abiertas.

Avancé despacio, procurando no pisar los papeles. Noté en ellos marcas rojas, signos de interrogación, cifras rodeadas; muchas cosas sobre las que era evidente que tenía algo que objetar.

—¿Tan mal está nuestro resort? —Podía tener miedo de él en muchas cosas, pero si había algo en lo que confiaba, eran sus capacidades

empresariales.

—“*Nuestro*” resort —aceptó ese pronombre posesivo impregnándolo de sarcasmo— está atravesando un momento difícil que determinará si colapsa o renace. Los gastos son muy altos para mantener el nivel y las ganancias están cayendo de manera exponencial desde hace demasiados meses.

Todos coríamos el riesgo de perder el Caribbean y ni siquiera nos habíamos dado cuenta. Nick, Haley, Chris, Hoanko, yo... nos habríamos quedado sin aquello que era más que un trabajo y un hogar para nosotros.

—¿Y qué piensas hacer?

—Aumentar los precios.

—¿Estás de coña? —Fruncí el ceño, deteniéndome entre sus piernas.

Él sonrió por primera vez desde que entré, considerando inútil responderme.

—Sujétalo bien. —Me entregó el cigarrillo, que tomé entre los dedos índice y corazón como una auténtica fumadora, aunque nunca lo hubiera hecho antes. Pero me gustó: me daba el aire de una mujer segura de sí misma.

Sus manos se posaron junto a mis rodillas y empezaron a trepar por mis piernas hasta debajo de la falda. Una tormenta de cosquilleos internos subió por mí con ellas.

Se detuvo en mis nalgas, empujando la goma de las bragas para que se metiera en la raja.

—Tú crees que han sido los pies los que te han traído aquí. Yo, en cambio, sé que son las ganas de ser follada las que lo han hecho. Las mismas que tengo yo de follarte. Debería mandarte a la cama con el culo en llamas y el coño reventado. —Me dio un tirón, acercándose más—. Pero no pasará ahora.

—Si tú lo dices... —Tenía razón: deseaba sentir de nuevo cómo se apropiaba de mí de la manera más concreta. Ahora que la rabia y el miedo se habían diluido con la resignación, me ardía el estómago de tanto que lo quería. Pero él estaba demasiado cansado para disfrutar del primer polvo juntos después de tanto tiempo; lo comprendí sin que lo admitiera.

El humo subía por mi brazo, casi podía sentir el calor de la brasa acumulándose. En un gesto de adolescente rebelde, llevé su cigarrillo a mis labios y di la primera calada de mi vida.

Fue desagradable. Tan pronto como me llegó a la garganta, sentí que me ahogaba y terminé por toserlo todo.

Mr. Baker me quitó el cigarrillo de la mano, aplastándolo en el cenicero, y me ofreció una botellita de agua tónica. Bebí yo y luego bebió él.

—¿Quieres comenzar a fumar? —me interrogó.

—¿Algún inconveniente? —lo desafié, para sondear hasta qué punto pretendía limitar mi libertad.

—Solo sobre el método.

—¿No sobre el momento? —Pasar de no poder follar a no poder ni siquiera fumar era un paso, considerando lo mucho que le gustaba negarme cosas sin motivo.

—Eres adorable cuando te haces la ofendida; me da la oportunidad de sentir perfectamente lo joven que eres, y lo agradable que es para un hombre como yo aprovecharse de ello —expuso con indolencia su peor rasgo, y también el que más me empujaba a sus brazos, o mejor dicho, a sus pies—. Provócame cuanto quieras, no va a cambiar las cosas. Cuando vuelva a darte mi polla, será porque te la habrás ganado. Y hoy no me parece que lo hayas hecho.

—Quién sabe por qué. —Tal vez, si me hubiera invitado a cenar en lugar de comportarse como un tirano, me habría esforzado más en ese sentido. Sentirme atrapada como un conejillo de indias no me había ayudado demasiado—. Solo hoy me di cuenta de lo mucho que había deseado volver a verte. Y, al mismo tiempo, de lo mucho que puedes destruir mi vida.

—Las dos cosas están relacionadas, una depende de la otra. —Si no tuviera ese control sobre mí, no lo habría deseado de la misma manera; eso era lo que quería decir.

Y a la luz de esto, solo pude rogarle con un susurro tembloroso, húmedo por las lágrimas contenidas:

—Enséñame a odiarte, William...

Si lo hubiera odiado, tal vez mi lucha interior habría cesado y habría encontrado la paz.

—Pensaba que ya estaba en el buen camino para eso —bromeó, aunque no del todo.

No me dio tiempo a sonreír, que mis labios se curvaron hacia abajo. Negué con la cabeza, apretando el labio inferior con los dientes.

—No sé qué hacer...

Él me agarró una mano.

—Lo que debes hacer es más sencillo de lo que crees. —Me arrastró hacia abajo.

Tuve que arrodillarme para encontrar una posición cómoda, mientras él se llevaba mi mano al pubis.

—De esto es de lo que te tienes que ocupar. De nada más. —Su polla se estaba hinchando, pero estaba mucho de la dureza que yo recordaba—. Quiero oír un sí, como es debido, putita.

Dios santo, esa palabra. Siempre me causaba un gran impacto ser llamada así; tensaba dentro de mí cuerdas de orgullo y de lujuria desenfrenada a la vez. Abrí más la mano, con la palma pegada a los vaqueros.

—Sí, señor.

Fue en esas palabras, en ese abandono, donde me pareció encontrar inesperadamente un poco de paz.

Sentí que su miembro empujaba y se endurecía aún más. Su cuerpo me deseaba.

William me inmovilizó la cabeza, pasando una mano por mi nuca. Fijó su mirada en mis labios, mientras me acariciaba lentamente el cuero cabelludo con el pulgar. Sus iris se movían inquietos.

—¿Qué pasa? —murmuré.

—Estoy pensando si hacer que me la chupes. Sería la conclusión correcta para este puto día tan ocupado.

—Como tú quieras. —Parpadeé una sola vez, manteniendo mi expresión lo más neutra posible, aunque mi corazón ya había empezado a agitarse desde hacía un rato, cada vez más.

Él lo pensó un instante.

—No... no hoy. Hoy solo quiero el beso de las buenas noches.

Me arrastró para que me sentara a horcajadas sobre él. Acabé en su gran abrazo, con mi cuerpo delgado. El beso fue tranquilo, un juego sensual y perezoso de labios, que disolvió la tensión en el aire y la acumuló en mi bajo vientre. Besarnos se nos daba muy bien, como si hubiéramos pasado meses practicando. Estábamos en sintonía, aunque cada vez tenía un sabor distinto: el de esa noche sabía un poco a tristeza, en su languidez.

Me apoyé contra él, jadeando en su boca, mientras su mano recorría con rudeza mi trasero, presionando con los dedos sobre mis bragas.

Restregué la pelvis contra su ingle con un gemido, dos... tres veces, demostrando la putita en la que me convertía de verdad en sus manos.

Él me dio un fuerte apretón, estrujándome el trasero y presionándome contra su polla. Una vez que el beso se consumió, me soltó. Incluso me empujó hacia atrás.

—Vete a la cama ahora. Mastúrbate y trata de dormir. Mañana será un día ocupado para ti también.

Dudaba que pudiera ser más intenso que el que acababa de vivir. De todos modos, no dejé que me lo repitiera y pasé por encima de él, deslizándome hacia un lado.

—¿Quién te dice que me voy a masturbar?

—Lo dicen tus bragas mojadas. ¿Me equivoco acaso?

Maldito cuerpo traidor.

Me arreglé la falda y apreté los muslos, notando -efectivamente- la humedad con la que se habían empapado mis bragas.

—Siempre tan romántico... —Con la incómoda sensación de haber quedado en el aire, con una conversación interrumpida a la mitad, me despedí—. Bueno, buenas noches.

Al alejarme, pateé sin querer una hoja arrugada y me agaché a recogerla. La giré en mi mano: esa era la suerte que podía correr el Caribbean.

Se me ocurrió una última pregunta, antes de irme.

—William... Mr. Baker —me corregí, pensando mejor a quién dirigir mi petición, con toda la aprensión que había surgido desde esa mañana, en la sala de reuniones—. Salvarás el Caribbean, ¿verdad?

Girando solamente la cabeza, vislumbré su sonrisa diabólica.

—¿Lo dudas? —Se levantó, sacó un cigarrillo de la cajetilla y la volvió a tirar sobre la mesita—. Yo siempre cuido lo que es mío, niña.

Ya fueran cosas o personas, quedó implícito.

Ya.

El problema era el cómo.

Es decir, de la manera menos ortodoxa.

Sin embargo, me sentí realmente tranquila, confiaba en que al menos el Caribbean Bay Cove, en sus manos, volvería a brillar.

Capítulo 6



Después del desayuno, Mr. Baker reunió en la sala de conferencias a todo el personal que no era estrictamente necesario en sus puestos de trabajo. Desde lo alto de la tarima, expuso los problemas del resort, y luego esbozó un discurso motivacional conciso, fiel a su estilo poco dado a los rodeos. Describió lo que esperaba de sus empleados y los cambios que implementaría, a partir del nombramiento de quien sería el nuevo director: él mismo.

Le debió bastar poco para percatarse de nuestro primer fallo: un director de hotel inexistente, siempre de vacaciones. Por ello había decidido ocupar su puesto, al menos de manera provisional.

Introduciría en distintos niveles a algunas personas de su confianza, como el contable que estaba a su lado en la tarima, a quien reconocí como el hombre presente durante la adquisición.

Pero los cambios no se limitaban al personal, también incluían las instalaciones. Haría instalar un sistema de seguridad exhaustivo y eficiente, lo que provocó un murmullo de desaprobación: no era la única que valoraba su privacidad.

Mr. Baker sostuvo que era necesario y nos aseguró que el supervisor actuaría con la máxima discreción. Nos habíamos venido abajo a causa de un asesinato seguido de un secuestro, así que teníamos que restablecer la idea de un lugar seguro, en el que nuestro tipo de clientela, es decir, las personas condenadamente ricas, no temieran ser secuestradas.

En definitiva, el Caribbean tenía que recuperar su prestigio. Anunció que utilizaría un marketing agresivo, pero consideraba que había una sola manera realmente efectiva de restablecer, si no mejorar, la reputación del resort: a través de un huésped de alta categoría e innegable prestigio. Su opinión autorizada sería determinante.

Y, casualmente, Mr. Baker ya tenía uno preparado para la ocasión. Un conocido suyo: el Secretario de Seguridad Nacional de Estados Unidos, Ashton Monroe. Nada menos...

Joder, pensé admirada, se lo había estado guardando en la manga de la chaqueta desde antes del encuentro con Montgomery.

El mismo Ashton Monroe se había encargado del asesinato de Sullivan, colaborando con el FBI y el Departamento de Seguridad Nacional. Recientemente, él mismo había sido objeto de graves amenazas contra su persona. Por lo tanto, ¿quién mejor que él podría refutar los rumores, dando fe de la seguridad del resort?

El hombre perfecto para ese propósito.

Siempre y cuando no corriera la misma suerte que Sullivan justo en una de nuestras cabañas; entonces sí que habría sido el fin. Pero eso, Mr. Baker no lo permitiría.

Sentada en las últimas filas, lo escuchaba a medias, mientras mi mente divagaba, admirada y casi incrédula ante la idea de que aquel hombre, esa potencia de multimillonario de encanto severo, me quisiera precisamente a mí. Al mismo tiempo, cultivaba la certeza de que él lo solucionaría todo.

Ese día estaba de mejor humor, me parecía que había reaccionado de forma exagerada a su nombramiento. Sabía que debía mantener la guardia alta, pero sobreviviría al daño que pudiera hacerme, y estaba segura de que de ello obtendría placer para mis sentidos, incluso cuando me hiriera en el cuerpo y en el orgullo.

Aquella mañana, lo que sentí al despertar fue pura y simple excitación. Hacía mucho tiempo que no me pasaba, así que pensaba disfrutarla. No es que tuviera otra opción.

Al final de su discurso, Mr. Baker anunció que había seleccionado a cinco supervisores para los departamentos esenciales, que responderían únicamente ante él: recepción, alojamiento, gastronomía, actividades deportivas y recreativas, área de bienestar y seguridad balnearia.

Escuché distraídamente los nombres de cada uno de los elegidos.

—...Sophia Marlowe para el área de bienestar y Christopher Harris para la seguridad balnearia. —Me espabilé al oír un sexto nombre, fuera de la lista de responsables—. Cassie Whitmore como mi asistente, por sus competencias en el ámbito lingüístico y legal, además de su experiencia como camarera de sala, y su amplio conocimiento del resort. —Utilizó mis estudios de Derecho —interrumpidos— para respaldar su elección, añadiendo finalmente, guapo como un dios—: Señorita Whitmore, el café me gusta amargo.

Eso provocó una risita generalizada y un buen número de cuchicheos debido a los nombramientos inesperados.

Haley me lanzó unas miradas elocuentes, intuyendo el truco de nuestro nuevo jefe para justificar mi presencia en su despacho, cuando y cuanto le diera la gana. Un secreto a voces que temía no duraría mucho, porque en el Caribbean todos éramos bastante listos.

Mr. Baker acalló el murmullo acercando la boca al micrófono:

—Quiero hablar con los nuevos supervisores en mi despacho, hoy mismo. Tened el móvil a mano para estar localizables: recibiréis un mensaje con la hora. Para todos los demás: quiero que recordéis una sola cosa. Desde el momento en que Ashton Monroe pise Gran Caimán, será vuestro Jesucristo, o cualquier otro dios que adoréis, descendido a la Tierra: veneradlo. —Cerró el portátil apoyado en el atril y se lo metió bajo el brazo—. Eso es todo. Manos a la obra, señores.

Exhalé, al verle salir.

Ni una sola vez su mirada me había alcanzado. Pero en todo momento fui consciente de que sabía que yo estaba allí. Sucedió siempre que compartíamos el mismo espacio.

Era como... respirarnos.

Recibí mi mensaje a las 11:20.

“Señorita Whitmore, está convocada a mi despacho en diez minutos. Será sustituida en su turno en el restaurante.”

Le envié un: *“Hola”*.

La respuesta llegó treinta segundos después.

“Hola a ti también, pequeña. Deja lo que estés haciendo y ven conmigo.”

No estaba haciendo nada, salvo esperar su convocatoria y arreglarme el pelo para el turno en el restaurante, que al parecer iba a saltarme.

Me armé con un café amargo y subí al piso de dirección, justo uno debajo del ático que ahora servía de residencia al nuevo jefe. Recorrí el mismo pasillo del día anterior, junto a la sala de reuniones, pasé frente a las oficinas de la administración, de alguna sala vacía, y llegué a la puerta con la placa que decía *President's Office*.

Estaba entreabierta. La empujé y me encontré en un espacio demasiado amplio para ser una oficina, con una infinidad de estanterías en la pared del fondo. Albergaban volúmenes encuadernados en piel, premios del sector hotelero y fotografías enmarcadas que contaban la historia del resort.

Me entretuve observándolos fascinada.

—Cierra la puerta —ordenó William, con la cabeza inclinada sobre el ordenador.

Dejé a mi izquierda la zona con las acogedoras butacas de color champán. Acompañada por el repiqueteo del teclado de su portátil, me dirigí a la derecha, hacia el escritorio presidencial de cristal y madera, del que se había apropiado.

Levantó la cabeza, nuestras miradas se encontraron y nació una sonrisa mutua, espontánea, como si compartiéramos un secreto, solo nuestro.

Aquel día llevaba un traje de lino color arena y parecía más descansado.

—Señor presidente... —lo saludé.

—Parece que tu humor ha mejorado —observó, bajando la pantalla del monitor.

Me encogí de hombros.

—Se llama poner buena cara al mal tiempo. —Le dejé la tacita humeante delante.

Él la apartó.

—No quería decir que tuvieras que traerme un café.

—Lo sé. —Lo había hecho para hacer más creíble mi papel—. Pero la pregunta es: ¿me habrías regañado si no lo hubiera hecho?

Él mantuvo su sonrisa astuta mientras se reclinaba en el sillón.

—Qué perspicaz estás hoy.

Levanté una ceja, fingiendo estar ofendida.

—Siempre, Mr. Baker. —Me giré hacia las estanterías, contemplando los valiosos objetos que albergaban—. Siempre... —susurré en un suspiro, tocando una medalla de plata colgada. Le di un leve golpecito, haciéndola oscilar suavemente—. ¿No te preocupa que una ladrona campe a sus anchas por la dirección?

—Sí: me preocupa que seas una maldita distracción. Pero tranquila: también tendrás tu utilidad.

Claro. Como entretenimiento.

—Nunca me han follado en un escritorio —farfullé en voz baja.

—De eso ya nos ocuparemos, pero me estaba refiriendo a una utilidad menos recreativa. Más bien, a un encargo.

Parecía interesante.

—¿De qué tipo? —Fui a sentarme en una de las dos butacas frente a él. Crucé las piernas para darme un aire—. Me da la impresión de que ya has repartido tareas de todo tipo esta mañana. Por cierto, enhorabuena por el discurso.

—¿Qué tal se lo han tomado? —preguntó, sacando algo del cajón abierto a su lado.

—Bien, están entusiasmados y un poco descolocados. Pero no necesitas que sea yo quien te lo diga.

—Al contrario, sí que lo necesito. —Se levantó, rodeó la mesa y mi silla. Lo que tenía en la mano resultó ser un abrecartas de latón, parecido a un puñal de doble filo, aunque sin filo real.

Apoyó una mano en mi hombro.

—Y eso es lo que quiero: que seas mis oídos y mis ojos dentro del resort.

Me quedé paralizada, clavando la mirada en la puerta-ventana, mientras apretaba el reposabrazos con la mano.

—¿Quieres que sea tu espía?

—Qué forma tan fea de verlo. —La hoja redondeada del abrecartas se deslizó lentamente por un lado de mi cuello.

—¿De qué otra forma podría verlo? —Mi pecho se hinchó al inhalar, sintiendo la presión creciente de sus dedos y su perfume, que me envolvía en su nube embriagadora.

—Como parte de tu trabajo, que harás de la mejor manera posible. —La hoja bajó por el escote de la blusa y lo levantó, poniendo a prueba la resistencia de la tela—. Desabróchala.

—Puedes usarme para todo el sexo que quieras, como quieras. ¿No te basta? —Me desabroché un botón tras otro, mostrándole lo obediente que podía ser—. ¿Por qué no le pides a otra persona que sea tu espía?

—Es muy sencillo. —Apartó los extremos de mi blusa con el falso puñal. Introdujo la punta bajo el encaje de mi sujetador, lo que provocó un escalofrío que me erizó los pezones—. Tú, mi pequeña ladrona, eres el personaje más turbio e insospechado que pulula por el resort, curioseando y vigilando todo con un agudo espíritu de observación. Eres la persona ideal para informarme de cualquier movimiento sospechoso que pueda involucrar a huéspedes o empleados.

Sentí un rechazo absoluto y deseé quitarme de encima ese maldito abrecartas tanto como su maldito encargo. Una cosa era tener un lío con el jefe, otra muy distinta convertirse en su sucia espía.

—Me estás poniendo en una posición difícil, William. No puedo aceptar también esto. —Alcé la barbilla, empujada por la hoja que la apuntaba—. Sabes lo que significa este lugar para mí. Las personas que trabajan aquí, y a veces ciertos huéspedes habituales, se han convertido en mi familia... —Los secretos de Nick, de Haley, de Chris, o de Serge Price, y de otros más, estarían a salvo conmigo.

—De pie —dijo, empujando el abrecartas como incentivo para que me levantara.

Me incorporé, tragando saliva contra el metal que me seguía.

—Son todo lo que tengo, intenta entenderlo... —Personas mucho más cercanas a mí, y a todo lo que soy, que mis propios familiares de sangre.

—Lo entiendo, pequeña.

Solté un suspiro de alivio. Cara a cara con él, me quedé enredada en su profunda mirada pantanosa. Impulsada por mi pequeña victoria, agarré el puñal por la hoja, se lo arranqué de la mano y lo lancé lejos. El sonido metálico se arrastró durante un largo instante, mientras se deslizaba por el suelo.

El corazón me latió con fuerza contra las costillas, por mi gesto de insubordinación.

—Me alegra que lo hayas entendido. Puedes hacerme tu puta, William Baker, pero no una traidora.

Él me observó con una luz apasionada en los ojos, y yo entorné los míos, yendo al encuentro de sus labios para corresponderle con un beso lleno de

gratitud. Me abandoné a la mano que me aferró el pecho, sintiendo cómo el pezón se resistía a la presión de sus dedos, mientras llevaba una de mis muñecas hasta la zona de mis riñones, donde William presionó para empujar mis lumbares contra las suyas.

Gemí, lista para entregarme a él, hasta que sus labios se deslizaron hacia mi pómulo, haciéndome cosquillas con sus duras palabras.

—La que no ha entendido eres tú: me informarás de cualquier cosa que deba saber. Y punto.

Empezó a retorcerme el brazo, girándome.

—No...

—Sí, niña. —La presión aumentó, obligándome a doblar el codo de manera antinatural—. No quiero saber si alguien se salta una hora de trabajo, o si se ha emborrachado la noche anterior. Solo me interesan aquellos comportamientos que consideres extraños o sospechosos. Confío en tu criterio.

—No... —Zafarme era imposible, con el dolor que se irradiaba hasta el hombro. Perdí el equilibrio y acabé de rodillas, sometida a una presión terrible.

—Yo soy el Caribbean Bay Cove. Quien me traiciona a mí, traiciona al Caribbean, es decir, a lo que representa tu familia, y por tanto, te traiciona a ti. —Postrada ya en el suelo, mi mejilla rozó el piso frío. Su pie me pasó por encima, encerrándome entre sus sólidas piernas—. Se acabó la indulgencia: protege lo que es tuyo.

Mi boca buscó aire contra el suelo, jadeando sin poder articular palabra.

Era un pequeño bulto inerte y dolorido a sus pies. No pensé que le sería tan fácil someter mi cuerpo contra mi voluntad, maldita sea. No le había costado nada; ni siquiera había conseguido luchar para detenerlo.

Santo Dios...

—¿Has entendido, ahora, lo que tienes que hacer?

Cuando me dobló la muñeca, cerré los ojos con fuerza, absorbiendo la oleada que me atravesó como una descarga.

—Pro... proteger l-lo que es mío —balbuceé. Tenía el otro brazo libre; ¿por qué no lograba usarlo para otra cosa que no fuera sudar frío sobre las baldosas?

—¿Y de qué me vas a informar, entonces?

Concentrarme para responderle me exigió un esfuerzo descomunal.

—De... de lo... lo que pueda ha... hacernos daño.

Hacerle daño a él y, en consecuencia, a mí, como si fuéramos una sola cosa. Había entendido este concepto porque me había calado hondo, penetrándome junto con la agonía.

—Exacto. Dime que lo harás.

—Sss... sí.

—Muy bien, mi niña. —Una vez que obtuvo lo que quería, guardó silencio.

Y no se movió.

Siguió manteniéndome así, con el cuero de sus zapatos clavado contra mis piernas y las pantorrillas tensas que me atrapaban en medio.

Él no decía nada, yo no preguntaba.

Hasta que dejé de pensar en lo que aún podía querer, y sentí cómo mi cuerpo aflojaba los músculos en una patética rendición. Intenté expulsar la tensión con un suspiro, pero el estómago se me apretaba contra las rodillas; me costaba respirar, el aire salía entrecortado.

—Ayer fui indulgente contigo —habló por fin, con una voz aterciopelada, más suave de lo habitual—. Aún necesitabas acostumbrarte a la idea, pero creo que hoy tu posición actual te aclara muchas cosas, sin que tenga que abofetearte como deseaste que hiciera el chico guapo. No hace falta golpearte, solo necesitas que te sujeten... fuerte.

Él era ideal para eso: apretaba con demasiada fuerza aquello que temía que se le escapara de las manos, eso me había dicho una vez.

—¿Te gusta lo que sientes? —preguntó.

Era triste admitirlo, pero a Jackson no le habrían servido ni los bofetones para hacer que sintiera algo así. No habría sabido explicarlo en ningún idioma... Era la fuerza de William, similar a un velo que se posaba sobre mí desde lo alto. Un tormento cálido y desgarrador.

—¿Era esto lo que querías? —añadió.

Mi boca tembló, aterrorizada por la respuesta que estaba a punto de darle.

—Sí...

Derramé una lágrima amarga, porque no había pronunciado esa sílaba para complacerlo. Era la pura verdad. No tenía ningún sentido que fuera así, pero lo era. Dentro de mí se escondía una niña asustada que deseaba ser aplastada hasta convertirse en polvo y ser guardada a salvo en un cofre, toda ella hecha trizas. Él hacía eso, y yo *quería* eso.

—¿Y es como lo imaginabas?

—No. —La lágrima se deslizó con el parpadeo de mis pestañas, cayendo directamente al suelo, tan aplastada estaba yo contra él.

—Nunca lo es. —Me lo había advertido por teléfono.

Intenté observarlo con el rabillo del ojo, pero solo alcanzaba a ver su silueta, no el rostro. No sabía qué expresión tenía, solo conocía el efecto aterrador que estaba causando.

Tragué con dificultad la saliva que corría el riesgo de acabar también en el suelo.

—¿Y para ti? ¿Cómo es?

—¿Para mí? —Su asombro me hizo darme cuenta que ninguna de las mujeres con las que había tenido relaciones íntimas se había preocupado jamás por preguntarle algo parecido al ser sometida.

—Dím...elo, por favor. Solo... ¿Qué se siente? —Quién sabe qué se sentiría estar al otro lado, ser el que estaba arriba.

El silencio que siguió, en el que solo percibí su respiración profunda, me hizo entender que habría preferido no responderme, pero lo hizo de todos modos.

—¿Quieres saber qué efecto me causas? Es muy sencillo: abres mi abismo. —Unos dedos ligeros se deslizaron por mi brazo, hasta debajo de la manga de la camisa, uniendo las cosquillas a las sordas punzadas que bajaban por mis tendones—. Si te oigo tengo que verte. Si te veo tengo que cogerte. Si te cojo tengo que penetrarte. Y si me provocas tengo que devorarte, porque tú eres la joven doncella que no debería ser tocada, y yo el ogro. Y cuanto más intento controlar este hecho, más me consume.

¿De verdad sentía todo eso? ¿Por mí?

Pero, ¿era algo que quería, o algo que le molestaba?

No había quedado claro: por el tono, parecía más lo segundo, pero igualmente me valía.

Le habría respondido que conocía perfectamente ese fuego que consume hasta los huesos, pero desde mi ínfima posición encontré algo más apropiado.

—¿Solo eso? —lo provoqué—. ¿Es todo?

Soltó una carcajada que le hizo aflojar un poco el asedio.

—Pequeña presumida.

Conseguí recuperar mi brazo y escabullirme entre sus piernas, alejándome a gatas. Me levanté junto a la pared, entre la puerta y la estantería, masajeándome el brazo maltratado.

—¿A dónde crees que vas? —me provocó William, persiguiéndome. Agarró el lateral de la estantería, cortándome la vía de escape por ese lado.

Apoyé la nuca en la pared, levantando la mirada para encontrar sus ojos, más altos que los míos. Con el pecho agitado.

—No me has dicho qué tienes que hacer si me escapo.

Cogió el marco de plata que descansaba en el estante junto a su mano y lo giró, poniendo a dormir la fotografía de Montgomery.

—Adivina.

Capturarme.

Nos miramos fijamente durante un instante y luego nos lanzamos uno sobre otro. Mi empujón inicial sufrió un fuerte contragolpe de su parte, que me devolvió contra la pared, de la cual ya no pude separarme, viendo cómo su mole se presionaba sobre mí.

Mi camisa fue empujada hacia abajo por los hombros; intenté hacer lo mismo con la suya, pero los botones me lo impedían, así que tiré con fuerza, haciendo que el primero se soltara del ojal.

Él levantó una de mis piernas, poniendo a prueba mi falda negra de tubo, que no aguantaría mucho más la presencia de Mr. Baker en mi vida. Su sexo engrosado se frotó contra mi pubis, imitando una embestida para alcanzar mi parte más suave y secreta.

¡Jesús, qué duro estaba!

Enganché mi pierna a su espalda para prolongar el contacto y sentirlo justo donde quería.

William me agarró la garganta, clavando mi cabeza contra la pared. La punta de su lengua lamió mis labios y, cuando intenté ir a su encuentro, apretó, manteniéndome allí. Tras golpear mi nuca contra el yeso, entendí la indirecta; mis brazos cayeron a lo largo de mis costados, dejando mi aliento en sus dedos.

Esperaría sus besos, sus caricias, su polla, de la forma en que él deseara dármelos. Su lengua volvió a lamer mis labios y los entreabrí, invitándolo tímidamente. La empujó hacia dentro, acariciando la mía y retirándola despacio. Cambió de inclinación, esperando a que yo cerrara los labios y volvió a lamerme de esa forma sensual, empujando hacia adelante, lento.

Uh... oh... William Baker se había puesto a hacer el amor con mi boca.

Era algo que te hacía perder la cabeza... en parte también por la mano fuertemente apretada sobre mi garganta con bastante fuerza, bloqueándome el aire. Mis pensamientos se volvieron difusos, mis párpados empezaron a bajarse, hasta que dos golpes en la puerta, justo a nuestro lado, hicieron que se me abrieran de golpe.

—¿Estás ahí? —se oyó al otro lado de la puerta—. ¿Puedo pasar?

William se separó de mis labios y se estiró para abrir la puerta con una mano, mientras con la otra seguía manteniéndome clavada.

—Aquí estoy. Entra —dijo, para mi horror.

Le di una palmada en el brazo para que me soltara el cuello, por si acaso se le había olvidado en qué estado tan indecoroso me encontraba. Pero él reforzó el agarre: así era como quería que me quedara.

Mis manos cayeron, aplastándose contra la pared, como si pudiera fundirme con el yeso y desaparecer en el muro.

—He oído la gran noticia: ¡hay que celebrarlo! —Vi aparecer primero una botella de champán—. No creía que ya estuvieras aquí. ¿Has adelantado la adquisición? —Tras la botella apareció el hombre que la llevaba, vestido con una elegante camisa blanca, una pulsera de placas doradas, un costoso reloj, un corte de pelo sofisticado y algo distraído, y una sonrisa deslumbrante: Serge Price, en todo su esplendor. Maldito sea.

—No tenía tiempo que perder —le respondió William, mientras mis mejillas se ruborizaban violentamente.

Price me vio y, en el instante en que me enfocó, su sonrisa se ensanchó. En lugar de mostrarse turbado, al menos una décima parte de lo que lo estaba yo, buscó mis ojos con extremo interés. Yo no pude hacer otra cosa más que esquivar su mirada y bajar la mía al suelo.

Con la camisa colgando de los codos, la falda subida hasta los muslos, la cara y los ojos enrojecidos, y la mano de un hombre apretándome el cuello... debía de ser un espectáculo poco decoroso.

Price no se perdió ni un solo detalle.

—Bueno, quería ser el primero en felicitarte y darte la bienvenida, pero veo que ya te has puesto cómodo. Puedo volver más tarde, si no es el momento.

William dio un golpe seco con el pie y cerró la puerta de un portazo.

—Al contrario, el momento es perfecto.

Incapaz de quedarme inmóvil ante aquella mirada despiadada, le agarré el brazo y lo apreté con fuerza.

Suéltame, joder... Le supliqué con la mirada, sin querer rebajarme a hacerlo con palabras.

—Tranquila, pequeña. Serge es un amigo y muy discreto, por eso le he dejado pasar —declaró con calma—. La presencia de alguien de confianza no cambia las cosas: lo que es mío, es mío. No hay nada de lo que avergonzarse. —Depositó un beso ligero en mis labios—. ¿Vale?

Retiró la mano, permitiéndome asentir con la máxima dignidad que pude reunir. Es decir, poca.

Me subí la blusa de inmediato, apretándola contra mi pecho.

—Perdona la espera —dijo William, aceptando la botella.

—¿Estás de coña? —Price lo abrazó en un intercambio de palmaditas bastante enérgicas—. ¿Cómo cerraste el trato, por cierto?

William empezó a quitar el papel dorado y negro que envolvía el corcho del Dom Pérignon.

—Treinta y cinco al firmar, ayer, y un bono del dieciséis al alcanzar los objetivos de facturación.

—Viejo zorro... Sabía que no te conformarías con menos que la mayoría.

Yo aún intentaba recolocarme el uniforme, buscando una forma de desaparecer discretamente, cuando William me invitó a unirme a ellos:

—Coge tres copas, pequeña. Celebremos.

Parecía realmente feliz y a gusto. Tenía un amigo, y era Serge Price: no sabía cuál de las dos cosas me dejaba más perpleja.

—Imagino que ya os conocéis —le dijo a su amigo.

—Claro que sí. Pero parece que aún quedan muchas cosas por descubrir.

Price no se cortó ni un pelo al seguir con la mirada mi trasero mientras yo iba a por las copas. Más descarado que nunca.

Las cogí deprisa.

—Pero no me imaginaba que *vosotros* os conocierais.

—No estaría aquí, de no ser por él —explicó William—. Fue Serge quien me habló del Caribbean la primera vez, y también la segunda, cuando se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo en el resort.

Así que se conocían desde hacía mucho tiempo. Traté de hacer memoria y recordé que Price no había estado durante los días de la visita de William;

por eso no los había visto juntos. Pero, en el fondo, Price siempre había estado allí.

—Me alegro de haberte sido útil —replicó el responsable.

—Más que útil.

William hizo saltar el corcho con un sonoro estruendo. El champán fluyó lleno de burbujas chispeantes y yo me apresuré a acercarle las copas.

Alzó la suya.

—¡Por los nuevos comienzos!

Ambos nos unimos a él, haciendo tintinear los cristales, y yo sentí algo muy extraño. Gratitud, por ser incluida; duda, también por ser incluida; e inquietud por lo absurdo de sentir ambas cosas a la vez.

William invitó a su amigo a que se pusiera cómodo y me rodeó la cintura, haciendo que me sentara sobre sus piernas, en el sillón presidencial.

Hablamos, o mejor dicho, ellos hablaron, mientras yo, como una niña en brazos escuchando las charlas de los mayores, intentaba entender qué demonios tenían en común esos dos, aparte del porte distinguido que parecía sello de fábrica.

El rubor en mis mejillas había disminuido, pero no desaparecido. A estas alturas, Price ya sabía que yo era el juguetito de Baker, y sus ojos seguían a William allá donde él los guiaba, acariciándome el brazo con aire distraído, apartándome un mechón que se había soltado del moño y que le molestaba, o desapareciendo debajo de la mesa, sobre mis rodillas..

Tomé coraje y le devolví la mirada a Price con toda la desfachatez que fui capaz de reunir.

¿Te gusta lo que ves, Price? Oh, claro que te gusta...

Las rodillas del hombre debajo y alrededor de mí se sentían sólidas como roca bajo mi trasero. La falda me apretaba demasiado, y el aire en la sala empezaba a escasear.

Joder, qué ojos azules...

Maldita sea, ¿no ves cómo me mira, William?

Claro que lo veía. Y no le importaba. Lo más probable es que lo hiciera aposta, solo para poner a prueba mi obediencia en público. Debía de ser muy divertido para él. Para los dos.

Cogí la copa que Mr. Ojos Azules acababa de servirme y me la bebí de un trago. El néctar chispeante se me subió directamente al cerebro, cosquilleándome los ojos y el tabique nasal con un hormigueo embriagador.

Price se echó a reír, aún más divertido. El vaivén de su pecho contra mi espalda me dijo que no era el único que se lo estaba pasando bien.

—Ve con calma, pequeña —murmuró William.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Price, dirigiéndose a él, aunque fui yo quien respondió.

—Veintidós: estoy aquí, puedo responder.

—En realidad no quería saber tu edad —aclaró el interpelado—. Solo me estaba criticando. Por otro lado, confía en que si estoy con una chica tan joven y tan curiosa, será por algo.

—La curiosidad es la cualidad que más valoro. A menudo se subestima.

La mente de Price trabajaba deprisa; no sabía en qué dirección. Me costaba captar el sentido en aquella parte de su conversación, oculto entre líneas, detrás de lo que no decía.

—No subestimaría a Cassie.

El móvil de William, junto al ordenador, empezó a sonar. Echó un vistazo a la pantalla para ver quién llamaba. Debía de ser importante, porque me empujó suavemente para que me levantara y se estiró para cogerlo.

—Disculpad. Tengo otro resort del que ocuparme. —Los pitidos se intensificaron y él miró a Price con insistencia—. Estoy seguro de que os dejo en excelente y fiable compañía.

El otro asintió, cómodamente reclinado en el sillón.

—Puedes apostar a que sí.

—Pórtate bien, niña.

¿Yo?

Con esa recomendación, me apretó el hombro antes de salir al balcón, dejándonos a solas.

—Bien, bien... —Price hizo girar el champán en la copa que sostenía entre tres dedos—. Todo este tiempo viéndote por el resort, atendiendo a los clientes, siempre tan serena, ordenada, tranquila... Quién lo iba a decir.

—¿Qué? —Me refugié en el sillón presidencial, que aún estaba caliente, aún impregnado con el perfume de mi... ¿amante?, ¿jefe?, ¿señor? No sabía cómo definirlo.

—Quién lo diría, que eras de esa pasta.

—¿De cuál?

La de una puta, venga, dilo. Estuve a punto de ponerle las palabras en la boca.

—De la nuestra —dijo por fin—. De las personas que parecen más tranquilas de lo que realmente lo son. —Esto no me lo esperaba. En lugar de menospreciarme, me había elevado a su altura, revelando que era menos esnob de lo que parecía. Lo aprecié, pero no pasó desapercibido lo que esa frase también implicaba: tenía un depredador frente a mí, y yo había estado tan cegada por el brillo de su ropa elegante y sus buenos modales que no me había dado cuenta.

Me aferré a los reposabrazos.

—Tampoco yo imaginaba quién se escondía detrás de la fachada de chico bueno. El soltero codiciado, la promesa de StarWings Airlines, aparentemente superficial, casi ingenuo a veces... Pero usted no es ingenuo.

Él ladeó la cabeza, apoyado contra el respaldo. Frotaba el índice contra el pulgar en pequeños círculos, completamente relajado.

—Basta con hacerles creer eso para que bajen la guardia.

Dios del cielo. Era como ver cómo se derretía la máscara de un payaso, dejando al descubierto lo traicionera que podía ser esa sonrisa suya, siempre perfecta. Un espectáculo inverosímil.

Desde detrás de las cortinas, la voz de William llegaba amortiguada. Seguía hablando por teléfono.

Necesitaba más champán.

Me estiré para coger la botella.

Mr. Price reaccionó al instante, cerrando su mano sobre la mía y haciéndome dar un respingo. Me impidió levantarla.

—Así que eres de William.

Miré los tendones marcados de su mano, que me inmovilizaban. Era la primera vez que me tocaba y, ahora que sabía quién era en realidad, mi ritmo cardíaco se disparó.

—Yo no soy... —La presión aumentó ligeramente. Una advertencia para no negar lo obvio.

—¿...suya? Claro que lo eres. No querrás que te escuche contradecirle, ¿verdad?

Inclinados sobre el escritorio, nuestros rostros estaban más cerca que nunca.

—¿Qué quieres, Price?

—¿Aparte de evitarte una cogorza a plena luz del día? —Levantó la botella de Dom Pérignon sin soltar mi mano. Me obligó a verter lo que

quedaba del champán en su copa. Sentí cómo se tensaba el músculo de su brazo bajo la chaqueta clara, forzando mi brazo a obedecer—. Ahora mismo, nada. Solo lo estoy saboreando por adelantado.

—¿Saborear por adelantado qué?

La respuesta fue una sonrisa cargada de compasión.

Me hizo enderezar la botella vacía y luego me soltó. Empezó a caminar, examinando los objetos en las estanterías, dando pequeños sorbos al champán.

—¿Quieres saber cómo conocí a William?

—No puedo esperar para hacerlo —dije con tono irónico, aunque lo decía en serio.

—Fue por una inversión inmobiliaria. Sus padres compraron la casa de al lado de la de mis padres, en Cape Cod. Una fiesta, una excursión en barco... ya sabes cómo se conocen los vecinos...

Claro que lo sabía, aunque en mi barrio solía ser por pedir azúcar o porque se había ido la luz en todo el edificio.

—Éramos jóvenes, él debía de tener unos veinticinco, yo unos veinte... Una época bastante mala para mí.

—¿Qué quiere decir con “época bastante mala”?

—Ese no es el punto. —dijo, apurando el champán—. Sígueme el hilo, porque esto sí te concierne.

No veía cómo, pero era todo oídos.

—Lo escucho.

—Como decía: nos entendimos desde el principio, pero fue más adelante cuando conocí de verdad a William. En una fiesta.

Nada más previsible: donde había una fiesta de la alta sociedad, ahí estaba Price, podías darlo por hecho.

—Al final de la noche, casi todos los invitados se habían marchado. Yo era uno de los pocos que quedaban, ya que era huésped del anfitrión. —Se detuvo en su deambular sin rumbo. Había dejado de sonreír, aunque su boca conservaba un gesto astuto—. Salí del baño y noté un silencio extraño. Un gemido femenino. Cuando entré en el salón, tres personas estaban sentadas en los sofás, dos de pie. Una de ellas era William, que sujetaba por el pelo a una chica rubia y le hablaba al oído. —Fue a dejar la copa vacía sobre el escritorio—. Con cada susurro suyo, ella dejaba caer una prenda. Así que, ¿lo entiendes ahora?... Estoy saboreando el momento por adelantado.

Su mirada me atravesó, eléctrica. Mi piel se erizó, sintiéndose ya desnuda.

—¿Y luego? —pregunté, con un tono ronco no intencionado que me obligó a aclararme la garganta.

—¿Quieres saber cómo terminó? Porque eres una chica curiosa, ¿verdad?

—Sí.

—Es bueno que sepas cuándo es el momento de ser sincera. —Apoyó los nudillos en el escritorio, inclinándose hacia adelante—. Me acerqué para tantear el terreno, y en el gesto de William vi que me daba vía libre. Él la hizo girarse hacia mí, ignorando a nuestro público silencioso. Por un rato se mantuvo obediente a las órdenes de William, dejándome hacer lo que quería, pero cuando saqué la polla, Eveline huyó.

Escuchar a Mr. Price pasar de la elegancia a la vulgaridad fue solo la primera de las cosas que me dejó aturdida.

¿Eveline?

Aquel nombre trajo a mi memoria la postal de Hong Kong, que encontré dentro del libro de poesía durante mi incursión en la cabaña 101, aquella noche fatídica.

“Tenías razón:irme fue la decisión más sensata.

Aquí todo es más fácil sin ti.

Y sin embargo, sigo amándote.

Eveline”

William había entregado a la mujer que lo amaba a manos de Serge Price. O, al menos, lo había intentado.

—Ese fue el día en que conocí de verdad a William. Y él a mí.

Es decir, el día en que ambos habían puesto sus cartas sobre la mesa, mostrando hasta dónde podía llegar el límite de su depravación.

—¿He satisfecho lo suficiente tu curiosidad?

—Llevaba deseando esto desde que ha entrado por esa puerta —respondí. Me sentía como un personaje de videojuego que acaba de desbloquear el siguiente nivel.

—¿Qué es esta hostilidad repentina hacia mí? Ayer eras mucho más cordial.

—¿Quizá porque, hasta ayer, usted también lo fue conmigo? —Me habría gustado quedarme acurrucada en el sillón, pero me obligué a levantarme y enfrentarme a él de igual a igual.

—No es mi estilo importunar a las camareras mientras trabajan. No estás viendo las cosas desde la perspectiva correcta. Hoy soy mucho más que cordial: soy cercano. Y eso no me pasa a menudo, te lo aseguro. Solo en circunstancias especiales. —Como la noche en que conoció al verdadero William, o mejor dicho, al verdadero Mr. Baker.

—Se equivoca si piensa que...

—Sí, claro, estoy malinterpretándolo todo.

Golpeó la mesa con los nudillos y se irguió.

—Pero ahora, sácame de una duda: ¿tú también vas a echar a volar, palomita?

Estaba tan seguro de poder tenerme. Y probablemente lo estaba porque William le había enviado señales claras desde el mismo instante en que había puesto un pie en la habitación.

Como si yo no tuviera voz ni voto.

Desvió la mirada por encima de mi hombro, casi como si no estuviera hablándome a mí. Fue entonces cuando me di cuenta del silencio en el balcón y dirigí la mirada hacia la puerta ventana. William estaba allí, un paso detrás de las cortinas. Escuchando. Observando.

Y yo en medio, entre ellos dos.

—¿Has salido a propósito? —La incómoda sospecha de que me había dejado a solas con Price apostaba me quemaba en el estómago.

William se acercó y me rodeó con los brazos por detrás, colocándose una mano sobre la boca.

—Silencio. No hables, no hace falta. Ya está todo dicho. —Sus pasos me empujaron contra el escritorio—. Tú no eres como Eveline. Harás todo lo necesario para aprender a odiarme, porque no tienes una opción mejor.

Price sonrió, ajeno a lo que acababa de suceder.

Ajeno al chantaje que me mantenía atrapada.

—Por su mirada parece que ya está funcionando. Que incluso empieza a odiarme a mí también. —Intuyó que el ambiente no era el adecuado, como tampoco lo había sido aquella noche para Eveline—. Me parece que ha llegado el momento de que me largue de aquí.

—Sí, gracias. —respondió William, tirando de mi blusa y soltándola de los bajos de la falda. La presión de su pelvis me dio la medida de su creciente dureza. Puse las manos para contrarrestar su empuje, con los ojos fijos en Price.

Él se inclinó un poco, acercando sus ojos a un palmo de los míos.

—Tú y yo nos conoceremos mejor, pajarito.

Miré esos ojos azules, familiares y desconocidos al mismo tiempo. Mis labios temblaron al borde de una respuesta que no fui capaz de pronunciar.

Nunca pensé que volvería a estar en su punto de mira. Pero ahora que lo estaba, todo se sentía... mal. Corrupto. Degradante. Él no lo sabía, pero yo no podía decir “no”. Creía que, al igual que Eveline, la decisión de lo que estaba dispuesta a dar era solo mía. No tenía ni idea de que había mucho más en juego.

En cuanto salió y la puerta se cerró, di un golpe de cadera, desesperada por recuperar algo de espacio. William me envolvió entre sus brazos, conteniéndome.

—No luches. —Me besó en la coronilla.

Mi respiración se volvió irregular, casi un jadeo, como si fuera a echarme a llorar: mis ojos estaban secos, pero por dentro tenía un caos. En medio de la confusión, obedecer pareció lo único que podía hacer.

Cedí dócilmente a la mano que empujó entre mis omóplatos para que me inclinara sobre el escritorio. La superficie estaba fría y suave. El teléfono de la centralita tenía la luz de una línea encendida. Alguien estaba al teléfono en dirección, ajeno a lo que ocurría detrás de la puerta del presidente, que ni siquiera estaba cerrada con llave.

—Te has portado bien hoy. —Me subió la falda, recogiénola hasta la cintura. Me bajó las bragas hasta los tobillos—. Levanta.

Levanté un pie y luego el otro, y después vi cómo caía el encaje sobre el teléfono. Tenía que comprar lencería nueva: hombres como Mr. Baker y Mr. Price tenían que estar acostumbrados a ver prendas mejores en el cuerpo de una mujer, por muy poco tiempo que se las dejaran puestas. Siguieron la camisa y el sujetador, que dejó mis pechos desnudos en contacto con la suavidad de la madera. El tintineo del metal me avisó de que se estaba desabrochando los pantalones.

Estaba a punto de darme el premio por mi buena conducta.

Y yo no quería nada más. Desde hacía más de un año.

Forzada a abrir las piernas, sentí todo el peso de su pelvis contra el borde del escritorio. Solo tocaba el suelo con las puntas de los pies, cuando su pene hizo sentir su empuje. Me penetró despacio, dejándome saborear cómo

su miembro dilataba mi zona íntima, con la misma inflexibilidad de su dueño.

Era tan grande como lo recordaba. Placentero, con todo lo necesario para poder volverse doloroso, si el modo y el momento lo requerían.

Suspiré, relajando los hombros, agradecida por aquella sensación.

—Lo había echado de menos —admití.

—Tienes una joyita de coño, niña. Por eso no tienes escapatoria. —Él me besó la espalda, subiendo a mi cuello—. Porque tu coño es una maldita sirena para la polla.

Me agarró por las caderas, y al aumentar la presión sentí cómo crecía su ímpetu. Apenas tuve tiempo de estirar los brazos y agarrarme al borde del escritorio cuando él empezó a intensificar las embestidas, dándome todo lo que podía aguantar.

William no se preocupaba por mi fragilidad como Jackson; fuerte o no, siempre me follaba con intensidad, como si quisiera dejar su marca. Pero, si me consideraba suya, ¿por qué quería entregarme a otro?

Entendía que no me amara... pero de todos modos era suya, y se había asegurado de dejarlo claro cuando Price había entrado. Un cliente que antes me respetaba y ahora quería joderme.

Muchas gracias, Mr. Baker.

Qué pensamientos tan absurdos. Era sexo, solo sexo, que iba en la dirección de mis sucias fantasías que él había prometido cumplir. El problema era que los hombres de mis fantasías no tenían personalidad ni rostro. Serge Price estaba en otro nivel, y ya era difícil manejar a uno de esos hombres.

Si en ese momento, en esa habitación, también hubiera estado Mr. Price...

Una mano me tapó la boca para ahogar los gemidos que no me había dado cuenta de que estaba soltando. Mis fosas nasales se ensancharon, exhalando con fuerza sobre sus dedos. Mi vista se nubló en la lucecita del teléfono, que había empezado a parpadear, reclamando una atención que William no tenía intención de darle.

Sentía todo, pero estaba distante. Empujada hacia adelante y arrastrada hacia atrás como una corriente, abandoné mi voluntad sobre esa mesa, hasta que la piel comenzó a sudar y a chirriar. Yo era el trapo que le mojaba la polla, y no quería ser nada más. Era poético serlo, porque a veces solo quieres ser nada.

Intenté quedarme en ese limbo el mayor tiempo posible, pero William no me lo permitió. Se sacó la camisa y me liberó de la falda, quitándomela por la cabeza. Ralentizando hasta casi detenerse, se movió lento, con un girar de la cabeza del pájaro que me aceleró la sangre y me hizo ver el firmamento.

Habiendo perdido el contacto de un pie con el suelo, empujé con el dedo gordo del otro, ofreciéndome mejor, relajada por fuera y tensa por dentro.

—¿Mi putita quiere correrse? —murmuró.

Lo creía difícil, pero estaba segura de que sufriría si se echaba atrás en ese preciso momento. Temiendo no decir las palabras adecuadas, me callé.

Él me abrió las nalgas para tener mejor acceso, su pulgar se posó en mi orificio. Hizo presión para tantear la resistencia. Él lo tomaría, lo sabía: era solo cuestión de cuándo.

—¿A quién le vamos a dar este regalito?

Me contraje al instante.

William forzó el pequeño anillo con la falange húmeda.

—Después de todo, estoy en deuda con Serge —me provocó en tono hilarante.

—¿Estás bromeando?

—Puede ser, o tal vez no. Merece algo de valor.

—Regálale un reloj —jadeé, aplastando las palmas para aliviar los dedos entumecidos que habían apretado demasiado el borde del escritorio.

—Es una buena idea. Los colecciona, ¿sabes? —Me puso una rodilla en la mesa, para tener acceso a mi clítoris. Lo estimuló, en simultáneo con el pulgar que tiraba de los pliegues de mi anillito—. Conociéndolo, sin embargo, creo que apreciaría más una ronda con mi putita.

Y de repente William ya no estaba dentro de mí, estaba frente a mí, con sus ojos en los míos, sujetándome la cabeza, mientras Serge Price invadía mi cuerpo. Alto y elegantemente desnudo, a mis espaldas.

Las contracciones estallaron desde un lugar remoto, sacudiéndome de pies a cabeza. Mi anillito pulsó de forma descontrolada alrededor de su dedo, mientras yo abría la boca para emitir gritos mudos. Ese fue el único control que pude ejercer sobre mi voz, para no alarmar a toda la planta de dirección.

Una maldita ganzúa que forzaba mi mente, eso era William Baker. Cada palabra dicha con un propósito, logrando un resultado difícil con el menor

esfuerzo y en el menor tiempo posible, cuando había tios que se habían dejado la piel —y diez camisas— sin conseguir arrancarme un orgasmo.

No me dejó derrumbarme ni por un instante. Me dio la vuelta y me arrastró contra sus caderas. Levanté la cabeza para vislumbrar el fascinante desaparecer de su asta, firmemente envuelta por mi coño. ¿Existía algo más perfecto?

No en mi vida.

Mis piernas colgaron en el vacío, la carne al chocar contra la carne produjo sonidos crudos. Habiendo perdido mi agarre, luché por encontrar otro soporte con todas mis fuerzas para no caer. Unos documentos fueron enviados al suelo, el portalápices cayó. William salvó su portátil justo a tiempo, empujándolo fuera de mi alcance.

Se estiró sobre mí y fue su cuerpo el que me puso límites. Su esternón rozó mi nariz al avanzar, echando mis piernas hacia arriba. Inspiré su perfume, sintiendo la polla engordar y luego perdí ambos, cuando se deslizó fuera de mí.

Se corrió sobre mi piel, casi en silencio, si no hubiera sido por ese gruñido sordo.

Mis piernas se recogieron hacia un lado, para no quedar colgando. Mi mano que, no sabía por qué, estaba suspendida en el aire, cayó junto a mi figura desordenada.

—No te muevas —ordenó.

Los dedos que estaba apretando temblaron y luego se detuvieron.

—Quédate quieta, inmóvil —reiteró.

—¿Puedo respirar?

—Sí, pero despacio. Poco.

Se subió los pantalones y se sentó en el sillón, fuera de mi campo de visión.

Respirar poco era difícil con el ahogo que sentía en mi pecho.

Se oyó el ruido del encendedor, seguido de una larga exhalación. El olor a humo se extendió por el aire, mientras mi piel empezaba a picar por los fluidos y el espermatozoides que se solidificaban. Sucia y deshecha, sin vergüenza.

No sé cuánto tiempo permanecí así. Solo sé que, en algún momento, desperté al sentirme levantada en brazos, aunque no salí del letargo. William me depositó en el sofá al fondo de la oficina y me cubrió con su camisa.

Su perfume y la cadencia firme y serena de su voz en las conversaciones telefónicas que siguieron, acompañaron mi sueño.

Capítulo 7



Desde el momento en que Ashton Monroe, Secretario de Seguridad Nacional de los Estados Unidos, confirmó su inminente llegada, el resort cobró vida con un ir y venir constante de gente ocupada en preparativos.

Mr. Baker pretendía que los técnicos terminaran de instalar los nuevos sistemas de seguridad en un par de días, que se plantaran docenas de nuevas especies de flores, que el menú se renovara, y quién sabe cuántas otras cosas se le habían metido en la cabeza. Por suerte, ninguna de ellas era asunto mío. Yo ya tenía bastante que hacer para satisfacerlo en lo que me correspondía, y mi cuerpo empezaba a mostrar los síntomas: leves sombras amoratadas donde habían quedado marcadas las yemas de sus dedos.

Exigía mucho a sus empleados, y no era más indulgente consigo mismo. Lo habían visto salir de su despacho a altas horas de la noche, y tomar un café en las cocinas muy temprano esa mañana, antes del turno del desayuno, para luego ir a probar personalmente la zona deportiva. Solo podía imaginar cuántas observaciones y modificaciones habría hecho durante su hora de pesas, de tenis, o de cualquier otro deporte que hubiera elegido.

Yo, en cambio, me había dedicado al servicio de habitaciones, moviéndome lo más lejos posible de la cabaña de Serge Price, que ya ocupaba un espacio bastante grande en mis pensamientos.

Lo que necesitaba era desconectar un poco, con amigos que no exigían nada de mí. Por eso me había unido al grupito que se formaba en la playa alrededor de Chris, a primera hora de la tarde, cuando la mayoría de los turistas descansaba, y solo unas pocas temerarias amantes del bronceado ocupaban la fila de sombrillas de paja a lo largo de la orilla.

Para nosotros eran momentos alegres de cotilleos, en los que sentía que volvía a ser una adolescente, cuando estar en el corro alrededor del socorrista cañón era todo un privilegio.

Aquella tarde el mar estaba en calma y el sol tan intenso que había hecho desaparecer a casi todos en la playa. En momentos como ese, era fácil amar nuestro trabajo: la arena blanca calentando los pies, el suave sonido de las olas calmando los nervios, los ojos deleitándose detrás de unas gafas polarizadas que hacían que el azul del mar pareciera aún más azul. Un paraíso solo nuestro, compartido en excelente compañía.

Chris estaba sentado en su pose de “y-aún-no-has-visto-todo-bebé”, en su sillón rojo de “responsable de seguridad balnearia”. Llevaba gafas oscuras, collares de surfista y una camiseta fina con el logo del Caribbean que parecía haber sido hecha a medida para él, de un material que se le pegaba descaradamente a los pectorales. Todo ello coronado por una melena salvaje de surfista, sal y sol.

Yo había elegido la tumbona de al lado, que Chris había tomado prestada amablemente de las destinadas al público. Estaba tumbada en posición semi acostada, relajada, un poco lasciva, con el cabello suelto y el pareo transparente resbalando por mis piernas dobladas, para dejar sitio a Sienna, de la recepción. Una chica con la que últimamente había encontrado una conexión especial, ya que tenía un espíritu más pecaminoso y más afín al mío que mi alegre compañera de habitación.

También estaban Haley con su novio, Hoanko, sentados sobre el pareo de ella, además de Josh y otro par de nosotros tumbados en la arena. El tema del día solo podía ser uno.

—¿Alguien lo ha visto dormir o comer desde que llegó? —estaba preguntando Sienna.

Hoanko se pasó la muñeca por la frente húmeda.

—Yo he oído que no suda. Nunca. Haga lo que haga.

Haley se rió por lo bajo, lanzándome una mirada de reojo para que lo confirmara. Bueno, también él sudaba, eso podía garantizarlo, aunque no en

voz alta. Lo hacía en contadas ocasiones, cuando realmente se esforzaba.

—Te lo juro, estuvo media hora en recepción ayer, y me dio una sensación extraña —dijo Sienna, fingiendo un escalofrío mientras se frotaba los antebrazos—. ¿Estamos seguros de que es humano?

—¿Y qué demonios sería si no lo es? —preguntó Haley.

—No lo sé, un androide —replicó ella—. ¿Os parece posible que un traje de lino no esté arrugado? ¿Y el pelo? Brillante, pero no con ese brillo sucio, sino un brillo limpio, como si acabara de salir de la peluquería. Por un momento quise tocarlo, para ver si tenía metal bajo la piel.

Bueno, no era metal, pero tenía una consistencia bastante firme.

—Has visto demasiada ciencia ficción en Netflix —replicó la otra, lanzándole un puñado de arena a los pies.

—Con que evites mirarlo a los ojos basta —intervino Chris, serio.

—¿Por qué? —fui la primera en preguntar.

—¿No lo sabías? —Se subió las gafas oscuras, clavando sus ojos heterocromáticos en mí—. Hay una leyenda: dice que, si lo haces, te succiona el alma.

Todos estallamos en carcajadas. La chica a su derecha le dio un golpecito en el hombro.

—Qué tontería... ¡Anda, déjalo ya!

Él se dejó sacudir y se reclinó contra el respaldo. Miraba fijamente al mar, mientras sonreía.

—Sí, es verdad, esa fue la sensación que tuve cuando estuve en su despacho.

—Pero sigues aquí —observé.

Él mordió el chicle con una fuerte contracción de la mandíbula.

—Bueno, si aguantas lo suficiente, hasta puedes ver llover dólares... Cosa que no está nada mal, visto cómo estamos, al parecer —murmuró, con lo que pareció una nota de respeto forzado.

A Chris le gustaba ser el gallo del corral, era el más indisciplinado de todos nosotros, y no le hacía ninguna gracia que alguien pudiera cantar más alto que él. William debía haberle dicho cosas que le molestaron, pero también otras que lo mantuvieron en su sitio.

—¿Y a ti, Cas? —Sienna me apoyó la mano en el tobillo. Era una persona muy táctil y delicada, con modales realmente agradables—. ¿Qué sensación te dio cuando le llevaste el café?

Por un momento me vi de nuevo inclinada sobre el escritorio presidencial, en un ángulo de noventa grados, pero fue solo un momento.

—“Señorita Whitmore, el café me gusta amargo”. —Imité a William, exagerando su tono despótico—. “El agua con gas, mi escritorio en orden...”

—...Y la escoba por el culo —remató Chris, haciéndonos estallar a todos en carcajadas. Haley más que nadie, doblada de la risa.

Para mi contrariedad, Sienna retiró la mano de mi pierna, poniéndose tensa.

—Mierda... ahí viene —murmuró entre dientes.

—¿Quién? —la pregunta de Josh recibió respuesta inmediata con la aparición de Mr. Baker.

Apareció a nuestras espaldas como si hubiera brotado de la arena: pantalones beige, camisa clara, cinturón de cuero, descalzo.

Di un pequeño respingo, a punto de incorporarme y ponerme firme, pero al final me limité a recoger el brazo que tenía echado hacia atrás sobre el estómago y a bajar las rodillas, apretando un poco más los muslos.

Mis amigos tuvieron reacciones similares, si no más marcadas, al recomponerse. Excepto Chris, que no movió un músculo y no dejó de mascar, mientras William bordeaba el grupo para integrarse entre nosotros.

—Buenos días. —Se inclinó, agachándose entre Josh y Haley, con un codo apoyado en la rodilla—. ¿Os estáis divirtiendo aquí?

Joder, ¿nos había oído?

Él y Chris se miraron a los ojos, a través de sus respectivas gafas oscuras. Solo que mi amigo llevaba unas Oakley rayadas, mientras que Mr. Baker, como noté —y creo que todos lo hicimos—, lucía unas Maybach Eyewear, modelo The King, de titanio con detalles en oro. Justo para acentuar su aura de poder e inaccesibilidad.

Chris mascó el chicle con la boca abierta, lento, con una indiferencia desafiante.

Para, Chris, no puedes ganar... tiene las espaldas demasiado anchas.

Podía decirlo por experiencia.

William se había agachado y estaba usando un tono tranquilo para dar la impresión de que solo se había detenido a charlar un rato. Pero no era eso: el rapapolvo venía calentito.

—Escuchadme bien. Aprecio que el personal del Caribbean sea unido, pero no estáis de vacaciones. No me importa si algunos de vosotros estáis trabajando: los huéspedes no deben tener la sensación de que acercarse al responsable de la seguridad balnearia sea molestarle. No quiero volver a ver este tipo de cosas. —Acompañó sus palabras con un leve gesto de la mano y su reloj despidió destellos cegadores—. Dar la impresión de ser un círculo cerrado crea distancia entre vosotros y los clientes, haciéndoles sentir excluidos o incluso incómodos. Evitadlo.

La mayoría de nosotros bajó la mirada. Quizá la leyenda no era del todo falsa.

—Disculpe, señor, ¿puedo preguntar a qué se refiere exactamente? —Josh permaneció dubitativo, quitándose la arena de las pantorrillas—. Creía que debíamos mantener cierta distancia con los huéspedes.

—Pero esa distancia algunos la mantienen solo cuando les da la gana, ¿verdad? Sé muy bien lo que pasa entre estas cabañas: si vendiera preservativos en el lounge bar, facturaría más que con las copas, y ganaría más con mi propio personal que con los huéspedes —expuso, yendo directo al grano.

Josh se mordió el labio inferior, buscando algo sensato para responder que nos sacara del impasse sin tener que mentir, porque estaba claro que Mr. Baker no era un tonto. Lo que no estaba del todo claro era a dónde quería llegar.

—Y me parece bien —nos sorprendió él—. Follaos a quien os dé la gana, sobre todo a nuestros huéspedes, pero evitad parecer un círculo cerrado. Habéis sido elegidos por vuestro aspecto, además de por vuestras competencias, al menos en eso el director acertó. Sois objetos de deseo tanto como lo es el resort: dejad que os deseen y se ilusionen con poder teneros, sea cierto o no.

¿Me estaba observando desde detrás de esas gafas oscuras? Tenía la impresión de que sí, de que su mirada se deslizaba a traición por mis muslos descubiertos. Las vibraciones contradictorias, de las que habría jurado estar siendo invadida, eran las que me lo sugerían.

También yo lo miraba, vestido de claro y enmarcado por el azul del mar, con esa postura distraída. Los contrastes del sol hacían apenas más visibles las pequeñas arrugas alrededor de sus ojos, dándole a su encanto más carácter, y haciendo que nosotros, a su lado, pareciéramos unos críos.

Chris se inclinó hacia adelante, como si quisiera acercarse a él.

—¿De verdad no tendría ningún inconveniente en que me llevase a la cama a una huésped?

—¿Una sola? —se burló de él—. Sigue tirándote a cuantas puedas, pero hazlo bien y mándalas a casa satisfechas. Solo asegúrate de que las cosas buenas que he oído sobre ti sigan siendo ciertas. En esa agua no quiero ver ahogarse ni a una lombriz. Tienen que chapotear tranquilas, sabiendo que el responsable de la seguridad balnearia les está cuidando el culo, en todos los sentidos. ¿Estamos?

Un visto bueno así no se lo esperaba nadie. Menos aún Chris, que —me dio la impresión— empezó a encontrar razones para llevarse bien con su nuevo jefe.

Tras obtener un gesto de aprobación del más difícil de todos nosotros, William se dirigió a las chicas.

—Y vosotras, dejad de cacarear tanto. Hay gente descansando en las tumbonas. Esto es un resort para adultos, y espero que os comportéis como tales.

Ninguna tuvo el valor de replicar. Hubo quien se mordió el interior de la mejilla, quien jugueteó con los flecos del pareo, quien removi6 nerviosa la arena con el dedo gordo del pie.

—¿Los adultos no se ríen, Mr. Baker? —se oyó en un hilo de voz.

Un momento... ¿Había sido yo? ¿Lo había dicho en voz alta?

Ups...

Haley abrió los ojos desmesuradamente.

William señaló hacia mi lado, dándome la certeza de que me estaba mirando a mí. Mantuvo una mueca dura en la boca.

—Se ríen cuando es el momento, señorita Whitmore.

—¿O sea que cuando lo decide usted? —Fue más fuerte que yo.

Sienna me dio un codazo para hacerme callar.

—No exactamente. Pero hacen muchas otras cosas cuando lo decido yo, y suelen encontrar muy poco de qué reír.

Mi mano se cerró sobre mi vientre, arrugando la tela del vestido playero. El suspiro tembloroso que se me escapó de los labios pasó desapercibido, y no hizo justicia a la deliciosa sensación de desconcierto que sentí, sabiendo que esa no me la iba a perdonar.

—Porque ¿sabe una cosa? —continuó él—. Me gusta compartir. —Creo que palidecí, al sentir cómo el desconcierto se volvía una punzada amarga en el estómago—. Comparto mis éxitos... como también las escobas metidas por el culo.

Vale, nos había oído.

—¿He sido lo suficientemente claro?

—Clarísimo, señor —respondió Hoanko, por todos, antes de que alguien más se metiera en problemas.

—Estupendo. —William se puso de pie triunfante—. Para cualquier cosa, sabéis que podéis dirigiros a vuestro supervisor. —Y los supervisores, por supuesto, le informarían a él de todo lo que no fueran capaces de manejar.

La única que no tenía supervisor era yo, por ser la asistente del jefe. Nadie a quien poner quejas o exponer reclamaciones.

—Bueno, en realidad, sí que habría una cosa —dijo Chris, estirando las piernas con un gesto despreocupado—. Es que no me ha quedado del todo claro: ¿deberíamos ser un convento o un burdel?

—Un sueño, señor Harris —concluyó William—. Debemos ser un sueño. Y tenemos todas las cartas para serlo.

Lo observamos darse la vuelta y alejarse con su andar despreocupado, en dirección al sendero que llevaba a las piscinas. El próximo objetivo en su ronda de inspección.

—Joder. —Chris frunció el ceño. Estirado en la silla como un bloque de madera, con las manos entrelazadas sobre el estómago, echó la cabeza hacia atrás y luego la enderezó—. Aaah, no sé si quiero darle un puñetazo o estrecharle la mano.

—Me siento ofendida. —Sienna seguía mirando la entrada del sendero—. Y me gustaría hacerle una mamada... solo para ver si se le ablanda esa cara.

Absolutamente no, le habría respondido, te lo garantizo.

Pero me callé.

Entre las escaleras y el ascensor, elegí lo primero, solo para retrasar todo lo posible el encuentro y darme algo más de tiempo para mentalizarme. Al llegar al tercer y último piso, estaba emocionada ante la idea de poder

finalmente ver con mis propios ojos qué tipo de apartamento podía ocupar una superficie tan inmensa, del tamaño de todo el edificio principal.

Para entrar usé la tarjeta magnética que me habían entregado en un sobre cerrado. Me la habían entregado después de comunicarme que, una vez más, me habían librado de mi turno de trabajo.

Estaba acostumbrada al lujo del Caribbean, pero el espacio abierto en el que me encontré superaba todo lo demás. Observé los sofás kilométricos, una auténtica isla de suavidad, en un entorno dominado por líneas limpias y materiales de calidad. Al fondo, una cocina abierta, con superficies oscuras y acero cepillado que se fundían en una perfecta continuidad, rematada por una fila de taburetes que delineaban la barra. Y en el centro, el comedor.

Ni un solo objeto fuera de lugar. Nada al azar. No me costaba imaginar que él se sintiera como en casa en un sitio así.

Avancé, dejándome envolver por aquella elegancia silenciosa. Atravesé el salón y me acerqué a los ventanales que daban a la terraza. Antes incluso de salir, el aire cálido de la noche ya se colaba dentro, trayendo consigo el sonido amortiguado de las olas y el murmullo constante del resort que respiraba bajo mis pies.

Y en ese momento llegó la verdadera sorpresa.

El apartamento era grande, sí, pero la terraza era infinita. Incluso había una piscina allí arriba, nada desdeñable, que ocupaba el lado sur. Me acerqué a la barandilla de cristal y me detuve, dejando que el espectáculo se grabara en mis ojos.

Desde allí se veía toda la bahía, incluido cada rincón del Caribbean Bay Cove. Una luna casi llena proyectaba su estela plateada, que relucía sobre el vaivén del océano oscuro. Más abajo, los pequeños faroles marcaban el recorrido de los senderos que mis pies recorrían cada día, ofreciéndome una perspectiva diferente.

Oculto de las miradas indiscretas gracias al espeso dosel de vegetación, dejé que aquella imagen me invadiera, saboreando la sensación de poder que se experimentaba al contemplarlo todo desde lo alto. Aislada, pero con pleno control de la escena. El punto de vista de William Baker.

Como evocada por la intensidad de mis pensamientos, una mano me agarró del cuello, justo en la base de la nuca, sobre el cabello que llevaba suelto.

Contraje los omóplatos al sentir el escalofrío recorrerme la espalda, bajando hasta los riñones.

—¿Estás enfadado? —Me aferré a la barandilla, conteniendo la respiración, a la espera del veredicto.

—Fingiré que lo estoy, así te atormento un poco. —Me masajeó los laterales del cuello, aplicando una presión agradable sobre mis nervios—. ¿Cómo se lo han tomado?

—Mejor de lo que cabría esperar. No son niños, aunque tú hayas intentado hacerles sentir como tales.

—¿Mi pequeña espía no tiene nada más interesante que contarme?

—Sienna quiere hacerte una mamada.

Colocó ambas manos sobre mis hombros, presionando con los pulgares.

—Tendré que regañaros más a menudo, entonces.

—¿También a mí?

—Sobre todo a ti. —Bajó por mis brazos hasta llevarlos a mi espalda—. Tengo un vuelo dentro de un par de horas. Estaré fuera solo un día y medio, así que no podré recibir a Ashton Monroe cuando llegue, aunque espero estar de vuelta para la hora de comer —explicó, rodeándome las muñecas con unas esposas—. Sienna lo recibirá en recepción. Quiero que seas tú quien lo acompañe a su cabaña, junto con los botones. Que haya fruta y flores, además del cóctel de bienvenida: asegúrate de que todo esté perfecto. Ofrécele un servicio impecable, confío en ti —me halagó—. Debe sentir que ha puesto un pie en el paraíso.

—“*Tu paraíso de clase, sin igual. Porque para nosotros, cada detalle cuenta*” —susurré el eslogan, girando las muñecas contra la suave capa de piel bajo la que podía sentir el sólido acero de las esposas.

Confiaba en mí, incluso con todo lo que había en juego. Era bonito, me hacía sentir bien... pero también dolía. Porque significaba que confiaba en mí más de lo que lo habían hecho nunca mis propios padres. Más de lo que yo misma había confiado en mí. Y eso, pensándolo bien, era triste.

—Estaba seguro de que lo entenderías —dijo, apoyando los antebrazos en la barandilla, a mi lado. Se tomó un momento para contemplar conmigo el océano y todo lo que le pertenecía, o al menos, todo sobre lo que ejercía poder. Luego miró el reloj y se irguió.

—Sígueme —dio la orden que llevaba esperando desde que había subido.

Caminé tras él, atravesando el salón y siguiendo un pasillo que desembocaba en una puerta de doble hoja, abierta de par en par. El dormitorio, similar a muchos otros del resort, se desplegó ante mis ojos con sus múltiples matices de blanco y los acabados en acero bruñido que le daban un aire sofisticado. Un ambiente que me resultaba familiar.

Mientras William bajaba la intensidad de las luces, me dirigí directamente hacia la cama grande, con su cabecero de alcántara acolchada y llena de cojines. Me quité las sandalias con los pies y subí, sentándome sobre los talones.

Él me admiró. No debía de estar tan mal con el top anudado al cuello, los pezones marcándose y mi faldita corta tan de colegiala. La cabeza inclinada, justo como le gustaba a él. En realidad estaba agachada, porque la sentía pesada, y solo deseaba que él me la vaciase.

Empezó a desabrocharse los puños de la camisa.

—¿Cuántos azotes te mereces?

Respiré hondo, intentando frenar los latidos que amenazaban con desbocarse.

—¿Por qué?

—Escoge tú.

Podría haber encontrado muchas más razones que él, de eso no me cabía duda.

—¿Por haberme reído de ti con mis amigos?

—Es un buen comienzo.

—¿Por exhibir lo que es tuyo? —Es decir, a mí misma.

—Lo que es mío puede mostrarse, pero no tocarse sin mi consentimiento.

—Se sentó en el colchón y me apartó un mechón de pelo detrás de la oreja para poder verme la cara—. De todos modos, me gusta el camino que estás tomando. Sigue.

Parpadeé, fijando la vista en la sábana como si pudiera llegar a distinguir la trama del tejido.

—¿Por haber sido una bocazas?

—Quiero follarme tu boca. Y hacer que tu culo se ponga muy rojo. —Cogió uno de los cojines más mullidos y lo arrastró al centro de la cama—. Te va a escocer, nena.

Cerré los ojos y me dejé caer de bruces sobre él. Las manos, aprisionadas en los riñones, recogieron la falda, dejando al descubierto el trasero,

enmarcado por unas bragas de encaje que habían estado guardadas en el cajón de la lencería esperando una ocasión como esta.

—Es tuyo. Si quieres que escueza, escocerá.

—Justo así.

De pronto, el colchón perdió su peso. Un sollozo se me quedó atascado en la garganta.

William me movió los puños atados a la mitad de la espalda y me subió las bragas, para que quedaran lo más metidas posible en la hendidura entre las nalgas.

—Me detendré cuando las vea empapadas, así que te aconsejo que te concentres en cosas excitantes.

¿Más excitantes que esto?

Me arrancó ese sollozo contenido con la primera nalgada.

Se equivocaba mucho si pensaba que podía desviar la cabeza hacia otra cosa. Solo podía creerlo porque él nunca había sido golpeado así.

Ser azotada por William Baker significaba existir solo entre la cintura y los muslos. ¿La mente? *Puf...* vacía, perdida.

Con cada golpe que me daba, era mi propio cuerpo el que recordaba el sonido de los chasquidos, el impacto contra la piel, el calor, ese escozor que se concentra, late... y se disuelve en oleadas largas.

Las lágrimas incontrolables...

El abandono exhausto.

Capítulo 8



Era el gran día, las diez y cuarto de la mañana para ser exactos. Y me estaba entrando la ansiedad.

Temía decepcionar a William.

Había atendido a muchísimos clientes, nadie se había quejado nunca, solo había recibido cumplidos. Y, sin embargo, tenía miedo de no estar a la altura del único que importaba de verdad.

Vi a Ashton Monroe entrar por la puerta corredera principal, con dos mastines pisándole los talones. Inconfundible, con su barba lisa y bien peinada, salpimentada, al igual que su cabello entrecano, de cincuentón elegante. Era un hombre alto, imponente no solo por su físico, que hacía casi que los guardaespaldas resultaran ridículos a su lado. Se decía que en su juventud había tenido un pasado militar, y no me costaba nada creerlo.

—Bienvenido. Es un honor tenerle en el Caribbean Bay Cove, señor. — Le tendí la mano; él la estrechó envolviéndola por completo, dado el tamaño de la suya—. Si quiere seguirme, lo acompañaré hasta su cabaña.

Obtuve poco más que un gesto de asentimiento.

Lo escolté por los senderos, caminando a su lado, mientras los guardias y los botones nos seguían en fila, guiados por cordones de flores frescas, con un aroma a plumeria que embriagaba.

Para romper el silencio, le expliqué algunos de nuestros servicios.

—Contamos con un spa donde se ofrecen tratamientos de bienestar de distintos tipos, como el masaje sueco o el Lomi Lomi hawaiano...

—¿El qué?

—Lomi Lomi: es un masaje exótico, con aceites perfumados...

—¿Qué tan exótico?

Hasta nuestra comitiva soltó una risita.

Así que nuestro secretario no era tan formal después de todo, a pesar de esas cejas siempre fruncidas.

—Supongo que dependerá de lo exóticas que le parezcan las piedras de basalto calientes.

—No particularmente.

Quién sabe por qué, ya me lo imaginaba.

Pero siempre podría encontrarlas relajantes.

—¿No tienes algo más divertido que proponerme?

—Claro. Contamos con unas instalaciones deportivas, con pistas de tenis, si le gusta el deporte. —El camino se bifurcó, ayudándome sin darme cuenta—. Mejor aún, justo por ahí encontrará nuestras piscinas y la zona lounge. Le recomiendo los cócteles de nuestro barman nocturno, un auténtico mago de la coctelera. —Sonreí más de lo que me salía de forma natural.

—Quizás puedas traerme algunos a la habitación, ¿eh?

Me recorrió con una mirada más crítica que complacida, dejándome con la incómoda impresión de que lo que esperaba en la habitación era algo muy distinto a una bebida.

—El servicio de habitaciones está siempre disponible, las veinticuatro horas del día. Solo tiene que llamarnos. Si no estoy disponible personalmente —y esperaba no estarlo— acudirá una de mis compañeras.

—Me han dicho que aquí en el resort sois todas jóvenes y guapas. ¿Es verdad?

Qué pérdida de elegancia para un hombre de su talla, siempre tan distinguido en las ruedas de prensa. Apenas parecía él; cuanto más me esforzaba por mantener la compostura, más se desinhibía él. Era cierto eso de que la televisión era pura ficción y los políticos, unos hábiles actores.

—Preferimos pensar que el aspecto es solo la última de nuestras cualidades.

—Entonces, sí.

—Sí —le complací, logrando sacarle un gesto en la boca parecido a una sonrisa. Como había puntualizado William, nuestro aspecto formaba parte

del espectáculo, así que más valía complacer al público.

—Bueno, hemos llegado —dije, girando por el sendero hacia la cabaña 109.

En un principio se había previsto que ocupara la cabaña de Sullivan. Íbamos a aprovechar la fortaleza del Secretario, un hombre de carácter firme que no se dejaba intimidar por supersticiones, para poner en funcionamiento una cabaña que nadie quería ya. Pero luego sugerí que usáramos la 109, la más grande y equipada, muy apreciada por el buen gusto de la señora Kendricks, y situada en una posición estratégica y céntrica. Teníamos que revalorizar todo el resort, no solo una cabaña.

William estuvo de acuerdo, y eso me facilitó la tarea de dejarlo perfecto.

En ese momento nos separamos, dejando que los guardaespaldas se dirigieran hacia su alojamiento. Con parte de la comitiva ya disuelta, subimos los escalones del porche elevado que rodeaba la estructura como una herradura, equipado con un jacuzzi para cuatro y tumbonas de masaje. Había añadido macetas con plantas, un carrito de bar y una estantería con toallas nuevas.

—Andrew sabía darse una buena vida —comentó, refiriéndose al senador.

Fuera o no la antigua cabaña de Andrew Sullivan, Monroe tenía razón. Lástima que el “pobrecito” solo hubiera podido disfrutar de sus vacaciones de lujo durante tan poco tiempo. Pero quizá era mejor pasar por alto ese detalle y quedarme callada.

Abrí la puerta y la dejé abierta para que todos pudieran entrar. Las orquídeas las había dejado Mrs. Kendricks, los cócteles los sugirió Nick, que intervino fuera de su horario laboral para prepararlos especialmente para la ocasión. Luego recurrí a la cocina para los aperitivos, a las chicas de la limpieza para que hicieran las figuras de cisnes con las toallas, y a Josh para que me consiguiera unas lámparas artísticas.

Por lo demás, cada una de nuestras cabañas irradiaba refinamiento y clase por sí sola.

Ashton Monroe evitó mostrar un entusiasmo exagerado, pero pareció apreciarlo.

—No está mal...

Despachó a los botones con una propina. Una vez a solas, se acercó al pequeño brunch dispuesto sobre la mesa de cristal del salón, donde cogió

una aceituna con un palillo.

—¿Todo esto es obra tuya? —intuyó, demostrando que no se le escapaba nada.

—Me he encargado personalmente de cada detalle para preparar la cabaña de la mejor manera. Su secretaría tuvo la amabilidad de informarme sobre su preferencia por los sabores salados y bebidas cítricas. —Junté una mano con la otra, imitando un anuncio publicitario—. “*Para nosotros, cada detalle cuenta.*”

Reconoció el eslogan.

—Muy bien enseñada, no se puede negar.

¿Qué era yo? ¿Un mono amaestrado?

Vale, ahora se estaba volviendo un poco grosero. ¿Estábamos seguros de que era la persona adecuada para darle brillo al Caribbean Bay Cove? ¿O era yo la que estaba haciendo algo mal?

—Intento hacer lo mejor que puedo, con mis modestas capacidades —respondí, algo a la defensiva.

—No pretendía ser una ofensa, sino un cumplido. Está claro que sabes hacer tu trabajo, y eso es precisamente lo que esperaba de ti. —Se quitó la chaqueta y la lanzó al sofá—. Parece que este resort, y tú en particular, sabéis cómo hacer sentir a gusto incluso a alguien tan difícil como yo.

—Es lo que esperamos, señor. —Cogí del frigorífico la coctelera que me había dejado Nick y serví el cóctel de bienvenida—. Aquí tiene, espero que sea de su agrado. ¿Quiere que le deshaga las maletas? ¿O prefiere quedarse solo?

Olfateó su Paloma con cierta desconfianza antes de darle un sorbo y dejarse conquistar. Apretó los labios, saboreándolo.

—Deshágalas —ordenó.

—Como desee.

Las dos maletas estaban ya en la habitación. Las abrí y empecé a guardar la ropa en el armario, un poco incómoda porque nunca antes un cliente había respondido afirmativamente a esa pregunta. Ni siquiera me lo esperaba.

Vamos, que no me hacía ninguna gracia tener que andar trasteando con la ropa interior de un Secretario de Estado de los Estados Unidos, ni de ningún otro huésped. Era una pregunta por cortesía, por Dios.

Él se apoyó en el marco de la puerta, con el cóctel en la mano y la boca llena. Se puso a observarme, aumentando aún más mi nivel de incomodidad.

—¿Siempre hace tanto calor por aquí?

—Incluso más, para ser sincera. Enero es un mes magnífico, estamos en plena temporada seca: ha elegido un momento perfecto para disfrutar de unas vacaciones junto al mar. —Cogí el neceser para guardarlo en el baño, pero él no se movió ni un centímetro para dejarme pasar tranquilamente por la puerta.

—Prefiero la montaña —resopló, mientras el aroma del Paloma y el sudor acumulado tras el viaje me envolvían.

—Me temo que estamos un poco escasos de esas. Lo siento.

Consideré un auténtico regalo del cielo el mensaje que recibió en el móvil. Lo distrajo y lo mantuvo ocupado escribiendo alguna respuesta, mientras yo sacaba su portátil y lo colocaba sobre el escritorio. Lo conecté a la corriente para cargarlo y levanté la pantalla, dejándolo listo para cuando lo necesitara.

Una mano volvió a bajar el monitor antes de que llegara a abrirse del todo.

—¿Pero qué demonios haces? —gruñó Monroe—. Eso no.

Retiré los dedos justo a tiempo.

—¡Santo Dios! —grité dando un salto.

Estaba poniendo todo de mi parte, ¿de qué tenía miedo? ¿De que viera una pantalla de bloqueo? ¿O de que fuera una hacker?

—Veo que he conseguido que te relajes, por lo visto. —dijo con una sonrisa un tanto babosa, y se bebió de un trago gran parte del cóctel—. No te preocupes. Diré que lo has hecho de maravilla. —Giró la copa en el aire, abarcando toda la cabaña con el gesto—. Que todo ha sido perfecto.

—Me alegra escuchar eso —respondí, conteniendo el nerviosismo lo mejor que pude—. La satisfacción de nuestros clientes es muy importante para nosotros.

—Y la *mía*, aún más, al parecer. Sabemos por qué estoy aquí, a pesar de tener asuntos de bastante más peso. Evitemos andarnos con rodeos.

—Oh, no, quise decir justo lo que dije: todos los clientes son importantes para nosotros. —*Chulo engreído*, habría quedado bien añadir.

Probablemente lo leyó en la sonrisa forzadísima que le dediqué, a la que él respondió con la misma moneda.

—Si no hay nada más, me retiro.

—Puedes irte —me concedió, agitando un billete como si estuviera meneando una zanahoria delante de un burro.

Lo cogí solo porque habría sido de mala educación rechazarlo.

Comprobado que no tenía nada más que pedirme —como que le desatara los zapatos o lo arrojara en la cama—, me despedí.

—Gracias, que tenga un buen día, señor —esa palabra me salió casi entre dientes.

Conocía a los verdaderos señores, con mi trabajo tenía una vasta experiencia, si no íntima, en un caso concreto. Y ese tío necesitaría unas cuantas transfusiones de gusto, inteligencia y elegancia antes de poder llegar a serlo.

Miré la hora en el móvil: William ya debería haber vuelto.

Atravesé el resort a paso ligero y llegué jadeando hasta apoyar las manos sobre el mostrador de Sienna.

Me incliné, ya que ella estaba agachada guardando papeles en los estantes más bajos.

—¿Ha vuelto Mr. Baker? —pregunté.

—Sí, hace un rato —respondió desde ahí abajo—. ¿Qué te pasa?

—Estoy hasta el moño.

—¿Y por qué?

—No importa. Solo dime que sabes dónde está.

Se levantó. Sus largas uñas pintadas tamborilearon sobre sus labios rojos.

—¿Debería saberlo? —dijo.

—¡Sienna!

—¡Vale! En el spa. En la zona de masajes... creo.

Perfecto, él se estaba dando un masaje y yo tenía que lidiar con ese tiburón pomposo.

—Gracias —salí corriendo.

—Cas... ¡espera! —gritó en voz baja, pero yo ya me había ido.

Lo mismo pasó en el centro de bienestar: tras conseguir la información, ignoré las protestas y entré en la sala de masajes sin llamar.

—¡Ese hombre es un arrogante! —solté en medio de mi entrada teatral.

—Buenos días para ti también, señorita Whitmore —reconocí la voz de William sin necesidad de verlo.

Al venir de fuera, el ambiente me pareció bastante oscuro. Tardé unos segundos en acostumbrar la vista a la luz tenue. Además de los focos suaves, la habitación estaba iluminada por velas en recipientes de cristal, cuyas llamas titilantes brillaban entre los pequeños frascos de aceites esenciales dispuestos en las estanterías de madera que cubrían una pared entera. En la opuesta, de piedra clara, caía una ligera cascada de agua que se perdía entre cantos blancos e inmaculados. Gruesas cañas de bambú, que iban del techo al suelo, servían de adorno, junto con las casi igual de altas y elegantes palmeras distribuidas en varias macetas. Por si el verde fuera insuficiente, una pantalla gigante empotrada en la pared proyectaba imágenes de alta definición de una jungla tropical. En todo esto, la camilla colocada en el centro era solo una, y había dos sillones contra la pared, enmarcados por las estanterías.

Ya había estado en aquel lugar: mis amigos me habían regalado un masaje por mi cumpleaños, así que fue otra cosa la que me pilló por sorpresa. Mis pies se detuvieron en seco cuando ya estaba dentro.

—Buen... día.

En efecto, había un masaje en curso. Solo que no era William quien lo recibía. El masajista se había girado, desconcertado, con las manos sobre la espalda de Serge Price.

—¿Y bien? —preguntó William, sentado en una de las butacas, impecablemente vestido, con las piernas cruzadas.

Price giró el rostro, que antes estaba vuelto hacia su amigo. No solo había interrumpido un masaje, sino también una conversación entre hombres.

—Y bien... el Secretario no quiere estar aquí. Prefiere la montaña —repliqué, con la irritación aún latente—. No me fío de él.

Intenté no detenerme en la figura de Price, desnudo, con los músculos brillantes por el aceite, con un tatuaje de líneas quebradas en la espalda. Solo un paño cubría la curva redondeada de sus nalgas.

—Tiene un carácter difícil. ¿Y qué con eso?

—¿Tú... *usted* lo sabía, Mr. Baker? —me corregí, al notar las orejas atentas del masajista—. ¿Y aun así me ha mandado a mí?

—Precisamente por eso te he mandado a ti. —Se sacudió los pantalones con una mano, como si quitara migas imaginarias de la rodilla—. Daniel, ¿puedes dejarnos, por favor? Gracias. Tenemos que hablar y preferiríamos no ser molestados.

—Por supuesto, señor. —El hombre cogió una toalla para limpiarse las manos y salió, cerrando la puerta tras de sí. Lo cual me permitió hablar con total libertad.

—¿Querías saber si algo no iba bien en el Caribbean? Pues te lo estoy diciendo ahora: el problema es Ashton Monroe.

—¿Al menos te has dado cuenta de que has interrumpido el momento de relax de uno de nuestros huéspedes?

Mis ojos fueron y vinieron un par de veces sobre la espalda al descubierto, atraídos por las líneas del tatuaje.

—Le pido disculpas, Mr. Price. No quería invadir su privacidad. —Solo la de William.

—Puedes acercarte, si quieres verlo mejor —respondió.

Había visto el tatuaje, que ocupaba la parte alta de su espalda, solo desde lejos, cuando estaba en la piscina o en la playa, sin llegar a descifrar su significado.

Di unos pasos hacia delante, lo suficiente como para oler la esencia de naranjas amargas usada para el masaje. Estiré el cuello para poder observar el ángel con alas extendidas sobre sus omóplatos, semejante a un boceto irregular que se iba disipando en líneas quebradas. No tenía rostro ni expresión, salvo en las líneas planas de los ojos; hablaba de intransigencia, decadencia, lejanía. Algo que no esperarías encontrar en la espalda de un directivo de una gran compañía aérea.

La rabia que llevaba dentro adquirió matices distintos, menos tangibles, más irracionales.

—No creo que las disculpas sean suficientes —observó William—. He tenido que echar a Daniel para que puedas hablar con libertad, visto que parece que no puedes esperar. Lo mínimo que puedes hacer es ocupar su sitio.

Alcé la barbilla de golpe.

—Podemos discutirlo después.

—Lo haremos ahora —sentenció—. Masajea.

En el rostro relajado de Price apareció una sonrisilla.

—No soy masajista —intenté defenderme.

—Y la mía no era una pregunta.

Era una orden, de esas que condicionaban mi permanencia en el Caribbean, y para las que solo había una respuesta posible.

Me lavé las manos, las humedecí con el aceite elegido, de naranjas amargas y algo más fresco que no supe identificar. Price había extendido los brazos a lo largo de los costados, inmóvil, poniendo su cuerpo a mi disposición. El ángel cruzaba los brazos esbozados sobre el pecho, en un gesto de encierro. Alas extendidas, pero brazos cerrados.

—Sé que quieres hacerlo, pequeña —murmuró William—. Tócalo.

Me froté las manos para calentarlas y quitarles ese estúpido temblor que las había sacudido. Las apoyé en sus hombros y empecé a moverlas imitando los gestos de la profesional que me lo había hecho a mí. Al fin y al cabo, solo era un masaje.

Mis dedos se deslizaron sobre su piel masculina, amplia, firme, cálida, bajando por la columna vertebral, sobre el ángel.

Price inspiró y exhaló profundamente, siguiendo la presión de mis dedos.

—Más abajo, pajarito.

Llegué hasta la cintura, sin atreverme a rozar la toalla.

—¿Te han comido la lengua? —se burló William.

—Para nada —respondí, con los ojos fijos en Price, aunque mis objeciones seguían vivas en mi cabeza, junto con el desconcierto causado por lo que estaba haciendo, que no sabía lo que era—. Desde mi punto de vista, lo único que le interesa del Caribbean a Ashton Monroe es emborracharse y llevarse a la cama a las chicas que trabajan aquí.

—Perfecto, esperemos que Sienna vea en el Secretario al destinatario ideal de su mamada.

—Sienna se merece algo mejor —objeté, abriéndome paso para descender hasta los bíceps, como si de pronto sintiera la necesidad de palpar cada parte de aquel cuerpo inmóvil, viril y vivo—. Ese hombre tiene cincuenta años, y esa es, con diferencia, su mejor cualidad.

—Es una mamada, no un matrimonio —replicó con fastidio—. Baja más.

Lo hice, llegué a la zona lumbar y, una vez allí, deslicé las manos hacia los lados, con incertidumbre, mientras los músculos se contraían bajo mis

dedos por el cosquilleo.

—William... no sé lo que estoy haciendo. No soy masajista, dudo que Mr. Price quiera pagar por algo así.

—En cualquier caso, prefiero tus manos a las de Daniel. —Price agarró la toalla y se la quitó de un tirón, dejándola caer al suelo. Debajo no llevaba nada: su trasero mostraba apenas un ligero bronceado de cabina, como el resto de su cuerpo.

Se estiró al frente, apoyando los antebrazos bajo la cabeza. Su cuerpo se alargó, la cintura se afinó, y el contraste con la amplitud de sus hombros se hizo aún más evidente. El ángel pareció desplegar las alas.

Miré a William, sintiendo cómo me subía el calor a las mejillas, señal de lo mucho que me había sonrojado.

Él sonrió, apoyando la sien sobre un nudillo.

—Me da la impresión de que no le estás poniendo suficiente energía. Estás dando un masaje, no haciéndole cosquillas —me reprendió, con esa mirada suya tan manipuladora—. Esfuérzate como si nos fuera la reputación en ello. Piensa que podrías estar masajeando a Ashton Monroe.

Ante aquella imagen, retiré las manos dando un paso atrás.

—Ugh... —gemí con repulsión, no porque Monroe fuera un hombre feo, sino por una absoluta incompatibilidad intelectual. *“Una cuestión de piel”*, como suele decirse.

Price me agarró de la muñeca y me atrajo hacia él.

—No, cariño. Masajéame a mí, tranquila. Soy yo.

Ese “soy yo” me produjo una extraña sensación de intimidad. Volví a posar las manos sobre él, con la misma cautela con la que acariciarías a un gran felino de la sabana. Un acto que intimida y, al mismo tiempo, atrae, porque era innegable que su cuerpo, largo y tendido, era realmente hermoso.

Recorrí los lados de su columna vertebral aplicando más presión, deteniéndome casi al inicio de la hendidura de los glúteos. La piel lisa de sus nalgas, bastante marcadas, se estremeció con un escalofrío de placer. Me ayudaba que Price no me veía, pero William sí, y podía notar hacia dónde dirigía la mirada.

—Puedes tocarlo —murmuró.

Negué con la cabeza.

—No, no puedo.

—Sí, te lo aseguro. No espera otra cosa que tú lo hagas.

—William... —Me estaba arrastrando como una roca colgada del pie, y yo ya me sentía hundir.

—Hazlo.

Mi masaje descendió a lo largo de los costados de Price, con mis dedos extendiéndose hasta la parte superior de sus nalgas en una ligera caricia. El poco aceite que quedaba en mis manos untó las zonas que habían quedado intactas.

Se había creado un silencio diferente. El agua caía de la cascada con un sonido suave, un murmullo de voces amortiguadas se acercó a la puerta para luego alejarse. Ashton Monroe se había convertido en un tema sin importancia, ya olvidado. Percibía mi respiración y la de Price, que respondía a mi toque. Así como la mirada de mi amante y señor, que me vigilaba.

Desde los hombros, recorrí los omóplatos y las vértebras, ayudada por el aceite, esta vez sin detenerme en la zona lumbar. Ante mis ojos tenía un primer plano del trasero desnudo de Price, y aún no podía creerlo.

—¿Te gustaría penetrar ese bonito culo, pequeña? —me provocó William.

Price soltó una carcajada.

—Idiota —le espetó a su amigo—. No le hagas caso. Seré yo quien te penetre a ti, cariño.

—Eso ya lo veremos —aseveró aquel que tenía el poder de follarme o de hacerme follar a su antojo.

El cuerpo del hombre se movió como una montaña bajo mis manos, dándose la vuelta boca arriba.

—¿Miedo, eh? —se mofó William.

El otro levantó el dedo corazón, con una bonita sonrisa en la cara y los ojos felizmente cerrados.

Yo había girado el rostro para evitar que la mirada se me fuera directamente hacia su sexo.

—Continúa —se me ordenó.

Inhalé profundamente, coloqué las manos a los lados del cuello de Price, empujándolas hacia atrás, en un intentando llegar a los músculos cervicales.

El abrió los ojos azules de forma inesperada, chocando con los míos.

—Pero qué sonrojada estás —dijo, en tono provocador, pero amable—. No me habías dicho que es una chica tímida.

—No es tímida. Es una putilla viciosa, con el alma oculta de una virgencita.

—Mira qué cosa... —Mr. Ojos Azules ensanchó su seductora sonrisa.

Nada. No tenía nada que replicar: sus palabras ya se habían colado en mis grietas, corroyéndome, y además, cocinándome por dentro.

—Baja. No es ahí donde te quiere. —William jugueteaba con un cigarrillo entre los dedos, sin encenderlo. Con la mirada fija en nosotros y en mi masaje que se había convertido en un lento sondeo de piel, de relieves y depresiones.

Price parecía relajado, pero al pasar por su pecho, noté el latido de su corazón, que me pareció algo más rápido de lo habitual. Aunque no tan fuerte como el mío.

Al final me permití observar el fruto prohibido. Por supuesto que se había girado: su sexo ya se había engrosado, levantándose del abdomen, con un aspecto que sería la alegría y el temor de muchas chicas.

Suspiré ruidosamente, con un pequeño silbido.

—¿Pasa algo? ¿Falta algo? —preguntó William, siempre alegre.

—Si acaso, le sobra *algo*... —Me detuve con las manos sobre su vientre tenso—. ¿Qué es? ¿Hay alguna regla por la cual los hombres poderosos tienen que tenerla tan grande como su ego?

Rieron los dos, tomándolo como el halago de una chiquilla ingenua.

—¿Quieres decir que nunca has visto uno más grande?

¿Estaba burlándose de mí?

—¿Aparte del tuyo, que es más o menos así? No. Obviamente no.

—¿Lo encuentras bonito?

—Sí... —perturbador, era el adjetivo correcto. Elegante incluso en la polla.

—¿Sabes lo que quiero que hagas ahora? —preguntó. Pero tampoco esa era una pregunta.

Nos miramos a distancia, su mirada era intransigente, pero a la vez cálida.

—El cliente debe quedar completamente satisfecho.

—Me gusta este cambio de gestión —comentó Price—. Comparto completamente su filosofía.

—Ahora quiero que juegues con ella, nena —me instó el otro, asintiendo con la cabeza.

Ni siquiera me había dado cuenta de cómo me habían conducido hasta allí. Hasta el punto de que resultó un gesto imprescindible rozar el vello púbico y envolver el asta con la mano, obteniendo su reacción inmediata.

—¿Cómo quieres que lo haga? —murmuré, tragando saliva—. ¿Con las manos?

—Con las manos y con tu dulce boca, que ha venido a quejarse, pero a la que podemos dar algo mejor que hacer.

Mr. Ojos Azules mantuvo los párpados cerrados, pero su expresión y su respiración cambiaron cuando empecé a manipularlo. Me daba una sensación muy agradable, tanto al tacto como mentalmente. Mi boca se acercó a él, abriéndose incluso antes de alcanzarlo, como si ya sintiera que su grosor me separaba los labios.

Lo recibí, deslizándolo sobre mi lengua hasta lo más profundo, cerrándome a su alrededor. Sentí el aroma de las naranjas amargas, un leve rastro ya desvanecido del aceite que había estado en mi mano. Levanté los párpados y vi a William, con los ojos oscuros y profundos, la bragueta de sus pantalones hinchada.

No entendía lo que estaba sintiendo.

No importa, solo tengo que obedecerlo.

Me aferré a eso para dejar atrás las mil recriminaciones de mi mente y centrarme solo en satisfacerlo. En satisfacerlos a ambos.

Fuera yo, dentro ellos.

Fue liberador y excitante. Ese tipo de excitación que no es euforia, sino oscuridad y pecado. Absorta en la felación, succioné y apreté con mayor placer y sentido de posesión.

—Joder... —Price me agarró por la cola de caballo.

—¿Mejor que el masaje? —observó William.

—Joder, mucho mejor. —Todos sus músculos se contrajeron, el pene me fue arrebatado y Price se puso de pie en un abrir y cerrar de ojos, embistiéndome.

Con un jadeo de sorpresa, me encontré retrocediendo, recorriendo bastante espacio, hasta que choqué contra la pared que tenía a mis espaldas. Los ojos bien abiertos.

Él me cogió la cara, inclinándola para su boca, que se precipitó sobre la mía. Tuvo que forzarla para poder acceder, porque yo estaba atónita.

—Quizá se me olvidó decirte que Serge es un poco impulsivo cuando se trata de sexo —fue el gracioso comentario de William.

Estaba abrumada por el cuerpo potente, grande y desnudo, presionado sobre el mío. Por el destello azul de dos ojos hambrientos. Por el empuje, al que me rendí, trepándole un brazo al cuello y saliendo al encuentro de su lengua.

Me había equivocado al juzgarlo en su cabaña: ni su espíritu ni sus besos eran ligeros. Serge Price era como un whisky puro y con mucho cuerpo, que se bebe de un trago. Un golpe de embriaguez, en una botella de colores llamativos.

Al terminar el beso, no dudó en empujarme hacia abajo y quitarme la goma del pelo, para poder sujetarme mejor. Dedos largos y firmes se deslizaron entre mis mechones, asiendo mi cabeza para guiarme a tomarlo.

Me gustó enseguida estar arrodillada delante y debajo de él, un poco atrapada y un poco en adoración. No digo que fuera fácil... Las rodillas me empezaron a doler, sentí que mi cabeza era inmovilizada mientras Price se deslizaba demasiado profundamente en mí, hostigándome la garganta. El muro no me permitía echarme hacia atrás.

Empecé a agitarme, le arañé los muslos, agarrándome a ellos sin aliento. Él contrajo los músculos, poniéndolos rígidos para resistir mis uñas.

Mis ojos brillaron humedecidos, los alcé y me encontré con los de él, encendidos como nunca.

—Dile que se porte bien, Wil.

—Lo sabe. —Su voz sonó más distante, proveniente del otro lado de la habitación—. Mi putita ya sabe que tiene que portarse bien si quiere complacerme.

Pestañeeé, con la boca llena del miembro, dejando escapar dos lágrimas.

Las yemas de sus dedos se hundieron entre las raíces de su cabello.

—¿De verdad hace todo lo que le dices?

—O paga las consecuencias.

—Bien, porque estoy a punto de ofrecerle algo de beber —dijo, acariciándome la sien con el pulgar—. ¿Qué dices? ¿Tienes ganas de tragarme, cariño?

Esas astillas azules, desafiantes, aguardaban una respuesta. Cerré los ojos un largo rato y los volví a abrir, asintiendo.

Pero en mi ceder había mucho más que complacer a William. Yo no olvidaría esa escena, ni cada una de sus palabras que se me clavaban entre el estómago y el vientre, anidándose y quemando. Como él mismo había dicho, recordaría cada maldito día que pasé con William Baker.

Así que me esforcé, ayudándome con las manos; soporté lo que tenía que soportar y disfruté de ese esfuerzo, porque significaba que Serge Price me estaba follando la boca hasta la garganta, poseído como un condenado. Todo por voluntad de Mr. Baker, que me usaba como su putita. Y, Dios, cómo me gustaba.

Cuando se corrió, me había metido tanto en el papel, que no tuve problemas en beberme todo su placer. Había superado el decoro y la moderación que siempre intentaba mantener, y casi no me reconocía.

Con una sensación de alivio, y a la vez de pérdida, sentí su agarre ceder, y su pene retirarse. Price apoyó un antebrazo y la frente en la pared, allá arriba, encima de mí, esperando recuperar una respiración regular.

Poco después, la mano aflojó su agarre sobre mis mechones y me desordenó el cabello de manera tierna.

—Gracias, niña de Wil.

Se apartó y recogió la toalla del suelo para envolverse alrededor de la cintura.

—No ignoraría esa boca —dijo, deteniéndose frente a William, que ya no estaba sentado con las piernas cruzadas, sino con ellas abiertas—. Ni siquiera cuando habla de Monroe.

—Pero la has tapado con mucho gusto —le respondió.

—¿Y me culpas? —se rió, saliendo de la habitación en dirección al vestuario.

Mientras tanto, mi espalda resbaló por la pared al dejarme caer al suelo, buscando alivio para mis rodillas y un momento para recuperarme también yo. Estaba sentada allí, con el culo y los pensamientos enfriándose.

William sirvió un vaso de agua y cruzó la habitación. Se inclinó a mi altura, ofreciéndomelo.

—Claro que te he escuchado. Siempre te escucho.

Bebí de un trago, aliviando mi garganta, y me limpié los labios húmedos con la manga de la camisa.

—Debería tener más cuidado con lo que te digo.

—Sí, si quieres perderte cosas como la que acaba de pasar —replicó, levantándose.

Pero yo no quería perderme ni una sola de esas cosas. Sentía la amargura flotando en el aire, sabiendo que nunca más podría mirar a Serge Price de la misma manera, igual que él a mí. Y aun así, lo habría hecho mil veces. Bastaba con que Mr. Baker estuviera allí para ordenármelo.

Con la nuca apoyada en la pared, vi a William desabrocharse los pantalones.

Curvó los dedos, invitándome a incorporarme.

—Ocúpate de mí, ahora.

Me arrastré hacia adelante, con las rodillas sobre las frías y duras baldosas. Tomé su pene entre mis manos y me lo llevé al rostro, sedoso, mojado en el glande. Me lo froté en la mejilla como si fuera un valioso tesoro. Mi verdadero y único premio.

Le eché un vistazo a su amo desde abajo.

—¿Me ayudas, por favor? Estoy cansada...

—Sí, nena. Solo abre la boca, yo me encargo del resto.

No fue así.

No conseguí quedarme quieta, como en el dentista.

Participé y, Dios sabe, no creo que Daniel pudiera haber ofrecido un servicio más satisfactorio que el mío en aquella habitación.

Capítulo 9



Cuando regresé a la habitación, Haley me recibió dando saltos de alegría y señalando los dos paquetes que habían dejado sobre mi cama. El más llamativo era una caja negra, con una serigrafía brillante en relieve y un lazo de raso dorado. Había una tarjeta dirigida a la “*Señorita Cassie Whitmore*”.

Solo con ver el envoltorio se intuía el valor de lo que había dentro: estaba casi segura de que venía del continente.

Me tomé mi tiempo para acariciar la cinta, intentando calmar los latidos de mi corazón, mientras Haley se moría de impaciencia.

En el interior, la tarjeta decía:

“Puedes ponértelo y reunirte conmigo en el ático como mi invitada.

O puedes dejarlo en la caja y servirme la cena como mi empleada.

Tú decides.

W.B.”

Si hubiera dejado que otros nos sirvieran, al día siguiente todo el resort habría sabido de mí y de Mr. Baker.

Eso era exactamente lo que él quería: que saliera a la luz, que no me importara lo que dijeran. Le molestaba tener que ocultarse; lo que pensaran de él lo tenía sin cuidado, porque era más fuerte que eso, y pretendía que yo también lo fuera. Podría haberme ordenado que me lo pusiera, sin más. Pero eso no era simplemente un regalo: era una prueba.

Y el vestido seguiría siendo mío en cualquier caso, como recuerdo de una velada única, o como recuerdo de lo que podría haber sido.

Le pasé la nota a Haley mientras empezaba a desenvolver el regalo.

Viviéndolo como si fuera una escena de una película, saqué del papel de seda marfil un vestido que parecía hecho de seda líquida, de un negro profundo que atrapaba la luz y la devolvía en destellos. En su aparente simplicidad, era una obra maestra: el corte estaba diseñado para ajustarse al cuerpo, ceñido en el punto exacto, para realzar las curvas sin oprimirlas. Largo hasta los tobillos, pero con una profunda abertura en el lado derecho, que dejaría asomar la piel con cada paso. Estaba firmado como Elie Saab y, después de buscar en Google cuánto podía costar, casi me da un infarto.

Haley dijo justo lo que temía que dijera:

—¡Oh, Dios mío, joder! Te sirvo yo la cena, puedes apostar a que sí.

Pasé entonces a la caja de zapatos: eran sandalias negras, de una elegancia minimalista, con un tacón fino de unos diez centímetros.

Y ahí no terminaba la cosa: dentro del paquete más grande había otra caja pequeñita. La abrí y saqué su único contenido, levantándolo entre mi amiga y yo: un tanga de encaje francés, negro, tan fino que parecía que podía romperse con solo mirarlo. En la parte trasera, justo donde se unían las finísimas tiras que abrazarían mis caderas, tenía una diminuta gota negra. No había sujetador, claro: con ese vestido, no era una opción.

—Haley... —chillé.

—Chica... —contestó ella, con los ojos como platos, fijos en aquel pedacito de tela tan minúsculo como costoso—. ¿Pero qué le has hecho a este hombre?

—¡¿Yo?!

—Le has debido de volver loco, porque está claro que este *pobre* hombre solo tiene una cosa en la cabeza.

Le di un empujón, riéndome a regañadientes por ese “*pobre*” tan inapropiado desde todos los puntos de vista.

—¡¿Pero qué clase de amiga eres?!

Demasiado romántica y soñadora, aún no había comprendido bien qué tipo de hombre era Mr. Baker. Necesitaba a alguien más perspicaz y experimentado, el tipo de persona que captara esas cosas por instinto.

Así que esa tarde me planté en la parte trasera del área lounge, justo cuando Nick organizaba los suministros para la noche.

Llamé a la puerta que estaba abierta.

—¡Oh! Cas... —me saludó, levantando unas cajas.

—Necesito un consejo.

La caja aterrizó en la estantería con un golpe y el tintineo de unas botellas.

—¿Tiene algo que ver Mr. Baker? —Perspicaz. Exactamente.

Le enseñé la tarjeta.

—¿Y tú qué quieres hacer? —me preguntó.

—No lo sé. —Me encogí de hombros, adentrándome en la penumbra del almacén—. Si voy a esa cena y me ven así, con él, los rumores empezarán a correr.

—¿Y si fuera así? ¿De qué tienes miedo?

—De lo que podrían pensar de mí. —No era bien vista en mi ciudad natal; sabía muy bien los daños que podían causar los chismes. Había quedado tan marcada por ello que no quería volver a repetir la experiencia—. Cosas como que estoy con él por dinero y para no hacer nada.

—¿Sí? —Sacudió la cabeza para despejar la cara y el lado rapado del larguísimo mechón—. Si lo ves así, pregúntale a Sienna si quiere ir ella en tu lugar: estoy seguro de que se hará menos problemas que tú.

—¡Ah, muchas gracias! —Me uní a él para sacar las botellas de la caja y meterlas en el frigorífico.

—Vamos, Cas. ¿Nos conoces o no? Somos gente con un pasado, acostumbrada a apañárselas como sea. Te darán una palmada en la espalda y te dirán “buen golpe”. ¿De verdad tienes miedo a eso?

Nick tenía algunos conflictos con su familia, dueña de un imperio farmacéutico, por sus ideales, pero sus amigos siempre habían estado a su lado. Nunca había experimentado lo que significaba estar realmente solo. Pero tenía razón: esto no era Pensilvania y no serían los chicos del Caribbean Bay Cove quienes me juzgarían por algo así; sí, habría rumores, pero serían superficiales. Algo de lo que podríamos reírnos juntos.

La reacción de él, o la de Haley, era un claro ejemplo de ello.

—No es solo eso —admití—. Es que... tú no lo has visto, Nick... es un vestido caro. Muy caro...

—... Y crees que te va a salir caro llevarlo. —Se detuvo, apoyando el codo en la caja. Vio cómo bajé la mirada al suelo y asintió, como si finalmente lo tuviera claro—. Entiendo.

Me llené las mejillas de aire y lo solté en un resoplido. En mi mente floreció la imagen de Serge Price, magníficamente desnudo y erecto: solo una de las cosas que Nick no podía imaginar. Mr. Baker me tendría de todos modos, a su manera, vestida o no, y eso no era fácil de explicar.

—No creo que lo puedas entender.

—Créeme. He visto y oído de todo —respondió, con una piña en la mano. La olió, como si intentara sacar alguna conclusión de su aroma—. Pero también entiendo otra cosa: entre nosotros hay personas muy extrovertidas, y tú no eres una de ellas. Eres reservada, hay cosas que te guardas solo para ti.

No era del todo cierto. Me las guardaba para mí y para William: con él no tenía secretos.

—¿Y qué con eso?

—Las partes oscuras de nosotros buscan la oscuridad para sentirse libres... —abrió los ojos de par en par—. Qué poético soy, joder.

La risa hizo que descruzara los brazos.

—Me alegra que estés descubriendo tus dotes en el campo literario y filosófico, pero te estás yendo por las ramas. No me estás ayudando a decidir cómo tengo que vestirme para esa cena. Porque, de una forma u otra, voy a tener que ir.

Como si todo se redujera a elegir modelito.

—¿De verdad quieres saber lo que pienso?

—No, he venido porque me gusta el ambiente oscuro y húmedo de la despensa —apoyé un brazo en la estantería, con descaro.

—Creo que te estás mintiendo a ti misma.

—¿Qué? —Me enderecé enseguida.

—Cas, tú no tienes miedo de lo que puedan decir los demás. Tienes miedo de lo que significaría para ti no poder esconderte detrás de tu uniforme. Porque mientras lo lleves puesto, y te escondas de tus amigos, puedes fingir que realmente no te importa y que no es una cita de verdad.

O la parodia de una cita de verdad, ya que el chantaje de Mr. Baker era como una banda sonora de fondo, que condicionaba cada una de mis decisiones.

—Está jugando conmigo —dije, más sombría—. Él es... ya sabes lo que es: de posición alta y poderoso. Estamos en dos planos completamente diferentes.

—¿Es eso lo que quieres oír de mí? ¿Esperas que te dé una buena razón para quedarte en tu zona de confort y no exponerte? —Hizo bailar la fruta en su mano, girándola para observarla desde todos los ángulos y asegurarse de que no hubiera partes dañadas—. Cas, la gente viene a mí a confesarme sus deseos para cumplirlos, no para reprimirlos.

Fruncí el ceño, considerando las cosas desde su punto de vista.

El silencio en el que me perdí le dio la oportunidad de darme el golpe de gracia.

—Te mueres por ponerte ese vestido, porque sabes que no es su dinero lo que importa, sino cómo él te hace sentir. ¿Me equivoco o no? Y te diré más: ya has decidido hacerlo. Así que, ¿qué quieres de mí? —Me tiró la piña.

La cogí al vuelo, sorprendida al darme cuenta de cuánta verdad había en sus palabras. Eran cosas que no quería admitir, ni siquiera para mí misma. Y que nunca habría sido capaz de procesar con esa franqueza. Cosas como que jamás renunciaría a esa cita como invitada.

—Eres realmente tan in-ú-til, Nick —dije, negando con la cabeza.

Él me guiñó un ojo.

—Que pases una buena noche, Cas.

Sostuve la piña con un brazo y rodeé a Nick con el otro, abrazándolo.

—Gracias —murmuré.

—Solo recuerda lo que te dije en la playa, ¿vale? —Su voz me retumbó en el pecho, mientras su mano me acariciaba la espalda.

—¿Que valgo mucho más que un regalito de oro?

—Y también más que un vestido de marca.

Tragué inmediatamente el nudo que se me formó en la garganta. Mi primer pensamiento, al abrir el regalo, había sido que no estaba a la altura para llevar algo así. Que no lo merecía. Me rebelé contra esa culpa, como una vieja cicatriz que de vez en cuando se dejaba sentir, apartándola con una sonrisa.

—Incluso más que diez vestidos de marca.

Mientras salía con mi piña, le escribí un mensaje a William.

“Es maravilloso.

Gracias.

Me lo pondré.”

Me maquillé de forma muy ligera y me hice ondas en el pelo con la plancha. Al ponerme el vestido por la cabeza, me resbaló sobre la piel como una suave corriente de agua. Era una obra de arte de corte impecable, perfecta para mi cuerpo, que resaltaba sus formas de manera sensual.

Las tiras del vestido se acomodaron solas, cruzándose en la espalda y dejando la piel expuesta con una audacia calculada. Al menos el escote delantero no era excesivo, deteniéndose justo en el hueco entre los pechos.

Me miré en el espejo. Me giré despacio, observándome de frente y de espaldas, intentando familiarizarme con mi propio reflejo.

¿Era posible que un vestido acariciara la piel? Porque este lo estaba haciendo.

Me quedé unos segundos frente al espejo, y al intentar ajustar uno de los tirantes, este resbaló, cayendo en cascada y dejando un seno al descubierto.

—Qué chico travieso... —murmuré, imaginando que esa sería la primera jugada de William—. Regalarme un vestido solo para quitármelo más fácilmente.

Salí de mi habitación a las nueve y media de la noche, como indicaba su último mensaje. El personal de sala y cocina estaba en plena faena, los restaurantes rebosaban actividad, así que, una vez fuera, apenas me crucé con nadie.

Aun así, las pocas personas con las que me topé me lanzaron miradas distintas a las de siempre. No era por la forma en que caminaba —hacía tiempo que no usaba tacones, pero en Pensilvania solía llevarlos a menudo, y aún sabía moverme con soltura—. No. Había algo más detrás de esas miradas.

Cuando llegué a la puerta del ático, una sonrisa espontánea me curvó los labios. Nunca lo admitiría en voz alta, pero la chica que había visto reflejada en los espejos y cristales del Caribbean Bay Cove era, sencillamente, impresionante.

Entré con esa misma expresión de satisfacción, usando la tarjeta que venía con la invitación. Apenas puse un pie en el apartamento, me alcanzaron leves notas de música *chillout* que flotaban en el ambiente. Todas las velas estaban encendidas, incluidas algunas de gran tamaño que iluminaban también el balcón. Al igual que la primera vez, me dirigí hacia el exterior, atraída por el panorama, esperando que William me alcanzara por detrás, sigiloso como un felino.

Al salir, percibí una presencia junto a la piscina. Mi corazón latió con fuerza, pero no me detuve ni me giré. Avancé hasta la barandilla.

El comentario llegó en el momento perfecto.

—Realmente encantadora...

Esa voz... jovial, traviesa, segura. No pertenecía a William.

Me giré, agarrando el pasamanos.

Mr. Ojos Azules me recorrió con su mirada brillante.

—Para dejarte sin aliento —añadió.

Dejó el móvil sobre la mesita baja y avanzó con una mano en el bolsillo, apartando ligeramente la solapa de su blazer gris. Debajo llevaba una camisa blanca y pantalones ajustados, que se ceñían perfectamente a sus caderas. Algunos cabellos desordenados, con un toque estudiado para darle un aire despreocupado, y para hacerte sentir la necesidad de acercarte y alargar las manos para volver a colocarlos en su sitio.

Me apoyé en la barandilla, como si intentara estabilizarme tras un mareo repentino, abrumada por cosas que no había previsto y que mi mente trataba de interpretar con rapidez. Miré hacia el interior del ático, buscando otra figura.

—William se disculpa, Monroe lo retuvo en la oficina. Sabes lo mucho que le importa y lo mucho que hay en juego. Se retrasará un poco para nuestra cena. —Apoyó el codo en la barandilla. La mano del otro brazo se puso a jugar con la pulsera de placas de oro, perfectamente a gusto.

—¿Nuestra? —Parpadeé para aclararme la vista y las ideas. La seguridad con la que había hecho mi entrada, se quebró en mi voz, ahora titubeante—. ¿Hay... hay otros invitados?

—Solo nosotros tres. ¿No te lo había dicho?

Negué con la cabeza.

—Siempre me dice poco. —Me envolví en mí misma, frotándome un codo, en una defensa tan patética como inútil.

Price sonrió.

—Creo que necesitas relajarte un poco. ¿Tomamos algo mientras esperamos? ¿Te apetece?

Estaba disfrutando visiblemente de mi lenta e inexorable toma de conciencia. Como un insecto, atraído por colores llamativos, sobre pétalos suaves y exóticos... que, lentamente, comienzan a cerrarse a su alrededor. Y sin embargo, no se mueve. No huye.

“¿Tú también vas a echar a volar, palomita?”

Hazlo, me suplicó una vocecita, escapa, di que te duele la cabeza, que no te sientes bien. No puedes con los dos.

—Con mucho gusto —respondí en cambio, víctima de la ligera agitación que me apretaba el estómago y me impedía pensar con claridad. Quizás estaba dejando volar demasiado la imaginación, tal vez no. Solo sabía que ya estaba en medio de todo esto, con un vestido de miles de dólares y en compañía de un hombre como pocos. Así que, al menos por esta noche, bailaré.

—Muy bien —afirmó él—. Qué lástima que el nuestro sea un pésimo anfitrión, que no se ha preocupado de dejarnos una botella. —Se frotó las manos y las chocó con un sonido seco—. Ven, vamos a ver si encontramos algo.

Lo seguí al interior; me encaramé a un taburete de la isla, mientras él iba a abrir el frigorífico americano.

—Entonces, tenemos dos Krug, un Cristal, y un... —sacó la botella— Château d'Yquem, un blanco francés que no conozco.

Me lo mostró: el vino tenía un color dorado, cálido, y la etiqueta era muy sencilla y refinada, con una coronita también dorada.

—Yo tampoco lo conozco, pero tengo ganas de probar algo nuevo.

Me señaló, agitando el índice y captando el doble sentido donde no quería que lo hubiera.

—Ese sí que es el espíritu correcto.

Se puso a abrir todos los armarios en busca de las copas, algo que normalmente habría hecho yo, porque siempre era yo la que servía.

—¿Nada de fiestas en la ciudad o en algún yate esta noche? —le pregunté.

Él dejó las dos copas que había encontrado.

—Prefiero fiestas más íntimas.

—Y yo que pensaba que era una cena. —Crucé las piernas. La tela resbaló, descubriéndome hasta el muslo y obligándome a apresurarme para subir un poco el dobladillo, hasta la rodilla.

—¿De verdad? ¿Con ese vestido?

—Por favor, Mr. Price, deje a una chica con sus ilusiones —murmuré.

—Serge. “Por favor, Serge” —me corrigió—. Nos conocemos desde hace un par de años, por lo menos. Sin contar que me la chupaste pocas horas atrás. ¿No crees que es hora de dejar las formalidades?

Me toqué el pelo, luchando con la vergüenza, evocando su miembro, saboreándolo de nuevo.

—... Creo que sí. —Alisé nerviosamente la onda que me había hecho con tanto esfuerzo. Serge Price ya había entrado en mi esfera íntima. Muy íntima. Lo suficiente para que tutearlo me resultara natural—. Aunque... que te haya atendido durante dos años y que te la haya chupado, no significa que me conozcas. No sabes nada de mí.

Desenroscó un viejo tapón con el sacacorchos plateado. El corcho se quejó, negándose a ser arrancado.

—Tienes razón, se me escapan muchas cosas. Solo sé que te gusta moverte por el resort en plena noche, cuando nadie te ve. Te costó un poco adaptarte, al principio eras desconfiada, pero al final los chicos del Caribbean lograron conquistarte y ahora te mueves como pez en el agua... ¿Qué más sé? Ah, la sonrisa que muestras a los clientes no es la misma que le das a tus amigos, ni siquiera con los mejores chistes. Eres muy cercana a Haley, probablemente compartís habitación. Sin embargo, es a Nick a quien vas a confesarle tus cosas, antes de que termine su turno. —Dicho esto, descorchó la botella y sirvió el vino, sin prisa—. Tus faldas de tubo son muy ajustadas porque sabes perfectamente cuál es tu punto fuerte: ese trasero...

—Lo entiendo —lo interrumpí, tomando la copa—. Mientras yo te observaba a ti, tú me observabas a mí.

Qué actor tan formidable. Siempre había pensado que era superficial y que no prestaba la más mínima atención a las personas que se encontraban por fuera de su círculo social. Estaba muy impresionada. Él no conocía mi pasado, pero era como si siempre me hubiera... visto. Y yo no lo sabía.

Hicimos chocar las copas con un suave “tin”. Las bocas sorbieron, mientras los ojos permanecían fijos, observándose desde debajo de las

pestañas ligeramente bajas.

El aroma que se desplegó en mi boca fue algo envolvente, una explosión de notas afrutadas y florales. Lo cual no me sorprendió: todo lo que tenía que ver con Mr. Baker era, a su manera, intenso, incluido su vino.

—Me parece fabuloso, aunque no entiendo mucho del tema.

Serge frunció el ceño y volvió a oler el vino, agitando la copa.

—Me temo que vale algunos cientos de dólares, de hecho.

—¿Qué? —¿Por qué no me lo había dicho? Pensaba que las botellas más caras en esa nevera eran las de champán.

En ese momento, la cerradura electrónica de la puerta de entrada se activó, y William hizo su aparición. El traje oscuro que llevaba era de una tela tan fina que resultaba semibrillante, aunque estuviera hecho de fibra natural. Y como cada uno de sus trajes, le sentaba a la perfección.

Se detuvo a mirarme en medio del ático, con una expresión tan seria que me puso en alerta.

Bajé del taburete conteniendo la respiración. ¿Por qué tenía esa cara? ¿Acaso había hecho algo mal? ¿Era por la botella cara?

—Estás bellísima, nena.

Oh, cielos.

El cumplido fue tan puro y sincero que me emocionó y me hizo perdonarle la desilusión que me había causado al arruinar nuestra velada romántica, que pensaba que sería solo para nosotros.

—Solo gracias a ti. —Pasé la mano por el vestido.

—Qué tontería: el envoltorio no hace al bombón. —Se acercó a mí, puso las manos en mis caderas y me besó. Esta vez, gracias a mis tacones, no fue necesario que me pusiera de puntillas. Bastó con que él se inclinara un poco.

—Sabes bien —dijo.

Le ofrecí mi copa.

Él probó el vino.

—¿Mi Château d'Yquem? —preguntó, buscando la botella con la mirada.

Ups...

—Excelente elección.

Uf... El peligro de que me regañaran por el vino tan caro había pasado. Pero había otros mucho más consistentes.

—No me dijiste que tendríamos compañía.

Él sonrió.

—¿No eras tú la que quería ser sorprendida?

Ya. *Hasta las lágrimas*, le había dicho.

Tener a alguien que te tome la palabra de esa manera te hace sentir muy valorada. Y, en mi caso, me hacía querer mordirme la lengua.

Nos trasladamos al exterior, para esperar que pusieran la mesa y trajeran la cena que William había encargado para nosotros. Según él, un menú ligero a base de pescado.

Pasó un cuarto de hora antes de que la mesa estuviera lista, y luego fue la misma Haley quien vino a anunciarnos que la cena estaba servida. Cuando nos movimos, ella se colocó a mi lado, lanzándome miradas rápidas y disimuladas hacia Mr. Ojos Azules, como si le hubiera dado un tic nervioso.

Me encogí de hombros, articulando con la boca un “*no lo sabía*”. Era evidente que se moría de ganas de hacerme preguntas, pero William la despachó rápidamente.

—¿Está seguro, señor? ¿No desea que sirva los platos? —Casi le suplicó mientras nos sentábamos.

—No es necesario, puedes dejar el resto en el carrito, nos las arreglaremos. Gracias.

Con notorio pesar, mi amiga se vio obligada a marcharse, mientras nosotros tomábamos asiento alrededor de la mesa redonda, puesta con elegantes porcelanas blancas de bordes metálicos. La luz de las velas bailaba sobre los cubiertos y los cristales, destacando los refinados aperitivos dispuestos frente a cada comensal. En el carrito cercano estaban los otros platos, junto a una cubitera de hielo que custodiaba el Krug.

—Le has dado un buen disgusto a nuestra pobre Haley, Will —observó Serge, clavando el tenedor en una de las gambas rojas, marinadas con cítricos y miel—. Podrías haberla dejado quedarse.

—¿Para darte un público inconsciente ante el que exhibirte? —lo regañó—. No habría sido educado, aunque eso sí, habría sido típico de ti.

—Oh, qué despiadado. —Levantó la copa con ligereza—. Mi imagen de caballero arruinada por la educación de un banquero de Boston.

El bocado que tenía entre la lengua y el paladar era exquisito, el chef se había superado. Sin embargo, lo tragué rápidamente, ansiosa por el nuevo detalle sobre el pasado de William que acababa de conocer.

—¿Fuiste banquero?

Él no respondió de inmediato. Se limitó a observar a Serge con su calma habitual e indescifrable, luego atravesó un camarón con el tenedor.

—Nunca lo fui. Mi padre lo era, temo haber defraudado sus expectativas: me imaginaba siguiendo sus pasos.

—Dudo que pueda decirse que esté decepcionado. —Si hubiera sido asquerosamente rica, entonces sí que habría sido la alegría de mis padres.

Serge rio suavemente.

—Ese hombre lleva la decepción en la sangre. Respira decepción.

Bajé el tenedor.

—¿Qué quieres decir?

Guardó silencio. No le correspondía a él decir más. Pero William tampoco habló.

—No quieres decírmelo. Tú sabes todo sobre mí, y no quieres decirme nada sobre ti.

—Contaba con otro tipo de conversación para esta noche.

Podía imaginarlo: una conversación que no requeriría palabras. A mí, en cambio, me estaba gustando hablar con ellos, me hacía sentir valorada, no solo por mi aspecto. Y me distraía del verdadero motivo por el que estaba en esa cena.

Llevé las manos al regazo, apretando la servilleta sobre mis piernas.

—¿Crees que no puedo entender?

—Creo que puedes entender... demasiado. Y encontrar la respuesta a todas las veces que me has preguntado si necesito atención. Pero, ¿por qué no? —Su mirada me rozó como la caricia de una brisa—. Sé que te ha costado ponerte ese vestido, así que, tú me has complacido a mí, y yo complaceré esta pequeña curiosidad tuya. —Tomé nota de ponerme ese vestido cada vez que deseara una respuesta.

William giró el tallo de la copa entre los dedos.

—Mi madre, Margaret Whittaker: una mujer perfeccionista, de alta sociedad, más interesada en las apariencias que en su propio hijo. Y su marido, Theodore Baker: un padre que no confiaba en mis habilidades, para quien yo solo existía en función de mis méritos. Crecí en una casa donde la única moneda aceptable era el éxito, y también la única forma de conseguir un raro momento de afecto. Por el contrario, no alcanzar el objetivo significaba ser excluido. —Levantó la copa, haciendo un brindis imaginario por sus padres, antes de beber un sorbo—. Por eso, tiendo a no permitir ser

excluido: compro y poseo. —Propiedades, negocios, así como personas. Sobre todo personas.

Todo encajaba. Su obsesión por el control era su mecanismo de defensa. Si todo estaba bajo control, no había espacio para decepcionar a su padre ni para las críticas de su madre. La única forma de obtener su atención era rozar la perfección. Debió ser una infancia marcada por una tensión constante, mendigando desesperadamente un poco de afecto.

Me di cuenta de que había permanecido inmóvil todo el tiempo, con Serge observando mi reacción, así que me desbloqueé, parpadeando y bajé el tenedor que aún tenía en el aire.

—Y aún así lo hiciste. Has decepcionado las expectativas de tu padre, apartándote del camino que él quería para ti.

—En un momento dado, pensé que era hora de satisfacer mis propias expectativas. —Y así, su sufrimiento y su debilidad se habían convertido en su fuerza, transformándolo en alguien a quien la gente no podía decir no. Alguien a quien yo misma no podía, ni quería, decir no. Mientras el dominio de Mr. Price era sutil, oculto, el de Mr. Baker era proclamado en cada uno de sus aspectos, desde la postura hasta la estética, desde la forma de hablar hasta la gestualidad, como si fuera un aura de la que estaba impregnado. Lo percibías a distancia, y cuando llegaba a envolverte con su perfume... ya te encontrabas de rodillas.

Pero ninguno de nosotros, en esa mesa, era propenso a los lloriqueos. Y como sabía que detestaría mi compasión, no se la mostré.

—Quisiera decir que lo siento, pero sería hipócrita. Me gusta demasiado la persona que eres y en la que te has convertido. —Alguien que hacía que mi sumisión fuera un instrumento perfecto y precioso para ambos, carente de vulgaridad, rico en profunda comunión.

Él sirvió más vino para todos.

—Eso es lo que quería oír, niña.

—Tú también eres despiadada. —Serge masticó despacio—. Yo, en cambio, habría agradecido un poco de comprensión. —Sin embargo, dio a entender todo lo contrario, ayudándome a aligerar el ambiente.

—Pues él para mí no la tiene —me encogí de hombros, llevándome otro camarón a la boca.

—¿Y tú la tendrías para mí, pajarito?

—Depende: ¿qué tan duros eran tus padres?

Su sonrisa se hizo más fina. Dejó el vaso y se apoyó en el respaldo con un toque de frivolidad.

—Oh, no, nada de rigidez aristocrática para mí. Solo el terror de perderlo todo.

Me acordé de lo que había dicho en la sala de masajes.

—¿Te refieres al periodo difícil que pasaste?

Su pierna se estiró bajo la mesa, llegando a rozar mi pie, aunque no fue a propósito.

—¿Quieres decirme que no has buscado en internet?

—No. Me gustaría que me lo contaras tú. —Lo había pensado, pero luego la llegada de Monroe y todas las cosas que tenía en la cabeza hicieron que siguiera posponiéndolo—. “*Por favor, Serge*”. —Usé la frase que él mismo me había sugerido.

—Si lo pones así, ¿cómo voy a negártelo, cariño? —Ya estaba comiendo poco, en ese momento se detuvo por completo—. Mi padre era menos perfeccionista y mucho más imprudente con sus decisiones financieras. Imagina un escándalo. —Sus largos dedos doblaron y desdoblaron la servilleta blanca junto al plato—. Te despiertas una mañana y descubres que todo lo que tienes —casas, coches, jets— podría dejar de ser tuyo. El apellido “Price” en los periódicos, los accionistas sublevados, los amigos que desaparecen de la noche a la mañana. Por suerte, no todos los amigos... —Miró hacia el frente.

—¿William? —Adiviné.

—Y su padre. A mí, su perfeccionismo me fue útil. Era muy joven, me ayudó a tomar decisiones muy difíciles para la empresa y para mi familia. Mientras que el mío, ¿qué hizo? Desapareció.

Eso es, me dije. No es una cuestión de gustos sexuales: William lo ayudó en un momento de necesidad, eso fue lo que los unió. Ambos marcados por la carencia de una figura paterna: uno por frialdad, el otro por debilidad.

William acarició el borde de la copa con el pulgar, devolviéndole la mirada con una expresión indescifrable.

—El suyo fue un suicidio lento.

Serge asintió.

—Se aisló. Nunca soportó la idea de haber fracasado.

—¿Y tú qué hiciste? —pregunté, bastante desconcertada por esa revelación.

—*Dejé que me dejara.* —Partió un palillo de pan, se comió un trozo y me señaló con el resto—. La empatía es el enemigo de quien quiere sobrevivir, cariño.

—Tú has sobrevivido —dije en voz baja, casi temiendo hacerle daño.

Su expresión jocosa se tiñó de una amargura que no estaba acostumbrado a mostrar.

—No gratuitamente. Tuve que matar algunas de mis ilusiones para conseguirlo. —Y evidentemente lo había hecho, sepultándolas en un cementerio con lápidas de sonrisas. Muchas, y falsas.

El hombre frívolo, aficionado a las fiestas, había sufrido más de lo que nadie podría haber imaginado. Había una profundidad insondable allí abajo, de la que nadie sospechaba. La de alguien abandonado en el peor momento de dificultad que, en lugar de rendirse, fue capaz de tomar las riendas de una empresa en picada y devolverla a la cima.

Como aquel ángel caído en su espalda, hecho de líneas quebradas, brazos que aprisionan el corazón, pero alas extendidas, para no dejar de volar.

Nunca fiarse de las apariencias. Nunca.

Pero del instinto, sí.

No me caían bien las personas frívolas y vanidosas, y sin embargo, había algo en el señor Ojos Azules que me hacía sentir aprecio por él. El instinto siente y ve más allá.

—Tienes la cara de una niña que acaba de descubrir que a Caperucita Roja se la come el lobo. —Se sirvió en su plato unas cucharadas de pez limón cortado a cuchillo—. ¿Alguna vez has matado una ilusión?

Acepté el plato que me ofreció.

—Sí, pero no soy tan buena enterrándolas. —Yo no sabía lucir todas esas bonitas sonrisas como si nada—. La ilusión de poder recuperar una relación con mis padres se ha ido. Y sin embargo...

—¿Todavía duele? —sugirió.

—Lamentablemente, hay errores que no se borran. —Al llenar la cuchara, inspiré el delicioso aroma del pescado que finalmente lograba sobresalir por encima del eau de toilette de William. Con semejantes temas sobre la mesa, había empezado a comer de forma distraída—. Quien pasa la vida evitando cometerlos no puede entender a quien encadena uno tras otro.

Después de haberme servido, le pasé el plato a William. Él lo cogió, añadiendo:

—Querrás decir, “*quien comete uno tras otro*” al tratar de vivir realmente esta vida, en lugar de limitarse a observarla.

Serge me observó fijamente.

—¿Te sientes culpable por eso?

—Por muchas cosas... —Era difícil de explicar, sobre todo si quería omitir mi pequeño problema de cleptomanía y mis antecedentes penales. Me pasé una mano por la frente y me dejé caer contra el respaldo—. Ay, Dios mío, ¿cómo he acabado hablando de esto con Serge Price?

Podía haber esperado cualquier cosa, excepto que esta noche se transformara en un confesionario donde pudiéramos conversar de una forma tan profunda sobre nosotros mismos y sobre nuestro pasado.

—Es complicado...

—En absoluto —intervino William—. Mi pequeña está invadida por un delicioso sentido de culpa que estoy aprovechando a mi favor.

—¿Y cómo lo consigues? —Serge entrelazó los dedos, con las muñecas apoyadas en la mesa, ansioso por los detalles.

—Con una cuña en una brecha. Y no me refiero a mi polla en su dulce coñito, por mucho que eso también sea útil —expuso sin andarse con rodeos—. Su sentimiento de culpa la hace necesitar ser castigada y dirigida, pero no cede de ninguna manera si no cree que seas capaz de hacérselo hacer. Llegado un punto, ya no quiere oír palabras amables. Puede negarlo, pero no puede esconderlo.

No sabía si debía estarle agradecida a William por haberme salvado de confesar aspectos de mi pasado para los que aún no me sentía preparada, o si más bien debía agarrarme fuerte a la silla. Porque me estaba exponiendo con revelaciones que podían pensarse, llevarse a la práctica, pero no expresarse en voz alta frente a una mesa elegantemente dispuesta, para que alguien más pudiera aprovecharse de ellas.

Aunque... Serge ya no era una persona cualquiera. No para mí.

—Interesante —observó el hombre con sus vivaces ojos azules—. Y dime: ¿hasta qué punto?

Mi tenedor se posó lentamente en el plato. Abrí la boca para decir algo, pero no salió nada porque en ese momento entendí lo que estaba sucediendo: William le estaba dando instrucciones sobre cómo doblegarme.

Ansiosa, me descubrí deseando que él lo entendiera.

Me quedé muda, como un pez, la mirada clavada en William, escuchando sin intervenir, atrapada en el relato de cómo apretaba su cerco en torno a mí.

—Le gusta quien sabe hacerse valer, por eso solo agacha la cabeza cuando cree que eres capaz de lograrlo, con palabras o con hechos. Tiene un sexto sentido para detectar de qué pasta estás hecho, pero tu esfuerzo debe ser proporcional al deseo que ella despierte en ti. Porque es una criatura ardiente, y necesita sentirse deseada... brutalmente, si hace falta. —Se levantó y cruzó el ático en dirección al salón—. En la práctica, la única manera de conseguir su sumisión es encontrar su brecha, clavar la cuña, y mantener el pulso firme. —La brecha era mi sentimiento de culpa, la cuña era el chantaje, y el pulso firme, cada orden que me daba y cada vez que me sujetaba con fuerza.

Cogió un cojín, lo probó, lo tiró y cogió otro.

—Una vez hecho esto, se vuelve perfecta para lo que deseo de una mujer en mi cama: consciente, sumisa y apasionada. Pero, personalmente, encuentro irresistible el proceso entero.

—Puedo imaginarlo perfectamente. —Serge apoyó el codo en el respaldo de la silla, adoptando una postura lánguida.

Aferré la copa con fuerza, como si quisiera ocultarme tras ella, mientras notaba cómo William se acercaba por mi espalda.

—Créeme —le dijo al amigo—. He intentado resistirme a la tentación, pero ella no me lo ha permitido.

—¿Yo? —chillé con todo mi sarcasmo. Yo le había suplicado que no volviera.

—Sí. Justo tú, pequeña, que durante un año has atormentado mi polla a través del micrófono de un teléfono. —Agarró el respaldo de la silla—. Levántate —ordenó perentorio.

Sentí con claridad su cuña, empujando en mi cabeza y deshaciendo esa grieta que se extendió por mis huesos. Y eso que todavía no se había impuesto de verdad.

—No he terminado de comer... —Ni siquiera tenía ya hambre, pero parecía la única excusa plausible. ¿Para qué, en realidad? El miedo que se había instalado en mí era como el velo de un vestido de fiesta, como el que llevaba puesto. Incómodo por un lado, seductor por el otro.

—No te preocupes por eso. Yo me encargo de ti: comerás de mis manos.

Apartó mi silla, haciendo que me decidiera a levantarme.

—Ven, arrodíllate aquí. —Tiró el cojín al suelo, entre su sitio y el de Serge.

Me sujetó el antebrazo para que mantuviera el equilibrio mientras me quitaba las sandalias, ayudándome luego a sentarme sobre los talones. El vestido se amontonó a mi alrededor como un velo de petróleo, dejándome descubierto parte del muslo.

A mi derecha, William se sentó con su habitual compostura impenetrable, la muñeca, adornada con el gran reloj, relajada en el borde de la mesa, la postura perfecta.

Serge, al otro lado, era diferente. Estaba relajado, con la camisa ligeramente desabrochada, la espalda apoyada en el respaldo de la silla y una sonrisa distraída en los labios.

Me sentía atrapada entre esos dos polos, no exactamente opuestos, pero sí similares, entre rigidez y provocación.

Fueron ellos mismos quienes cambiaron los platos. El mío fue puesto en la mesa, delante de mí. William pinchó el pulpo y estiró el tenedor para darme de comer.

Lo acepté, de la manera más digna posible, su sabor debía de ser bueno, pero mi mente no lo registró.

El siguiente se lo comió él.

Serge apartó ligeramente la silla hacia mi lado. Cogió un trocito de mi plato, con los dedos.

—Eso no es “*de las manos*”, Wil. Esto sí que es “*de las manos*”. —Lo sostuvo levantado sobre su pierna—. Ven a cogerlo, pajarito, antes de que el aceite me manche los pantalones.

Dudé un momento, obteniendo la aprobación de William con un gesto.

Así que me incliné. Serge retiró la mano; la gota estaba a punto de caer, cargada de implicaciones insidiosas. Me lancé hacia delante, agarrándole un muslo y logrando cogerlo con los labios, antes de que pudiera encontrar una excusa para regañarme.

Me retiré con una tímida sonrisita. Él, sin embargo, retuvo mi mano en su muslo. Cuando intenté recuperarla, me apretó la muñeca con fuerza y mi brazo se relajó, cediendo a su agarre.

Los dientes masticaban despacio, removiendo el minúsculo bocado, para luego tragarlo con un suspiro.

Él sonrió y comió con más voracidad que yo.

—Tuve un cachorro una vez. ¿Recuerdas a Misha? —le preguntó a William—. ¿El Golden Retriever que me regaló mi madre?

—Sí, ¿qué fue de él?

—Se lo quedó ella. Pensaba que me animaría, pero no tenía tiempo para un perro. —Hizo un gesto con el tenedor—. Estaba muy bien domesticado. No me importaría tener una cachorrita bonita ahora.

Por la sonrisa de William se podía intuir que no se refería realmente a un perro.

Serge me giró la palma de la mano hacia arriba, la acarició, y me extendió los dedos de forma hipnótica, y yo me perdí sus siguientes intercambios de palabras.

Me incliné de forma automática hacia William y el siguiente bocado que me ofreció, de manera más elegante, siempre con el tenedor. Alargué el cuello porque la mano que me retenía el otro no me permitía alejarme demasiado. El tenedor fue retirado lentamente, haciendo sonar el metal contra mis dientes.

William me lamió la mejilla con un gesto de afecto, y reanudó la conversación, bajando por mi cuello. Ni siquiera me miraba cuando las yemas de sus dedos se movieron de la manera que había previsto, y la tela cayó, revelando mi seno. Mi mano se levantó para acudir en auxilio de la parte que acababa de quedar al desnudo, pero solo un poco, como si pesara una tonelada.

—Ja-ja, niña. Mano en la rodilla. —Me obligó a colocarla de nuevo en su lugar.

—Aquí —me llamó Serge, con el dedo que había sido untado en una crema clara, salpicada de verde.

Me acerqué.

—Lengua fuera —ordenó.

Abrí la boca y esperé, observándolo, mientras él miraba mi pecho, cuya punta se había endurecido como un gatito que eriza el pelo.

Su mirada se posó en mi rostro mientras empujaba el dedo sobre mi lengua, traspasando mis labios. Cerré la boca, succionándolo con los ojos cerrados.

Lima, estragón, pimienta, picor...

—Así —murmuró. Envolvió mi pecho y estimuló el pezón hinchado hasta que me dolió, arrancándome un largo suspiro—. Justo así, putita de

Wil.

Quemó tanto como la pimienta, y tanto como mi desnudez.

Cuando retiró el dedo, volví a mi sitio con la sangre acelerada. Extendí la mano que no estaba prisionera de Serge, ansiosa por encontrar la de William, por sentir su presencia.

Él la envolvió con la suya y cogió algo con el tenedor.

—Prueba esto.

Era una gelatina roja. La aplasté con la lengua contra el paladar y sentí cómo se extendía el sabor a granada. Tragué y acepté sus siguientes ofrecimientos con la mirada encantada en el parpadeo de las velas en el centro de la mesa, en los candelabros de cristal. Me di cuenta, en un rincón remoto de mi cerebro, de que la música se había detenido, justo un instante antes de reiniciarse con una pista más lenta, atmosférica. Parecida a un *downtempo*, con ecos electrónicos y un ritmo ahogado. La playlist había cambiado.

Intenté deslizar el trasero hacia un lado para darles un respiro a mis rodillas. Cuando pensé que podría adaptarme a esa posición, a los pies de los dos hombres, William sirvió champán en mi copa.

—¿Tienes sed?

Ahora que me lo preguntaba, descubrí que, de hecho, la tenía. Muchísima.

Inclinó el vaso sobre mis labios... un poco demasiado. El champán que no pude beber se deslizó por un lado de mi boca, bajando por la barbilla, a lo largo del cuello.

Lo había hecho a propósito, estaba segura.

Serge aprovechó la ocasión.

—Así acabará manchándose el vestido. Sería una pena, ¿no crees?

Me lamí los labios del vino.

—No puedo imaginar qué solución podría haber —murmuré para mí misma, provocando en ellos sendas sonrisas de verdugos.

—Vaya qué graciosa estamos —replicó el que había empezado.

—Levanta los brazos. —William se puso de pie. Serge me permitió juntar los brazos en vertical sobre mi cabeza.

Los sentía tan blandos mientras mi señor me sacaba el vestido por la cabeza. Mi señor... en ese momento ya no tenía dificultades para

considerarlo así; aquel ante quien había deseado arrodillarme desde el primer soplo de su perfume.

Sin nada más que me cubriera, aparte del fino tanga, mi cabeza cayó hacia delante, junto con la melena agitada por suaves ondas. La espalda encorvada.

Aquella mañana, en la sala de masajes, estar vestida delante de Serge, completamente desnudo, había sido más fácil que encontrarme en la situación contraria. En esa cena se estaban alimentando de mi vulnerabilidad, un bocado a la vez.

Una ráfaga tibia que venía desde la terraza fue suficiente para provocarme un largo escalofrío. Con la mirada fija en los zapatos relucientes de los dos hombres, bajo la mesa, mis ojos se negaban a alzarse. Las palabras se habían vuelto esporádicas, casi innecesarias.

Una mano me acarició en la coronilla, compasiva, pero luego apretó con fuerza y tiró brutalmente hacia atrás, obligándome a mostrar el rostro. Era Serge.

Respiraba con dificultad, sometida al asalto de sus ojos azules sobre cada centímetro de piel desnuda. Ahora sí que lo sentía. Sentía cómo se materializaba cada una de sus sonrisas desafiantes, cada sórdida alusión. Las entrañas se me retorcieron, un quejido ahogado me subió por la garganta. El impulso de agarrarle la mano para aliviar el ardor en el cuero cabelludo era insoportable.

—No te muevas —me previno William—. Deja que él te mire.

Pero esos ojos azules se habían vuelto turbios y oscuros. No solo me estaban mirando, estaban planeando.

William me cogió una mano, igual que había hecho el otro antes. Me la apresó de forma que mi palma quedara abierta.

—Enséñanos lo fuerte que eres, pequeña.

Fue solo con la vista periférica que capté sus movimientos. Cogió una vela de la mesa y la elevó; la cera cayó poco más allá de mi muñeca, deslizándose por mi mano en un reguero ardiente.

Me sobresalté con un gemido agudo. Ambos hombres me sujetaron con fuerza.

William deslizó la uña por el borde de la cera fría, haciéndola saltar. Había caído desde una altura considerable, así que la quemadura era leve. Me inclinó la cabeza un poco para que pudiera verle mientras posaba sus

labios sobre la marca, ligeros, haciéndome sentir lo sensible que se había vuelto mi piel en esa zona. Fue la sensación no de uno, sino de miles de besos incandescentes.

Me miró.

—¿Sí? —preguntó.

Se me había nublado la vista, tragué la poca saliva que me quedaba. El silencio no pedía más que una señal por mi parte.

—Sí —susurré.

Hazme todo lo que quieras.

Hazme gritar.

Hazme derrumbarme.

Se movieron al unísono. Serge me soltó el pelo, William me recogió en brazos, y yo me acurruqué por completo contra él, escondiendo el rostro en el almidonado cuello de su camisa, donde su perfume me embriagaba más que el vino.

—No te duermas ahora —bromeó en voz baja.

—¿Contigo? Imposible. —Froté la nariz en su garganta, temblando un poco. Él giró la cara buscando mi boca. Y la saqueó.

Capítulo 10



Me dejó caer en el gran sillón del salón. Serge se apoderó de mis muñecas, llevando mis brazos hacia atrás, sobre el respaldo. William me atrajo hacia adelante sobre el asiento, estirando mi cuerpo.

—¿Qué es lo que siempre tienes que hacer cuando meto las manos bajo tu falda? —preguntó.

—Abrir las piernas. —Las separé, pero no le bastó y me las abrió de par en par, poniendo las rodillas en cada reposabrazos. El triangulito de encaje negro parecía una broma, en lugar de ser una prenda íntima.

—Tienes que abrirlas y *mantenerlas abiertas*, sientas lo que sientas, si no quieres que tenga que valerme de medios más efectivos. —William se apartó, alejándose.

Lo seguí con la mirada. Los dedos de mis pies intentaban tocar el suelo sin lograrlo, mientras él elegía dos velas más grandes que las de la mesa. Mis muñecas forcejeaban bajo el agarre del hombre a mis espaldas.

—Aquí. Mírame. —Serge atrapó mis dos manos con una de las suyas, y me envolvió la barbilla llevándome la cabeza hacia atrás, apoyándola sobre el respaldo. Su rostro invertido estaba sobre el mío.

—Te sujeto yo, cariño —prometió, con una mezcla de amenaza y consuelo.

Inspiré, conteniendo el aliento por unos segundos.

—¿De verdad?

Me solté con un tirón repentino y violento, liberando los brazos con los que me impulsé para ponerme de pie. Por un instante lo conseguí, encontrándome con William frente a mí, con las velas en la mano, sin mover un solo músculo.

—Sujetar, significa “sujetar”, no “fingir que sujetas” —le dijo en tono burlón, riéndose.

—Ya lo he pillado, gracias —replicó el otro entre dientes.

Al instante siguiente, Serge me atrapó con un agarre de acero que me dejó sin aliento y me lanzó contra la butaca. Mi corazón dio un vuelco, mis piernas no tuvieron fuerzas. Joder, no esperaba tanta violencia.

La lucha de mis brazos se agotó enseguida en su prisión. Me devolvió a la misma posición de la que me había escapado, pero no era como antes. La carne, los tendones y los huesos de la muñeca estaban triturados, la sangre pulsaba en mis venas sin poder fluir hacia las manos.

—Hazlo otra vez, por favor —dijo, apretando los dedos en mis mejillas.

Lo intenté. Fue como tratar de arrancar las raíces de un árbol con los dedos desnudos: doloroso e inútil. Y esta vez sentí todo el miedo de saberme verdaderamente inmovilizada.

Con delicadeza, William volvió a colocar mis rodillas sobre los reposabrazos, encontrándolas dóciles, debilitadas.

—¿Te gusta desafiar a Serge, nena? A mí también me gusta verte hacerlo. —Sus dedos se deslizaron bajo la tela del tanga en una caricia íntima, en busca de esa confirmación, que siempre deseaba encontrar, sobre cuán lista estaba para él—. Pero sabes que toda desobediencia tiene un coste.

Luego la cera cayó sobre mi vientre.

Y con ella, los labios invertidos de Serge sobre mi boca, devorando mi quejido.

Fue el inicio de un delirio.

Una búsqueda convulsa de la llamita, de su inclinación. La tensión constante, la respiración entrecortada.

El retorcerse de mi cuerpo sobre la piel blanca del sillón, recorrido por trazos ardientes y temblores incontrolables. Cada pedazo de mi carne alcanzado por la cera pronto era liberado de ella para ser asaltado por un toque humano, vino fresco y lenguas trémulas.

Las velas se convirtieron en dos. El sendero incandescente de Serge sobrepasó el ombligo, avivando las brasas de mi miedo.

—No... no... —gemí, sintiendo cómo su mano apretaba al máximo para impedir cualquier intento de rebelión.

William sujetó mis rodillas en los reposabrazos.

—Yo digo que sí, pequeña. Y si yo digo que sí, tu “no” no cuenta.

La cera llegó directamente a mi tanga. El calor penetró el impalpable encaje con su beso ardiente, haciéndome gritar. Mi cara se mojó con esas lágrimas provocadas por un exceso de emociones y sensaciones contradictorias.

Serge sopló la vela.

—Arráncalas —le dijo William.

Él agarró mis bragas y tiró levantando todo mi cuerpo, pero solo un poco, porque las rodillas sujetas por William no se movieron. La tela en tensión se incrustó en la carne sensible, pero por más ligera que fuera, no quería ceder, y Serge tuvo que usar las dos manos para deshacerse de ella. Finalmente el tanga me abandonó y mi sexo se mostró ante ellos. En llamas, los tiernos labios húmedos y palpitantes.

William llevó allí la boca: su lengua tuvo el efecto de un nuevo tipo de cera. Apreté la mejilla contra el respaldo, con un gemido inconsciente, sintiendo un placer viciado emerger de las olas fluctuantes del dolor. Cuando se levantó, el aire me pareció helado.

—Gírala —dijo, empezando a desnudarse.

Serge me hizo arrodillarme en la butaca. Las costuras del cuero rozaban mi pecho quemado como si fuera papel de lija.

—Desabrocha —me ordenó, acercando el torso para que pudiera desabrocharle la camisa.

Esas órdenes secas y decididas eran como olas poderosas que barrían la orilla, borrando todo rastro de duda y nivelando con autoridad los pensamientos inquietos que arañaban la superficie. Me hacían más fácil obedecer. Más fácil empezar a desabrochar, uno a uno, los botones de su camisa, rozando el torso cálido y firme del hombre frente a mí.

Pero entonces William me agarró de las caderas y me atrajo hacia él. Mis puños se apretaron sobre la camisa, agarrando su lino, mientras el sexo masculino a mis espaldas me penetraba.

Agaché la cabeza, tratando de no obstaculizarlo.

—¿Qué pasa, cariño? —Serge me levantó la barbilla—. ¿Todavía no te has acostumbrado a su polla?

Nunca podría acostumbrarme a esa invasión tan íntima suya, a la sensación de ser empujada fuera de mí misma, porque algo grande se apoderaba de mi centro. Ser follada por William era mucho más que una polla grande dentro de un coño estrecho.

—Esta noche se acostumbrará —dijo él.

No era posible, pero no sabía cómo decírselo.

—Nos aseguraremos de que así sea. Una putita no puede sobresaltarse cada vez que se la metes, ¿verdad? —Serge dio un paso atrás, arrancándome la camisa de las manos—. Mírame. Quiero que te concentres en mí.

Consciente de su propio aspecto, se despojó de toda prenda. Su miembro se mostró con una soberbia única. Recordé su consistencia en la boca, sólida e intransigente.

Entorné los labios, pensando que se estaba acercando, pero contra todo pronóstico fue a sentarse en el sofá. Un enorme sofá de cuatro o cinco metros de largo, increíblemente profundo.

William me ciñó la cintura y me puso de pie, volviéndonos hacia él.

—Ahora quiero que abras las piernas para Serge como lo haces para mí, demostrándole hasta qué punto eres mía.

Suya, hasta el punto de hacerme follar por un amigo suyo. Cosificante, humillante, pero tan potente que me hacía sentir las sienes latir y el vientre contraerse en un espasmo de necesidad.

Al empujarme hacia delante, clavé los pies en el suelo, dudando si dejar que ese hombre entrara en mí hasta ese punto.

—¿Y si no lo hiciera? —Estaba tan dividida por dentro. Enzarzada en un juego sexual del que no lograba separar los latidos de mi corazón. William me había advertido de que la realidad era diferente a la fantasía, pero nunca me había dicho que mi cabeza colapsaría.

—¿Quieres oírmelo decir? De acuerdo. —Sus brazos posesivos se aferraron a toda la carne que pudieron abarcar, y apoyó la mandíbula contra mi cabello—. Si no lo haces por tu propia voluntad, querrá decir que prefieres que te obliguen, de una forma u otra. —Por la fuerza o por chantaje, quería decir—. Lo entendería, pero me decepcionaría, y tendría que castigarte, antes de entregarte a Serge. —Tomó prisionero mi pezón entre dos nudillos—. Diferentes caminos, el mismo resultado.

—No, te equivocas: *diferente* resultado. —Serge deslizó el puño con el que sujetaba su asta, acariciándola y exhibiéndola—. Porque yo también me sentiría decepcionado, por no decir ofendido. Y en ese caso seré mucho más duro contigo, pajarito.

Jadeé en busca de todo el aire que mi pecho oprimido no me permitía inhalar. En la ciénaga verde de los ojos de Mr. Baker me atascaba y me hundía, pero ante los ojos azules de Mr. Ojos Azules no era capaz de rendirme y dejarme vencer. La provocación siempre estaba al acecho, dispuesta a tentarme.

—Quizás es eso lo que quiero —luché, solo con palabras, lanzando un anzuelo pequeño a un pez demasiado grande. Fingiendo fuerza, cuando era débil.

Se rio echando la cabeza hacia atrás.

—No sé si tu putita es más valiente o inconsciente, Wil. Pero estoy deseando probarla.

—Es ambas cosas. —La forma en que apretó mi pecho, reavivando el escozor de la cera, me quitó algo de valor en ese mismo momento. Mis labios vibraron a punto de rogarle que fuera despacio, pero solo soltaron un jadeo—. Y luego se convierte en algodón de azúcar que se derrite bajo tus caderas.

Me levantó con firmeza, sosteniéndome por la cintura, y me colocó a horcajadas sobre su amigo.

—¿Eres mía? —me preguntó.

—Sí...

Soy tuya... y me estás entregando a otro.

Soy tuya... ¿Pero tú? ¿Eres mío?

—Entonces sabes lo que quiero de ti. —Me entregó y retrocedió.

Serge leyó el abandono en mis ojos y me atrajo hacia sí. Me cogió las mejillas y me besó mientras mis lágrimas mojaban sus dedos.

—¿Qué son estas? —murmuró, en una comisura de mis labios, mientras recogía una.

—Nada... Impaciencia. —En realidad, era miedo, pero no de él.

“Pienso que te mientes a ti misma...” había dicho Nick. *“Mientras llevas el uniforme puesto, y te escondes de tus amigos, puedes fingir que en realidad no te importa.”*

Me importaba, y me asustaba lo que sentía: cómo esa experiencia me desgarraba por dentro... y, aun así, yo seguía decidida a vivirla. Porque su intensidad estaba explotando dentro de mí, convirtiendo mis células en pequeñas esquivas vivas y enloquecidas.

Los dos hombres tenían experiencia, sabían lo que hacían, yo no. Yo era un protón dentro de un campo de aceleración.

—No es impaciencia —replicó. Su miembro que me rozaba allá abajo, haciendo sentir lo que era la verdadera impaciencia—. Lo que tienes es miedo.

Maldita sea esa mente suya tan aguda. Ni siquiera hacerle llegar un montón de sangre a las partes bajas servía para atontarlo.

—No te tengo miedo a ti. —Mis manos en sus pectorales parecían haber encontrado su hábitat.

—¿No? ¿Ni siquiera un poco? —Se irguió bajo mí como un bulldozer. De repente me encontré de espaldas, empujada al centro del sofá. Serge me dominó, imponiéndose y colocándose entre mis muslos—. ¿Tú crees que tiene miedo, Wil?

—Sí —dijo, ahí al lado. No especificó de qué, y no desperdició ni una palabra para apaciguar mi temor.

—Me gusta esta mirada perdida. —Serge se adentró en mí con un movimiento sumamente sensual. Se deslizó dentro de mí, dilatándome con firmeza. Mi boca se entreabrió como por sorpresa, y la suya se relajó en una sonrisa diabólica—. Estás jodida, cariño.

Busqué a William.

Él apretaba la mandíbula, haciendo resaltar el tendón, la frente ligeramente fruncida, la mirada clavando sus garras en nosotros. Su mente, impenetrable.

¿Qué sientes, William?

Me dio la espalda.

La estocada de Serge me hizo cerrar los ojos. La danza de las embestidas decididas con las que empezó a acosarme me reclamó, exigiéndome por completo para él, y haciendo brotar densos gemidos en mi garganta.

Al volver a abrir los párpados, encontré la habitación vacía.

William ya no estaba.

Mi bonito vestido ya no estaba.

Las confidencias ya no estaban.

Mi compostura, que había mostrado para estar a su altura, ya no existía.

Incluso la caballerosidad de Serge Price ya no existía, sustituida por una cruda implicación, aunque se mantuviera siempre elegante, incluso en la desnudez de hacer el amor.

Me hacía sentir sucia. La puta de un hombre, que se dejaba saquear por otro; porque era lo que merecía y lo que en cierto momento había empezado a desear en secreto, en la parte oscura de mi ser. Quería que Serge Price me usara para su placer, sin tener ningún tipo de consideración para conmigo.

Me levantó una pierna y la llevó a su hombro. Me arqueé todo lo que pude, arañando la piel del sofá en busca de un punto de apoyo. Fue en su trasero donde mi mano aterrizó, reteniéndolo dentro, contrayéndome, aunque fuera demasiado para poder soportarlo.

—Así, cariño... —Se balanceó, como para acomodarse mejor—. Te gusta de verdad, ¿eh? —Me besó la pantorrilla, trazando un rastro de mordiscos hacia el tobillo. Una boca disoluta, hambrienta, ya que clavarle en mi vientre no le bastaba.

Absorbí el dolor como había aprendido a hacer con William, con paciencia, dejando que de agudo se expandiera y se disipara en ecos voluptuosos. Entonces mi cuerpo se relajó, la pierna se dobló hasta que los tejidos tensos gimieron, dejándolo hundirse un poco más.

—Algodón de azúcar... —murmuró Serge—. Acabará por endulzarte, Wil.

Había vuelto. De pie, justo al lado, William deslizó la cremallera del familiar bolso negro que había ido a buscar.

—No creo que corra ese peligro —replicó—. Aunque... ella no es como las demás.

Sacó un pañuelo de mujer, blanco.

—Sigues demasiado alerta, pequeña. —Dejó caer el velo fino sobre mi rostro, rozándome y haciéndome parpadear—. No tienes que ver, solo sentir.

Serge comprendió lo que quería y me hizo levantar la espalda, tomando cada una de mis manos en las suyas.

El otro se sentó detrás de mí y bajó la venda delante de mis ojos. Lo último que vi fue el pulgar de Serge que frotaba el dorso de mi mano como para mantenerme quieta y bien dispuesta.

—¿Podemos confiar en que no se la quite?

—¿No debería ser yo la que tiene que confiar, si me vais a vendar los ojos? —me entrometí, siendo el objeto de la conversación.

—No tienes elección, ¿lo recuerdas? —William apretó el nudo—. Si te lo quitas, volveré a encender las velas. Serge te sujetará, mientras aparto los labios de tu coño y dejo gotear la cera hasta que me moje los dedos. —Era una amenaza real y tremenda, extremadamente eficaz, que me hizo temer lo que de verdad podía llegar a hacer, porque nunca hacía advertencias en vano.

Me encogí con un pequeño sollozo, apretando las manos de Serge.

—No hagas eso, cariño. Es solo para asegurarnos de que has entendido lo esencial que es obedecer. —Él apretó las mías con más fuerza—. Sí, creo que funcionará.

Dos amplias palmas se deslizaron por debajo de mis axilas desde atrás, yendo a abrazar mis pechos.

—Pórtate bien, y no será necesario. A tu dulce chochito le daremos algo mejor que la cera hirviendo. —El manipulador de William me llevó a recostarme contra su pecho—. ¿Sabes distinguir la polla a la que perteneces en la oscuridad? ¿*Mi* polla, solo con sentirla empujar para abrirte el coño?

—Sí... —jadeé, segura de que mi cuerpo sabría distinguir a Mr. Baker incluso a ciegas.

—Quiero ver eso —comentó Serge—. Pero no tiene que tocar nada: si no, es demasiado fácil.

—Más que justo. —William se levantó. Sentí sus pasos alrededor del sofá mientras tramaba algo.

Me hicieron recostarme de nuevo, me sujetaron las muñecas por encima de la cabeza, atándolas con otra tela que fue asegurada a algún soporte.

El primer hombre que descendió sobre mí lo hizo manteniendo las manos lejos y el torso —cuyo calor aún podía sentir— elevado a un palmo de mi cuerpo.

—William... —gemí, cuando estuvo dentro.

—Exacto. —Se sintió complacido.

Se prodigaron en aquel juego, en el que yo quedaba sola y expuesta al aire, en una ansiosa espera de ser llenada. Un frío que ardía, y un calor que era acero al rojo vivo. Bajo mis párpados, destellos de diminutos puntos de luz en la inmensidad de la oscuridad. E imágenes.

William alzando su mirada determinada en la sala de reuniones, el llanto de mi inútil rebelión a su chantaje, Haley sentada en la cama a mi lado, las risas sobre Mr. Baker en la playa, la sonrisa afable de Serge Price que se teñía de salvaje malicia. Su polla...

—Serge... —Era él, su perfume lo delataba.

Fue de nuevo Serge, con su estocada exuberante, y luego otra vez William, lento, para que lo percibiera ocupando su espacio, tomando todo lo que podía darle, instante tras instante. Doblé las rodillas, intenté seguirlo en su retirada, anhelando un mayor contacto con su piel, su peso, cuya falta empezaba a asemejarse a una lenta agonía.

Obtuve su boca, y un tacto que no era suyo, a lo largo de mi cuerpo.

—Muy buena —murmuró uno de los dos, luego el juego se desvaneció en el silencio de los jadeos y nadie volvió a reír. Creo que no era su intención perder el hilo del juego, simplemente ocurrió que el sentir de los cuerpos tomó el control.

La música se había detenido por completo; los pájaros nocturnos y un murmullo distante, una mezcla de voces y el romper de las olas a lo lejos, se convirtieron en el único sonido de fondo.

Fui empujada sobre un costado, los dos hombres se me echaron encima. Fui hacia ellos, frotándome sinuosamente sobre músculos y formas curtidas, redondeadas, en un espacio cada vez más estrecho. Mis muslos delgados encerrados entre las sólidas columnas de los suyos. Me sentía como una chiquilla entre dos gigantes; dos cuerpos en la cúspide de la virilidad, que parecían no tener fin, arrojándome a la total contradicción entre el sentido de protección y de prisión. Cuidado y sumisión.

Torcí las muñecas, tirando para liberarlas, con un gruñido de frustración. Con sus manos, ellos podían tocarlo todo, y yo nada.

Alguien podría haber dicho que fue por compasión, pero en realidad fue solo por comodidad que, teniéndome ya atrapada entre ellos, se decidieron a soltarme las muñecas.

Fui a tientas a tocar el rostro del hombre frente a mí, que sabía que era Serge. Con un movimiento fluido, él también me liberó de la venda, dejándola deslizarse suavemente. Mis ojos, a través de mechones de cabello revuelto, se encontraron con su febril mirada azul, mientras sus labios se entreabrían para atrapar mis nudillos en un ligero mordisco. Su lengua se demoró en mis yemas, húmeda y lenta. Al mismo tiempo, me devolvió el

gesto, metiéndome en la boca sus dedos índice y corazón, que sabían a sexo y sal.

El que tenía mi pierna levantada y me estaba follando con pericia, era en cambio William, detrás de mí. Él, que había hecho posible esa intimidad y esa conexión anómala entre tres, forzándola al principio, para luego dejar que se alimentara sola al crecer el entendimiento mutuo.

A esas alturas, ese lugar ya no era el ático del resort de lujo donde vivía y trabajaba. Era la alcoba donde perdía toda pretensión de una “normalidad” cuyo sentido ya no me preocupaba, para permitirme ser incorrecta. Para desear un sexo en el que no solo me sintiera bien, sino también sacudida y rota en pedazos.

Por lo tanto, al sentir que William desplazaba sus atenciones a mi zona más oscura, no dije nada. Dejé que me explorara con dedos descarados, aunque me dieran más molestia que placer.

Serge se dio cuenta de lo que me estaba ocurriendo por el temblor de mis pestañas, mi rigidez involuntaria y mi respiración entrecortada. Pero no dijo nada, ni una broma mordaz, ni siquiera cuando le agarré el pájaro.

William empuñó el suyo y presionó entre mis nalgas para forzarme a dejarlo entrar. Incliné la cabeza, apretando la frente contra el pecho de Serge, con los ojos cerrados. Él me la cubrió con toda la mano, hundiendo ligeramente los dedos en mi cabello. Su brazalete de oro atrapaba hebras castañas entre sus eslabones, pellizcándome el cuero cabelludo.

—¿Alguna vez lo ha hecho? —preguntó al amigo, en un susurro apenas audible.

—Sí, pero solo en un par de ocasiones —murmuró el otro, recordando mis confesiones telefónicas en plena noche. Lo recordaba bien, solo lo había hecho dos veces, pero en ese momento no tenía voz para confirmarlo. El corazón me latía con fuerza, la fricción era tremenda.

No, no, no... no puedo soportarlo...

Él era tan terriblemente firme, y yo estaba tan mojada, que le habría bastado un poco de prepotencia para profanarme en un instante. Tenía terror a eso, pero no pensaba hacer nada para impedirselo.

—Déjame entrar, nena. —Hizo girar la punta del glande para intentar dilatar la entrada.

—¿Cómo? Está demasiado duro... —me lamenté.

—Tiene que estarlo, si queremos abrir este agujerito. Hazme sitio, niña, o me lo tomaré.

—Lo estoy intentan... ¡Oh, Dios mío! —Grité al sentirle atravesar el estrecho anillo.

El aliento de la profunda respiración que tomó, rozó mi cabello. Avanzó impasible, con todo su ser, tanto que Serge tuvo que apartarse para permitirle voltearme boca abajo y empalarme bajo él. Mi cabeza hundida en las sábanas, entre los hombros apretados, sintiéndome agotada por una tensión interna que se ajustaba por completo al hombre que la estaba causando.

“Visceral” era la palabra adecuada.

Un golpear, empujar y frotar, que de ese dolor primitivo comenzó a difuminarse en un placer sutil, inclinado a insinuarse sigilosamente, para convertirse en un frenesí obsceno. Otra de sus conquistas en los recovecos de mi ser “Cassie”.

¿Qué podía darle a William más que eso?

Nada. Le has dado cada rincón alcanzable, decía mi cuerpo.

¿Sabes qué?, decía otra voz. Aquello que nunca le has dado a nadie, enterrado a salvo bajo la piel, las costillas y la sangre.

Las manos que me agarraban las caderas levantaron mi trasero. El asta se deslizaba más fácilmente, quemando y estimulando. Se detenía solo por un momento, respondiendo a mis contracciones, duro como el acero.

—Si hubiera probado tu culo antes, niña mía... —dejó entrever todo y nada.

—Hubiera... recibido antes mi premio —concluí por él. A esas alturas ya me había desviado, y así lo vivía, como la recompensa más codiciada: él, siempre él, lo más profundo posible... en mi cabeza.

Supe que estaba sonriendo por el tono de su voz.

—Discúlpame si he tardado tanto en dártelo por este espléndido culo, nena. —Me acarició la espalda, haciéndome arquear instintivamente el trasero para engullir más falo en mi recoveco—. No volveré a tener consideraciones de este tipo, lo prometo.

Se escuchó apenas la sonrisa de Serge.

—Qué promesa tan admirable. Estoy fascinado.

—No ha terminado. —William se incrustó bien, arrancándome un medio grito. Su respiración se había vuelto más agitada, como si sodomizarme tan

despacio le costara tanto como a mí el esfuerzo de aceptarlo—. ¿Cómo se dice, pequeña?

—Gra... cias. Mmmh... Se...ñor —susurré, tragando un nudo de saliva.

—De nada. Te lo mereces, putita.

—Vaya si se lo merece. Se merece incluso más. —Serge movía el brazo perezosamente de arriba abajo, provocando un ligero sonido de las placas del brazalete, con un gesto inequívoco—. Yo también puedo darte algo. —Se arrodilló frente a mí—. Toma tu premio doble, cariño. —Me recogió el cabello en su puño y se ofreció—. Abre esa boquita. —Empujó las caderas hundiéndose entre mis labios y la pequeña puta de Mr. Baker que había en mí, se lo agradeció mucho.

Penetrada por dos miembros de esas dimensiones, había muy poco espacio para los pensamientos. Y era una bendición. Mi lengua se aplanó sobre su anchura, mientras los dedos de William apretaban hasta amoratarme y su ritmo no cedía ni un ápice, agotando la renuencia de mi ano. Los ruidos de succión, de piel húmeda, mojada, de carne contra carne, sin la música que los disimulara, sonaban auténticos en su crudeza.

Duró poco. Serge pronto decidió que mi boca no era lo que más quería. Se tumbó frente a mí y dobló los dedos, invitándome a subir sobre él.

—Ve. —William se retiró y me dio una palmada en el trasero, incitándome a que lo complaciera.

Con un hombre tendido frente a mí y otro arrodillado a mis espaldas, la opresión en el estómago me volvió a atrapar. Esos dos querían aún más.

Giré el rostro, con el ceño fruncido.

—¿En serio?

—No me digas que no te lo esperabas.

No había sabido qué esperar exactamente, pero era obvio que lo había pensado. Que, de hecho, fuera el motivo exacto por el que, al llegar al ático y ver a Serge, había considerado la idea de salir corriendo.

—Tú me vas a destruir. —Ya estaba ocurriendo, desde el momento en que volvió a poner un pie en el Caribbean Bay Cove. Miré a Serge—. Los dos vais a hacerlo.

Ojos Azules no respondió, limitándose a sostener el falo erecto, con solo dos dedos presionados en la base, con la certeza de que pronto sería alcanzado y envuelto en calor.

William me hizo un gesto intransigente.

—¿Y sabes por qué lo haremos?

—Porque somos gente que no se conforma —sugirió Serge.

—Exactamente, incluida tú, jovencita. Pero cuidaré de ti. —“*Yo siempre cuidó lo que es mío, niña*”, me había dicho—. Porque sé lo que quieres: lo mismo que quiero yo. —Su palma me rodeó la nuca y me empujó hacia delante. Y yo me dejé llevar, porque Dios, más que yo, sabía cuánta razón tenía.

Me puse a gatas hasta ubicarme para volver a apropiarme de Serge Price. Él no pudo esperar; levantó la pelvis para ir a mi encuentro. Y cuando descendí casi hasta su base, el profundo jadeo de placer que dejó escapar me acarició como si hubiera sido exhalado de su miembro, resonando dentro de mí.

Bajo el empuje de la palma de William contra mis omóplatos, me recosté en ese pecho hecho para acoger a una chica; sólido, para resistir a sus arañazos, a sus llantos y a sus caprichos.

—Déjame sentir. —La mano de Serge se posó en mis riñones y se deslizó hasta mi hendidura. Los dedos más largos se deslizaron en el ano, doblándose como un gancho una vez dentro. Apretó mi trasero de esa forma, extremadamente eficaz, mientras su pene permanecía inamovible en mi vientre, y a mí ya no se me permitía moverme mucho.

Adoré la tensión de ese brazo musculoso, la masculinidad de esa mano enjoyada en la muñeca, la rudeza con la que daba pequeños golpes, follándome y desgarrándome por detrás con los dedos. Dedos cuidados, que firmaban contratos millonarios, jugaban al tenis y valían una fortuna. Adoraba esa sensación de impotencia, que todavía no era nada comparado con lo que me esperaba en unos momentos.

Detuvo la muñeca, manteniendo bien enganchados el índice y el dedo corazón. Su rostro se volvió hacia el mío.

—Me alegro de que no te hayas ido volando, pajarito —susurró, y lentamente retiró los dedos.

Mi espalda se erizó con una sucesión de escalofríos al sentir que William se acercaba.

Busqué un punto de apoyo en los ojos azules.

—Yo también —me tembló la voz.

Me habría acurrucado sobre mí misma, si hubiera podido. No puedo decir que fuera realmente dolor, o al menos no como cuando me había profanado

el orificio al principio. Pero fue duro.

Luego, algo verdaderamente grande pretendió unirse a Serge para tomar posesión de mí por vías indecibles. William empuñó mis nalgas, las separó y penetró en su centro.

—Ayuda... —gimoteé.

Me sentía empujada en todas las direcciones, incapaz de contenerlos a ambos al mismo tiempo. Pero estaban allí, y yo, a mi manera, los envolvía con tenacidad.

—¿Quién crees que puede ayudarte, cariño? —La ligereza de la voz de Serge fue sádica en su sinceridad. Ni el padre eterno habría podido sacarme de ese aprieto... por suerte.

—Lo estás haciendo de maravilla. —William me besó en la base de la nuca, entre los omóplatos—. Tienes dos pollas a tu disposición.

Dos pollas proporcionales al ego de sus dueños, para ser más precisos, es decir, muy grandes: la de William más ancha, la de Serge más larga.

—¿Todas para mí? —exhalé, contagiada por su locura. Porque solo la locura podía explicar esa capacidad suya de someterme y usarme, incluso humillarme, haciéndome sentir aún así cuidada y valiosa.

—Sí, niña. Todas tuyas.

—Puedes apostar lo —añadió Serge—. Y, como son tuyas, solo tienes que decir “ahora”. Dilo, pajarito.

—Ahora, ¿qué?

—Sí, ahora —determinó William por mí, comenzando a moverse sin más rodeos. Serge lo siguió al instante, como un delincuente.

Fui yo la que dejó de ver, pero no fue como la oscuridad provocada por la venda, a pesar de la niebla de puntos luminosos. Mis miradas fugaces captaban destellos de todo: las velas, el brillo de las terminaciones del ático, la luna a través de la cristalera... y era como si no estuviera viendo nada, sumida en lo que estaba sucediendo dentro de mí y sobre mí.

Mi sexo se esforzó vigorosamente por cerrarse, chocando por todas partes con un empuje opuesto; la dura exigencia de que cediera aún más. Y, podía jurarlo, no era posible. Pero esa sensación de desesperada fragilidad, al borde de la ruptura, encendió la mecha.

—¡William... por favor! —grité.

Él entendió y dio una estocada asesina, clavándose allí.

—Córrete, nena, córrete.

El orgasmo me atenazó desde las entrañas hasta la cabeza, sobre todo la cabeza. Violentísimo. Consumiéndose en espasmos infinitos, y destellos de color detrás de mis ojos.

Luego mi cabeza cayó hacia adelante como un peso muerto y el resto de mi cuerpo siguió su ejemplo, perdiendo toda fuerza.

Me dejé caer como un trapo sobre Serge. Los pequeños sobresaltos que seguían sacudiendo mi torso lo preocuparon.

—Pajarito... Cassie... —Me levantó suavemente el rostro entre sus manos, dándose cuenta solo entonces de la risa sincera que estaba liberando junto a las lágrimas, aún copiosas.

—Jesús. —Se unió a mí, con un destello vivaz en los ojos. Giró mi cabeza hacia su amigo—. Mírala. Está loca.

William relajó el ceño fruncido y esbozó la sonrisa más hermosa de todas.

—La necesito loca. La quiero loca. —Me giró para retorcerme y capturar mi boca con la suya, en un beso sinuoso.

—Aún no hemos terminado contigo. —Me limpió las huellas saladas—. Ahora va en serio, pequeña.

Lo miré tragando saliva, mientras un suave apretón de Serge reconfortaba mi mano. Porque ellos hacían eso: se ensañaban juntos, pero cuando se daban cuenta de que me habían golpeado con demasiada fuerza, uno de los dos se encargaba de ofrecerme algo de consuelo.

¿Qué podría haber dicho?

Nada. Solo darle más confianza, más espacio, más de mí, más lágrimas. Asentí, con los residuos del orgasmo todavía en circulación, aumentando mi ya alto grado de inconsciencia.

Luego, todo se volvió muy animal. Fui colocada en posturas que solo pensarlas aún me hacen sonrojar las mejillas. Cosas que nunca habría hecho por mi propia iniciativa.

Los hombres que ya no tienen pudor, ni más Dios que ellos mismos, son así, me dije. Y disfruté de esa indecencia de la que fui el instrumento.

La quería, cuánto la quería, trepando sobre ellos, con los miembros y con la boca. Azotada, poseída, boca abajo, extremidades temblorosas, forzadas, para exponerme y abrirme de par en par.

Órdenes susurradas. Órdenes gruñidas.

Bocas hambrientas. Pollas inclementes.

Y de repente no quise más. Comencé a preguntarme si tenían que demostrarse algo a sí mismos, o si era humanamente posible tener una necesidad carnal tan profunda. Creí que ya no podría resistir, y sin embargo resistía como un elástico estirado, estirado, y estirado...

Serge alcanzó el clímax primero. Lo hizo como un guerrero en sus últimas estocadas. Se liberó con un gruñido de pecho, contrayendo su hermoso trasero al ritmo de los profundos jadeos. Hasta que los poderosos pulmones se desinflaron por completo y él soltó la tensión de un músculo tras otro. La mano que me agarraba la cadera fue la última en aflojarse, dejando que la sangre volviera a fluir sobre las huellas blancas de los dedos.

Se recostó contra el respaldo del sofá, con la cabeza inclinada hacia atrás, la muñeca sobre la frente.

—Joder, he olvidado incluso mi nombre... —murmuró.

Creo que era un pensamiento común.

Sin embargo, William todavía tenía algo que darme. Quiso tenerme un momento solo para él, aunque estuviera sucia y hecha polvo. Después de todo lo que había sucedido, me penetró una última vez de la manera más sencilla, en posición del misionero. Luego se levantó y avanzó imperioso, con las rodillas clavadas a los lados de mi torso. El brazo, vestido solo con el gran reloj, empuñó su sexo para dirigirlo hacia mi rostro. Quiso correrse sobre mi cara descompuesta, desde la cual mis ojos lo miraban incrédulos y acusadores.

Lo hiciste de verdad.

—Para ti, nena... —El chorro mojó mis labios apenas entreabiertos, calentándome la cara.

Parpadeé, negándome a mantener los ojos cerrados, como una de esas viejas muñecas, capaz de mover solo esa parte.

En la conexión de nuestros ojos, en ese instante que se alargaba como un siglo, me pareció ver por primera vez lo que él realmente buscaba en los míos. Esperaba mi juicio, y con él la decisión de huir. De mantenerlo a distancia, como lo habían hecho su padre, su madre... Eveline. Todas las personas queridas que lo habían rechazado al percibir su imperfección.

Pero yo no habría renunciado a una pizca de toda su magnífica imperfección. Yo me regocijaba en ella. Y ahora ya no necesitaba estar listo para apretar la soga en mi cuello con el arma del chantaje. Yo no me iría a ninguna parte.

Serge captó algo en la forma en que nuestras miradas estaban encadenadas y en el silencio prolongado que llenaba la habitación, en el que no tenía sentido que William aún no se hubiera relajado para disfrutar de la química de las endorfinas. Así que, como un hombre inteligente, decidió dejarnos solos e ir a tomar una ducha.

—No lo has conseguido —mi voz sonó ronca, pesada por la larga respiración. Aparté una gota lechosa para que no se me resbalara en el ojo; la mano me temblaba, ya no por miedo, solo por el agotamiento.

William, altísimo más allá de mi pecho, con el aliento aún pesado, alargó un brazo para recoger su camisa del suelo y la usó para limpiarme la cara. Despacio.

Una gotita de sudor corrió por su sien.

—¿Qué no he conseguido?

—Debías enseñarme a odiarte... —Hubiera sido más fácil para los dos. Él me habría mantenido a distancia, aunque bajo control. Y yo habría evitado confundir el sexo, desnudo y sucio, con algo más. Algo que no podía tener y que no se ajustaba a nosotros.

—¿No lo hice?

Negué con la cabeza, sintiendo las lágrimas presionar detrás de mis ojos. Debía estar terriblemente equivocada si cada uno de sus intentos de alejarme tenía el efecto contrario.

Esperé una broma, una sonrisa irónica, la promesa de lograr el objetivo de hacerse odiar, cualquier indicio. No llegó nada.

William se recostó y me atrajo hacia sí, para que pudiera acurrucar mi cuerpo exhausto contra el suyo. Puso la palma abierta sobre mi sexo, entre mis muslos apretados, cuyas articulaciones me dolían. Un poco para dar consuelo, un poco para reafirmar su posesión.

“Cuido lo que es mío.”

Cualquier músculo que intentaba mover, despertaba las protestas de varias partes de mí, con las consiguientes pequeñas muecas y quejidos. No habría podido hacer un esfuerzo sin que me invadiera un temblor, pero me sentía magníficamente vacía. Arrasada.

Y, en eso, había una paz exquisita.

—¿Todo bien? —preguntó Serge, en voz baja, regresando de la ducha con un perfume delicioso que se esparcía en el aire. El sofá se hundió bajo su peso mientras se sentaba a acariciarme la cabeza, cuyo rostro no podía ver.

Sonreí en secreto por su tono aprensivo, algo que no era propio de él.

—Sí. Solo necesita recuperar un poco de fuerzas —le respondió William.

La idea de Mr. Ojos Azules fue acercar el carrito con las sobras de la cena al sofá. Una idea excelente, que me hizo enderezar la espalda y dio inicio a un pequeño pícnic nocturno.

Las palabras se habían vuelto escasas y ligeras, superfluas. Murmuradas. Incluso masticar representaba un esfuerzo que debía hacerse despacio.

—¿Así que te vas mañana? —le oí preguntar a William, mientras se me cerraban los ojos.

—Tengo el vuelo mañana por la noche —le respondió Serge, paseando la yema de su dedo por mi hombro, mientras yo permanecía medio recostada a su lado—. Esta vez la estancia ha sido particularmente grata.

William encendió un cigarrillo.

—“*Para nosotros, cada detalle cuenta*” —imitó parte del eslogan, soltando una ligera risa que hizo que mis párpados se cerraran definitivamente.

Me lancé al vuelo en el cielo del Caribbean, en uno de los grandes aviones de Serge Price, pero luego comprendí que no era un vuelo, era una caída hacia una oscuridad pura y bendita. El avión desapareció.

Y seguí cayendo.

Capítulo 11



Me desperté en la cama de William a media mañana. El piso estaba desierto, pero debía de haber bajado a trabajar hacía poco, a juzgar por el fondo aún húmedo de la taza de café.

Tuvo el detalle de encargarme que me dejaran preparado el desayuno. Cogí el móvil y le escribí un mensaje.

Cassie: *Hola, Mr. Baker.*

La respuesta tardó unos diez segundos.

Mr. Baker: *Buen día, mi pequeña dormilona.*

Cassie: *¿Dónde estás?*

Mr. Baker: *He huido lejos. Me asustaste anoche.*

Me encaramé al taburete

Cassie: *¿Ahora me robas los chistes?*

Mr. Baker: *La ladrona eres tú. Yo solo intento aprender. Quién sabe, quizá algún día consiga robarte la inocencia.*

—¡Pff! —Apoyé la barbilla sobre la rodilla.

Cassie: *Ya lo has hecho, Mr. Baker. Ya lo has hecho.*

Mr. Baker: *Esta sigue siendo siempre la parte más divertida: el hecho de que creas que ya no la posees.*

Al cerrar los ojos por un momento, me vi lanzándome hacia delante para probar la comida de las manos de Serge, llevando a mi boca más de sus dedos de lo que era estrictamente necesario. Luego, otra vez yo, doblada en dos, con las piernas alzadas en el aire, rellena como un perrito caliente. Un perrito caliente doble. Dios, qué vulgaridad.

Cassie: *La imagen que tengo de mí, de anoche, no es la de una chica ingenua.*

Mr. Baker: *He dicho inocente. No ingenua. No conspiras, no juzgas, y nunca actúas con la intención de hacer daño. Pero me estás haciendo perder el tiempo y me estás distrayendo de mis asuntos.*

Cassie: *Lo siento, Mr. Baker. No era mi intención.*

Mr. Baker: *No te preocupes, pequeña. Encontraré un castigo adecuado. Lo encontraré por cada cosa que te haga sentir culpable.*

Oh, no. No podía ser que mi vientre ya estuviera reaccionando con un cálido estremecimiento.

—Entonces dilo, que me quieres muerta —murmuré a mi propio cuerpo. Otra vibración anunció que William no pensaba rendirse.

Mr. Baker: *Pero antes tendré que hacerte un examen.*

Cassie: *¿De qué tipo?*

Mr. Baker: *De tipo ginecológico. Tengo que asegurarme de que estés bien, después de lo de ayer.*

Cassie: *Podrías simplemente preguntar.*

Mr. Baker: *¿A una pequeña mentirosa? No, hace falta un examen minucioso.*

Cassie: *Sabes que eres un maniaco, ¿verdad?*

Me parecía oír su risa susurrada, incluso a través de los mensajes escritos.

Mr. Baker: *Y tú lo sabes q*

El mensaje estaba cortado, como si se le hubiera escapado el dedo.

Cassie: *¿C...?*

Mr. Baker: *Que estoy ocupado.*

No creí ni por un instante que eso fuera realmente lo que estaba a punto de escribir.

Mr. Baker: *Descansa, no hace falta que trabajes.*

Lo habría hecho de todas formas.

Me quedé mirando fijamente las palabras de William durante un par de minutos, deteniéndome en la parte que me hacía apretar los muslos y contraer el estómago. Que me castigaran me liberaba de mis sentimientos de culpa, pero nunca me había parado a pensar qué significaba para él. ¿Castigaba a sus padres y a Eveline a través de mí? ¿O se castigaba a sí mismo por sus carencias? Tal vez un poco de ambas cosas, y un poco de ninguna, disfrutando simplemente del calor de una mano que golpea y del rojo de un culo que se inflama. El poder de hacer gemir a alguien, dominando el dolor ajeno.

Cogí la bandeja para disfrutar del desayuno en la terraza y le escribí a Haley pidiéndole que me trajera un uniforme.

Ella no perdió la ocasión, vino enseguida y, en cuanto se dio cuenta de que estaba sola, insistió en que le hiciera un recorrido completo por el ático. Pero no antes de soltar la pregunta que le rondaba la cabeza desde la noche anterior.

—¿Qué demonios hacía Mr. Ojos Azules en vuestra cenita romántica?

Tuve que arrancarle el uniforme de las manos para poder ponérmelo.

—No era una cena romántica —dije.

Quizá por un momento me hice la ilusión de que lo fuera, pero ser entregada por tu señor a otra persona tenía poco de romántico. Podía ser una forma de compartir, sí, pero solo un deseo crudo.

—¿Segura? —indagó—. Porque tienes pinta de que te han pasado por la piedra a base de bien un... Oh, joder. —Se puso una mano delante de la

boca—. No uno, *dos* rodillos apisonadores.

—No me siento tan mal como aparento... —Observé mi reflejo en el espejo de una consola, a la distancia, estirando las ojeras y arreglándome el cabello. No buscaba mejorar mi aspecto, sino evitar mirar a mi amiga a la cara, temiendo que la mía revelara demasiado—. Vale, es verdad, estuvimos juntos.

—Pero... ¿juntos *juntos*?

Negar ese pequeño y enorme detalle habría sido inútil.

—¿Quieres que te haga un dibujo?

—¿Una foto, quizá? ¿Tienes?

—¡No!

—¿Ni siquiera un selfie pequeñito?

—¡No! Guarrilla —la azoté con mi falda tubo.

—¿Yo?? —soltó con una risita burlona. Echó un vistazo a su alrededor, entre cojines desparramados, restos de cera, toallas y todas las pruebas del delito—. Anoche debió de arder un buen fuego aquí dentro, Juana de Arco.

—Lo justo —concedí, sonriendo dentro de una taza de té ya frío. Ella no podía tener ni la más remota idea de lo que aquello había sido en realidad, y así estaba perfecto.

Abrió la boca de par en par, montándose su propia película.

—No puedo creer que lo hayas hecho de verdad, no me lo esperaba de ti. No sé si envidiarte o llamarte a un médico.

¿Estaban todos obsesionados con mi salud esa mañana?

—Estás un poco pálida, ahora que me fijo. Tienes unas ojeras considerables. Y apuesto a que ahí abajo tienes montado el infierno de Dante. ¿A que sí? Dime que sí... Venga, hazme feliz.

—Bonita amiga. —Me encaminé hacia el baño.

—Vale, puedes ahorrarte lo de sus habilidades, porque en eso no tengo ninguna duda. Pero, *como amiga*, al menos podrías decirme cómo los tienen. —Tensó un elástico imaginario entre los dedos índice—. ¿Así? ¿O más bien así?

—No tengo ganas de ponerme a comentar el tamaño de sus aparatos, Haley. —Me aclaré la garganta—. Aparatos considerables.

—Uh, lo sabía! —Exclamó triunfante con un gritito.

Me eché el uniforme al hombro y me fui a cambiar.

—¡Cas! —me detuvo, antes de que pudiera escabullirme.

—¿Qué pasa ahora? —Agarré el marco de la puerta con un suspiro.

—¿Qué hay del corazón? —preguntó, con la sonrisa desvaneciéndose de golpe.

—El corazón... —Mi mirada subió desde la mano, recorriendo el marco de la puerta, liso y sólido—. Sigue latiendo, como siempre. No ha cambiado nada.

Ese asunto no era una cuestión del corazón. Al menos no en el sentido que Haley le daba. No podía permitirme que lo fuera.

Aunque ese músculo, justo después de despertar, comenzó a agitarse en mi pecho como queriéndome decir algo. Casi como si fuera una advertencia.

El único encargo que recibí alrededor de la hora de la comida fue repartir las toallas. Era un servicio de rutina en el Caribbean Bay Cove, donde las toallas eran blancas, gruesas y suaves, con un ligero brillo, y el logo bordado en hilo de lamé dorado. Elegantes y agradables al tacto, tenían el defecto de retener la humedad durante demasiado tiempo. Por eso ofrecíamos recambios frecuentes, una costumbre que muchos clientes aprovechaban, llegando incluso a pedir un segundo cambio durante el día.

A decir verdad, esa pequeña atención contribuía a nuestra reputación. O al menos, a la que teníamos antes del asesinato de Sullivan.

La pila que llevaba estaba destinada, atención, nada menos que a Ashton Monroe, nuestro “queridísimo” secretario.

Cuando llamé a su puerta, nadie respondió. Detrás de las cortinas corridas no se oía ni un solo ruido que hiciera pensar que hubiera alguien dentro: Monroe debía de haber salido. Sostuve con una mano toda la pila de toallas, con el albornoz encima, y con la otra abrí la puerta usando la llave maestra.

Apenas la cerré, con un leve toque de talón, para mantener a raya a los insectos, una sensación extraña recorrió mi cuerpo. Aparté la pila de toallas que me bloqueaba por completo la vista y me quedé de piedra.

El caos reinaba por toda la habitación. Los cojines habían sido desgarrados, dejando al descubierto el relleno. Los cuadros, arrancados de las paredes, tenían los lienzos rasgados o los cristales rotos. Las lámparas

que Josh me había regalado estaban desmontadas, una de las bases de cerámica hecha añicos. Todos los muebles habían sido arrastrados lejos de las paredes, las puertas abiertas de par en par y los cajones volcados en el suelo.

Me invadió un sentimiento de urgencia: al señor Monroe le habían robado. En el Caribbean. Era una tragedia.

Precisamente a él, el hombre que debía dar testimonio a favor de la seguridad de nuestro resort para devolvernos a la cima, estaba a punto de encontrar su cabaña patas arriba y despojada de sus pertenencias. Incluso yo, que no ocupaba esa habitación con mis cosas, sentía una insoportable sensación de violación.

A pesar de que yo siempre había robado, nunca me habían robado a mí. Además, mis robos nunca habían sido de grandes cantidades —al menos no a propósito— y nunca habían provocado semejante desastre. Nadie se daba cuenta de que yo había pasado por allí.

La rabia, el miedo y el shock se mezclaban, desembocando en la mayor incredulidad.

Dios mío, ¿qué se podía hacer?

¿Todo iba a acabar así? ¿Por culpa de un maldito ladrón?

Mi móvil sonó. Dejé las toallas sobre el sofá destrozado y cogí el teléfono para llamar a William. El latido convulso de mi corazón me obligó a respirar hondo para poder recuperar un uso decente de la palabra.

El mensaje que acababa de llegar desde la recepción decía: *“Fe de erratas. Toallas en la cabaña 110”*.

Iban destinadas a la cabaña siguiente, ocupada por los dos guardaespaldas del secretario. Ni siquiera debería haber estado allí, descubriendo aquel desastre en primera persona.

El sonido de una nueva vibración me hizo pensar que llegaba otro mensaje de Sienna, pero no fue así. Era otro móvil el que empezó a vibrar una y otra vez, como si aquel aparato mismo hubiese descubierto el robo y estuviera dando la alarma.

Atraídos por ese sonido, mis pies se dirigieron hacia la habitación, donde reinaba un caos idéntico al del salón. El último “vrrr” me condujo hasta la mesita de noche. Abrí el cajón y recogí el teléfono en cuya pantalla aún aparecía la vista previa de un SMS.

“El acceso al recurso podría haber sido comprometido...”

Deslicé hacia arriba y apareció el mensaje anterior, también interrumpido:

“Tenemos motivos para creer que podría haber habido una interferencia...”

Y otro más.

“El sujeto no compartirá nuestro mismo enfoque respecto a la discreción...”

El sonido de la cisterna me heló la sangre.

El ladrón, pensé, dando un paso atrás.

Al incorporarme, mi mirada recorrió el colchón, que estaba un poco separado del somier, y subió por las estanterías, donde la ropa del secretario todavía estaba en el mismo orden en que yo la había guardado. Luego se desvió hacia el escritorio con el portátil y finalmente se detuvo en la puerta del baño. De ahí salió Monroe, con uno de nuestros albornoces de felpa blanca atado a la cintura.

—Señor... —tragué saliva con dificultad.

—¿Qué estás haciendo? —me atacó con voz grave. El cabello entrecano todavía empapado de la ducha, se le pegaba a la cabeza.

Estaba enfadado. Y no le faltaba razón. Yo también lo estaba, más allá del aturdimiento que me embargaba al tratar de procesar lo que acababa de pasar.

—Había venido a entregar las toallas...

Se secó las gotas de la cara con la toalla que llevaba colgada sobre los hombros.

—Yo no he pedido toallas.

—Lo sé, pero... ¿alguien le ha robado?

Él clavó su mirada en el teléfono que todavía tenía en la mano.

—Sí. Un asunto bastante desagradable. —Apretó con fuerza los extremos del cinturón del albornoz, con los puños cerrados—. Pero no explica qué haces en mi habitación, con mi teléfono en la mano.

—¿Yo? Nada. —Le entregué el móvil, estirando el brazo todo lo que pude para no acercarme. —Lo oí sonar y me pareció extraño que los ladrones se hubieran dejado un móvil.

Él leyó de inmediato los mensajes sobre el recurso comprometido y la posible interferencia, deslizando los dedos por la pantalla. Su mandíbula prominente se tensó mientras apretaba los dientes.

—Tú... —Su mirada autoritaria se clavó en mí, entornando los ojos como si acabara de tener una revelación—. Claro, es obvio: has sido tú. Y has pensado que no era suficiente, por eso has vuelto a coger mi teléfono.

—¿Qué? Se equivoca, yo no he sido.

—Pero es aquí, al no conformarte, donde has cometido tu error.

—Tiene que creermelo, está culpando a la persona equivocada. Estoy tan desconcertada como usted.

Bueno, incluso más.

A decir verdad, él estaba furioso, sí, pero no parecía ni desconcertado ni triste por haber perdido... ¿perdido qué?

Volví a mirar el ordenador. Sus pertenencias seguían en el armario, intactas en medio de aquel caos. Y por último lo miré a él, recién salido de la ducha. Entonces, todos los detalles que no encajaban en aquella escena cobraron un sentido aún más desconcertante.

—No he sido yo... ha sido usted.

La acusación no le afectó en lo más mínimo.

—¿Qué crees que haces? No eres más que una niñata sin cerebro si piensas que vas a salirte con la tuya. Devuélveme ahora mismo lo que has cogido.

—Sabe perfectamente que no le he robado nada.

Había puesto patas arriba la cabaña y estaba culpando a una camarera del resort. En lugar de ayudarnos a recuperar nuestra reputación, iba a hundirnos del todo si difundía la noticia de que otra figura política de alto perfil había sido atacada en el Caribbean.

—¿Por qué está haciendo esto? ¿Qué tiene contra nosotros?

—Contra ti, tengo antecedentes penales, Cassie Withmore. Acusada de robo por el tribunal de Pensilvania.

Palabras que resonaron en mi cabeza como un disparo de escopeta. Se me abrió la boca, buscando aire con dificultad.

—¿Sorprendida? —disparó—. ¿De verdad creías que mi equipo de seguridad no investigaría antes de aprobar mi estancia en un resort donde se ha cometido un asesinato con fines terroristas?

Al haber aparecido sin invitación en su cabaña, debía parecerle el chivo expiatorio perfecto para simular el robo. ¿Quién iba a creerle a una ladrona con antecedentes antes que a un Secretario de Estados Unidos? Había que aplaudirle.

Asentí con una mueca amarga en los labios y el desconsuelo oprimiéndome la garganta. Los errores que me perseguían habrían sido suficientes para hundir incluso al Caribbean, y a William con él.

—Usted sabe que no he sido yo quien ha hecho esto. —Extendí el brazo para señalar la cabaña que me había esmerado en dejar impecable. Ya sentía el peso de otra culpa recayendo sobre mí, aunque esta vez no tenía absolutamente nada que ver.

—Lo que sé es que te has ocupado de supervisar cada detalle desde antes de mi llegada, como te has encargado de puntualizar. Y que entras y sales de aquí cuando te da la gana. Te crees muy lista, pero deberías haberte conformado, en lugar de pretender también mi teléfono.

—¿“¿También?” ¡Deje de mentir! —exploté, acusada injustamente, y completamente incómoda ante aquel hombre, aún medio mojado, vestido solo con un albornoz, en medio de una cabaña patas arriba—. ¿Qué se supone que le he robado?

—Esto es un juego mucho más grande que tú, chica —replicó entre dientes.

—Precisamente por eso está acusando a la persona equivocada. Se lo repito: solo vine a traer las toallas, nada más. Aún tengo el mensaje en el móvil que informa del error: me asignaron la habitación equivocada. —Saqué el teléfono y se lo mostré.

Él me lo arrancó de las manos.

—Y pensar que al principio no me desagradabas. —Ni siquiera lo miró, se lo guardó directamente en el bolsillo—. Pero aún puedo darte una oportunidad para salir de esta, si me devuelves lo que has cogido.

—¿Cómo iba a quitarle nada sin tocar una sola de sus pertenencias? Sus cosas están intactas. Hasta un necio entendería que aquí hay algo que no encaja. —Me aferré al único argumento que podía darme algo de credibilidad, y que él no tardó en hacer trizas.

—¿Te refieres a esto? —su largo brazo barrió los estantes del armario, tirando todo al suelo. Agarró un puñado de ropa que estaba colgada y la lanzó al otro lado de la habitación.

Quedó claro que intentar que entrara en razón era inútil. Cuanto más me quedaba, más se alteraba.

—Quiero que me devuelva mi móvil —dije, deseando únicamente marcharme de allí.

Una sonrisa maliciosa curvó sus labios.

—¿Te das cuenta, al menos, de quién tienes delante? —dijo.

Tenía cierta experiencia con hombres poderosos y sus miradas arrogantes, pero la de Monroe transmitía una crueldad que me provocó escalofríos muy distintos a los del placer. Estaba claro que quería algo de mí, aunque fuera solo achacarme una culpa suya, y estaba convencido de poder conseguirlo porque me veía débil. Incluso empezaba a divertirse con la situación.

—Es más perverso de lo que creía. Es un canalla —siseé, comenzando a salir por la puerta para marcharme.

Él se interpuso en mi camino. Su aroma a limpio me envolvió, aunque todo lo demás en él ya empezaba a oler a podrido.

—Debes mostrar respeto a una alta autoridad de los Estados Unidos de América —dijo, cerrándome el paso con su corpulencia, y por poco no choco contra él—. También te enseñaré eso, después de haberte enseñado que hay personas a las que no puedes robar, independientemente de cuánto te paguen por hacerlo.

Intenté esquivarlo por el otro lado. Me agarró por los antebrazos, apretando con tal fuerza que casi me levantó del suelo antes de arrojarme sobre la cama, que estaba parcialmente separada del somier.

—Se acabaron los jueguitos —gruñó, erguido sobre mí con su imponente figura, bloqueando cualquier intento de escape—. ¿Lo llevas encima?

—¡No tengo nada! —grité, intentando quitarme sus rudas manos de mí.

Las sentía enormes, tanteando la tela en mis caderas y subiendo a palparme los pechos. Cada pequeño dolor o molestia que se despertaba, lo viví como una violación al dulce recuerdo de una noche inolvidable. Luché por ese recuerdo y por mí misma, con el corazón galopando a mil por hora, presa del terror de que aquel alboroz se abriera y que aquel hombre no se detuviera.

Sí, yo era una chica dócil, tendiente a la sumisión en la cama con un hombre que demostraba su fuerza, pero también era capaz de rebelarme si el hombre en cuestión no era el adecuado; por eso mi mano se estampó en su mejilla con toda la fuerza que tenía en el cuerpo.

Él, pillado por sorpresa, se detuvo y apartó la cara, así que logré escabullirme por la parte de arriba y saltar de pie al otro lado de la cama.

—¡Ven aquí, puta! —gritó.

Esta vez abrí la puerta de cristal de la parte trasera y huí de allí, lanzándome por la barandilla del balcón elevado. Caí mal, me torcí el tobillo y rasgué la abertura de la falda.

Monroe se asomó al balaustre, llevándose el móvil al oído para llamar a refuerzos. Si iba a alertar a la policía, para mí y para el Caribbean Bay Cove se había acabado todo.

Quizá, si me hubiera quedado tranquila, dejándole registrarme y hacer cualquier otra cosa que le viniera en gana, habría logrado calmarlo, al menos un poco. Pero no podía. Yo era de William. Y Monroe ni siquiera era Serge: el hombre de los ojos azules que con su sonrisa hacía brillar el Caribbean.

—Ven aquí de inmediato —ordenó a quien estuviera al otro lado del teléfono, presumiblemente uno de sus hombres.

Me perdí las palabras que dijo después: estaba demasiado ocupada poniéndome de pie y echándome a correr, lejos de esas manazas y de aquel rostro perverso.

Más que correr, cojeaba a través de los jardines, entre arbustos, palmeras y un césped desigual, en dirección al complejo central. Me esforzaba todo lo que podía, aunque iba más lenta por el dolor en el tobillo y por la mezcla de emociones, miedo y angustia, que me revolvían el estómago como una centrifugadora.

Poco después, oí a mis espaldas, las zancadas rápidas de los hombres que me perseguían. Casi al llegar a la parte trasera del pabellón donde se practicaba yoga, comprendí que no lograría alcanzar la dirección. Intenté entonces entrar por la puerta de servicio, aferrándome a una esperanza vana, ya que aquel edificio solo se utilizaba a última hora de la tarde. Como era de esperar, la encontré cerrada.

—¿A dónde crees que vas? —recitó una voz, como un diálogo de una película poco original.

Me giré, con la espalda contra la pared, y vi llegar a Monroe acompañado de su guardaespaldas: un joven de complexión musculosa, vestido con unos pantalones oscuros y una camisa desabrochada, como si apenas hubiera tenido tiempo de ponérsela.

Se plantaron delante de mí. Monroe seguía en albornoz y descalzo, pero no mostraba la menor señal de incomodidad, como si hubiera corrido sobre

un suelo de linóleo pulido. Imaginé que su pasado militar no había consistido precisamente en un trabajo de oficina.

Dirigí la mirada hacia el sendero cercano, el que llevaba a las piscinas por un lado y al complejo central por el otro.

El guardaespaldas extendió un brazo contra la pared, bloqueándome el paso. Su mirada era aséptica, puro cálculo, como la de un autómata.

Intenté retroceder aún más, pegándome a la pared.

—¿Se puede saber qué quiere de mí? —pregunté, con la respiración entrecortada.

—Quiero que hablemos en privado.

—Pero yo no tengo nada que decirle. Si realmente le han robado algo, está perdiendo el tiempo conmigo, en lugar de con el verdadero responsable.

—¡Cógela! —ordenó—. Tengo que interrogarla en privado.

—¡No! —me solté, pero el guardaespaldas ya me sujetaba del antebrazo—. ¡Déjame! —grité, pero él solo escuchaba a su amo.

—Cálmate —me dijo, apretando aún más su agarre.

—Hablarás, por las buenas o por las malas —decretó Monroe—. Y, si no te calmas, será por las malas.

—¿Cómo puede hablar así usted, precisamente usted? Con su rango... —A simple vista parecía un hombre íntegro, disciplinado en su aspecto y en su manera de actuar. Pero yo ya lo había dicho, había algo turbio en él.

—Cobarde —repliqué, oscilando entre la súplica y la rebeldía—. Solo un cobarde golpearía a una mujer.

—Te equivocas, nunca lo haría: no soy de esos. Con mucho menos basta. Métodos, digamos, “más agradables” para hacer ceder a una chiquilla que se cree lista. —Me agarró del mentón, apretándome las mejillas entre el índice y el pulgar mientras estudiaba mi rostro. Su expresión, con esos ojos pequeños y oscuros, se volvió viscosa—. Ya sabe: unir lo útil con lo placentero...

Moví la cabeza en un intento inútil por liberarme.

—No le he robado nada, lo digo en serio, se lo juro. Si lo hubiera hecho, se lo devolvería —volvía a suplicar, desesperada.

—Eso lo comprobaremos en la próxima media hora. O tal vez un poco más, quién sabe. Descubriremos si realmente eres esa flor delicada que aparentas. —Hizo un gesto al otro.

Por un momento, al comprender las intenciones de su superior, el hombre se detuvo a indagar en sus ojos. Su vacilación hizo aflorar en mi pecho un destello de esperanza, que pronto se quebró cuando decidió actuar y me arrancó de la pared con un tirón.

—¡No! —grité y eché el culo atrás—. ¡Dejadme!

—Hazla callar —ordenó Monroe.

El guardaespaldas me atrajo hacia su pecho, su mano se posó sobre mi boca para taparla, pero luego pareció notar algo y cambió de idea. La retiró justo en el momento en que una voz masculina, fresca y segura, nos alcanzó desde el sendero.

—¿Qué está pasando aquí?

Podría haber jurado que era la voz de Serge, aunque su voz sonaba distinta: más sombría, menos encantadora que de costumbre. Lo confirmé enseguida al verlo aparecer por el sendero.

—Es un asunto privado —respondió Monroe—. Nada que le concierna.

—Por el contrario, sí que me concierne, dado que parece que están acosando a una chica. —Saltó el cordón que delimitaba el sendero y avanzó hacia nosotros con pasos lentos, las manos en los bolsillos—. Y eso es algo que me resulta difícil de tolerar.

—No se deje engañar por las apariencias. En realidad, esta chica acaba de robarme.

—No es verdad —objeté, con los ojos llenos de lágrimas—. Solo estaba llevando las toallas. —Me sentía tremendamente aliviada de ver a Serge llegar, pero no quería que pensara eso de mí.

—Naturalmente, la culpable lo niega, pero la hemos pillado in fraganti, lo que me ha llevado a perseguirla en este estado. Mi guardaespaldas la está reteniendo mientras esperamos a las fuerzas de seguridad. —Monroe había adoptado un tono diplomático, ese que inspira tanto miedo como admiración—. Y eso es todo lo que hay que saber.

Una línea tensa se dibujó entre las cejas de Serge. Sabía lo que significaría para William la intervención de las fuerzas del orden en el resort.

—Miente —lo tranquilicé—. No ha llamado a la policía.

—No he dicho que la haya llamado —explicó el Secretario—. Pero eso es lo que estaba a punto de hacer.

Aparte de la ligera arruga en su frente, Serge permaneció impassible.

—¿Qué pruebas tiene para acusarla? —preguntó finalmente, con tono seco.

—¿De verdad quiere poner en duda mi palabra? —Monroe sonrió, como si lo encontrara ridículo.

—Solo si lo hace inevitable, Secretario.

El hombre se detuvo a observar el rostro del recién llegado, enfocándose en los detalles.

—¿Lo conozco? —sospechó—. ¿Se puede saber quién es usted?

—Solo el que en el pasado financió parte de su carrera al Senado, antes de su actual cargo. O, al menos, eso se comenta en la esfera privada.

Qué decir; el mundo era realmente pequeño, y todos los caminos parecían conducir al Caribbean.

El Secretario abrió la boca.

—...Ah, sí, el joven Mr. Price —lo reconoció, y fue rápido en darle la vuelta a la tortilla—. Si mal no recuerdo, la expansión que experimentó la StarWings Airlines en aquellos años no fue fruto de la casualidad —le echó en cara.

—Sí, bueno, ya sabe lo que dicen: una mano lava la otra. —Mr. Ojos Azules se encogió de hombros, con el descaro de reducir aquel turbio intercambio a una mera nimiedad—. ¿Podría ahora tener la amabilidad de soltar a la chica?

—Veo que aún no lo tiene claro, Mr. Price: está entrometiéndose en un asunto que escapa por completo a su competencia como ciudadano común. Esto concierne más bien a la seguridad nacional.

—Cómo decirlo... Nunca me he considerado “común”, en realidad. —Sacó una mano del bolsillo e hizo un gesto con los dedos, invitándome—. Cassie, ven aquí.

Lo intenté, pero el guardaespaldas mantuvo su agarre sobre mi antebrazo.

—¿Por qué quiere apostar por una causa perdida, cuando antes era tan hábil eligiendo al caballo ganador? Hágame caso: deje esto de lado. —Monroe se dirigió luego a su hombre—. Vámonos, no perdamos más tiempo.

Serge no tardó en situarse frente a nosotros, antes de que me llevaran. Impávido, se enfrentó a dos individuos más corpulentos que él, dos cuerpos más hechos para el combate que para la buena vida. Mr. Ojos Azules, en

cambio, estaba esculpido para ser admirado y para poseer a una mujer con vehemencia.

Mi preocupación se extendió también a él, temiendo que pudiera realmente llegar a las manos con esos dos, por mi culpa. Y la idea de que él o William pudieran salir perjudicados era una maldita tortura que me hizo derramar lágrimas de nuevo. Tenía que dejar que me llevaran, si quería intentar salvarlos.

—No he sido yo —murmuré, mirando fijamente a esas iris del azul del mar.

Díselo, por favor. No dejes que William me desprecie.

Estaba lista para seguirlos. Solo que Serge no estaba listo para dejarme ir, y había adquirido la misma fría determinación que había visto en la mirada de William en la sala de reuniones.

—¿También piensa explicarle a la policía que está cometiendo un secuestro? —preguntó al Secretario—. Porque dudo que tenga el título para retener a esta chica.

—Cualquier ciudadano puede retener a una persona sorprendida cometiendo un delito. Es la ley. Infórmese.

La ceja de Serge tembló, dejando entrever su desconocimiento real del tema, pero no se desanimó. Al contrario, adoptó un aire casi insolente.

—Y yo soy tan ingenuo como para creer que su intención es simplemente retenerla. Claro, cómo no.

Monroe soltó un suspiro molesto.

—¿Cree que me divierte estar aquí fuera en albornoz?

Estaba a punto de responder yo misma, cuando la mirada helada del caballero que luchaba por mí con palabras me advirtió que no interviniera.

—Nadie lo obliga —dijo.

—*Usted* me está obligando. Está alargando las cosas cuando todo podría terminar muy rápido y de forma indolora. —¿Indolora para quién? Supuse que no para mí—. Soy el jefe del Departamento de Seguridad Nacional y miembro del Gabinete, no hace falta que se consulte a las autoridades locales: basta con que la chica nos diga dónde ha escondido lo que me ha robado. La dejaré entera, si eso es lo que le preocupa. —Era una locura que un hombre de tan alto rango, alguien que debería ser el emblema de la democracia, hablara así. Pero él pensaba que tenía todo el derecho—. No hace falta ser enemigos, Mr. Price, cuando en el pasado nos hemos llevado

tan bien. Así que, si tiene la amabilidad de apartarse, haría un favor a todos. A menos que desee acabar sus vacaciones antes de tiempo, ya que eso es lo que ocurrirá si persiste y me obliga a llamar a las autoridades.

Serge, al ver que la situación se caldeaba, reaccionó bajando el tono.

—No es eso lo que quiero.

—Bien, ya empezamos a entendernos.

—Sí, y estoy plenamente de acuerdo con usted: si la chica le ha robado algo, ya sea relacionado con la seguridad nacional o no, debe devolverlo.

Mis hombros se hundieron y el corazón me dio un vuelco. Tenía que elegir entre dejar que Monroe pusiera el resort en manos de las fuerzas del orden o permitir que me llevara a su cabaña para un interrogatorio completamente fuera de la legalidad. Sin más cartas que jugar, había decidido sacrificarme para proteger a William. Era la decisión más sensata, y aun así me hizo sentir abandonada... al menos hasta que continuó:

—Pero aquí no se trata solo del robo que usted ha sufrido. Esta chica está a las órdenes de Mr. Baker, y él se sentirá muy contrariado por este hecho. Sabemos lo importante que es para él su plena satisfacción, al tener tanto que ganar y tanto que perder en este resort. Por eso, por la consideración que le tengo, me veo en la obligación de informarle de este asunto.

Era inevitable que terminara por involucrarlo. Yo misma había pensado en hacerlo en cuanto descubrí el robo. Sin embargo... me estaba asaltando una duda: con todo lo que sabía sobre mí, William podía acabar creyendo a Monroe en lugar de a mí. Atroz, pero más que posible.

—Así que su preocupación es por Mr. Baker —declaró el Secretario—. En ese caso, lo respeto, porque respeto al hombre. Adelante, infórmele, eso no cambia las cosas.

—¿Y si fuera él quien resolviera el asunto? Al ser el empleador de la chica, considero que Mr. Baker tiene todo el derecho a exigirle explicaciones por su comportamiento. —Se giró hacia mí—. ¿Estás de acuerdo en que te acompañemos a hablar con él?

Las alternativas eran Monroe y su matón, o la policía.

—Sí —repliqué, con demasiada convicción.

Serge ni siquiera habría necesitado hacerme la pregunta. La había formulado solo para mostrarle al Secretario que yo accedería por mi propia voluntad, sin necesidad de que me arrastraran, como estaban a punto de hacer al llevarme de vuelta a la cabaña.

—Mr. Baker tiene un notable talento para la persuasión y estoy seguro de que sabrá cómo hacerla confesar. Considere también que, si le permite hacer este intento, tanto él como yo se lo agradeceremos.

Al principio había pensado que Monroe había fingido el robo por algún tipo de conflicto con William. Pero empezaba a convencerme de que me equivocaba. La forma en que se acarició la espesa barba, de pronto interesado, me hizo ver que tenía todo el interés del mundo en seguir gozando de su favor. Y, para hacer la apuesta aún más interesante, estaba Mr. Price de StarWings Airlines.

Le bastaron unos segundos para evaluar lo que significaría el favor de dos empresarios de ese calibre. Creo que también consideró el escándalo que provocaría llevándome por la fuerza, no tanto en contra de mi voluntad como en contra de la del CEO de StarWings Airlines.

—Bien. Le haré este favor, Mr. Price —se encargó de especificar, para que el otro se sintiera en deuda—. Solo deme un momento para ponerme algo y estar presentable.

Serge miró la hora en su muñeca, con la prudencia de no mostrarse victorioso.

—Mr. Baker debe estar en su despacho. Tómese su tiempo, lo esperaré allí.

Monroe asintió.

El guardaespaldas dio un paso, tirando de mí hacia él, pero Serge reaccionó rápidamente y me sujetó la muñeca. El hombre de las fiestas desapareció, dejando paso al hombre que sabía pelear y moverse con destreza en un mundo de líderes implacables.

—Yo mismo escoltaré a la chica —espetó, con la voz llena de intransigencia.

Las manos de ambos hombres parecían estáticas, pero cada una tiraba con constancia hacia su propio lado, convirtiéndome en el epicentro de la tirantez.

En ese momento, Monroe tuvo que tomar la decisión: soltar el hueso o abrir la contienda.

—Está bien —cedió al fin—. Se la confío. Pero si llega a desaparecer, lo consideraré el único responsable.

Hice un intento por liberar el brazo del guardaespaldas y, esta vez, me lo permitieron. Lo recogí contra el pecho, con la piel aún enrojecida allí donde

sus dedos la habían comprimido.

—No tengo intención de escapar —murmuré.

—¿Debería creerle a una ladrona?

—Pero, mientras tanto, es usted quien me ha cogido el teléfono.

Serge levantó una ceja, mostrando evidente reproche hacia el Secretario.

—No es eso, ni mucho menos, lo que quiero. —Monroe sacó mi teléfono móvil del bolsillo del albornoz y extendió el brazo. Me incliné para cogerlo, pero en ese mismo instante me sujetaron de la muñeca y me tiraron hacia atrás.

Fue Serge quien lo cogió en mi lugar.

—Tranquilo: no la perderé de vista hasta que lo hayamos resuelto.

El Secretario volvió la vista hacia mí, recorriéndome con la mirada desde la cara hasta las caderas, para luego subir de nuevo, sopesando lo que Serge le había arrebatado por los pelos. Una sensación de náusea hizo que la bilis me subiera a la garganta.

Luego, el infame se dio la vuelta y se marchó seguido de su guardaespaldas, mientras Serge me indicaba que lo acompañara para alejarnos. Me puse en marcha, cojeando por culpa del esguince, y no pude evitar girar la cabeza hacia atrás una vez más.

Al doblar la esquina del edificio, donde ya podían vernos, Serge se apoyó con los hombros contra la pared y me atrapó en su abrazo.

—Pajarito... —Ese apodo que, en otras ocasiones había sonado malicioso y provocador, ahora solo tenía un matiz tierno. Me puso una mano en la cabeza, en un gesto protector.

Mis hombros temblaron mientras presionaba mi rostro contra su camisa, que olía tan bien.

—Gracias...

Le estaba agradecida como una doncella que había sido salvada del monstruo malo.

—Ni lo digas.

—Tuve miedo. Él... quería...

—Quería aprovecharse de ti —me interrumpió, mientras me acariciaba la espalda para calmarme. Fue un gesto instintivo, que encajaba con la intimidad que habíamos compartido.

No solo acepté su abrazo: me aferré a él con una necesidad desesperada.

—¿Me crees?

—Claro que te creo. ¿Ya no recuerdas que te palpé toda la noche? Sé bien qué hay en este cuerpecito, de arriba a abajo. —Acompañó la declaración con una palmadita en el trasero.

Reí con tristeza, apartándome un poco de él.

—Hay cosas que no sabes.

—¿Ah, sí? Yo podría decirte lo mismo. —Apoyó la nuca en la pared, mirándome desde debajo de sus largas pestañas.

—Sabes quién es Monroe, y aun así no dudaste en ponerte de mi lado. —Había estado tan centrada en salir del apuro que no me había parado a pensar en la generosidad de su gesto—. ¿Por qué? ¿Soy realmente tan buena en la cama?

Él exhaló una sonrisa compasiva, como si se riera de mi ingenuidad.

—¿Sabes qué quiero de ti, Cassie?

—¿Qué? —crucé los brazos sobre el pecho, lista para escuchar las obscenidades que me costarían su apoyo.

Él se despegó de la pared, alzó la vista un instante hacia el suave vaivén de las hojas de las palmeras mecidas por la brisa del océano. Luego suspiró, sin dejar de mirarme.

—Hasta ayer quería ver cómo perdías la compostura que siempre mantienes con los clientes del resort y follarte tan duro como para hacerte gritar. Tus chillidos más agudos fueron los más placenteros, en efecto. No sé qué fue más excitante: ver la forma en que te entregabas a la voluntad de William, o ver cómo el placer te superaba cada vez que te llevábamos más allá de tus límites. Sé que nos excedimos, que una chica tan joven y delicada no debería ser tratada así. Pero hacía mucho tiempo que no me lo permitía, y no pude resistirme.

—No os habéis excedido —dije, con más vacilación que seguridad. Por alguna razón estúpida, mis mejillas se sonrojaron—. Bueno... quizá un poco, pero no soy tan indefensa. Anoche cumplí una de mis fantasías más pecaminosas, y no habría querido vivirlo con nadie más. —Era absurdo que estuviéramos hablando de eso cuando tenía problemas mucho más graves que enfrentar—. ¿Es eso lo que quieres de mí? ¿Alguien con quien poder “excederte”?

—Ayer lo quería. Hoy, sin embargo, quiero lo que veo frente a mí ahora.

Aún no lo entendía. ¿Qué era lo que veía? Mi mente osciló entre la imagen de mí misma, desnuda y de rodillas, y la de la chica desconcertada,

asustada y acusada de robo, que lo escuchaba.

—Quizá tú no te hayas dado cuenta —continuó—. Pero anoche pasó algo, y ocurrió en la mesa, entre una copa de vino, un palito de pan y un pez limón. Algo que me pilló por sorpresa y que va más allá de *mis* propios límites.

De hecho, me había dado cuenta perfectamente: había sido precisamente ese interludio el que me dio el valor para continuar la velada. Ese momento en el que dos hombres con armadura habían bajado la máscara, mostrándose ante mí con el tormento de su pasado. Vulnerables, su corazón tan desnudo como el mío; me hicieron sentir allí *con* ellos, además de *para* ellos.

—Ese momento en la mesa significó mucho para mí. Pero no estás respondiendo a mi pregunta.

—Lo que quiero es volver al Caribbean y ver, entre todas, una cara que me conozca al menos un poco, que sepa lo que me gusta y que sepa guardar ciertos secretos. Alguien con quien poder hablar con franqueza, sin fingir cortesía.

Incliné la cabeza hacia atrás y solté los brazos.

—Serge Price, ¿estás diciendo que quieres una amiga?

Se rió bonachonamente de sí mismo y de la conclusión a la que acababa de llegar.

—Algo así, sí.

Esa sí que era buena: yo amiga de Mr. Ojos Azules.

—Sabes que en los últimos días no has hecho más que pincharme, ¿verdad?

—De hecho, he dicho “*alguien que me conozca y sepa lo que me gusta*”. Y ahora sabes que prefiero “*pinchar*” a mostrarme amable. Para empezar.

Sí, podía decir que había conocido la verdadera naturaleza de Mr. Price. Que incluso la había experimentado... en profundidad.

—Creo que me siento halagada. Por la parte de las confidencias, quiero decir. —Hubiera sido un buen momento, lástima que mi cabeza estaba bajo tal presión de pensamientos que me dolía. Tal vez, una vez que estuviera tras las rejas, tendría todo el tiempo de arrepentirme y mirarlo desde otro ángulo—. Te sonreiría y diría algo bonito, si no estuviera muriéndome de preocupación.

—Todo se enfrenta, créeme. Solo hay que mantener la calma y no dejarse llevar por la desesperación. No estás sola. —Extendió la mano—. ¿Qué dices? ¿Vamos a salvar ese bonito culito tuyo, *amiga*?

Forcé una pequeña sonrisa cálida. Le devolví el apretón, dándome un instante para disfrutar de esa ilusión que estaba a punto de romper.

—Antes de subir a ver a William, debes saber que él no me creerá. Y dentro de poco, tú tampoco lo harás, *amigo*.

—¿Por qué?

—Porque realmente soy una ladrona. Y él lo sabe.

Capítulo 12



El resort, mi lugar seguro, parecía no haberse dado cuenta de mi desgracia, mientras lo cruzaba junto a Serge. Las palmeras llevaban a cabo su lenta danza, los pajarillos se perseguían con el batir de sus alas, la gente nos saludaba distraída, interrumpiendo las frases discretas con las que intentaba poner a Serge al corriente de mi pequeño problema.

—¿Eres cleptómana, entonces? —dedujo de mis patéticos rodeos.

—Sí —admití con un suspiro—. Pero casi todo lo he devuelto. —Incluso cuando se trataba de cosas sin valor—. Así empezó todo con William: me pilló robándole un pañuelo.

—Podías habérmelo dicho.

—¿Cuándo? —Para evitar encuentros incómodos, prescindí del ascensor del edificio principal y opté por las escaleras, casi siempre desiertas. Podía hacerlo, el tobillo ya estaba mucho mejor, o quizás simplemente estaba demasiado distraída con otras cosas como para darle importancia al dolor.

—Podías haberlo hecho anoche, por ejemplo.

—En cierto modo, lo hice. ¿Recuerdas cuando hablé de errores? Pues ahora ya sabes a qué me refería —Y eso ya había sido un gran esfuerzo; mi cleptomanía no era precisamente lo primero de mí que quería compartir.

—A ver si conseguimos que esto se quede entre nosotros.

—Monroe ya lo sabe. Antes de venir, hizo investigar a todos los empleados del Caribbean.

—Esto complica un pelín las cosas. —Abrió de golpe la puerta que daba a las escaleras, dejándome pasar.

El pasaje, que subía en espiral salpicado de pequeñas rendijas, parecía medio oscuro en contraste con la deslumbrante luminosidad del exterior. Consumida por la ansiedad, subía los escalones de dos en dos, agarrándome al pasamanos, hasta que un dolor agudo me obligó a reducir el ritmo y subir de uno en uno.

—¿Quieres decir que estoy perdida?

—Quiero decir que salvarte el culo costará un poco más de lo previsto.

Me detuve en el rellano del segundo tramo de escaleras.

—¿Aun así quieres ayudarme?

Di gracias al cielo, a William o a cualquier otra cosa que hubiera puesto a Serge entre mis piernas y en mi vida. Más que nada, a Serge mismo, que sabía lo que era ser pequeño y encontrarse solo, frente a la boca abierta de un tiburón. Y había elegido no darme la espalda.

—Acabo de declararme tu amigo, déjame al menos jugar un poco a serlo —dijo, subiendo el último escalón para estar a mi altura.

—Te aseguro que estás interpretando muy bien el papel. —En la época de Pensilvania, cualquiera que se hubiera declarado mi amigo, habría desaparecido al primer indicio de problemas.

—Tengo algo de experiencia en eso. Como sabes, alguien estuvo a mi lado, en su momento, cuando me encontró chapoteando en la mierda hasta el cuello. —Alguien: William.

—Solo los mejores lo hacen —repliqué, reanudando la subida—. Pero tú no habías hecho nada malo, solo estabas intentando salvar tu empresa. Para mí es diferente. —Yo llevaba a cuestras errores imperdonables que, de un modo retorcido, también ponían en peligro las inversiones de William.

—A propósito... —Me agarró por un codo.

Pisé en falso el siguiente escalón y tuve que dar un salto hacia atrás para no caer.

Serge me sostuvo en mi pérdida de equilibrio, empujándome contra la pared.

—¿Y a mí qué me has robado, cariño?

—¿Qué? —Un pie buscaba apoyo en el vacío, mientras su pecho rozaba el mío, acorralándome en la sombra. Su voz había bajado una octava, suave como terciopelo oscuro.

—Has oído bien, pajarito.

Tragué saliva, sintiendo la amenaza correr líquida y cálida por mis venas.

—¿Y quién dice que también te he robado algo a ti?

—Te había pensado como una paloma, pero en realidad eres una pequeña urraca. —Su dedo recorrió mi rostro, desde la sien hasta la barbilla—. Dime: ¿es algo que brilla?

—Serge, está a punto de llegar Monroe. —Bajé las pestañas para evitar mirarlo a esos malditos y maravillosos ojos azules. No era momento para dejarme arrastrar por ciertas emociones. Pero era inútil resistirse: seguía sintiendo toda su potencia. Su cuerpo no necesitaba moverse para someter al mío; le bastaba con la fuerza de su carisma. No llegaba al nivel de William, pero se le acercaba peligrosamente. Y ni siquiera la sombra del Secretario bastaba para evitar que me sintiera como un pez fuera del agua, boqueando como una idiota.

—Motivo más que suficiente para que te apresures a confesar. —Me agarró de la muñeca, arrastrándola por la pared con el puño cerrado hasta colocarla junto a mi cabeza. Apretó con firmeza—. Estoy esperando. Y tú estás perdiendo tiempo que no tenemos.

—La... pajarita de un esmoquin —confesé. Sin duda, el más caro de todos los recuerdos que había robado del Caribbean y que nunca devolví. Lo guardaba en una caja de zapatos que había forrado con papel adhesivo, junto con otros recuerdos y botines.

Él se quedó inmóvil, perdido por un momento mientras trataba de recordar.

—¿Negro con finas líneas grises?

—Sí. —Eran líneas casi invisibles, pero intrigantes.

—Creía que la había perdido en una fiesta, hace meses. —Empujó la rodilla entre mis piernas, la falda ofreció resistencia, pero el hecho de que se hubiera rasgado en la abertura le permitió avanzar un poco más.

—Lo... lo siento. —El aire que había estado conteniendo salió en un medio sollozo cuando él acercó los labios a mi frente, rozando mi pelo con su aliento cálido.

—Sabes, ¿verdad?, que esto de ser amigos no me impedirá pedirle a William que te baje las braguitas y ponga rojas tus nalgas redondas y cándidas? O quizás, pediré algo más creativo, que te haga gritar bien alto.

Deseé que lo hiciera de inmediato. Que me llevara con William y me azotaran fuerte, hasta hacerme llorar, y que ese dolor bastara para borrarlo todo, como si Monroe solo hubiera sido una pesadilla.

Solté el puño, relajando la mano, mientras solo veía el cuello abierto de su camisa y el lento movimiento de los nervios de su garganta, iluminada por un rayo de luz que se abría paso en la oscuridad a través de la rendija.

—Tú puedes hacer todo lo que quieras. —No tenía dudas de que William se lo permitiría. De hecho, sería él mismo quien levantaría la mano primero y con gusto. Yo solo era un mosquito al que robaban de la tela de una araña para pasarlo a otra. La de William, la de Serge, la de Monroe... aunque solo a William sentía que pertenecía—. Yo solo puedo devolverte la pajarita, por si eso sirve de algo.

—No, no puedes. —Me besó en la frente, su rodilla rozó mi pubis y se alejó—. Porque no quiero.

—¿No?

—No. —Sonrió con desprecio, soltando mi muñeca—. Me habría decepcionado mucho si no hubieras robado nada mío.

Había tomado mi robo como una muestra de aprecio particular hacia él. Y puede que en parte fuera así, dado el modo fetichista en que guardaba su pajarita, desde mucho antes de que vislumbrara un posible contacto entre nosotros.

En lugar de estar enfadado, parecía satisfecho.

—Y entonces, ¿por qué lo de la azotaina? —Volví a llenar los pulmones al recuperar una respiración regular—. ¿Estabas bromeando?

—Claro que no. —Me hizo una seña para que le precediera y continuara subiendo las escaleras—. Eso es para darte una razón más para que no pierdas el ánimo y te enfrentes a Monroe.

Retomé los escalones.

—No entiendo por qué debería luchar solo para luego ser castigada.

—Por la razón más simple. —Me dio una palmada en el culo, haciéndome subir más deprisa—. Porque estás deseándolo, pajarito.

No me pareció oportuno discutir sobre mi relación conflictiva con las nalgadas, pero sin duda las habría preferido a lo que estaba a punto de suceder.

Al llegar a la cima de las escaleras, recorrimos rápidamente el pasillo, dejando a la derecha la sala de reuniones en la que, poco tiempo antes,

había llorado y me había desesperado por algo que ahora, en comparación, parecía una tontería.

Al mirar a través de la cristalera, revivía la escena de la discusión con William como si aún estuviera sucediendo, experimentando una percepción alterada del tiempo. Como un eco... cuánta inutilidad, a veces, en ponerse terco. Lo que realmente importaba seguía siendo importante, mientras que todo lo demás se remodelaba bajo la influencia de las agujas del reloj, que al pasar, alisaban la arena del tiempo.

—Serge, en serio... —murmuré, para evitar que pudieran oírme desde las puertas abiertas de las oficinas—. Si tuvieras que elegir entre darme tu apoyo a mí o a William, y lo eligieras a él, lo entendería.

Él saludó con un gesto a una secretaria que levantó la cabeza del ordenador, extrañada por la tensión palpable que nos rodeaba.

—No está dicho que lleguemos a tanto. No lo pienses.

—Escógelo a él —le ordené secamente.

Toqué a la puerta.

Entramos en la oficina de William como dos furias, antes incluso de oír su:

—Adelante.

Él levantó la vista del monitor, su sonrisa se amplió de manera astuta al reconocernos, para luego desvanecerse en una línea recta al ver nuestras expresiones.

—¿Qué pasa?

—Hay un problema con Monroe. Un gran problema. —Serge cruzó la oficina con grandes zancadas, mientras yo me quedaba atrás, esperando la reacción del único que realmente importaba—. Dice que alguien le ha robado y acusa a Cassie.

El rostro de William se tiñó de absoluta seriedad. Su mirada penetrante pasó por encima de su amigo y se posó sobre mí, afilada como una hoja de cuchillo. Sentí que algo se quebraba en mi interior, como un castillo de cristal que cruje bajo demasiada presión, a punto de romperse.

Había sido bonito experimentar ese tipo de confianza que él había depositado en mí mientras duró. Ese tipo de confianza en el que alguien te considera más capaz de lo que tú misma crees, hasta el punto de confiarte la tarea más delicada. Una confianza que estaba a punto de perder sin haber querido nunca traicionarla.

—No fui yo —murmuré, sintiendo cómo las lágrimas se acumulaban y caían ligeras, haciéndome cosquillas en las mejillas—. Nunca te habría hecho algo así.

—Pero él está convencido. —Serge apoyó los nudillos de una mano sobre el escritorio, inclinándose hacia adelante—. Lo sorprendí mientras intentaban llevársela para “interrogarla”. Monroe incluso amenazó con alertar a las autoridades. Está empeñado: no cree que Cassie haya entrado en la habitación solo para llevarle las toallas.

¡Fantástico! Justo la misma excusa que había usado para colarme en la habitación de William la primera noche y llevar a cabo mi pequeño robo.

—Tengo que explicarte... —dije, frotándome la cara mientras intentaba luchar contra las lágrimas que no dejaban de caer de mis ojos.

Dos golpes secos en la puerta me sobresaltaron, obligándome a apartarme de allí. Su agresividad no dejaba lugar a dudas: era evidente quién los había dado.

Maldita sea, había sido un rayo vistiéndose.

—Es él —declaró Serge—. Lo convencí de subir.

William procesó rápidamente aquella información dispersa e inspiró, preparándose para enfrentar un mal escenario.

—Adelante.

El Secretario entró, dejando a sus dos hombres de guardia en la puerta. Cerró tras de sí, verificó que yo estaba allí, y luego se volvió hacia William.

—¿Le han informado, Mr. Baker?

William se levantó en señal de respeto.

—Me han dicho que cree haber sido víctima de un robo.

—¿Lo creo? —Avanzó, ajustándose los puños de la chaqueta, que debía haberse puesto a toda prisa. Se los acomodó sobre la camisa—. Por favor, mande a alguien de confianza para comprobar en qué estado se encuentra mi cabaña, y verá si es solo una “creencia”.

—Con su permiso, Secretario. —Llamó a Sienna a través de la línea interna y la envió a verificar.

Conociendo a William íntimamente, incluso a esa distancia podía notar cómo se le tensaban los músculos bajo el traje. Su postura era la de alguien que se ha encerrado tras un muro de hielo, donde ni una emoción tiene permiso para filtrarse.

—Por favor, sentémonos —nos invitó.

Como las sillas para los invitados eran dos, me indicó un taburete. Lo acerqué, pero estaba demasiado nerviosa para sentarme. Decidí quedarme de pie, junto al escritorio, retorciéndome las manos.

Serge cruzó las piernas de esa forma tan elegante que era habitual en él.

Monroe extendió ambos antebrazos sobre los reposabrazos.

Y William apoyó uno sobre la mesa, manteniendo sus dedos ocupados con la Montblanc plateada.

—Le agradezco su disposición para ponerme al tanto de la situación.

—Aclarémoslo: estoy aquí por el respeto que le tengo a usted y a su padre, Mr. Baker. —El famoso y estricto banquero de Boston salía a relucir—. Usted me prometió unas vacaciones agradables, y, sobre todo, seguras. Pues bien, no ha sido así. Me ha decepcionado profundamente, así que espero que haga todo lo que esté en su mano para remediarlo.

William presionó el mecanismo de la pluma con el pulgar, manteniéndolo pulsado.

—¿Podría explicarme, por favor, qué ha ocurrido exactamente, para que podamos entender qué falló?

Sin duda, “falló” era un eufemismo amable.

El Secretario relató que, tras regresar de nadar en el mar, se encontró la cabaña hecha un desastre. En ese momento, decidió darse una ducha para quitarse la sal del cuerpo y vestirse para denunciar el incidente. Pero, al salir del baño, me encontró a mí con su teléfono en la mano.

Intenté intervenir:

—Lo escuché vibrar, estaba en shock...

Mis objeciones fueron calladas por William de inmediato, alzando la mano hacia mí como si mi versión de los hechos no tuviera importancia. Estaba prestando toda su atención a Monroe, limitándose a escucharlo en un silencio reverente. El Secretario parecía complacido con esto, dejando que sus bíceps y hombros, antes tensos, se relajaran.

Los labios de Serge pronunciaron un “tranquila” en mi dirección. Imaginé que sería algo positivo que Monroe se sintiera favorecido. O al

menos, sería positivo para el dueño del Caribbean Bay Cove.

Me perdí la mitad de las acusaciones, distraída al recordar las palabras de William.

“Solo hay tres cosas que me importan en este momento: mi nuevo resort, el Caribbean, y mis dos bonus”. El primero de los dos bonus era el dieciséis por ciento que recibiría al finalizar los dieciocho meses. Y el otro, era yo.

Yo había quedado relegada al último puesto de su lista de prioridades.

El sonido del teléfono interrumpió justo cuando Monroe estaba terminando su informe. William escuchó a Sienna, manteniendo la mirada fija en el Secretario.

—¿Qué tipo de daños? —le preguntó. La respuesta tardó varios segundos, debido a la magnitud del destrozo en la habitación. Le ordenó que no tocara nada y colgó.

—Lamento mucho el inconveniente, Mr. Monroe. —Aunque, a decir verdad, no parecía tan afligido. Más que pesar, en su rostro se dibujaba cierta rigidez, como si la tensión endureciera sus arrugas de expresión.

—No me sirve de nada su pesar —replicó el otro, ante aquella falsa contrición—. Haga que su sirvienta me devuelva inmediatamente lo que me ha quitado, y quizás aún podría considerar respetar nuestro acuerdo de mutuo interés.

William sostuvo el bolígrafo en posición vertical, girando ligeramente su sillón presidencial.

—Señorita Withmore, ¿ha sustraído algo al secretario?

Ningún atisbo de comprensión en sus oscuros ojos verdes: recibí de él la misma frialdad que le dedicaba a Monroe.

—No —respondí. Mi mano derecha se apoyó en el taburete, en parte para sujetarme a algo, y en parte para aliviar el peso sobre el tobillo—. Está mintiendo. Ni siquiera sé qué se supone que he robado.

Créeme, te lo suplico.

Me observaba, pero era como si no me viera; su mente trabajaba por su cuenta. Estaba a punto de perderse el Caribbean Bay Cove, y evaluaba sus movimientos.

Mientras yo me hundía. Mis esperanzas, mi valor, mi corazón. Todo.

William se inclinó, apoyando ambos codos sobre el escritorio. Entrelazó las manos con calma.

—Dígame, Secretario. ¿Se trata de un paquete de cerillas? ¿Un pañuelo, un marcapáginas de cartón, un billete usado... quizás?

Monroe se aferró con fuerza a los reposabrazos.

—¿Se está burlando de mí?

—En absoluto. Esa es la magnitud de los robos de la señorita Withmore, y se trata de una molestia, no de un delito. No estaría en mi resort de otra manera. Evaluar a los empleados fue una de las prioridades desde el primer día. No hay ladrones ni personas en quienes no pueda confiar en mi resort.

Creo que mi corazón explotó en ese instante, y el estruendo debió de oírse hasta el horizonte. William estaba defendiendo mi causa. Creía en mí. Seguía haciéndolo, a pesar de que me había convertido en su talón de Aquiles.

Sonreí y sentí pena por ambos, porque, al defender lo indefendible, estábamos cavando la tumba del Caribbean.

—Puede decir lo que le dé la gana, pero su molestia, si así la quiere llamar, es solo una confirmación. El objeto en cuestión es tan pequeño como una caja de cerillas, y de poco valor a simple vista. Una apariencia que engaña, al igual que el aspecto de esta ladrona. —Se levantó enfadado, apoyando los nudillos del puño cerrado sobre la mesa. Continuó a un ritmo agitado—. Escúcheme bien: aquí no estamos hablando de un reloj o un collar, ni siquiera de dinero. Estamos hablando de delicados equilibrios a gran escala. De un objeto que, en las manos equivocadas, podría costar un precio muy alto. Estoy hablando en términos de sangre derramada, si es que aún no lo ha entendido.

Serge y William se miraron. Ninguno de los dos esperaba verse envuelto en un enredo político de semejante envergadura. Y a ninguno de los dos le gustaba. Si el Secretario decía la verdad, las cosas se habían puesto muy serias.

William hizo sonar su bolígrafo, apretándolo con fuerza.

—Aunque consiguiera devolverle el objeto, ¿no teme un duplicado? Porque estamos hablando de archivos, ¿verdad? —se atrevió a preguntar.

—No es posible hacer un duplicado de cosas como esas. Se destruirían. —Con sus palabras, admitió que se trataba precisamente de datos digitales en un soporte digital.

—Secretario —le dirigí una mirada suplicante—. Usted sabe que la habitación ya estaba patas arriba cuando llegué. Quiero ayudarle, pero no

puedo devolverle algo que no tengo.

No se dignó a responderme.

—Ya he dicho demasiado, y no estoy dispuesto a seguir escuchando tonterías —declaró, presionando las yemas de los dedos sobre el escritorio de William—. Mr. Price me instó a acudir a usted, Baker, asegurándome que resolvería el asunto, pero no veo avances.

—De hecho, estamos avanzando —intervino Serge, tamborileando con los dedos sobre la rodilla de la pierna cruzada—. Parece que usted podría haberse equivocado en algunas de sus valoraciones respecto al culpable, y que tiene algo que ocultar. —Añadió una sonrisa amable, solo por costumbre.

Monroe se giró bruscamente.

—¿Se puede saber de qué lado está usted?

William también se levantó.

—Invitarle a subir fue el movimiento más sabio por parte de Mr. Prince: nadie se preocupa más que yo por el destino del Caribbean y, por ende, por la satisfacción de mis clientes. —Lo expresó de manera algo indirecta, pero no demasiado—. Usted se tomó su tiempo para ducharse. Yo, en cambio, acabo de enterarme de lo sucedido: necesito que me deje tiempo para actuar. En primer lugar, debo revisar las grabaciones de las cámaras de seguridad. —Torció la boca en una expresión de desdén—. ¿Y sabe qué? Creo que me lo permitirá, porque, sinceramente, también creo que Mr. Price tiene razón: usted está ocultando algo. Algo mucho más serio de lo que podría esconder la señorita Withmore.

Vale, yo había intentado resolverlo por las buenas, pero William estaba empezando a perder la paciencia. Estaba acostumbrado a enfrentarse a las cosas de frente, con la cabeza bien alta, y no le gustaba nada que alguien viniera a orinar en su casa. Ni siquiera si se trataba de un Secretario de los Estados Unidos.

Menos mal que en sus discursos había insistido tanto en que todos teníamos que lamerle el culo a Monroe... Quizá valía para sus subordinados, pero no para él.

—Y yo, en cambio, creo que haré entrar a mis hombres para que se lleven a la camarera, mientras usted intenta resolverlo quedándose sentado mirando sus videitos en la pantalla. —Monroe tomó el teléfono móvil,

probablemente para llamar a sus matones, aunque estuvieran a un paso de la puerta.

Mi corazón latió más fuerte. Di un paso atrás, no para huir, sino solo porque me estaba retirando dentro de mí misma.

—Empiezo a estar harto, Mr. Baker —concluyó el Secretario—. Suyo el resort, suya la responsabilidad.

—Y *mía* la chica —sentenció William, con una respuesta tajante—. Por lo tanto, no va a irse a ninguna parte.

—¿Suya? —Monroe notó el énfasis que usó—. ¿Quiere decir que usted paga su sueldo, o que se la folla?

El tiempo de la diplomacia definitivamente estaba llegando a su fin.

—*Mía*, en ambas cosas. Y en muchas más.

El Secretario me dirigió su mirada pesada. Bajé la vista, convencida de que había comprendido la naturaleza de mi relación con William, que no pensaba negar en absoluto. Porque era verdad, y porque resultaba reconfortante: desde el momento en que pertenecía a William, era como si el único peligro real que pudiera correr fuera el propio William.

—Ahora lo entiendo. —Monroe asintió, impresionado por la revelación—. Cegado por un buen coño.

—No creo que lo entienda. En la resolución de nuestro problema, no tiene relevancia cuánto me pertenezca Cassie.

—¿No? Entonces cédamela temporalmente para que pueda interrogarla en privado. Así podremos pasar página. —Lo puso a prueba, aún convencido de que podía sacar algo de mí.

No sabía qué decir ni qué hacer. Si me sacrificaba, dejándome llevar, Monroe solo habría obtenido mi dolor, y seguiría sin quedar satisfecho.

Serge, el único que aún permanecía sentado, se levantó.

—Encontraría otro obstáculo, me temo.

Monroe se volvió para mirarlo.

—¡Oh, magnífico! —se burló con desdén, captando el significado implícito de aquellas palabras—. Parece que soy el único en esta habitación que no ha probado esta delicia.

Mr. Ojos Azules apartó con calma las solapas de su chaqueta de lino y metió las manos en los bolsillos.

—Lo siento por usted y por lo que se ha perdido. Aunque las manos sobre ella intentó ponerlas.

—Aún hay tiempo para mí, tenga fe —replicó el Secretario, frunciendo el rostro, tan robusto como su figura, mientras dirigía a William una mirada cargada de displicencia—. Pero no para usted, Baker. Para usted, el tiempo se está agotando. Le doy hasta medianoche.

—Ya estamos bien entrada la tarde: la medianoche es un plazo poco razonable.

—No me interesa, no era así como debían haberse dado los acontecimientos. Medianoche es una concesión demasiado generosa: si para esa hora no tengo de vuelta el objeto en cuestión, o a la persona que me lo ha robado, convocaré al gobernador de las Caimán para que me dé permiso de intervenir con un equipo especializado. Quizás así entienda la gravedad de la situación. —Señaló con su grueso dedo índice al directo implicado—. Prepárese para darme algo concreto, o para cerrar el resort.

Con cada palabra, William pareció aumentar la presión sobre los brazos extendidos, con los cuales se mantenía apoyado al inclinarse sobre la mesa.

Nada de resort equivalía a nada de beneficios. Y eso significaba ningún bonus. Perdería todo lo que había invertido, incluso las acciones compradas, siendo recompensado a la mitad de su valor. Un golpe durísimo, que afectaría trágicamente a su nuevo complejo en construcción en las Islas Turcas y Caicos.

—Monroe —dijo finalmente William, tras un largo silencio, enderezando la espalda—. Usted ha venido trayendo consigo *solo* problemas. Si yo le doy lo que busca, a su regreso *solo* tendrá palabras de agradecimiento para este resort. Lo alabará ante la prensa y ante sus amigos.

—No lo crea, Baker —replicó el otro con una sonrisa lenta—. Los problemas no los he traído yo. Los problemas siempre han estado aquí.

Capítulo 13



Al salir Monroe, vi a William bajar la cabeza, metiéndola entre los hombros, mientras sus brazos extendidos casi temblaban del peso que soportaban.

Serge apretaba la mandíbula, con el nervio marcado bajo la piel. Y yo había llevado ambas manos a mi rostro, como si acabara de presenciar una catástrofe.

Afuera, los sonidos amortiguados se elevaban suavemente. En el interior, el silencio era cortante.

—Will... —musité con voz quebrada, dejando que las manos se deslizaran hacia abajo.

Él se levantó de repente y pateó el cubo de basura, que se estrelló contra las patas del escritorio y rodó, esparciendo papeles y residuos por el suelo.

Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta de cristal, con ambas manos apretadas a los costados, bajo la chaqueta.

Me mordí el labio, conteniendo el nudo que tenía en la garganta.

—Si lo alcanzo ahora, quizá...

Tal vez, con su abyecto interrogatorio, Monroe acabaría entendiendo que yo no tenía nada que ver, y que William no estaba protegiendo a la culpable. Era el último intento miserable que me venía a la mente para liberarlo de esa situación. De todas formas, no tuve tiempo de acabar la frase.

Al llegar al umbral del balcón, William dio media vuelta y vino directo hacia mí. Me sujetó el rostro entre sus manos, con una furia ciega en sus

ojos. En sus palabras, lo impensable.

—Perdóname —dijo. Me envolvió con sus brazos, aprisionándome contra él como si intentara protegerme del impacto de una onda expansiva—. Perdóname, nena. Sabía que tenías razón, pero no creí que pudiera llegar a ponerte en su punto de mira. Debería haberme asegurado de que te mantuvieras lejos de esa basura.

En mi cabeza todo comenzó a dar vueltas. El mundo era un tiovivo muy extraño cuando te daban unos mareos como ese, tan intensos que te hacían dudar de que todo fuera real.

Él pidiéndome perdón a mí. Era algo tan hermoso que sentía no merecerlo. Tan hermoso, que las lágrimas comenzaron a brotar, porque no estaba acostumbrada a que nadie reaccionase así conmigo.

—Perdóname tú. He cometido un error. —Lo abracé hasta sentir el latido de su fuerte corazón. Cerré los ojos, feliz a pesar del desastre, como si todo hubiera vuelto a su lugar, cuando en realidad nada estaba en su lugar—. Escuché las notificaciones de su teléfono y no lo pensé, lo cogí. —Fue ese gesto el que respaldó la tesis de Monroe.

Había cometido un error. Siempre cometía errores. Y me lo repetía constantemente.

—Si estás tratando de que te castigue inventándote un error... este no es el momento, pequeña. —Me agarró del cabello y tiró de mi cabeza hacia atrás para que lo mirara a los ojos—. No quiero que te acerques nunca más a ese hombre. Eso sí que sería un error. ¿Está claro?

Había recuperado su aura de autoridad.

Presioné cada centímetro de mi cuerpo contra el suyo, contra ese hombre increíble al que había temido perder.

—Absolutamente sí.

—Bien —murmuró, empujando mi cabeza contra su pecho, bajo su mentón, prolongando nuestro contacto.

—Gracias —añadió, dirigiéndose a quien nos observaba. Aquel que había compartido la cama con nosotros, pero siempre había respetado nuestra relación.

Un amante, y ahora un amigo.

Su respuesta llegó de inmediato:

—Si te has calmado, podemos empezar a hablar.

William me mecía, y con ello a sí mismo.

—Recuerdo bien esa frase —logró incluso sonreír.

—Contaba con ello, ya que te la acabo de robar. —dijo Serge, quitándose la chaqueta y colgándola en el respaldo de una silla—. En su día, cuando tú me la dijiste a mí, resolvimos el asunto. A ver si ahora también lo conseguimos.

—¿No tienes un avión que tomar?

—¿Y perderme el espectáculo? Ni pensarlo.

Creo que, al igual que yo, William leyó, detrás de esa sonrisa brillante y la falsa indiferencia, toda la preocupación que Serge intentaba disimular. Mr. Baker era un hombre acostumbrado a arreglárselas solo, pero no había duda de que consideraba valiosa la presencia de ese amigo en particular.

Asintió sin demasiadas florituras.

—De acuerdo. No tenemos tiempo para llamar refuerzos desde el continente, así que tendremos que apañárnoslas.

Un investigador profesional nos habría venido de perlas, pero solo teníamos hasta la medianoche para cavar y encontrar el hueso. Después de eso, ni Mr. Baker ni Mr. Price podrían haber impedido que ese perro de Monroe mordiera.

William me levantó y me sentó sobre el escritorio. Sacó un cigarrillo de la cajetilla.

—Cuéntanos cómo fue de verdad —dijo, con la colilla bailando entre sus labios.

Hice un rápido resumen desde mi entrada a la cabaña hasta la intervención de Serge, mientras William me recorría con la mirada de forma meticulosa. Aspiró el humo con fuerza entre los dientes cuando mencioné cómo el Secretario me había tirado sobre la cama.

—¿Te dejó moratones? —gruñó como una bestia, dejando escapar un soplo acre de humo gris. Levantó un trozo de mi falda, tensando la piel fina del muslo para examinar las manchas oscuras que encontró.

Cubrí su mano con la mía.

—Esos son tuyos. Tuyos y de Serge, y me encantan —declaré, con un calor que lo suavizó, porque si eran suyos, estaba bien. Si eran sus moratones, eran testimonio de la pasión desenfrenada que habíamos compartido. Y, por supuesto, una marca de propiedad.

—No me cuadra —dijo Serge, frotándose la frente—. ¿Por qué el ladrón iba a dejar intacta la ropa y los efectos personales de Monroe? ¿Por qué

dejar incluso el móvil?

Era exactamente lo mismo que yo había pensado. Y William estuvo de acuerdo.

—Parecería que ha sido él mismo. Si no, no se entiende.

—Sí, pero algo le han robado de verdad —salté de la mesa—. ¿O crees que haría todo este lío solo para crearte problemas? ¿Podría tener algo contra ti?

—No. Y además, su comportamiento no es el de alguien que va de farol para hacerme daño. No está solo cabreado: está cagado de miedo. Ha perdido esos archivos de verdad.

—Yo también lo creo. —Serge caminaba de un lado a otro, concentrado—. Entonces, hay un ladrón que se nos escapa, alguien de dentro del resort, ya que las puertas y ventanas no han sido forzadas. O alguien que haya tenido acceso a una copia de la llave maestra. —Se detuvo, jugando con algo en el bolsillo—. ¿Alguna idea de quién podría ser?

Tanto William como yo andábamos escasos de hipótesis, así que decidimos confiar en las grabaciones del nuevo sistema de cámaras que acababa de ser instalado. La idea era que, entre la salida de Monroe para su baño en el mar y su regreso, el presunto ladrón hubiera entrado y destrozado el interior para encontrar los archivos.

William se ausentó unos veinte minutos para comprobar personalmente el estado de la cabaña. Después, vimos las grabaciones de las cámaras dos veces. Usamos dos portátiles distintos, mientras Serge nos asistía o se alejaba, presionado por llamadas de trabajo que no podía ignorar.

—Nada. —Golpeé la mano contra la mesa—. No ha entrado nadie en la media hora en la que Monroe estuvo fuera.

—Solo media hora, como si tuviera prisa. —murmuró William, sin apartar la vista del monitor. Tenía otro cigarrillo en la boca—. ¿Y si la cabaña ya estaba en ese estado antes de que Monroe bajara a la playa?

Decidimos retroceder en el tiempo, iniciando una reproducción acelerada. Comenzamos a revisar desde las primeras horas de la mañana.

Mientras tanto, el sol empezaba a esconderse en el horizonte. Las agujas del reloj se habían vuelto nuestras enemigas, y el nerviosismo por la impotencia crecía. Teníamos la sensación de que la solución estaba al alcance de la mano, rozándonos la punta de la nariz, pero no conseguíamos alcanzarla.

La comida que habíamos pedido —solo para tener algo en el estómago— fue prácticamente ignorada. Yo apenas probé unas pocas patatas fritas (porque las patatas fritas siempre entran bien), mientras no apartaba los ojos del monitor.

En los vídeos se veía cómo Monroe regresaba del desayuno poco después de que saliera la encargada de la limpieza. Sus hombres siguieron camino, él entró, cerró las cortinas desde dentro... y no volvió a salir hasta el momento del baño en el mar.

A través de la Executive Housekeeper, nos pusimos en contacto con la señora que había limpiado la cabaña 109: Luz María Santiago, una mujer puertorriqueña muy simpática a la que ya conocía, madre de cuatro hijos. Luz aseguró haber encontrado la cabaña en perfecto estado y haberla dejado igual. La pobre se asustó al escuchar la voz seria de Mr. Baker en persona, que la llamó directamente desde su propio móvil. Tuve que intervenir en altavoz para tranquilizarla, explicándole que solo queríamos hacerle unas preguntas y agradeciéndole su buen trabajo.

—¿Puede estar fingiendo? —William quería saber mi opinión.

—¿Luz? —Ni en sueños, —respondí por ella—. Es de esas personas que se preocupan incluso por los hijos de los demás, como si los cuatro suyos no fueran suficientes. Esa mujer es un trozo de pan.

Era inocente. Al menos de eso estaba segura.

Así que, si nadie aparte de Monroe había pisado la cabaña desde que Luz se marchó hasta que yo llegué... ya no cabían dudas de que había sido él quien la había destrozado. Lo que también explicaba que cerrara las cortinas desde dentro.

—Intentemos dejar a un lado por un momento el tema del robo. —Serge trató de cambiar el enfoque, abordando un problema a la vez—. ¿Por qué Monroe habría puesto patas arriba la cabaña 109 del Caribbean?

—¿Micrófonos, tal vez? ¿Temía que lo espieran? —sugirió William.

Me masajeeé la sien, estrujándome el cerebro.

—Pero ¿por qué buscarlos por todas partes excepto en el equipaje?

—El equipaje se mueve, se manipula.

—Correcto. Entonces podría temer que alguien lo estuviera espionando. Y, claro, al encontrarme con su teléfono en la mano, pensó que era yo. Espera... —dije, levantando el dedo índice hacia mis labios, alzando la vista

al sentir una corazonada—. Las vistas previas de sus mensajes en el móvil hablaban de algo... un “soporte”.

—¿Un soporte de memoria? ¿Como una memoria USB?

—Sí... no, quizás... —Moví la mano en el aire, buscando entre mis recuerdos: mi confusión al encontrar la cabaña en ese estado, Monroe mostrando los dientes, las frases que había leído de pasada sin llegar a asimilar del todo... —La persona que escribió el mensaje decía que tenía razones para creer que el acceso a este soporte, a esta “cosa”, podría haber sido comprometido por una interferencia. Y el último mensaje... mencionaba a alguien que no sería tan discreto.

—Esta “cosa” es sin duda alguna el soporte de los archivos robados —dijo Serge, rechazando una llamada en cuanto su móvil vibró. Cada segundo, cada detalle, podía marcar la diferencia.

—¿Tú crees?

William apretó una botella de agua vacía con el puño hasta deformarla.

—Volvamos a eso. Todo gira en torno a esa pieza. —Tiró el plástico a la papelera—. Que el acceso estuviera comprometido puede significar que Monroe ya tenía dificultades para ver los archivos o, incluso, para... ¿apoderarse de ellos? Una dificultad causada por la interferencia de alguien que se ha entrometido.

Durante unos segundos, todos nos quedamos en silencio, procesando la información, encajando nuevas piezas en el rompecabezas.

—Hijo de puta —exclamó Serge—. No le robaron el soporte: nunca lo tuvo. Lo estaba buscando, pero alguien llegó antes.

—Es decir, yo, según él —comenté, llevándome el puño a la cadera, presionando ligeramente. Le había dicho a Monroe que me había encargado personalmente de la cabaña, él sabía de mis antecedentes penales, y además me había encontrado en la habitación con su teléfono en la mano, cuando ni siquiera había pedido toallas. Incluso yo habría llegado a la misma conclusión.

Sin embargo, aún había cosas que no encajaban. William cogió su Montblanc. Giró en la silla, más enfadado que antes.

—Si no la trajo él, ¿cómo diablos ha llegado un soporte de memoria con secretos de Estado a la cabaña 109?

Ya. ¿Qué tenía de especial esa cabaña? ¿Quién la había ocupado antes?

Mrs. Kendricks con sus orquídeas... Venga, en su vida esa mujer, con su “Maison de Fleurs”, solo había traficado flores. La 109 no podía haber caído en manos más confiables, considerando a todas las personas mucho más involucradas en asuntos políticos que habían ocupado otras cabañas. Empezando por...

Abrí los ojos como platos.

—¡La cabaña de Sullivan!

—¿Qué quieres decir? —objetó William—. La cabaña 109 no es la de Sullivan.

—Sí, pero él no lo sabe. Él aún cree que es la misma cabaña que usó el senador. Cuando lo acompañé, comentó la buena vida que se daba Sullivan. —Y yo no lo contradije, dejándole seguir con esa idea—. Yo elegí la 109, pero fuiste tú, al principio, quien me dijo que le preparara la misma cabaña del senador.

William no replicó siquiera. Levantó el auricular, lo dejó a un lado, marcó una extensión y activó el altavoz.

—¿Sí? —respondió una voz femenina, con la máxima sensualidad que se podía expresar en una sílaba.

—Sienna, necesito una información. Pero tienes que ser precisa. —Y Sienna lo era, sin duda, cuando se trataba de su trabajo. Precisa hasta el más mínimo detalle.

—Dígame, Mr. Baker.

—¿Por qué me propusiste asignar a Monroe la cabaña de Sullivan?

—Fue la secretaria del propio Monroe quien me lo sugirió, señor. Ya sabe, para rehabilitar lo mejor posible nuestro buen nombre y poder presumir de la seguridad que ofrecemos a nuestros clientes... —Se percibió su sonrisa encantadora, la que solía dedicar a los huéspedes—. Les pregunté si estaban seguros, dado lo ocurrido, pero insistieron. Se mostraron muy amables y serviciales al respecto.

—Ya, muy “amables”.

Nos miramos los tres.

Ay, *Dios mío*... Me llevé una mano a la boca.

Nos habían manipulado: el Secretario había elegido nuestro resort para sus vacaciones y también para sus arreglos. William había sido astuto al ofrecerle una estancia todo incluido gratuita para él y sus hombres, a

cambio de buena publicidad, pero estaba claro que Monroe venía buscando algo muy distinto desde el principio.

—¿Señor? ¿Pasa algo? —se preocupó Sienna—. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted?

—Así está bien —respondió él, torciendo la boca—. Gracias, has sido de gran ayuda.

Colgó el teléfono, casi lo estampa.

—Hostia puta —maldijo Serge, con un destello de comprensión en sus ojos azules—. ¿Sabes lo que significa?

—Que los archivos podrían seguir en la cabaña de Sullivan. Y que contienen algo bastante turbio. —William extrajo para todos la conclusión que a cada uno de nosotros nos estaba rondando por la cabeza—. “*Los problemas siempre han estado aquí*”. El cabrón nos lo había dicho antes de salir.

Pero era evidente que el Secretario no quería que lo asociaran con Sullivan, por lo que omitió todo lo que pudiera servir de vínculo. Ni siquiera tendríamos que haber llegado a entender esa frase.

Aquel descubrimiento provocó una oleada de ira por cómo nos habían engañado y, al mismo tiempo, una nueva esperanza. Con esas revelaciones, yo no cabía en mí de la emoción. Encerrada en esa habitación desde hacía horas, me sentía incapaz de quedarme quieta: necesitaba actuar.

Serge se me adelantó por un suspiro.

—Tenemos que encontrar esa memoria y entregársela, antes de medianoche. —Ya no quedaban más que unas pocas horas.

—Sí, pero sin llamar la atención sobre la cabaña de Sullivan —replicó William—. Quiero que siga en la sombra: Monroe no debe sospechar nada hasta que lo tengamos todo resuelto. Él tiene sus secretos; nosotros tenemos los nuestros, si es así como quiere jugar.

Por mucho que deseara soltarle nuestras conclusiones al Secretario, William tenía razón. La prioridad era recuperar el objeto del delito. Así que tenía toda la intención de ir a buscarlo sin que me pillaran.

—Sé cómo llegar sin que me vean... o casi —dije—. Saliendo por la parte trasera de las cocinas y pasando por el gimnasio, después de las pistas de tenis, se pueden evitar la zona lounge y los senderos. Desde allí se sigue por el parque hasta la cabaña de Sullivan.

Era ya noche cerrada, el Caribbean se había iluminado con cálidas luces ambientales, pero la oscuridad del cielo trabajaba a nuestro favor. El problema seguía siendo cómo asegurarnos de que Monroe y sus hombres evitaran el área del gimnasio. Con la suerte que tenía, seguro que se pasarían justo por allí, listos para seguirnos. Nada más fácil.

La solución llegó de inmediato de la mano de William.

—Serge, necesito que mantengas a raya a Monroe.

—Me das la tarea más infame —suspiró el otro.

—Teníamos que cenar juntos esta noche. —Miró la hora en su gran reloj, lo que le hizo apresurarse aún más—. Él cena tarde, estamos a tiempo. Solo tienes que contarle un montón de tonterías y cenar con él en el privado. — La terraza con pabellones de estilo colonial, que llamábamos privado, se usaba solo en raras ocasiones desde que el señor Montgomery se había mudado. Él había disfrutado usando ese delicioso salón cubierto, ubicado a un lado de la estructura principal, con vistas a una piscina de hidromasaje. Al parecer, William había encontrado la manera de hacerlo útil de nuevo—. Tendréis los vinos más caros, los platos más exquisitos... tiene que tener la impresión de que te he enviado a lamerle el culo por desesperación. También te mandaré a Sienna y a Haley: son espabiladas, sabrán apañárselas. —Quedó implícito que su presencia serviría para atraer el interés del Secretario, ayudando a mantener las conversaciones en lo superficial. Una buena forma de evitar que Serge tuviera que hablar de temas que era mejor no tocar.

—Haley está de turno en el restaurante central —recordé de pronto.

—No importa —sentenció William—. Creo que preferirá dejar la bandeja con champán y ostras en la mesa con Mr. Price y Mr. Monroe.

Yo también lo creía. Ambas se habrían puesto su mejor vestido y se lo habrían pasado en grande metiéndose en el papel de huéspedes, para disfrutar de lo mejor que el Caribbean pudiera ofrecer en cuanto a hostelería.

William sabía que el restaurante tendría problemas, tanto por el tiempo que tendría que dedicar a un menú improvisado, como por la falta de una camarera, pero la prioridad era el privado.

—Si lo pones así, casi me has convencido —observó Serge, cogiendo la chaqueta, listo para salir—. Pero aún no sé... —Se pasó una mano por el

cabello, tirando un poco de él, con una sonrisa falsa—. ¿Solo ostras y champán?

William, ya de pie, cogió el teléfono de la mesa y se lo metió en el bolsillo.

—Sienna sigue esperando al destinatario de su mamada —soltó aquellas palabras tan deprisa que apenas comprendí el sentido de la frase.

—Vale, allá vamos —respondió Mr. Ojos Azules, igual de rápido.

—¡Mr. Price! —lo reñí.

¿Cuándo acabarían con esa historia de Sienna? Los hombres... ¡qué cotillas! Tendría que haberme guardado ese comentario para mí.

—¿Celosa, pajarito? —Serge me envolvió la cintura, para acercarme y rozar mi pelo con sus palabras—. Si prefieres chupármela tú, no hay problema. Solo tienes que pedirselo a tu amo. —Me guiñó un ojo y dejó que sus manos se le escurrieran.

Otras manos estuvieron enseguida listas para agarrarme, empujándome hacia la puerta.

—Pequeña, encontremos esta cosa, luego te daré toda la polla que quieras chupar, durante todo el día.

Ambos se estaban excitando, y yo con ellos. No tanto por la idea de una felación, como por la de ser más listos que Monroe.

—De todas formas, yo no he dicho que quiera... —Mi boca fue sellada por la de William, que me había sujetado la barbilla, inclinándose como era debido. Sus dedos vagaron de forma posesiva, con fuerza, listos para reclamar lo que era suyo. Y que no se dejaría arrebatar por nadie en el mundo.

Si tan solo hubiera podido detener el tiempo, le habría dado todo de mí sobre ese escritorio, temiendo que pudiera ser nuestra última vez. Porque el peligro seguía acechando: nada nos aseguraba que encontraríamos esa cosita pequeña, oculta desde hacía más de un año. Pero yo no podía parar nada, era impotente ante el avance de los minutos: las agujas del reloj giraban como si fueran más rápidas que nunca.

Quizá, algún día, al volver a entrar en aquella oficina, vería de nuevo esa misma escena como un holograma en mi mente, y me parecería eterna, igual que aquel día en la sala de reuniones. Pero ahora era el momento de actuar.

Cuando él se separó de mi boca, dejándome sin aliento, levanté los párpados para mirarlo a los ojos.

—Linternas para la luz —exhalé, recuperando el uso de los pulmones.

—Espero que no sea eso lo que piensas cuando te beso. —William provocó la risita de Serge.

—Estúpido... Las necesitamos, en la oscuridad. —No podíamos depender solo del flash de los teléfonos.

—¿Sabes dónde encontrarlas?

Asentí.

—Movámonos. Lo primero, la cocina y las chicas. —Tenía varias instrucciones que dar antes de que pudiéramos escabullirnos para llegar a la cabaña a escondidas.

Serge abrió la puerta rápidamente.

Yo di un paso, luego me detuve, haciendo que William chocara contra mí. Lo que tenía que decir no podía salir de esa habitación, para que no lo oyeran oídos indiscretos.

Me giré.

—Normalmente, cuando me besas, no puedo pensar: mi cabeza se va.

Iba bien, hasta que la cabeza no volvía a sus hombros. Y entonces me daba cuenta de lo fácil que era para él hacérmela perder.

Capítulo 14



Al principio, Haley y Sienna se mostraron dubitativas. No entendían cómo Mr. Baker podía ofrecerles una cena así sin pedir nada a cambio. Temían esa *solicitud* que cualquier chica guapa podría esperar de dos hombres poderosos que desean compañía femenina para una noche.

Cuando les expliqué que solo tendrían que ayudar a Mr. Ojos Azules a entretener a Mr. Monroe en la mesa, para que nosotros pudiéramos movernos por el resort sin ser vistos, sus expresiones cambiaron radicalmente. Se encendieron con vivacidad y con una curiosidad que yo no podía satisfacer por varias razones. Tuvieron que conformarse con la promesa de una cena de cinco estrellas como nunca antes habían tenido, y con una conspiración de la que no conocían todos los detalles, pero en la que estarían encantadas de contribuir a base de champán, ostras y risitas coquetas.

Menos contentos estaban el chef y el personal de cocina. Como yo me había retrasado en ir a buscar las linternas, no supe cómo se las apañó William para motivarlos, pero cuando atravesamos las estaciones de preparación y la zona de lavado, todos mantenían la mirada baja. El chef escupía órdenes como un general en el campo de batalla, y el equipo de trabajo las ejecutaba sin tiempo para respirar.

Pasamos entre ellos como fantasmas, saliendo por la puerta de servicio. Yo tomé la delantera, guiando a William por la parte trasera de los edificios,

donde era posible. La zona más peligrosa fue la que había delante del área de bienestar, donde no se podía descartar por completo el peligro de toparnos con los hombres de Monroe.

—¿Qué tienes? —me preguntó William, cogiéndome de la mano y haciéndome reducir el paso.

—Pensaba que teníamos que irnos de aquí lo antes posible. —Había acelerado el paso, quizá de una forma demasiado antinatural que podría llamar la atención.

—Estás caminando mal.

—Me torcí el tobillo escapando de ya sabes quién. —Lo vi fruncir el ceño, molesto, mientras me sostenía—. Tranquilo. Puedo hacerlo.

—¿Segura?

—Ahora estoy mucho más segura de poder conseguirlo que anoche. Y, sin embargo, anoche no tuviste ningún reparo—. Le lancé la pulla, que él recibió con esa sonrisa que solo se tiene por los recuerdos más indescriptibles.

—Vale, ya que tu culo es más importante que tu tobillo, vamos a darle prioridad a eso. Primero tu culo, luego el mío, junto con el Caribbean, y después el tobillo. —Me empujó para que avanzara, mientras miraba a su alrededor.

—Mr. Baker, tus prioridades son admirables —repliqué, mientras me arrastraba.

Una vez superada esa zona, bordeamos las pistas de tenis para luego adentrarnos en la parte más densa del parque, donde pude soltar un medio suspiro de alivio: la espesura de la vegetación nos haría pasar desapercibidos.

La pálida luz de la luna que se filtraba entre las ramas de las palmeras me ayudaba a orientarme, pero no era suficiente para ver dónde pisábamos. Solo cuando nos alejamos lo suficiente de los senderos iluminados que eran las arterias y venas palpitantes del resort, encendimos las linternas, manteniéndolas al mínimo de potencia. El terreno estaba bastante irregular; bastaba un pequeño tropiezo para dar un paso en falso y empeorar la situación de mi tobillo. Los arbustos espinosos se enganchaban a mi falda, cuya abertura ya se había convertido en un desgarró, arañándome las pantorrillas. Avanzaba con la respiración acelerada, sintiendo el aroma a madera y follaje mezclarse con el de William, en una combinación que

amplificaba su intensidad. Oía el sonido de sus pasos, percibía su figura como una sombra larga, proyectada por la luna, que se cernía sobre mí.

—¿Quieres saber algo divertido? —Aparté una rama para dejarle pasar.

Tuvo que agachar la cabeza.

—A ver, ¿qué es lo que te divierte?

Sonreí, apuntándole con la linterna.

—Tú, con tus zapatos brillantes de cuatrocientos dólares...

—Setecientos —me corrigió.

Levanté una ceja.

—De setecientos dólares, hundidos en la tierra y el polvo. Tu camisa blanca, que atrae a los insectos, ya manchada de savia. El tejido exquisito de tus pantalones, arañado por las zarzas... Jamás habría imaginado ver a Mr. Baker en un estado tan poco decoroso.

Él se sacudió los pantalones, quitándose unas hojas de mimosa tropical que se le habían quedado enganchadas.

—Me has visto en estados mucho más indecorosos que este, sin nada de ropa encima.

—Sí, puede ser, pero... Siempre has sido tú quien ha llevado las riendas.

—Esa noche, sin embargo, era él quien me seguía, y esa era una gran novedad—. Llegaste amenazándome con quitarme mi trabajo si no te obedecía como una buena puta, y ahora eres tú el que me sigue para no perder tu resort.

—¿Has dicho “divertido”, eh? ¿Así que yo soy “divertido”? —Se peinó hacia atrás un mechón de su flequillo y sacudió el brazo para deshacerse del caminar de una arañita.

—Definitivamente —me reí por lo bajo.

—No te hagas demasiadas ilusiones —cambió de tono de un instante a otro. Hizo que la linterna recorriera mi cuerpo, deteniendo la luz en el escote de mi blusa, donde la respiración acelerada por el esfuerzo era visible en el tenue vaivén—. Te vigilo de cerca. —Metió dos dedos detrás del botón que mantenía unido el punto más tenso de la blusa, sobre mis pechos—. Puedes darte muchos aires, pero sabemos muy bien que, cuanto más creas que te liberas, más acabarás gimiendo bajo mis caderas. —Mi corazón se puso a bombear aún más vorazmente contra sus dedos, mientras él se inclinaba para susurrarme en el cuello—. Haré que grites mi nombre, putita.

Introdujo la mano bajo mi falda.

Detrás de mí, un arbusto espinoso me impidió retroceder para hacer frente a su presión, pinchándome la espalda y los muslos a través de la tela. Para no acabar en atrapada, me agarré a su hombro.

—Sabes qué hacer... —murmuró.

—No hay tiempo, William.

—¿Qué tienes que hacer cuando meto las manos bajo tu falda? —repitió, duro, usando ese tipo de voz capaz de envolverse en espirales alrededor de mi estómago.

Segura de que no se rendiría hasta que yo lo hiciera, abrí un poco las piernas, permitiéndole apartar mis bragas a un lado. Siempre era ahí a donde él quería llegar.

Me rozó en la intimidad.

—¿Por qué Monroe no puede tenerte? Dímelo.

La linterna se me cayó de la mano. Mi nariz se posó en el límite entre el cuello de su camisa y su piel.

—Porque no quiero.

—Incorrecto. Y tampoco porque sea un cabrón que me esté poniendo palos en la rueda. —Masajeó, buscando la tierna hendidura, y me penetró con dos dedos—. Inténtalo de nuevo. Es fácil, ya deberías saberlo de memoria.

Temblé, escuchando la reacción de mi cuerpo. El humedecerse repentino, como si mi carne supiera que necesitaba toda la ayuda posible para hacer frente a sus ansias de posesión, porque mis miembros conocían la respuesta mejor que yo:

—Porque soy tuya.

—Exacto. Eres mi putita. —Empujó hacia arriba—. Esa debería haber sido tu primera respuesta. Aún no estamos ahí.

—Will... —cerré los ojos con un jadeo, me tambaleé y perdí el equilibrio. Habría acabado como un alfiletero en el arbusto si William no hubiera reaccionado rápidamente.

Retiró los dedos de forma brusca y me agarró por los hombros con ambas manos.

—¡Eh! ¿Adónde crees que vas, nena? —Estuvo a punto de caer conmigo, pero se mantuvo firme y me sostuvo.

—Joder —maldije, mientras me apartaba de allí.

Dios santo, ese hombre me hacía perder los instintos de autoconservación, además de las facultades mentales. Levanté los ojos hacia los suyos; al cruzar nuestras miradas, nos dieron ganas de reír, pero él intentó contenerse.

—Me estás desconcentrando. —Recogió mi linterna y me la entregó.

—¿Ah, yo?

—No hay nada de qué reír. Si no encontramos esos archivos, este resort se convertirá en un caos. —Dio un golpecito a su linterna, que tenía la mala costumbre de apagarse, y luego me la apuntó a la cara—. ¿Qué tan lejos está la cabaña?

Aparté su luz con la mano.

—Ya habríamos llegado si no te hubieras puesto a jugar con mis órganos genitales.

En cuanto le di la espalda para retomar el camino, me dio una palmada en el culo.

—El coño necesita recordatorios.

—Oh, no creas: el mío tiene buena memoria, Mr. Baker. —De hecho, llevaba todo el día recordándome lo que le había pasado la noche anterior. Las grandes cosas que le habían pasado, para ser más exactos.

—¿Arrepentida de haber cenado con nosotros?

“*Cenado*”, qué bonito eufemismo.

—¿Por qué? ¿Tenía elección? —pregunté, mientras mi respiración volvía a agitarse por lo rápido que me movía, agachándome o deslizándome de lado entre las ramas.

Para William, siendo mucho más alto y corpulento que yo, era más complicado atravesar zonas como esa, donde la vegetación era más densa e intrincada. Sin embargo, mantenía el paso, junto con el hilo de la conversación.

—Claro. Siempre puedes elegir quedarte desempleada.

Negué con la cabeza, conociendo bien esa cantinela.

—Dime una cosa: ¿con cuántos amigos de cuya existencia no sé nada tienes intención de hacerme follar?

—¿Importa? —usó ese tono altivo suyo, de hombre de negocios.

—Depende: ¿son todos como Serge? —solté una rama que había doblado para pasar, dejando que le azotara el pecho.

—Qué puta —siseó.

—Qué cerdo chantajista.

Resopló por la nariz.

—Sucio.

—No, me refería precisamente a cerdo.

—Ah, ya veo. Décadas dedicadas a perfeccionar el sutil arte de la dominación, para que una veinteañera me llame cerdo. Qué satisfacciones.

Percibí un susurro extraño, algo en la oscuridad movió unas ramitas. Me sobresalté y apunté el foco de luz hacia el ruido, que resultó haber sido causado por un raro ejemplar de iguana azul de las Caimán corriendo hacia un arbusto de Lantana.

Nosotros, en cambio, estábamos saliendo del espeso matorral y desembocamos en una zona más cuidada, llena de palmeras, desde donde se veía un tramo de sendero iluminado por farolillos. Un centenar de metros más adelante, desde ese sendero principal, se ramificaba otro secundario que conducía a la cabaña de Sullivan: para nuestra suerte, la más apartada de todo el resort.

—Apaga la linterna —ordenó William, que ya había apagado la suya.

Nos acercamos sigilosamente, bordeando la estructura para entrar por la fachada principal. Notamos que el interruptor general estaba bajado, y así lo dejamos, para evitar encender un rastro de farolillos que atraería la mirada directamente hacia nosotros. Aquello también fue curioso: Mr. Baker moviéndose a hurtadillas por su propiedad como un ladrón.

Ni siquiera hizo falta usar la llave maestra. El peligro de que alguien quisiera poner un pie en esa cabaña era tal que nadie había pensado en cerrarla con llave. Pude entender por qué en cuanto nos colamos dentro: las cortinas estaban corridas, el aire olía a cerrado, y los muebles polvorientos seguían en la misma posición... El drama que se había consumado en ese lugar aún flotaba en el polvo suspendido en el haz de mi linterna. Un eco de gritos apagados se repetía en el espacio silencioso. Mi piel se erizó, como si aún percibiera una presencia.

—¿Crees en los fantasmas? —murmuré.

—Puede ser —me sorprendió William. Su linterna hizo un barrido por los rincones más oscuros, buscando sombras vivas—. Por desgracia, dudo que el de Sullivan nos eche una mano.

Yo también dudaba que pudiera estar bien dispuesto, considerando el final que había tenido: un agujero en la cabeza, disparado a quemarropa.

Quizás precisamente a causa del dispositivo de memoria, presumiblemente un pendrive, que estábamos buscando. ¿Y si el asesino se lo había llevado?

Aparté el pensamiento para centrarme en el objetivo.

Debía seguir allí.

William cogió un cuchillo de un cajón de la consola, al lado del frigorífico.

—Dividámonos: yo me encargo de los enchufes, tú de los muebles —dijo, agachándose para quitar la placa de un interruptor de la pared.

—No nos olvidemos de los adornos —contesté, sujetando la linterna entre los dientes. Levanté una lámpara para hurgar en la cavidad de la cerámica. Vacía. La dejé en el suelo y aparté la consola, palpando cada grieta y junta.

Al principio fui algo cautelosa, pero a medida que avanzaba la búsqueda me volví implacable. Fuera los cajones, fuera los rellenos, fuera los accesorios de la suite, arrojados a un lado. Empecé a actuar como había actuado Monroe, en una búsqueda del tesoro que era como buscar una aguja en un pajar. Volcando muebles y rompiéndome las uñas, desde el salón a las dos habitaciones, con sus respectivos baños.

William maldecía más que yo nunca le había oído, mientras cada rincón inspeccionado reducía las posibilidades a una menos.

Después de dar vuelta el colchón, empecé a perder las esperanzas. Una oleada de náuseas subió por mi esófago: era todo aquel miedo que quería salir. La reprimí, obligándome a seguir creyendo, hasta la idiotez si era necesario. Me limpié la frente, me eché hacia atrás el pelo que se había escapado de ese moño improvisado con el que me lo había recogido por la tarde, y me puse a hablar sola.

—¿Dónde... dónde te habría escondido si yo fuera Sullivan?

Miré a William, en la sala, subido a una silla para desmontar una lámpara del techo. ¿Era posible que Sullivan llegara a trepar de esa forma? ¿Teniendo en cuenta, además, que antes de su asesinato, el Caribbean era considerado un lugar seguro? Nah, se necesitaba un escondite que estuviera a mano, que el senador podría haber notado en un momento en que no tuviera nada más que hacer. Como en un instante de aburrimiento...

—¡Creo que ya lo tengo!

Abrí de par en par la puerta del baño principal y me lancé dentro.

Mi linterna, apuntada hacia adelante y abajo, detectó el movimiento de algo muy oscuro. La levanté de inmediato hacia esa cosa que ocupaba casi toda la puerta, gritando por el miedo. De ir corriendo hacia dentro, me encontré retrocediendo con las piernas temblorosas, porque aquella “cosa” era un hombre. Grande, alto, armado con una pistola. Iba completamente de negro, fundido con las sombras densas del baño. Como salido de una pesadilla.

Me giré para escapar, o al menos intenté decirle a mis piernas que corrieran, pero él fue más rápido: me agarró del brazo. Sentí como si me estrellara contra una pared invisible y rebotara hacia atrás. En un segundo, su mano enguantada de negro se posó sobre mi boca, silenciando el grito, mientras me apretaba contra un torso firme. Una luz intensa me dio de lleno en los ojos, obligándome a entrecerrarlos, y el cañón frío de un arma se apoyó contra mi sien.

—Baja la luz —ordenó la pesadilla, con una voz gélida, apenas más fuerte que el estruendo de mi corazón.

No entendí de inmediato esa orden, porque la mano con la que aún apretaba fuerte el puño alrededor del mango de la linterna ya había caído. Además, no estaba entendiendo nada en general.

Después, la luz se apartó de mi cara y se unió a la mía, iluminando el suelo. Entonces vi a William en el umbral de la habitación. Seguía con el cuchillo en la mano derecha, el ceño fruncido, observando al hombre que me tenía atrapada. Sus párpados se abrieron de golpe, como si acabara de tener una revelación repentina. Las pupilas se le dilataron, impactadas por un descubrimiento terrible.

—Axel Rage —dijo.

¿Axel... Rage?!

Entonces caí en un nuevo tipo de terror, porque aquel intruso no era un simple ladrón: era un asesino. Era el hombre que había matado a Sullivan y, quién sabe, a cuánta más gente a sangre fría —testigos incluidos—. Un sicario a sueldo, buscado por medio Estados Unidos. En comparación, Monroe era un juego de niños.

—Parece que alguien ha hecho los deberes antes de comprar medio resort, “William Baker” —replicó él, dejando claro que estaba bien informado—. Debo felicitarte por tu servicio de seguridad: no fue tan fácil

sortearlo. —Luego habló directamente junto a mi oído—. Sé buena, alza la luz, Cassie. Ilumina a tu jefe.

Todavía recordaba mi nombre, el que había aprendido sin duda cuando se alojó en el resort con la falsa identidad de Thomas Chandler. Cuántas veces había atendido a aquel hombre rubio y cortés, un poco torpe, antes de que las noticias revelaran su naturaleza oscura, con el pelo castaño intenso, rasgos decididos y movimientos letales...

Dios mío, hacía solo un momento que había rebuscado en el baño del que acababa de salir y él no estaba allí. Eso significaba que se había movido por las habitaciones oscuras mientras nosotros estábamos dentro, sin que nos diéramos cuenta. Pensé esto, mientras alzaba la parte libre de mi brazo, extendiendo sobre William un halo de luz vacilante a causa de mi temblor. Él permaneció inmóvil, con los ojos entrecerrados y el cuerpo rígido como si esperara lo peor. Pero no retrocedió.

—Al parecer, hay que perfeccionarlo. —Tardó unos segundos de más en dar esa respuesta. Así era él: dejaba que el silencio se alargara cuando pensaba, y sobre todo cuando quería aumentar la ansiedad de una chica, para someterla. Pero la persona que tenía frente a él no era de las que se dejaban someter por nada ni por nadie.

Al contrario, empezó a dar órdenes.

—Ahora pon en el suelo lo que tienes en la mano y patea el cuchillo hacia mí.

En respuesta, los dedos de William se apretaron sobre la empuñadura, el músculo del antebrazo se marcó, hinchando la manga de la camisa.

—Vamos, Baker. Sé que un intento desesperado es mejor que nada, pero es tan obvio que vencería a tu cuchillito de cocina incluso con las manos desnudas que puedes ahorrarte el esfuerzo. —El asesino bajó la pistola rozándome el brazo, abajo hasta levantar el dobladillo de mi falda, para presionar sobre mi rodilla—. Y además, no queremos que esta damisela se haga daño, ¿verdad?

Cerré los ojos gimiendo entre sus dedos. La mano enguantada se pegaba a mis labios, impidiéndome respirar y llenándome las fosas nasales con un olor a cuero cálido.

William estaba loco si pensaba que podía enfrentarse a él de esa manera. Tenía plena confianza en la habilidad de su intelecto, sabía que podía hacer frente a una manada de tiburones en una mesa de negociaciones, y que

también era fuerte físicamente, pero no tenía la preparación militar para luchar contra Axel Rage, ni siquiera si fuera él quien tuviera la pistola.

No, esta vez había encontrado a un depredador que estaba un peldaño por encima en la cadena alimenticia, con rehén y todo. Y como no era tan irracional, dejó la linterna en el suelo, así como el cuchillo, levantándose con cautela.

—No es necesario hacerle daño. No tengo intención de obstaculizarte.

—Demuéstralo dándole a ese cuchillo una buena patada hacia mí —le instó.

William le dio un golpe con la punta del zapato al arma. Rage, a su vez, la envió debajo de la cama, luego me arrebató la linterna y me apartó. Su mano me dio un empujón en las costillas, arrojándome a los brazos de William, quien por impulso me sujetó y me apretó contra su pecho. Pero luego se apresuró a hacerme deslizar detrás de él, actuando como una especie de escudo para mí. Un movimiento que no me tranquilizó en absoluto.

El asesino nos apuntó con la linterna y la pistola.

—Y ahora, decidme: ¿qué cojones estabais haciendo?

Incluso a él le parecía absurdo que estuviéramos hurgando en la oscuridad como ladrones, en busca de algo de cuya existencia deberíamos haber ignorado.

—Tú... Eres tú la interferencia de la que hablaba el mensaje de Monroe.

—William ignoró la pregunta que le había hecho, a pesar de que vio asomar, poco por encima del haz de luz, el arma que apuntaba a su cabeza

—. ¿Qué hay en esos archivos para hacer que Axel Rage se haya metido en esto?

Negué con la cabeza, tirando de su camisa. No quería saber qué había. Era mucho mejor que no lo supiéramos, ya que ahora no solo estábamos poniendo en riesgo el resort y nuestra libertad, sino también la vida.

Rage soltó una risita seca y siniestra.

—Ni siquiera lo sabes.

—Exacto, no lo sé. Gran intuición —replicó irritado.

Por Dios, William, baja los humos, te lo ruego... ¿Es posible que ni siquiera delante de la muerte con la guadaña pudiera mostrarse menos arrogante?

—¿Y qué es lo que sabes? —le preguntó—. Cuéntame.

Él resopló, reticente, pero al final habló: le contó lo sucedido en pocas frases concisas, explicando cómo Monroe había creído que yo era la interferencia y cómo nos amenazaba.

—Es increíble cómo la estupidez humana es lo único que aún logra sorprenderme —comentó el asesino. Agitó la pistola, indicándome que me apartara—. Tú, acércate.

William me sujetó del brazo.

—Tranquilo, Baker. No hace falta que te pongas protector, solo asegúrate de no hacerme enfadar. Y, créeme, tú no quieres hacerme enfadar.

Pero iba por buen camino. Así que, dado que yo era mucho mejor que él a la hora de obedecer, retiré por mi cuenta el antebrazo de la mano que lo sujetaba y avancé un par de pasos.

—En primer lugar, no es una memoria USB: es una tarjeta SD —nos informó el sicario. Palabras pronunciadas por labios afilados en un rostro que era lo único claramente distinguible en su lúgubre silueta—. Encuéntrala, Cassie. Y hazlo deprisa.

—Ya lo intentamos —murmuré.

—No me vengas con cuentos. Hace un momento tuviste una idea, te oí. Empieza por ahí. —Señaló la entrada del baño.

Si mi corazonada era correcta y la tarjeta estaba donde creía, Axel Rage se la llevaría y nosotros nos quedaríamos sin nada que darle al Secretario. Pero había algo peor: una vez que le entregáramos esos archivos, el asesino ya no nos necesitaría.

—¿Qué esperamos? —apremió Rage.

No sabía qué hacer. Fallar esta vez no, jamás me lo habría perdonado.

—Cas, niña, mírame —me llamó William—. Haz lo que te ha dicho. —Asintió, como si la orden fuera dictada por él mismo, transmitiéndome la seguridad de su cercanía. Mientras él estuviera conmigo, podía seguir adelante aunque el mundo se desmoronara a mi alrededor.

Respiré hondo y decidí enfrentar un problema a la vez. Entré en el baño, mientras Rage sujetaba a William de un brazo, manteniéndolo bajo la mira. Los dos eran igual de altos, igual de corpulentos, aunque imaginaba que Rage, bajo las capas de ropa negra ajustada, era más robusto y debía de estar mejor entrenado de lo que aparentaba.

Me senté en el váter, saqué el rollo de papel higiénico y comencé a desenroscar el soporte cilíndrico cromado. Una vez, el de mi baño se me

había caído mientras lo pulía con el trapo. Ese recuerdo me había sugerido que Monroe, sentado en el retrete sin nada en qué pensar, podría haber notado la facilidad con la que ese tubo podía quitarse y volverse a poner. Un escondite perfecto, así como el último destello de esperanza.

William me alumbró con la linterna que le habían dado. Ante la mirada atenta de los dos hombres, inspeccioné el interior del cilindro curvado: lo golpeé contra el suelo, metí un dedo dentro... nada, no había nada.

—¡Joder...! —siseé, para luego golpearlo con más fuerza contra las baldosas, presa de la angustia.

—Está bien, basta. No está ahí —decretó el sicario—. Piensa en otra idea.

—¿Cómo hago?

—Conoces el resort, exprime el cerebro.

—Ha pasado más de un año —observó William—. Es muy probable que estemos buscando algo que ya no está desde hace quién sabe cuánto tiempo... Si es que alguna vez estuvo de verdad.

—No tienes fe, Baker.

—Pero tú sí, y me pregunto cómo puedes estar tan seguro.

—¿No sabes cómo se dice? Podría decírtelo, pero después... —*Debería matarte*, dio a entender, sin rastro de sonrisa—. Pero bueno, ¿por qué no? Puede ser útil para que nos entendamos, ya que ya sabéis más de lo que deberíais.

—No hace falta —me apresuré a decir.

—Yo, en cambio, creo que sí hace falta un poco de motivación. Y además, tu jefe está deseando saber más, Cassie.

Miré a William, que permaneció impasible; su necesidad de conocer los hechos era más grande que su miedo. Ni siquiera el pánico en mis ojos lo detuvo.

—A ver —dijo.

—Así me gustas, Baker. —Rage le soltó el antebrazo, permitiéndole girarse para escucharlo—. Lo primero que tenéis que saber es que vuestra corazonada era correcta: la tarjeta está aquí. Pero eso es evidente, de lo contrario no tendríais el placer de tenerme de vuelta en el Caribbean. ¿Por qué ahora? ¿Después de tanto tiempo?. —Apoyó el hombro en el marco de la puerta y se rascó la barbilla con el cañón del arma, lo que llevó a una

versión miserable —pero sensata— de mí a desear que aquella pistola se disparara sola.

A pesar de su tono perentorio, parecía relajado, perfectamente a gusto en su papel.

—Fue una negligencia mía —admitió—. Esa noche debería haber revisado el portátil de Sullivan, pero... como sabéis, tuve un pequeño contratiempo. —La sobrina de Montgomery. Después de presenciar el asesinato, había salido huyendo y él había corrido detrás de ella para atraparla y llevársela consigo—. Y aquí viene la parte interesante: Sullivan estaba escribiendo el borrador de un correo electrónico en el que confesaba haber escondido la tarjeta en la cabaña. Su cuenta de correo fue descifrada hace solo una semana. Por ahora, los que saben de esto, somos los aquí presentes, Monroe, el hacker que él contrató, y mi informante.

Y Serge Price, habría añadido yo. Pero William no había mencionado su implicación en el relato, para no poner en riesgo a su amigo. Una omisión prudente, aunque arriesgada, que adopté como propia, quedándome en silencio mientras escuchaba al sicario.

—Teniendo en cuenta que esta cabaña lleva fuera de uso bastante tiempo, significa que esa puta tarjeta está aquí en algún sitio. Y, sobre todo... —Se agachó frente a mí, mientras yo seguía en cuclillas en el suelo con el inútil tubo en la mano—. Significa que ahora tú me la vas a encontrar.

—¿Yo? ¿Y cómo se supone que voy a hacerlo? —¿Era posible que todos quisieran esos malditos archivos precisamente de mí?

—La intuición del portarrollos era buena. Confío en ti, Cassie. Las mujeres siempre son mejores encontrando cosas. —Se levantó—. Como alternativa, podemos empezar a probar qué tan alto es el umbral del dolor de tu jefe, o de lo que sea que él sea para ti, *niña*. —Se puso frente a William, que no movió un músculo que no necesitara para inflar los pulmones.

—Si crees que puede ser de ayuda... —le respondió.

—No tienes ni idea de los milagros que puede hacer un poco de puro y genuino sufrimiento, Baker.

William le devolvió la mirada con desprecio.

—Al parecer, lo veremos.

—¡Pero si hemos buscado por todas partes! —grité.

—Menos quejas. Más ideas. —Rage fue tan rápido que casi no lo vi: agarró a William, torciéndole un brazo a la espalda y haciéndole caer de rodillas con una patada detrás de la pierna.

Por la forma en que William bajó los párpados y frunció el ceño, entendí que algo estaba sucediendo en su espalda.

—Con esa mano firmo contratos —profirió entre dientes, con voz tensa.

—Oh, perdona, ¿preferirías que te rompiera las falanges de la mano izquierda?

Me abalancé sobre el armario junto al lavabo.

—¡No! Mira, ¡estoy buscando! —Abrí las puertas de par en par—. ¡La encontraré, lo estoy intentando, ¿ves?!

—Ya has buscado ahí —me reprendió el sicario.

—Cas... tranquila. No pasa nada, ya hemos... —William se detuvo, tragando con dificultad, la sangre le subió a la cara—. ...buscado por todas partes. —Pero entonces el dolor debió de volverse insoportable, porque ya no pudo quedarse quieto y soltó un codazo, con el brazo libre, detrás de él, apuntando a los genitales. Ese, Rage lo esquivó, pero la patada en las espinillas le dio de lleno.

Solo que no pareció inmutarse ante el golpe.

—Así me distraes a la chica, Baker. —Apretó con más fuerza el brazo de William, arrancándole un gruñido—. Piensa, Cassie, concéntrate.

Cuando te hacían daño, dolía. Pero cuando herían a alguien a quien querías, era como recibir una descarga constante de baja intensidad: un dolor casi físico, pero en su mayor parte una ansiedad incomprensible, pegajosa e insoportable. Sorda y nauseabunda, como el peor remordimiento del mundo.

Me apoyé en el lavabo, agarrándome a los bordes. Como con Monroe, no podía darle al sicario lo que no tenía. Encogí la cabeza entre los hombros y lo único en lo que pensé fue en qué podía usar como arma. El tubo de antes, quizás. Tenía que recuperarlo del suelo e intentar clavárselo en el cuello a Rage.

Moriréis los dos, me sugirió una horrible voz.

Moriréis de todos modos, replicó otra.

Me temblaban las manos, estaba muerta de miedo, pero ¿qué alternativas tenía?

Apreté la cerámica hasta que me dolieron las manos. Levanté lentamente la cabeza y me vi en el espejo. En mis facciones, apenas visibles en la penumbra, mis ojos brillaron llenos de lágrimas. Las linternas yacían en el suelo, iluminándonos desde abajo. Todo alrededor de mi reflejo era oscuridad, con finos entrelazados de madera blanca que enmarcaban el espejo empotrado en la pared. Fue en ese momento cuando en mi cabeza vi a Liam, un día en el que entregué las toallas en la cabaña de Mrs. Kendricks. Él estaba en el baño, con sus herramientas.

“Estos estúpidos marcos se despegan siempre...”

Me lancé a tantear el lateral en busca de una rendija. Los hombres se quedaron en silencio, observando cómo mis dedos escarbaban; las yemas se me cortaban al intentar levantar los bordes más finos, hasta que, en la esquina superior derecha, la madera cedió con facilidad.

Había algo atascado allí, en el fondo. Mis latidos se aceleraron cada vez más. Intenté sacar la cosa con la uña, la deslicé contra la pared y extraje... una pequeña tarjeta SD, negra.

Mi boca se abrió de par en par en un sollozo.

Nunca lo había creído de verdad, hasta que la vi en la palma de mi mano. Me giré hacia los hombres, ambos de pie, ambos con una mirada depredadora, ávidos de hacerse con el objeto.

Un trocito de plástico que podía hacer tambalear a algunos de los hombres más poderosos y peligrosos de Estados Unidos.

—Buena chica —la felicitó Rage. Tendió la mano—. A mí.

William no dijo nada; levantó la mano, con los nudillos y el dedo corazón bastante enrojecidos. Sin pensarlo, le pasé la tarjeta. Quizá, en el fondo, aún albergaba la tonta esperanza de que se la diéramos a Monroe y así arreglar las cosas.

—¿Qué piensas hacer, Baker? —Rage ni siquiera levantó la pistola. Se limitó a mirarlo fijamente.

Más maduro y realista que yo, William apretó el minúsculo objeto en el puño por un momento, luego se lo ofreció entre la punta de dos dedos, entregándoselo.

Entonces vino y me tomó el rostro entre las manos.

—Se la has dado —sollocé.

—Sí. —Presionó su frente, húmeda de sudor, contra la mía—. Ahora, olvídate de todo, piensa solo en esto. Pase lo que pase. Solo en esto.

Pensar en él y en mí, juntos, como si no hubiera nada más. Como si algo terrible no fuera a suceder. Me aferré a él y cubrí su mano maltratada con la mía. Solo quería abrazarlo fuerte y cerrar los ojos para no ver nada más. Solo a ese hombre que me había hechizado con su perfume y sus maneras, que se había mostrado frío y autoritario, y en lo más profundo era protector y apasionado.

Esperaba el estampido de un disparo.

Llegó un comentario sardónico.

—Realmente conmovedor. Pero ahora tienes que quitarte de en medio, porque ella viene conmigo hasta que haya salido.

William se giró.

—No.

—¿Te ciega el coño, Baker? ¿Es que ya no ves que soy yo el que tiene la pistola?

—Yo te haré de anfitrión.

—Gracias, pero tengo gustos más refinados.

—Lo sé bien. —William avanzó hacia el sicario, poniéndose como obstáculo entre él y yo—. ¿Y crees que dejaré que te la lleves después de lo que le hiciste a Harper Montgomery?

El sicario se rió.

—Tú no sabes una mierda.

—Sé que te divertiste.

—Bastante, la verdad —replicó con una mueca burlona—. Aunque no estaba previsto: no es mi costumbre dejar testigos.

—¿Ni siquiera a una chica?

Había dejado vivir a Harper porque era una chica inocente, o al menos eso era lo que habían informado los medios. Haley, que había estado días encerrada en la habitación con Harper a su regreso, me había confiado que no había que creer a los periódicos. Las cosas eran mucho más complicadas, de formas que no me correspondía saber, para no invadir la intimidad de una chica violada y hecha pedazos. En cualquier caso, si Rage lo había hecho con ella, existía la posibilidad de que también me dejara vivir a mí.

—Voy —fingí un tono seguro, pero ya estaba temblando por lo que eso podría significar.

—Cállate. Tú no vas a ninguna parte. Lo que tenías que hacer, ya lo has hecho. —William fue categórico—. El señor Rage será escoltado por Mr. Baker, que no cojea tanto como tú. Y que tiene más valor como rehén. —Usó todos los medios a su alcance para convencerlo. Incluso una comparación ruin y mezquina, que sin embargo, me pareció el gesto más cariñoso que había recibido nunca.

—No, William... —De él no tendría piedad.

Rage se subió la manga del jersey para mirar el reloj. Sabía que a medianoche expiraba el ultimátum de Monroe y que, después, enviaría a sus sabuesos a por nosotros.

—Fuera de aquí. Ahora mismo. —Nos ordenó, invitándonos a recoger las linternas y salir de la habitación—. Aprecio a quien muestra un poco de huevos, por eso te doy una oportunidad, Baker: si consigues atarla con nudos decentes, de forma que no se suelte, vendrás tú conmigo.

Era el final, no lograba pensar en otra cosa.

—De acuerdo. Solo necesito... —William apuntó con la linterna a su alrededor, buscando no sé qué—. Eso. —Agarró un extremo de la sábana, arrancándolo del colchón.

—Eres un estúpido cabezota. —Lo zarandeeé para detenerlo, haciendo que se tambaleara sobre sus piernas—. Esta vez no mandas tú. He dicho que voy yo, y voy.

Tensó los músculos y rasgó la fina tela, con esa expresión inamovible contra la que solo podías estrellarte y salir herida.

—Por el contrario, harás lo que yo diga. Te quedarás aquí quietecita, esperando a que vuelva por ti. —Otro desgarrón pareció extenderse hasta rasgar mis propios tejidos.

—¿Cómo sabes que volverás y no te matará al final, cuando salgáis a la calle y ya no sepa qué hacer contigo? —pregunté, intentando encontrar su mirada.

Mantuvo la boca cerrada, porque no podía mentir.

La fijeza inquebrantable de sus ojos, y la forma en que evitó los míos, respondieron por él: no lo sabía. Era plenamente consciente de que Rage no dudaría en apretar el gatillo con él tanto como lo habría hecho conmigo.

Arrancado el último trozo de tela, intentó sujetarme por las muñecas, pero yo le estampé las estampé contra el pecho.

—¿Por qué no entiendes? Piensa en el Caribbean, en tu resort, en toda la gente que depende de ti. ¿Recuerdas cuando me dijiste que eran las cosas que más te importaban? ¿Ya no significan nada ahora? ¿Eres tan voluble, William Baker?

Él me atrapó, envolviéndome por completo en su calor.

—¡Cas! ¡Cas, escúchame: no luches! —Su corazón latía con fuerza, como el mío, a punto de estallar por todo lo que intentaba esconder dentro. Después de la severidad de la orden, su voz se endulzó—. Es solo nuestro juego, pequeña. Déjate atar, puedes hacerlo. ¿O ya te has olvidado que te juegas el puesto si me desobedeces?

Por un instante —solo uno— nos sonreímos, aunque aquello ya no era “nuestro juego”. A decir verdad, ni siquiera había sido nunca solo un juego.

Luego, él me giró con rapidez y me empujó con fuerza contra la silla que el asesino había arrastrado hasta el centro de la habitación.

—Te doy dos minutos. Después, me cargo a uno de los dos y el otro viene conmigo —sentenció, acercándose a apartar la cortina con el cañón de la pistola para mirar al exterior. Se había divertido con nuestro intercambio, pero ya no estaba dispuesto a esperar más.

—¡Rage! —lo llamé, en un intento desesperado por pasar por encima de William y apelar directamente al asesino—. ¡Deténlo! ¡Me querías a mí! ¡Átalo a él y llévame a mí!

Él soltó la cortina.

—Tan ansiosa... Cuidado, podría tomarlo como un intento de seducción —rió con una mueca torcida, que dejaba ver sus pómulos prominentes y la nariz alargada—. A menos que pienses que tienes una razón más convincente para ofrecerte —insinuó.

Mis muñecas estaban atadas a la espalda; las manos de William se movían de una forma que, en otras circunstancias, habría desatado en mí emociones muy distintas. Ahora era más brusco que nunca: me acariciaba los dedos mientras deslizaba los jirones de sábana, pero luego los retorció y tiraba de ellos sin piedad.

Podría haber sido la última vez que me tocaba. Me habría quedado atada así, para siempre... incluso aunque hubieran venido a liberarme, nunca me habría quitado sus nudos de encima.

En su primera visita al Caribbean, me había negado a seguirle. Cuando volvió, le grité con furia. Y ahora no podía imaginar un mundo sin él: todo

lo que no llevaba el rastro del perfume de William Baker carecía de aroma, de olor, de sabor.

—Por favor... —supliqué al asesino y a Dios mismo. Fueron unos instantes en los que toda racionalidad me abandonó. Mi mente se negaba a recomponer los pensamientos de forma coherente. Así fue como mi razón de peso para ocupar su lugar brotó como el agua, inesperada incluso para mis propios oídos: un fluir sutil, simple y tan banal que retumbó en el silencio.

—Yo... lo amo.

Banal, sí. Y vital. Además de aterrador, como podía serlo el agua cuando se alzaba en tsunamis más grandes que el hombre y sus miserables construcciones.

El trabajo sobre las cuerdas hechas con sábanas rasgadas se detuvo. Incluso Axel Rage me observó en silencio, sin verme realmente, como si su mirada estuviera dirigida a antiguos recuerdos cuya proyección solo él podía contemplar.

William se levantó.

—Me amas. Pero no me conoces —replicó, tajante, haciéndome tragar un pedazo de corazón—. Aún no has entendido que ya no eres solo tú quien me pertenece, sino todo lo contrario. No me sirve de nada un resort de lujo ni mi incesante escalada, si el precio a pagar es mi niña inocente e ingenua. La única a la que estoy dispuesto a dejar de aferrarme con todas mis fuerzas, y dejar libre. Así que, si lo que dices es verdad, te quedarás quietecita aquí, y lo harás por mí. Y porque sabes que jamás dejaría a mi niña en manos de Axel Rage.

Parpadeé, intentando desesperadamente despejar el velo de lágrimas de mis pestañas. Habían sido palabras tan intensas e inesperadas que me dejaron aturdida. Aún me costaba captar del todo su significado. Lo miré como una niña llena de asombro ante un acontecimiento que no es capaz de comprender. Y, con voz de niña, se formuló en mi mente una pregunta patética.

¿Eso quiere decir que tú también me quieres?

Apenas entreabrí la boca para decir algo, él se inclinó y posó la suya sobre la mía. Me besó con una ternura firme, y al final sustituyó sus labios por un jirón de tela, sin darme oportunidad de pronunciar palabra. Me

amordazó atándomelo a la nuca, negándome la palabra, justo cuando mis lágrimas comenzaban a brotar con fuerza.

—Ya era hora —comentó el asesino.

—Que te den, Rage —saltó William, al límite de su paciencia. Incapaz de agachar la cabeza, aunque le costara la piel—. Ya has conseguido lo que querías. Larguémonos de aquí.

—Al fin dices algo con sentido. —El asesino se acercó a comprobar que estuviese bien atada. Su brutal intento de moverme los brazos me arrancó un gemido—. Nada mal. Parece que no solo sabes hacer dinero. —Después de asegurarse de que yo estaba inmovilizada, volvió a prestarle atención a él—. Intenta escapar, da un paso en falso, y primero te mato a ti, luego regreso y la mato a ella.

Si hubiera vuelto a ver a Axel Rage reaparecer en el umbral de la puerta, habría sabido por qué.

—Gracias por la ayuda, muchacha —me dijo—. Ha sido un placer.

Desde luego, no mío.

Hizo un gesto con el cañón de la pistola en la frente, a modo de saludo, y con el mismo movimiento invitó a su rehén a que le precediera.

William me lanzó una última mirada sin dejar traslucir emoción, y yo intenté gritar con los ojos. Pero ya era demasiado tarde, él ya se había dado la vuelta.

—Tranquilo —le respondió a Rage—. Tengo intención de hacerte compañía hasta que te vea fuera del recinto.

Un tono que rezumaba sarcasmo, pero yo percibí, escondidas entre aquellas sílabas, la desesperanza, la rabia y la soledad de un hombre que caminaba hacia su destino. Y no pude hacer otra cosa que observar su espalda, siguiéndola hasta que desapareció de mi vista.

Escuché sus pasos hasta que se perdieron entre el canto de los grillos.

Intenté respirar profundamente.

Luego empecé a sollozar.

Capítulo 15



Mientras tanto...

El sotobosque crujía suavemente bajo los zapatos de William, tras el cual se cernía el sicario. Los jardines cuidados del resort se desvanecían poco a poco en la selva tropical que los engullía paso a paso.

En aquella noche especialmente bochornosa, se respiraba un aire denso, saturado de olores a musgo, resina y frutos demasiado maduros.

William se detuvo para recuperar el aliento, apoyando la palma de su mano en el tronco de un plátano. Su mirada se posó en el reloj. Inclínó la muñeca: era casi medianoche. Serge no podría contener a Monroe por mucho tiempo más, aunque contara con la ayuda de dos aliadas de confianza.

Detestaba no poder estar allí, no tener ningún tipo de control sobre lo que ocurriría si no lograba regresar a tiempo. Pensar en su niña, una vez más sola... aunque no del todo sola, si conocía bien a Serge. Al menos con eso podía contar.

El sicario le empujó con el cañón frío del arma en un hombro, para que no aminorara el paso.

—¿Quieres saber qué hora es? Es la hora en que la carroza se convierte en calabaza, Cenicienta. Así que, muévete.

—¿Tienes miedo de que ocurra mientras aún la tienes bajo el culo, Rage?
—gruñó William, golpeando la linterna que parpadeaba.

—Por ahí. —Lo obligó a tomar una dirección completamente distinta a la que había imaginado, haciéndole trepar hacia la parte alta de la bahía—. Sabes, creo que, en el fondo, tú y yo no somos tan distintos —empezó, como si estuvieran dando un paseo, charlando de todo un poco.

—Permíteme discrepar. Tú perteneces a una categoría que vive de la sangre ajena, mientras que yo nunca he matado a nadie.

—Pero apuesto a que sabes ser lapidario. Y que te has cargado algún que otro amor propio por el camino. —Lo agarró por la parte de atrás de la camisa y lo empujó hacia donde no parecía haber ningún paso—. Sácame de una duda: ¿cuántas ganas tienes de liberarte de Monroe?

—Ahora mismo, menos que las que tengo de librarme de ti —murmuró, rompiendo ramas y apartándolas con los brazos apenas cubiertos por las mangas de hilo de batista, ya hechas un estropajo. Molesto por que lo cogieran y zarandearan así, tardó un instante en captar el verdadero alcance de la pregunta—. ¿Me estás preguntando si quiero encargarte un asesinato?

El pensamiento se coló en la cabeza de William; tenía el dinero, y tenía un sicario de primera justo detrás suyo. Se imaginó por un instante dando la orden, y aquella sensación de poder le produjo vértigo.

“No somos tan diferentes.”

Su corazón, ya acelerado por el esfuerzo, le golpeaba con fuerza en el pecho, demorándose en una sospecha que se apresuró a ahuyentar.

En realidad, eran muy diferentes: el delirio de omnipotencia de un instante no lo convertía en un asesino.

¿Sería capaz de apretar un gatillo? Tal vez sí, pero por las razones correctas. No se rebajaría, desde luego, a hacerlo por dinero, como el asesino.

Ajeno a todo, Rage continuó:

—El Secretario ha estropeado tus planes. Estabas haciendo un buen trabajo en el Caribbean, antes de que él llegara.

—El Caribbean nunca había pasado por una situación tan delicada como esta —le respondió, con tono ácido—. Y por eso necesitaba esa tarjeta.

—Tenerla solo te habría traído más problemas.

—¿Y a ti no? —se le escapó una breve risita sarcástica. Su tono era más cínico que desafiante—. Ah, perdona, imagino que ya eres un buen

problema por ti mismo.

El sicario no respondió de inmediato. Dejó escapar un profundo suspiro y se detuvo a evaluar en qué dirección debían continuar. Cuando habló, su voz sonó plana, carente de emoción:

—Estoy cansado, Baker. Te confieso que ahora tengo otros intereses.

—¿Ah, sí? Por eso has vuelto: porque tienes otros intereses.

—Vamos, camina.

Las prendas de Rage, de tela gruesa y oscura, lo protegían de la vegetación, pero no del calor. Un hilo de sudor le resbaló por la sien, aunque él no pareció prestarle atención.

—He vuelto para hacer limpieza antes de retirarme. Y para eso necesito saber cómo están las cosas. Necesito pruebas: no mato gente al azar.

William giró apenas la cabeza, lo justo para lanzarle una mirada de reojo.

—¿Ah, sí? ¿De verdad?

—Sigue provocándome, y siempre podría hacer una excepción.

Rage tropezó ligeramente con una raíz saliente, pero recuperó el equilibrio con un movimiento rápido, sin bajar ni por un instante el arma.

—Bueno, por el momento, te agradecería que miraras bien dónde pisas y evitaras apretar el gatillo.

William adoptó un tono ligero, pero la idea de acabar de ese modo le revolvía el estómago. No era solo el bochorno lo que le pegaba la camisa a la espalda. Era el sudor frío de la inquietud.

—¿Eso es todo? ¿No quieres suplicarme que te perdone la vida? —replicó el sicario, como si fuera una rutina a la que ya estuviera acostumbrado—. Sabía que debería haber traído a la chica. Las muchachas son mucho más teatrales.

—Y rebeldes.

La mente de William voló de inmediato hacia ella. A Cassie. Que había intentado escapar de él por todos los medios, aunque en el fondo ansiaba que la sujetaran.

—Me encantan cuando son rebeldes. —Rage se perdió en sus propios pensamientos, sin demorarse demasiado—. ¿Qué vas a hacer ahora, Baker?

Era una pregunta que, para William, suponía un futuro más allá de aquella noche, pero también podía ser una pregunta trampa.

No quería hacerse demasiadas ilusiones.

—Si vuelvo al Caribbean, haré que talen esta maldita selva.

Apartó la última rama y por fin llegaron a bordear el muro perimetral.

—Y sin embargo, me parece que esta noche te ha sido útil. Tal y como lo veo yo, incluso en el Paraíso conviene preservar un rincón oscuro donde sentirse a gusto.

William no se sentía nada cómodo, pero había entendido lo que quería decir y no respondió. Él también tenía sus rincones sombríos.

De repente, desembocaron en un claro rocoso que terminaba abruptamente en un precipicio. Frente a ellos, el océano se extendía negro y agitado, salpicado por reflejos pálidos en la tenue luz, mientras el terreno caía en vertical hacia el mar, donde las olas chocaban contra las rocas con una furia rítmica e hipnótica.

La sólida muralla de antes había sido sustituida por una valla metálica que corría hasta el borde del claro, interrumpiéndose bruscamente al filo del precipicio.

Unos pocos pasos más, y estarían fuera.

William se aferró a la valla oxidada con firmeza para sortear el tramo más expuesto. En ese punto, el viento le sopló con fuerza, enfriando el sudor de la caminata.

Rage lo siguió con movimientos ágiles. Una vez superada la valla, se encontraron cara a cara, de pie al borde del mundo. El viento les despeinaba el cabello, y el murmullo del mar allí abajo ahogaba el ruido ensordecedor de los pensamientos de William.

La mirada del sicario había apagado cualquier rastro de ironía. Ahora, en su rostro, había algo primitivo, feroz.

—Dame tu móvil.

William se lo entregó sin decir una palabra. El sudor frío se intensificó. Acostumbrado a ser quien dominaba la escena, esa impotencia ya lo estaba matando.

Pensó en su niña, en sus propiedades, en su reputación. En una vida mejor que muchas otras, de la cual, en el fondo, no habría querido cambiar demasiado.

Hola, niña...

Así empezaba cada uno de sus mensajes.

Así podía terminar todo.

Rage escupió al suelo y se secó la frente empapada.

—Tienes suerte, Baker, de que haya alguien que se preocupa por el Caribbean, y que me haría pasar las penas del infierno si lo dejara caer en la ruina.

Alguien... pensó que había una sola persona que podía preocuparse por el Caribbean y conocer a Axel Rage.

La prensa había conseguido arrancar a Harper Montgomery una única declaración acusatoria contra su secuestrador y violador: *“Axel Rage no es un hombre normal. Después de él, nunca volveré a ser la misma”*.

Cassie lo había acusado de lo mismo. Varias veces.

Si hubiera estado menos tenso, podría haberse reído de la tontería de los medios. Pero lo más divertido era otra cosa.

—Axel Rage temiendo a una veinteañera.

—La mía no es tan dócil como la tuya —observó el sicario, sin inmutarse.

—Bueno, imagino que tú tampoco eres ningún angelito.

—Nunca pensé serlo. —Alzó la pistola—. De hecho, no creo que nos volvamos a ver del otro lado.

William sintió un golpe sordo en la cabeza.

En el momento en que cayó, mientras el mundo se hundía, tuvo una fugaz sensación de libertad. Al mismo tiempo, en medio de aquella oscuridad total, sintió un poco de arrepentimiento.

Luego el dolor borró todo.

Y su cuerpo cayó al suelo, desplomándose sobre las rocas irregulares, en silencio, como una sentencia ejecutada con una elegancia quirúrgica.

Capítulo 16



Me parecía que llevaba horas en aquella habitación. El tiempo volvió a discurrir a su antojo, de nuevo, dejando que todo tipo de escenarios asaltaran mi mente.

Hacía un esfuerzo inmenso por tragar las lágrimas y no ahogarme con la mordaza que me arañaba las comisuras de la boca, mientras el dolor punzante en el pecho amplificaba el causado por las cuerdas. Aunque, a diferencia de este último, aquel dolor no tenía una causa tangible: venía de dentro y dolía más.

No saber me mataba, aunque la ignorancia aún me protegía de la posibilidad de una verdad inaceptable. Una verdad que descubriría en el momento en que alguien viniera a liberarme, porque por mí misma no tenía ninguna esperanza de lograrlo.

Los nudos de William eran imposibles de desatar, en todos los sentidos. Había intentado balancearme en la silla, logrando moverme apenas unos centímetros, con el riesgo de caerme y golpearme la cabeza. Nada más inútil, considerando que Serge sabía dónde me encontraba, o mejor dicho, dónde se suponía que debíamos estar William y yo. Pronto vendría a buscarnos.

Por eso me quedé allí, con los oídos en alerta y parpadeando constantemente para quitarme de los ojos la molesta humedad.

Y, para hacerme compañía, el fantasma de Sullivan.

Lo percibía en la brisa fría que me rozaba en aquella habitación cerrada. Lo veía en las sombras que se movían sobre las cortinas.

Escalofríos y sombras.

Escalofríos, causados por la sangre de mis extremidades que ya no circulaba.

Sombras, proyectadas por las ramas de las palmeras que danzaban al ritmo de la luna.

Luego escuché un paso. Otro...

Mi cabeza se giró hacia un lado, hacia el arco que daba al salón. Oí el sonido de la puerta principal abriéndose, seguido por un caminar lento dentro de la cabaña.

Inflé los pulmones, aguantando la respiración. El corazón se me estrellaba contra las costillas, las orejas estaban completamente atentas. Noté una respiración pesada y profunda, masculina. Y entonces lo vi aparecer en el umbral.

¡Oh, Dios mío, te doy las gracias! ¡Gracias, gracias, gracias, Señor!

Dejé escapar un sollozo de alivio. Las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos, entre el desahogo de la tensión y la irrupción de una alegría incontenible. Aunque... William no tenía buena cara.

La linterna que apuntaba al suelo, como si se hubiera olvidado de que la llevaba en la mano, difundía luz suficiente para distinguir el rojo brillante de la copiosa sangre, todavía no del todo coagulada, sobre su rostro. Le había resbalado desde la sien izquierda hasta el mentón, para acabar goteando sobre la camisa que esa mañana había estado impecable. Ahora estaba sucia de tierra y sangre, con los hilos deshilachados y pequeños desgarros.

Apoyó el hombro en el marco de la puerta y se quedó allí, sin moverse, mirándome fijamente.

Tenía un montón de preguntas. ¿Qué le había pasado? ¿Dónde estaba Axel Rage? ¿Se había ido? ¿Y él qué diablos estaba haciendo? ¿Por qué no venía a liberarme ya, para que pudiera abrazarlo y llenarlo de besos?

Ya no sentía las manos, y mis labios se estaban agrietando; tragar se había convertido en un tormento. Sobre todo, necesitaba tocarlo, abrazarlo, tener la certeza de que no era solo fruto de una alucinación.

Pero él no compartía mi prisa. Ignoró mis gemidos ahogados por la mordaza y se tocó lentamente la sien. Observó sus yemas cubiertas de

sangre con una expresión vacía. Luego me miró a mí. Pero estaba claro que la imagen proyectada por su mente se estaba superponiendo a mi rostro.

—Tenía once años —comenzó con voz baja y distraída—. Había sacado una mala nota. Algo inusual, por no decir inadmisible. —Empezó a contar como si nada—. Nada dramático, solo... algo que no estaba a la altura de mi apellido. —Hizo una pausa, como si recordar aquello le costara un esfuerzo físico—. Nuestro chófer me llevó a casa. Estaba contento, ¿sabes? Íbamos a ir a Stowe, en Vermont. Mi madre, mi padre y yo. Los tres juntos para un fin de semana de vacaciones. Había aprendido a esquiar hacía poco y ya era un talento... *naturalmente*. —Un atisbo de sonrisa amarga le apareció en la boca, desvaneciéndose al instante.

No entendía por qué me estaba contando todo eso, justo ahora, cuando teníamos un resort al borde del abismo, el tiempo contado y a nuestros amigos en apuros. Pero quería escucharle. Quería saberlo todo sobre él, sobre su pasado, sobre su infancia, y si la única manera era quedarme allí, inmóvil, atada a una silla, entonces lo aceptaría.

—Cuando entré, me los crucé, ya listos, escoltados por Agnes, nuestra gobernanta. Mi padre llevaba la chaqueta sobre los hombros, la maleta en la mano. Apenas me miró. Solo me dijo: “*Tú no vienes*”. No sé cómo, se había enterado. Era muy propio de él: “*Tú no vienes*”—repitió, como si esas tres palabras aún rebotaran entre su cabeza y su estómago—. Mi madre, en cambio, se detuvo. Ya era diferente, más... suave, tal vez. Por un momento, pensé que diría algo que lo cambiaría todo. —Se pasó una mano por el cabello, luciendo más humano de lo que lo había visto nunca. Más agotado—. Pero él le susurró algo al oído. Unas palabras breves, cortantes. Pocas sílabas, y sus labios se separaron. Ella cambió, como si la arrastrara una corriente demasiado fuerte. Se tensó, me miró con desdén y me dijo: “*Aprende, William.*” Solo eso. “*Aprende.*” Luego salió con él, dejando la puerta abierta.

Incliné la cabeza, poniéndome en la piel de ese niño abandonado, traicionado. Yo, que sabía algo de abandono. Más que algo. El silencio en la cabaña pareció expandirse como una ola lenta, y William respetó su fluir; necesitábamos tiempo, para asimilarlo y revivirlo.

—Agnes me puso una mano en el hombro. Temblaba. Pero yo no. Yo tenía el fuego de la determinación dentro, desgarrando al niño que era y que ya no quería ser. Acababa de decidirlo: me convertiría en él, en mi padre.

Cada una de mis palabras sería inapelable. Como las tuyas. Más que las tuyas

Oh, William... temblé como debió haber temblado Agnes aquel día. Esa era la historia de cómo una especie de monstruo del control había engendrado a otro, y de cómo un niño se convirtió en hombre a la edad de once años.

Lo amaba aún más, observándolo desde donde estaba atada, con cada parte de mi cuerpo tensa hacia él, para no perderme ni una gota de ese inusual torrente de palabras, que aún no se había agotado.

—Eveline... —continuó William —era como mi madre. Deslumbrada por mi posición, por mi estatus, por el poder que mi apellido lleva consigo. Pero, por dentro... por dentro, temía lo que soy realmente. El vacío que se adivinaba bajo la superficie. Como mi madre con mi padre: lo admiraba, sí, pero no lo entendía. No podía estar en la misma habitación con su furia, con su exigencia de control absoluto. Y, cuando esa ira se encendía, ella desaparecía. Se retiraba. Siempre.

Finalmente se apartó de la puerta, dando pocos pasos y lentos.

—Tú no, niña. —Hizo oscilar la luz de la linterna sobre mis rodillas mientras avanzaba—. Tú eres todo lo contrario. Te atrae justo lo que soy. Mi oscuridad. La enfrentas, la buscas, te sumerges en ella como si fuera un océano profundo. Pero lo que realmente te aterra es el poder de lo que puedo hacer fuera de la cama. Mi estatus. Mi dinero. Mi mundo. —Me leyó como si fuera un libro abierto, con cada palabra escrita de forma nítida sobre mi piel.

Una oleada de emoción se acumulaba en mi garganta, obligándome a tragar de forma convulsiva.

Se inclinó sobre mis piernas, acercándose a mi rostro.

—Esto no cambiará, pequeña. Soy lo que soy desde ese día, y ahora sabes por qué. Pero quiero preguntártelo una vez más, como lo hice hace más de un año, porque me consideraría un cobarde si no lo intentara. Una sola vez. Sin chantajes ni imposiciones, pero con todo el peso de mis ataduras sobre la piel, para que sepas bien a lo que te enfrentas. —Me miró con una sed sincera, directa, cruda—. Ven conmigo. A donde yo vaya, aquí o allá, quédate a mi lado. Inténtalo, al menos.

Me ardían los ojos, las mejillas estaban surcadas por las lágrimas saladas. Él intentó obtener una respuesta anticipada con un gesto, pero no respondí,

porque debía liberarme y permitirme hablar, si realmente quería escucharla.

Protestó y trabajó para deshacer el nudo en mi nuca. Cuando la tela cayó al suelo, inhalé profundamente, como si saboreara el aire por primera vez en días. Presioné fuerte los labios, uno contra el otro, recuperando mi aliento, mi voz, a mí misma.

Él, arrodillado sobre una rodilla, aguardaba mi respuesta, como un caballero de antaño, empapado en sangre y exhausto tras una batalla. Su rostro estaba marcado por la tensión.

La boca se me estiró de oreja a oreja.

—Sí. La respuesta es sí: lo intentaré con todas mis fuerzas. —Reí y lloré, dejándome llevar por su mar profundo—. Esta vez iré contigo hasta el fin del mundo, William Baker.

Durante un instante, me permití disfrutar de la alegría que brillaba en sus ojos verdes, y de su deseo de posesión que emergía, triunfante. La forma en que apretó mis rodillas luego, lo decía todo. Odié tener que reducir las expectativas de ambos: ese instante de felicidad fue demasiado fugaz. Nuestro final feliz, solo la ilusión de un momento.

—O al menos me gustaría... de verdad —añadí con tristeza—. Pero no creo que Monroe me deje ir tan fácilmente. Ese hombre tiene algo contra mí.

¿Y quién le explicaba ahora al Secretario que habíamos tenido la tarjeta en nuestras manos y la habíamos dejado escapar? No me lo habría creído nunca. Giré las muñecas doloridas, imaginando un tipo diferente de esposas, muy distintas a las que William me había acostumbrado.

—Y creo que me tendrá sin brazos, si no te apresuras a desatarme.

En el rostro de William apareció una sonrisa sutil mientras se colocaba detrás de mí para desatarme.

—Le daré a Monroe problemas más graves de los que ocuparse.

—¿Qué quieres decir? —Apreté los dientes al sentir la cuerda de tela rozándome bajo los lazos más apretados—. ¿Rage te dio la tarjeta? —pregunté, con una pequeña chispa de esperanza, por más absurdo que pudiera parecer.

—No.

Como pensaba.

—¿Y entonces?

—Paciencia, niña. Ya casi he acabado.

Sentí las cuerdas aflojarse y caer. Pude retirar los brazos adoloridos, finalmente libres. Me los abracé contra el pecho, sujetándome las muñecas.

—Mira eso... —William me los masajeó de manera reconfortante—. Evitaría involucrar a un sicario en nuestros juegos, de ahora en adelante.

—¡William! —Estaba ansiosa por saber si realmente teníamos alguna esperanza.

—Está bien. —Él desbloqueó su teléfono móvil para mostrarme una fotografía.

Al principio no entendí bien la imagen, con toda esa parte clara, de color piel. Incliné la cabeza y entonces me quedé mirando, con los ojos muy abiertos.

—¡Joder!

Le arranqué el teléfono de las manos y me puse de pie. Deslicé el dedo por la pantalla, encontrando otras tres imágenes similares.

—¿Pero qué es esto? —Me tapé la boca con la mano, mientras seguía mirando, incrédula, aquella mina de oro—. ¿Cómo las tienes? ¿Cómo es posible?

—Rage me dio un golpe en la cabeza. Cuando me recuperé, seguía allí, tirado en el suelo. A mi lado estaba mi teléfono, con un mensaje abierto, enviado desde un número anónimo.

Volví atrás para ver si había algún texto. Lo encontré y lo leí. “*No es lo que querías, pero creo que te será útil de todos modos. Procura hacer un buen uso de esto, Baker*”.

Un solo nombre pasó por mi cabeza, y no tardé en confirmarlo.

—Rage me ha dejado un detallito.

Pensaba que no le importaba nada de nosotros ni del Caribbean.

—¿Por qué lo ha hecho?

—Eso te lo explicaré en otro momento.

—¿Pero crees que será suficiente? —Seguía mirando esa repugnante imagen como si fuera una foto de un premio Pulitzer.

—Será suficiente para cambiar el rumbo de las cosas. —William me quitó el teléfono de las manos. Me rodeó por detrás, envolviéndome en su abrazo, un abrazo que siempre se imponía como una prisión, pero que, al mismo tiempo, era la barrera protectora entre el caos y yo.

Su latido contra mi espalda, sólido y constante, me produjo un suave escalofrío a lo largo de la columna vertebral.

—Tenemos poco tiempo —murmuró, grave, mientras apretaba en su puño la falda que se me había aflojado por el desgarrón.

—No tenemos nada de tiempo —lo corregí, con dificultad. Mi cabeza cayó hacia atrás, sobre su hombro, contra la barbilla áspera que buscaba mi cuello—. Serge y las chicas nos necesitan...

El dobladillo de mi falda subió por mis muslos. Sus manos recorrieron mis caderas con seguridad.

—Y yo necesito esto. A ti. Ahora. —Dejó caer la linterna, que se apagó definitivamente.

Luego caí yo, pegada a él, arrastrada sobre un lecho de sábanas rasgadas. Un beso áspero, lleno de necesidad, cayó sobre mis labios.

En la oscuridad de mis ojos cerrados, seguí cada uno de sus movimientos, aferrándome a él con las piernas, con los brazos, con cada fibra de mi cuerpo. Sin embargo, nunca me parecía suficiente.

William me penetró sin ningún preámbulo. Me dejó sin aliento por la intensidad y fue como revivir en esa única vez todas las anteriores.

Cada vez que lo habíamos hecho, siempre habíamos estado limpios, perfumados, ordenados. En ese momento no éramos nada de eso: sucios, cansados, marcados. Y, sin embargo, no importó en absoluto.

Nos acoplamos sin más fricción que la cruda y viva de la carne.

Fue rápido y sencillo, como nunca lo había sido.

Y fue nuestra vez más auténtica.

La terraza del privado parecía salida de una revista de diseño colonial caribeño: columnas blancas y esbeltas, cortinas vaporosas, faroles suspendidos que proyectaban una luz dorada y lánguida, mientras los reflejos de la piscina de hidromasaje trazaban tenues geometrías danzantes sobre las superficies.

En el centro de la galería, destacaba una mesa redonda elegantemente dispuesta con pasteles, frutas y champán, hacia la cual me dirigía.

Haley y Sienna estaban preciosas. La primera con un vestido color melocotón, sencillo pero elegante; la otra, más atrevida, vestida de rojo rubí, un imán para los ojos. De hecho, la mirada de Monroe estaba en ella,

en la sonrisa seductora de sus labios, aunque parecía que era Serge, con su traje de color hielo y con una sonrisa brillante, el que se llevaba toda la atención con su labia.

—Dicen que en el Caribbean Bay Cove se pierde la noción del tiempo... Lástima que eso no parezca valer para usted, Monroe. —Cogió una pequeña esfera negra de un plato, mostrándola con dos dedos—. ¿Ha probado alguna vez el chocolate venezolano con guindilla? Pica, pero crea adicción... un poco como ciertas mujeres. En cambio, diría que este tiene un efecto más... “diplomático”, por así decirlo.

Monroe le lanzó una mirada de reojo y dio una calada al puro que estaba fumando.

—Lástima que su diplomacia no sea suficiente para detener las manecillas del reloj.

—Se lo ruego, Secretario. —Sienna apoyó suavemente la mano sobre el puño de la camisa del hombre, como para retenerlo—. No volveré a tener una cena como esta, con una compañía tan distinguida. Quédese un poco más con nosotros.

Sinuosa como una gata, se inclinó lo justo para mostrarle la curva desnuda de sus hombros y la sensualidad del escote, volviéndolo a atrapar en su red de zalamerías. La sonrisa de Serge se afiló, complacido por la valiosa ayuda.

Una puesta en escena que aún podría sostenerse por poco tiempo más, desmoronándose minuto a minuto con la llegada del nuevo día.

Apunté directamente a espaldas de Monroe, avanzando con zancadas largas, apenas cojeando, aunque el desgarró de mi falda me facilitaba el paso. Tomé de la barra un vaso bajo y una botella de ron al azar, con la destreza de una ladrona más que con la elegancia de una camarera. Los dos guardaespaldas del Secretario, sentados en dos bancos distintos, se levantaron de inmediato. Me reconocieron al instante y se pusieron en alerta, intrigados por mi aspecto. Por fuera parecía una camarera a la que se le había caído el resort encima, por dentro me sentía como una furia.

Todas las miradas se clavaron en mí al tiempo que me inclinaba a la derecha de Monroe y depositaba el vaso en la mesa. Eché una generosa dosis de ron, dejé la botella y le di dos palmadas amistosas en el robusto hombro del hombre.

—Lo necesitará, Secretario.

Y la razón por la que lo necesitaría era William, que acababa de llegar justo detrás de mí y ya estaba rodeando la mesa. Llevaba el pelo despeinado, una herida fresca junto al arco de la ceja izquierda, y el aire de quien acaba de pelear con el diablo y ha salido ileso solo por el placer de hacerlo.

Para disfrutar de la escena, escogí el columpio adornado con flores que pendía de una viga de la pérgola. Crucé una pierna sobre la otra y me mecí con pereza, mientras mis dedos acariciaban las cuerdas trenzadas.

William arrastró una silla; Haley se apartó de inmediato, permitiéndole sentarse frente al secretario. Más que sentarse, se dejó caer de golpe sobre el cojín.

—Joder, William... —Serge apoyó la muñeca en la mesa, con el puño cerrado—. No sé si ofrecerte una copa o una transfusión. Espero que el otro haya tenido el buen gusto de palmarla, por lo menos.

William no sonrió. No respondió. Miró a Monroe con una calma glacial, mientras una gota de sangre bajaba lentamente por su mejilla, desde la herida que se había negado a curarse.

El columpio chirrió suavemente.

Las chicas se encogieron.

Los guardaespaldas esperaban solo una señal.

Monroe permaneció impasible como ninguno, apretó la mandíbula, erguido como una espada.

—¿Tenéis la tarjeta? —preguntó, seco, haciendo girar el puro entre los labios. Directo al grano.

La partida aún no había terminado; seguíamos en desventaja por una ficha, pero William parecía haber nacido para ese tipo de juego.

—Tenemos algo más interesante —hizo un leve gesto con la barbilla hacia Haley, que estaba más cerca de él—. Podéis marcharos, chicas. Gracias por vuestra colaboración.

Mi amiga se levantó al instante, como si no hubiera esperado más que ese permiso. Quizás también porque el simple hecho de ver sangre solía provocarle desmayos.

—Gracias a usted por la cena, señor —le respondió, evitando mirarle a la cara. Al marcharse, con el chal colgado de los codos, se detuvo un momento para darme un suave apretoncito en la rodilla, al que respondí con un leve esbozo de sonrisa.

—Cuando quiera, Mr. Baker. —Sienna se dispuso a marcharse, pero en el último momento se giró, cogió una botella de champán por el cuello y, antes de irse, le lanzó a Monroe un guiño burlón a Monroe. Luego, su espalda desnuda se mostró en todo su esplendor, rozando casi lo prohibido.

Con ellas se fue cualquier atisbo de ligereza que pudiera haber habido. La tensión en la terraza aumentó mientras William dejaba caer su móvil sobre la mesa y lo empujaba con la presión de dos dedos hacia el Secretario. La pantalla ya estaba iluminada con una imagen.

Monroe lo cogió y lo acercó hacia sí. Sus cejas se fruncieron profundamente, y uno de los dedos con los que sujetaba el puro deslizó rápidamente una serie de cuatro fotografías similares. Imágenes nítidas e inequívocas que lo mostraban desnudo, participando en actos íntimos con una joven y bastante atractiva promesa transgénero del movimiento progresista que el Secretario despreciaba públicamente. En privado, sin embargo, parecía apreciar.

—¿Señor? —preguntó un guardaespaldas al ver que la expresión de su jefe cambiaba—. ¿Todo bien?

—Idos. Ya no os necesito aquí —ordenó al tiempo que su rostro se tornaba cada vez más pálido—. Mantén el móvil encendido, Matías.

Se controló al despedirles, pero parecía que iba a estallar en cualquier momento, como si le fuera a salir humo de las orejas, justo como de su cigarro. Incluso sus fosas nasales mostraban espasmos nerviosos.

Los dos mastines se marcharon, alejándose en la misma dirección que las chicas, mientras Monroe vaciaba de un trago gran parte del ron que le había servido.

—Se lo había dicho... —susurré.

Serge, con el cuello inclinado y los ojos fijos en la pantalla, empezó a jugar con las placas de su pulsera.

—Bueno, Monroe... diría que tiene un talento notable para... el compromiso bipartidista.

—Cállese, Price. Puto lameculos —le espetó el otro, empezando a darse cuenta de que había cometido un gran error al darnos unas horas libres y dejarse engañar mientras tanto por Mr. Price—. ¿Pero cómo diablos las habéis conseguido?

Ni siquiera intentó desmentirlo. Eso significaba que las imágenes eran reales, a pesar de mi miedo de que pudieran haber sido generadas por

ordenador.

El jacuzzi burbujeaba cerca, como si se riera en voz baja. Y Serge con él. William se recostó en el respaldo.

—No importa cómo, Secretario. Lo que importa es qué vamos a hacer ahora. O mejor dicho, qué hará usted. Y creo que será Cassie quien se lo explique.

Desvió la mirada hacia mí.

—¿Te apetece, pequeña?

Bajó la pierna que había cruzado con elegancia sobre la otra y se dio un golpecito suave en el muslo, invitándome a sentarme en su regazo.

No me lo esperaba.

Acepté ese honor con un poco de nervios, pero de esos positivos que te hacen sentir importante. Me acerqué, él extendió una mano y, con total naturalidad, me agarró por las caderas y me ayudó a acomodarme sobre sus piernas.

Sintiéndome segura, calentada por el calor de sus muslos, apoyé los codos en la mesa. Las palabras se deslizaron solas, como si ya estuvieran ahí, listas para salir:

—Es muy sencillo, señor Secretario. Usted volverá a su casa, a Estados Unidos, sin causar más problemas a este resort. Y declarará públicamente que el Caribbean Bay Cove es el lugar más seguro y delicioso para pasar las vacaciones. Dirá que nadie puede presumir de haber estado en el paraíso sin antes haber pasado por aquí. —Deslicé la yema del dedo por el borde de la copa de champán que Haley había dejado a medio llenar. Tenía la impresión de no ser solo una chica de Pensilvania dándole órdenes a un alto cargo de los Estados Unidos, sino una chica enfrentándose a sus propios fantasmas del pasado. Estaba bien tal y como era. Tan bien, que un hombre como Mr. Baker me quería a mí. Por eso dejé que mi orgullo se notara por completo —. Ah, y me gustaría que también dijera cosas bonitas sobre el personal del resort... —Me giré un instante hacia atrás—. Nos merecemos cosas bonitas, ¿verdad, cariño?

Cariño... casi me impresionó llamarle así.

Él me estrechó aún más contra su cuerpo, rodeándome con ese brazo posesivo alrededor de la cintura.

—Nadie más que tú, pequeña. —Luego volvió a dirigirse al Secretario, más gélido que nunca—. A menos que quiera ver esas fotografías inundar la

red como una epidemia viral. Piense en Instagram, en X, en todas las redes sociales. Piense en su esposa.

—Lo que pienso es que le había encomendado una tarea —escupió él, aún con un resto de arrogancia. El puro se consumía solo, apretado entre sus dedos crispados—. ¿La tarjeta? Quiero esa maldita tarjeta.

Esos archivos seguían siendo su prioridad; seguían importándole más que su reputación y su vergüenza. Siempre y cuando sintiera, al menos, un poco de vergüenza.

William me cambió de pierna para no perder de vista a su interlocutor.

—La tarjeta, la encontramos. —Apoyó el dorso de la mano sobre la mesa y cerró los dedos sobre la palma, como para revivir el momento—. Incluso la tuve en la mano, durante unos segundos.

—¿Y entonces, qué? —insistió Monroe, con el ceño fruncido y surcos oscuros marcándole la frente.

—Entonces... —murmuró William, girando el puño y golpeando suavemente los nudillos contra la mesa—. En realidad, alguien se coló en el resort para robársela... aunque sería más correcto decir que se la birló, ya que nunca estuvo realmente en su poder. —Sacudió la cabeza en un rechazo directo a la camarera que regresaba para servir los cafés, incitándola a dar media vuelta con una simple mirada. Luego volvió la vista a Monroe—. ¿Y adivine qué? Esa persona no fue Cassie. Fue un intruso... —suspiró, llevándose los dedos a la herida que le surcaba la sien hasta casi la ceja—. Con modales bastante menos delicados.

Serge le tendió un vaso de agua que acababa de servirle.

—Te lo advertí, hay noches en el Caribbean que dejan huella... En tu caso puedes llamarlo traumatismo craneal. —Un tono irónico que, sin embargo, no logró ocultar lo poco que le gustaba verlo en ese estado—. ¿Estás seguro de que estás bien?

Monroe aplastó el puro en el cenicero.

—¿Entonces la tenía y la ha perdido? —Gruñó, mostrando los dientes brillantes como un perro rabioso. La frente arrugada como un papel hecho una bola—. Si la tiene usted, y está jugando conmigo, no tiene ni idea de la mierda que se le va a venir encima.

—Como ya he dicho: no la tengo.

—¿Y quién la tiene, entonces? —El puñetazo que estampó contra la mesa hizo vibrar los vasos y me sobresaltó—. Mire, me importa una mierda su

resort. ¿Quiere que diga que es el mejor agujero del culo donde meterse? No hay problema, es irrelevante. Lo diré.

Mi cerebro se detuvo ahí. ¡Lo había dicho! ¡Lo haría! Exulté en secreto, tratando de contener mis labios que querían abrirse en una sonrisa enorme. No solo nos libraríamos de sus disparates sobre una fuerza especial para cerrar el Caribbean, sino que conseguiríamos publicidad positiva. El único problema seguía siendo cómo hacer que callara, ya que seguía parlotando, escupiendo rabia.

—Pero es absolutamente necesario que esa tarjeta...

—Axel Rage. —William pronunció las dos palabras en voz alta, por encima del vozarrón del Secretario, dejándome un poco aturdida. Solo oír ese nombre me produjo un escalofrío, y probablemente no solo a mí, porque ese nombre evocaba en cualquiera decenas de crímenes cometidos de personas que deberían haber sido intocables. Parecía que el hombre capaz de detener a Axel Rage aún no había nacido.

Monroe se interrumpió. Su voz se apagó, su cuerpo se quedó rígido y toda la terraza pareció contener la respiración.

Hasta que William se explicó mejor.

—Axel Rage es el nombre del intruso.

Un instante después, la silla del Secretario salió volando hacia atrás con un golpe, mientras él se levantaba con las fosas nasales dilatadas y los ojos desorbitados.

—¿Qué demonios está diciendo? —La voz rasgada por el miedo, por el vértigo del poder que tambalea.

—Digo que Axel Rage estuvo aquí, esta noche. En carne, hueso y furia.

—Sentí un pequeño empujón hacia adelante mientras William estiraba el brazo para coger su móvil, lo giró mostrando de nuevo la imagen obscena.

—Esto es el recuerdo que me dejó... además del nuevo look emo que lleva mi hermosa cabeza.

Los ojos azules de Serge lo escrutaron.

—¿En serio, Wil?

Él asintió.

—Se fue. Consiguió lo que quería. Vino por la tarjeta, y consiguió la tarjeta.

Monroe pareció darse cuenta de la herida de William solo en ese momento. Sus pupilas se movieron frenéticamente dentro de las órbitas

mientras procesaba lo perdido que había estado, lo mucho más cercano y grande que era el peligro de lo que creía. Justo como le había ocurrido a Sullivan.

—Se ha hecho amigo del diablo, Baker. —El Secretario pareció más pequeño, el único de los presentes que estaba de pie, con su gran envergadura. Increíble cómo un solo nombre bastó para frenar su arrogante insistencia. —Disfrute su victoria, pero no espere que no escueza. —Cogió el vaso, bebió de un trago lo que quedaba de ron y se dio la vuelta de inmediato.

Pero fue William quien tuvo la última palabra:

—Parece que a quien le escuece más es a usted, en realidad.

Monroe se detuvo un momento, dándonos la espalda. Escuchó bien esas palabras, pero no respondió. Se marchó, de repente dominado por una cierta prisa por retirarse.

Era oficial: habíamos ganado.

Lancé los brazos al cuello de William, dándole un beso terrible, en el que fueron nuestros dientes los que chocaron, porque nuestros labios estaban demasiado tensos en sonrisas de júbilo.

También Serge sonreía. Sus manos chocaron en un aplauso pausado.

—Un gran espectáculo, Wil.

—Buen trabajo —le agradeció William—. No creía que fueras capaz de aguantarlo tanto. Te lo debo.

—Merece crédito Sienna. No habría sido posible sin sus “argumentos”, más convincentes que los míos. —Se levantó y se dirigió al carrito de la comida—. Bueno, parece que ha pasado una eternidad desde anoche, pero aquí estamos: los tres de nuevo cenando, en una mesa con vino y velas.

Claro, solo un día antes ni siquiera sabía si ponerme el vestido que William me había regalado, aún ignorando el papel que Serge tendría en todo eso. Parecía que de verdad hubiese pasado un siglo, pero... *¿vino, velas, anoche...?* Enderecé la espalda sobre las piernas de William, para dejar algo claro.

—Serge Price, lo único que te permitiré hacer conmigo esta noche es servirme de beber. —Agarré un vaso todavía limpio, de agua.

Él cogió la botella de Krug del cubo de hielo, riendo.

—Y es precisamente lo único que tenía pensado hacerte, pajarito.

También William se rió, sacando un cigarrillo de la cajetilla que llevaba en el bolsillo.

—Ron, para mí.

Serge dejó la botella de Krug goteando de condensación, y optó por el mismo El Dorado de veinticinco años que yo le había servido antes a Monroe.

—Tenéis que contarme todo. En especial lo de Axel Rage.

Quizá habría sido mejor que William fuera a la enfermería. Quizá deberíamos haber vigilado los movimientos de Monroe... Quizá simplemente debería haberme dedicado a disfrutar de ese momento maravilloso, demasiado bueno para ser verdad.

Y, sin embargo, lo era.

El líquido cayó en los vasos con un suave “glu-glu”. Cogí el que Serge me ofreció y me lo llevé a los labios, recostándome contra el pecho de William.

Mis músculos empezaron a relajarse poco a poco, al compás del retumbar grave de su voz en mis pulmones, mientras su aliento se mezclaba con el humo, fundiéndose con el mío.

Intervine poco, porque estaba demasiado relajada y porque no quería interrumpir a William, que era un mejor narrador que yo. Bebí hasta ver el fondo del vaso. Luego me deslicé de sus piernas, provocando un silencio repentino.

Los hombres interrumpieron su conversación, atentos a lo que yo tenía en mente.

Me alejé unos pasos de la mesa, me desabroché la blusa y la dejé caer al suelo. Di otro paso y bajé la cremallera: la falda se deslizó hasta la piedra lisa del suelo. La dejé atrás. Luego le tocó el turno al sujetador. Al llegar al jacuzzi, lo único que llevaba puesto era el tanga.

Me detuve un instante, sintiendo las miradas de mi hombre y de mi amante rozarme la piel con posesividad, con lujuria. Luego me zambullí.

Volví a salir a la superficie, entregándome al contacto del agua; las piernas separadas, los brazos abiertos, las burbujas cosquilleándome y sosteniéndome. Sus voces habían vuelto a fluir, arrullándome con ese tono tranquilo y firme. Un murmullo del que, con la cabeza medio sumergida, ya no distinguía las palabras.

Pero no hacían falta.

Las importantes ya se habían dicho todas.

Las decisiones, ya habían sido tomadas.

Ahora, solo tenía que dejar que la magia sucediera.

Flotando libre, abrí los ojos. Y el cielo negro, salpicado de destellos de promesas y oportunidades, brillaba infinito sobre mí.

Epílogo



Quince días después.

Volvía a llevar mi fabuloso vestido azul, porque esa noche en el Caribbean se celebraba una fiesta. Habían preparado varias mesas en la zona lounge, repletas de exquisiteces, pero yo preferí sentarme en la barra de Nick.

—¿Has leído la noticia? —me preguntó, inclinado mientras llenaba una cubitera de hielo—. Parece que el Secretario Monroe ha desaparecido.

—Sí, me he enterado —respondí, sin entrar en detalles, mientras hacía oscilar un largo y fino pendiente colgado de mi lóbulo izquierdo.

Resultaba que, desde hacía tres días, el Secretario de Seguridad Nacional de los Estados Unidos había desaparecido, como si se lo hubiera tragado la tierra. Solo se me ocurrían dos hipótesis que pudieran explicar algo así. En la primera, el Secretario había huido en toda regla, cambiando de identidad y de aspecto. En la segunda, Axel Rage había encontrado en la tarjeta las pruebas que necesitaba para firmar la sentencia de ese hombre. Y, llegado ese punto, nada lo habría detenido hasta encontrarlo.

Eso explicaba por qué Monroe se había aferrado tanto a esos archivos: no le importaba la seguridad nacional, solo su propio pellejo.

Casi me recorría un escalofrío al recordar las manos del asesino agarrándome, el peligro que habíamos corrido. Y, sobre todo, me costaba

asimilar lo que William me había confesado después: Harper y Axel Rage, íntimos. Incluso enamorados.

No, no lo habría creído en absoluto si Haley, que había sido confidente de la sobrina de Montgomery tras su liberación, no me lo hubiera confirmado. Aunque tenía todo el sentido del mundo, era de hecho la única explicación para el valioso “regalito” que nos había dejado.

Nick se secó las manos del limón, deslizando los dedos por el trapo.

—Es una suerte que, antes de desaparecer, dijera todas esas cosas maravillosas sobre nosotros.

Lo había hecho de verdad. Monroe no había perdido ocasión pública para elogiar nuestro resort, y las reservas caían a raudales, como la nieve en diciembre en Colorado.

—Ya. —Esforzándome por mantener una expresión firme en los labios, agité el tobillo de la pierna cruzada, que quedaba al descubierto por la larga abertura—. Una suerte enorme.

Parecía que esta vez yo sabía algo más que Nick sobre el Caribbean y sus entresijos. Era evidente que intentaba sonsacarme alguna primicia, pero tendría que conformarse con las que ya le habían contado Haley y Sienna.

—Cassie, Cassie... —mi amigo soltó una risa suave y benevolente, meneando la cabeza. Colocó frente a mí el cóctel que acababa de preparar.

—No te he pedido un... —Miré la copa... ¿*Mai Tai*?

—*Amablemente* ofrecido por el caballero de allí. —Con los ojos que le reían incluso más que la boca, hizo un ademán con la barbilla hacia la piscina. Antes de que pudiera replicar, cogió una comanda y caminó hacia el extremo opuesto de la barra.

Delante de ese Mai Tai, me estremecí en secreto, recordando cómo era ser una chica fascinada por un perfume que embriagaba los sentidos. Solo tenía que girarme para revivir esa sensación. Y lo hice.

Vi a William, con su elegante traje oscuro, acercándose hacia mí. Las mariposas comenzaron a revolotear en mi estómago, como entonces. Vivía con él cada día desde que me había mudado al ático, y aún conseguía hacerme temblar las rodillas.

Intenté disimularlo, cogiendo el cóctel y chupando por la pajita, mientras lo observaba abrirse paso entre la multitud de invitados, desestimando cada intento de acercamiento con un gesto seco.

Al llegar junto a mí, primero me envolvió con su fragancia y luego me quitó la pajita de la boca.

—Es suficiente —murmuró.

—William... —el susurro murió en mis labios, capturados por los suyos.

Fue un beso con sabor a ron y lima, como la primera vez. Nos vieron, observándonos con morbo tanto los huéspedes como el personal, pero no nos importó. Ya no era una novedad que William me besara en público. Nuestra relación ya estaba a la vista de todos. Todos se habían mostrado curiosos, pero nadie se escandalizó: para el inicio de una historia de amor alocada, no había lugar más adecuado que el Caribbean.

—¿Estás lista? —me preguntó, con su mirada verde pantano llena de deseo.

Alargué la mano para tocar la maleta, comprobando que seguía junto al taburete.

—Quizás debería cambiarme, ¿no crees?

—Estás perfecta así, cariño. Cogió mi mano y mi maleta, llevándose consigo.

Mi atuendo no era precisamente el más adecuado para un vuelo, pero los aviones suelen no esperar, así que volaría con vestido de noche. ¿Por qué no? A su lado, de todos modos, atraería miradas; mejor hacerlo con elegancia.

William iba a llevarme a ver su nuevo resort en Providenciales, en las Islas Turcas y Caicos, al que había dado un nombre que evocaba misterio, perfecto para un lugar lujoso con un alma oscura como la suya: Obsidian Shores.

Pasaríamos mucho tiempo allí en el futuro. Mi tarea sería ayudarlo a formar un equipo fiable y compenetrado, como el que había encontrado en nuestro resort. Una misión que me entusiasmaba, por la cual estaba dispuesta a dejar mi papel de camarera en el Caribbean sin demasiados reparos... Aunque siempre volvería al Caribbean Bay Cove, mi hogar. Nuestro hogar, porque ya no había lugar a dudas: al cumplirse los ocho meses, él lograría la mayoría ante Montgomery. Y algo me decía que no se detendría ahí.

Conociendo a William, estaba segura de que habría reservado en clase business para nuestro viaje. Oh, cómo me equivocaba. El chófer pasó de largo por la terminal de vuelos comerciales para dirigirse directamente a la zona del aeropuerto dedicada a vuelos privados.

El área de espera estaba desierta, refinada y medio vacía, salvo por una familia saudí, por su aspecto y vestimenta. William mostraba indiferencia, pero yo sabía que sonreía por dentro, disfrutando de mi mezcla de sorpresa y excitación, mientras nos escoltaban hasta un jet privado. Solo esperaba que abriera la boca, pero me faltaban las palabras.

Las maletas ya las había recogido un botones, así que me encontré con las manos vacías frente a una bestia de jet con un fuselaje blanco y plateado, brillante como porcelana, en cuya cola estaba impresa la matrícula 8X de un Dassault Falcon. Tenía dos alas largas ligeramente curvadas y quince ventanillas oblongas, negras como espejos ahumados. Las conté una segunda vez: eran exactamente quince.

Al poner el pie en el primer escalón de la escalera de embarque, no pude contenerme más.

—No me habías dicho que tenías un jet privado.

Cogí el vestido para no tropezar y empecé a subir.

—Porque no lo tengo —replicó, siguiéndome.

—¿Lo has alquilado?

—No.

—¿De quién es este jet? —me detuve al leer en la puerta abierta la inscripción: *StarWings Airlines*—. No... No me lo puedo creer... Un escalofrío me recorrió, haciendo que mi piel se erizara.

—Créelo.

Entré en un mundo insonorizado de piel de alta calidad, costuras tono sobre tono, acabados en ébano brillante y acero satinado, iluminado por luces suaves. Los asientos eran enormes. Una fragancia sutil y masculina se percibía apenas, junto con el aroma del cuero color crema. Avancé con el vestido aún recogido entre las manos, mientras el corazón iniciaba su carrera cuesta arriba.

No lo veía desde el día siguiente a la última cena con Monroe. Y ahí estaba.

Serge Price se encontraba cómodamente sentado en el asiento interior de dos contiguos, elegantemente vestido como de costumbre. Su codo se

apoyaba en el reposabrazos y su mano jugueteaba con una tira de tela. Un tejido de forma no precisamente lineal, negro, con finas rayitas... Reconocí la pajarita que le había robado y que diez días antes había enviado a la dirección de StarWings Airlines para devolvérsela. Aunque me había dicho que me la quedara, me había parecido un gesto bonito, reparador.

Ahora manipulaba los restos de mi vieja culpa, observándome con una sonrisa depredadora.

—Bienvenida a bordo, pajarito.

Quería abrazarlo como a un viejo amigo. Pero... había algo muy inquietante, muy punzante en su mirada.

—Serge... gracias. —Fui diplomática, intentando ocultar la sensación de vacío que ya experimentaba antes de despegar—. Nunca había volado en un avión como este. Es maravilloso.

—No tienes que agradecérmelo. Estaba deseando ver el nuevo resort de William, eso no lo niego, pero estoy aquí principalmente para cobrar —respondió, con una sonrisa torcida.

—¿Cobrar... qué?

William me acarició la espalda desnuda, rozándome con su cuerpo.

—Resulta que tengo una deuda con Serge, pequeña. —Su susurro acarició mi oído—. Y el pago eres tú.

Yo... cedida de nuevo... como pago.

Separé los labios, dejando caer el dobladillo del vestido de mi puño. ¿Por qué sorprenderme? Serge me lo había advertido.

“Sabes, ¿verdad?, que esto de ser amigos no me impedirá pedirle a William que te baje las braguitas y ponga rojas tus nalgas redondas y cándidas?”

La gran cama, que noté al fondo, fue solo una confirmación de la sospecha que me había invadido el estómago. Una sensación que me embriagaba hasta el punto de no entender nada. Hasta convertirme en pura emoción, perdiendo todo contacto con lo que debería haber sido sano y apropiado. Porque lo único cierto era que, con esos dos juntos, bajaría de ese avión tambaleando.

Giré la cabeza apenas, sobre mi hombro.

—¿Por vuestros lares no se acostumbra a hacer favores a los amigos gratuitamente?

—Claro —respondió William—. También se acostumbra mostrar gratitud por lo recibido. ¿Tú estás agradecida, pequeña?

Mis ojos se toparon con los de Mr. Ojos Azules, que aguardaba únicamente mi respuesta.

Madre mía, cuánto querían jugar.

Y, madre mía, cuánto lo deseaba y lo temía yo.

—Muy agradecida —respondí, con toda sinceridad, sabiendo que la pregunta encerraba implicaciones que iban más allá de la simple gratitud.

—Excelente. Tendrás ocasión de demostrarlo. —William puso la mano en mi trasero, empujándome con suavidad hacia adelante—. Siéntate aquí.

Me hizo sentarme frente a Serge.

La azafata escogió ese momento para salir de la cocina de a bordo y cerrar la puerta del avión.

—Abróchense los cinturones, señores. Vamos a despegar —dijo, con gracia. Recorrió el pasillo con rapidez para asegurarse de que todo estuviera en orden, manteniendo una expresión neutra y una sonrisa de cortesía. Luego se retiró.

—Tomaremos la ruta larga —nos informó Serge, sin apartar los ojos de mí, mientras se acariciaba los labios con la tela del pajarita.

Las Islas Turcas y Caicos ya estaban a unas cuatro horas de vuelo. ¿Cuántas horas necesitaba para que le devolviera su favor?

—¿Tienes tiempo que perder, Mr. Price? —lo provoqué con una sonrisa, cruzando las piernas y abrochándome el cinturón.

—Ni un poco, pajarito. Se aprovechará todo al máximo. —Se enrolló la pajarita alrededor del puño.

Tum-tum, tum-tum, tum-tum, mi corazón empezó a latir a un ritmo febril.

—Excelente idea alargar el plan de vuelo —comentó William, anticipando el largo viaje.

—Sabía que lo apreciarías, Wil.

El avión comenzó a rodar.

—¿Lista para levantar el vuelo, nena?

La mano de William se posó sobre la mía, en el reposabrazos.

Yo la giré, apretando la suya, dándole la respuesta a su pregunta más implícita.

—Lista.

Hazme volar alto, Mr. Baker.

El avión aceleró. Fuerte, cada vez más fuerte.

Los prados junto a la pista pasaban rápidamente, fuera de la ventana. Efímeros.

No tenía muy claro lo que iba a pasar en ese avión, ni lo que nos depararía el futuro. Quizá ni siquiera quería saberlo. Pero tenía la solidez de una única certeza.

Recordaré para siempre cada día que pasé con William Baker

Con un embriagador sentido de vacío, nos desprendimos del suelo.

Y comencé a volar.



Gracias por llegar hasta aquí.
Espero que hayas disfrutado de este ebook.
Me encantaría leer una reseña tuya en Amazon o en las redes sociales,
¡todas las **opiniones** son **importantes** para mí!

Si quieres descubrir otras de mis historias,
[¡visite este enlace!](#)

Anna

Para conocer nuevas publicaciones, extractos y promociones, sígueme en:

